THE UNIVERSITY
OF ILLINOIS
LIBRARY

869.3
B27s

SOUTH
AMERICAN
COLLECTION

Return this book on or before the *Latest Date* stamped below. A charge is made on all overdue books.

U. of I. Library

DEC 20 '35
JAN -2 '36
DEC 05 1991
OCT 01 1991
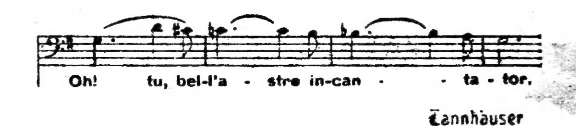
8057-S

CÉSAR DUAYEN

Emma de la Barra

157714
305

Stella



Tannhäuser

EDITOR: J. CÚNEO
VIAMONTE 545—BON MARCHÉ
BUENOS AIRES

1906

869.3
B27s
moen
SOUTH AMERICAN
COLLECTION

A LA MEMORIA DE MI PADRE

384756
Emergency 7807 Moen #3
1 AG '18

Imp. J. Cúneo, Viamonte 545

STELLA

I

Al hermano de Ana María.

Qué la mano de Dios abra á mis hijas tu corazón y tu casa!

En plena vida, fuerte y vigoroso, no soy un moribundo ni un enfermo; pero soy un condenado.

Desde hace años continúo marchando hacia el peligro sin encontrar la muerte. Un día me cerrará el camino de la vuelta, y entre los hielos quedaré con ella. Sobre mi hogar, ya hoy mutilado, caerán, entonces, las sombras del desamparo.

No me pertenecen los movimientos de un alma extraña; no puedo, pues, juzgar el sentimiento huraño que ha guardado la tuya para el hombre que hizo feliz á tu hermana « amándola sobre todos los hombres y sobre todas las cosas ». Sí, sí, sobre todas las cosas!

El carácter, la educación, las ideas de nuestros dos países son tan diferentes como sus latitudes. No amamos, no pensamos, ni



entendemos la vida y el deber de igual manera; tenía que ser muy grande un amor, que unió así, al hijo de nuestras nieblas con la hija de vuestro sol.

Si en vez de proseguir en el rumbo, que me tracé desde la infancia casi, lo hubiera abandonado—no por cariño sino por complacencia — el día en que me casé con Ana María, habríanse encontrado Vds. satisfechos, y hubiéranla creído más feliz, porque al cortar mi carrera, cerrarme el horizonte, anular mi propia personalidad, les evitaba el dolor de la separación.

Jamás la engañé. Antes de aceptar de ella el dón de sí misma, le mostré la verdad; puse ante sus ojos la vida incierta de los hombres como yo, la que sin el alto fin y el deber voluntario que la diferencian, podría parecerse á la vida azarosa de los aventureros. Nada la detuvo. Pero es que ella sentía que estaba en todo yo; en mi vida afectiva y en mis actividades mentales, en mis alientos y en mis desmayos, en mi acción y en mis perplejidades, en mi esperanza y en mis dolores; que estaba en mi presente, y ocupaba toda la visión de mi porvenir; que era amor en mí, todo lo que me impulsaba.

¿Podría alguien haber pretendido el sacrificio de un cariño como el nuestro? Ni yo mismo. Habría sido plantear un conflicto cuya especialidad dolorosa consistía, en que lastimando á una de las partes se hería á las dos.

Lo que correspondía á nuestros destinos estaba por encima de todo.

Has sufrido con su muerte un gran dolor, muy grande, Luis; pero que es sólo sombra del que yo he sufrido. No renovemos torturas....

Tu conoces, no por mí, las causas de la pérdida de su patrimonio; y no es la riqueza lo que vamos á buscar nosotros en nuestras expediciones. Cuando yo les falte nuestras hijas serán pobres.

Si sólo se tratara de mi fuerte Alejandra, el vacío moral que yo le dejara, me preocuparía únicamente; está bien preparada para arrostrar la vida. Pero la otra, mi pequeña Stella, débil hasta la impotencia, que no podría separársela de su hermana sin que pereciera? ¿Quién que no fuera de su propia sangre aceptaría cobijarla? Su padre ha podido hacerla pasar temporadas casi tan largas como su vida en climas templados, huyendo de Cristianía que la mata. Y después?...

Después, Alejandra encontrará mis instrucciones y esta carta, destinada á aquel que le hemos enseñado á querer y á respetar, á su tío Luis, al segundo padre de su madre, y la hará llegar á su destino. Y sin vacilar, sin detenerse á pensar más sino en que yo lo quise, irá hacia tí con su hermanita en brazos. La conozco;, así lo hará. Ah! si conoceré el espíritu puro, el alma sin doblez de mi hija, esa hermosa flor del consuelo!

Todos los motivos que tengo para hacer valer en favor de mi resolución, los saben ya tú y ella; escúchalos tú, ella me obedecerá como me ha obedecido siempre. Conocerán mi voluntad el día en que mi muerte haya hecho de mí un desaparecido. La hora de su lectura será, para los dos, la hora solemne de una última despedida.

Dejo á esos dos seres de mi corazón, mi nombre inmaculado como las nieves que lo han hecho conocer en el mundo, y tu protección.

Nunca tuve nada que perdonarte; tu injusticia para conmigo, era exceso de amor por ella.

GUSTAVO.

Cristiania, 9 de Mayo de 19...

II

Hasta hace algún tiempo la parte norte de Buenos Aires concluía en la plaza San Martín. De allí á Palermo—el Bois—un largo intervalo despoblado, donde hoy se levanta la ciudad nueva, linda, alegre, suntuosa.

Una doble cadena de construcciones hermosas sin carácter, extiéndese á un lado y á otro, entra al gran paseo, que abrochándose á ella como un inmenso eslabón, la deja prolongarse hasta Belgrano.

El nombre que lleva la plaza-jardín, que separa la más aristocrática de las Avenidas, de la Recoleta,—nuestra Necrópolis,—dice bien alto de quien es obra todo este útil, benéfico embellecimiento. «Don Torcuato» no necesitaba ser recordado así á los ciudadanos de su metrópoli; pero los extranjeros y las generaciones venideras, debían saber que Torcuato de Alvear, no fué, en su país, tan sólo un hombre de empuje y de gusto, sino que quien derribó viejas arquerías, ensanchó

calles, abrió avenidas, fundó hospitales, multiplicó las plazas, estimuló la edificación, saneó, cambió, rehizo la ciudad, era también un reformador.

Delante de una gran casa situada en estos barrios, iban deteniéndose á las siete y media de una tarde de Julio, unos tras otros, carruajes particulares. Soplaba una suestada, desde hacía dos días, y empezaba á caer una lluvia menuda, helada, fastidiosa, que humedecía más que mojaba, y que prometía ser incesante.

Los lacayos saltaban y abrían las portezuelas: dos siluetas, una clara y otra obscura aparecían y entraban rápidas en la casa. Aquellos, trepaban nuevamente á su pescante, y el carruaje iba á alinearse al frente.

A la media luz de la calle, envueltos en el velo gris de la niebla y de la lluvia, la fila de cajas negras con los cocheros y los lacayos encapuchonados en sus capas de goma, parecían formar un convoy fantástico. Bien pronto su lenguaje soez revelaba la clase de aquellas sombras Si alguien pasaba agobiado por el viento, caían sobre él sus burlas groseras. Desgraciada si era mujer!

Retirábase un último carruaje, pequeño cupé ligero y rápido, al que se adivinaba capitoneado y tibio, cuando llegaba, cruzándose con él, una victoria de plaza, vieja y embarrada, con un cochero desarrapado, encaramado en lo alto.

El pobre auriga fué saludado con todo el consabido vocabulario: «Cuidao, ché, con los rusos, no se te vayan á disparar». «Mirá el coche de primera»... lo que aumentó su crónico mal humor.

Una vez que la victoria hubo parado á la puerta de la lujosa mansión, bajó de ella una mujer de luto con una criatura envuelta en una gruesa manta, y pagó al cochero que se retiró renegando.

—El señor Luis Maura Sagasta? preguntó á un portero de frac.

—El señor está en casa; pero el señor no puede recibirla ahora, contestó el gallego de mal modo.

—Sin embargo, deberá usted avisarle, replicó ella, en el tono de quien está acostumbrada á ser bien servida.

—El señor tiene gente á comer, van á sentarse á la mesa, no puedo hablarle; vuelva otro día.

—Anúnciele usted que sus sobrinas acaban de llegar, dijo en el mismo tono la mujer.

—Ah!... exclamó sorprendido el portero, y pasados unos minutos de indecisión, que manifestaba rascándose la oreja, desapareció en la gran portada.

La recién venida, permanecía en la vereda recibiendo la lluvia fina como rocío, que la penetraba, y el murmullo y toses de burla de la librea, que le llegaban como las emanaciones de un pantano.

Una voz algo quebrada, de pronunciado acento inglés, dijo como al cuarto de hora á sus espaldas:

—Señorita, señorita.... por aquí....

Dióse vuelta, y distinguió en la pequeña entrada de servicio, que comunicaba con el subsuelo, á otra mujer alta y delgada, con traje negro también.

Por primera vez, la hija de Gustavo Fussller sintió clavarse en ella la uña de la humillación. Vaciló. Iba á obedecer al impulso de alejarse...después, apretó contra su pecho á la niña que llevaba en brazos, y entró á la casa de sus tíos por la puerta de los criados.

Siguiendo siempre el acento inglés, «por aquí, señorita», «cuidado, señorita», atravesó una gran cocina donde un gordo marmitón de patillas y gorro en la nuca, preparaba salsas dando órdenes con voz de trueno á sus pobres pinches; otra pieza en la que dos ayudantes lavaban fuentes y platos apresuradamente, y un largo corredor; subió tres escaleras, una corta, angosta, incómoda, de pino, dos más, amplias, de madera de nogal lustrado; recorrió una galería ancha con piso de mosaico de colores vivos á la que daban las puertas de varias habitaciones, y ahí, el guía abrió una de estas á la que entraron. Tocó una llave y la luz eléctrica iluminó de pronto un bonito dormitorio con muebles claros ingleses, tapizado de cretona verde mar con rosas té.

—Señorita, disculpe usted á los señores; no ha sido olvido ni desatención... tienen hoy una comida seguida de recepción, y no ha sido posible avisarles porque se sentaban á la mesa....

La viajera de pie callaba. El guía, mujer de cincuenta años, desteñida, pecosa y afable, no obteniendo respuesta, continuó:

—Se ha mandado dos veces á la dársena; la última contestaron que los pasajeros no desembarcarían hoy, pues á causa del temporal el buque entraría muy tarde....

La viajera permanecía muda é inmóvil, entumecidos el cuerpo y el alma.

—He hecho entrar á usted, señorita, por la puerta de servicio, porque el hall estaba lleno de invitados y era imposible cruzarlo.... Es éste el departamento que su tío les ha destinado; que él mismo ha arreglado cuidadosamente.... Tienen ustedes, además del dormitorio, un saloncito y un cuarto de baño.... Un baño tibio les sentaría ahora muy bien para el cansancio.... Yo soy Mary, señorita, la gobernanta de los niños. Hace muchos años que estoy en la casa, y sé como se preocupa de ustedes el señor don Luis....

Luego, comprendiendo lo que pasaba en el interior de la joven, encontró las palabras que podían hacerla reaccionar.

—Su pobre hermanita muere de cansancio, dijo tomando la mano de la niña que caía so-

bre el hombro de su hermana. Tiene las manitos frías, vamos á acostarla, y á darle á tomar algo caliente. En dos minutos su cama estará tibia.

La viajera levantó sus ojos, los fijó húmedos y suaves en su interlocutora, y le dijo: *I thank you, miss*, pensando que entendería mejor las palabras de su agradecimiento pronunciadas en su idioma materno.

Acostaron á la niña en la cama blanda y tibia, que su cuerpo fatigado por veinte días de fuerte navegación reclamaba, y se les sirvió una comida ligera.

—Y ahora, señorita, me vá V. á disculpar porque son las nueve, y tengo que vigilar los preparativos del buffet. Si algo necesita, mientras tanto, no tiene V. sino tocar tres veces la campanilla; vendrá en el acto la muchacha que les ha servido la comida... Buenas noches, buen reposo en su nueva casa. *Good night, miss... Good night, Stella...*

La joven viajera sentada al lado de la cama de su hermana—la que á pesar de estar rendida no podía dormir porque se lo impedía la sobrexcitación nerviosa, que se manifestaba en ella cada vez que sufría alguna fatiga ó alguna impresión, — mirábala fijamente, apretaba su pequeña mano entre las suyas, hablábale muy bajo, para llevarla al sueño reparador.

Al rato percibió que los ojos iban á cerrarse, que la mano cedía, que al fin iba á re-

posar. En el silencio de la noche esperaba sin respirar... De repente, los ojos se abren muy rápidos asomando en ellos el asombro, críspase la pequeña mano, todo el cuerpo se incorpora, y la niña señala la puerta interior.

Por una abertura de la cortina asomaban dos foquitos de luz dirigidos sobre ellas, que se prendían y se apagaban, que se apagaban y se prendían, y por debajo, entre el fleco y la alfombra, dos piecitos rosados, movibles, vivaces, expresivos, impacientes, con uñas de ágata transparente, que aparecían y desaparecían... Después ven, que los piecitos empiezan á multiplicarse; ya eran cuatro, ya eran seis, ya eran ocho, ya eran diez!... y que desaparecen de nuevo, furtivamente, los diez... Cuchicheos, carreras, risas sofocadas, chist. chist... y todos los piecitos que vuelven á aparecer...

Un silencio, un aleteo, otros murmullos, como el gorjeo de una pajarera... y ya desde la puerta las contempla un diablito en camisa de dormir. Por detrás asoman muchos otros, de todos los colores y de todos los tamaños mirando, también ellos, con gran interés, mientras el primero permanece allí, clavando siempre los foquitos de luz, sus grandes ojos de turquesa, un poco redondos, muy abiertos, y muy curiosos, en las dos hermanas....

Atrevido y tímido, decidido é indeciso, quiere entrar y vacila, hasta que uno de los

otros lo empuja para resolverlo. El se vuelve, y dándole muy serio un coscorrón feroz, se planta en medio de la habitación.

—Qué hermosura! fué lo primero que pensó, y dijo, Alejandra deslumbrada.

Grande, fuerte, con un cabello rubio que más tarde debía ser castaño, una frente angosta, un color blanco y rosado, y una boca carnosa que era un primor, con los ojazos que conocemos, piernas admirables, aire arrogante, y una exhuberancia en su cabellera, en sus movimientos, en su vida toda, era realmente una hermosura!

—Quién eres, mi linda? le preguntó después de admirarla.

—Yo?... Soy la Perla!... contestó, levantando la cabeza como sorprendida de que alguien pudiera ignorarlo.

—Un nombre ciertamente para ti. Dime, Perla, de quién eres?

—Yo?... de papá y de mamá! Y entrando en confianza, aunque siempre desde lejos: estos otros son de Carmencita, de Alberto, de María Luisa, y de Miguel... Detúvose... luego preguntó señalando á Stella con la cabeza y con el dedo: Y esa... por qué no camina, ché?

Alejandra sin contestarle la fué atrayendo.

—Cuántos años tienes?

—Yo?... Voy á cumplir seis.

Los otros, los que ella decía hijos de una Carmencita y de un Alberto, de una María

Luisa y de un Miguel, habían ido acercándose también. Eran nada menos que siete!

—Quién es tu papá y quién es tu mamá? Cuéntamelo todo Perla, volvió á preguntarle la joven.

Entonces, la niña con su voz un poco ronca y su pronunciación defectuosa, que daba mucha gracia á su conversación—decía Pesla, Camencita—contó: ella era la hijita menor de su papá Luis, y la ahijada de Máximo, el hermano de su mamá, que se llamaba Carmen; su nombre era Máxima como el de su padrino, que estaba en Europa. «Pero me dicen la Perla, porque soy muy linda», advirtió con la naturalidad y el aplomo de una convicción irrevocable. Después continuó contando que era tía de los otros chicos, hijos de Carmencita y de María Luisa, sus hermanas, que había muchos más, pero que estaban durmiendo porque eran muy chiquitos. A ellos los habían acostado temprano por la fiesta. Cuando Alejandra pasó con su hermana cargada, siguiendo á miss Mary, la vieron porque estaban despiertos; después, aprovechando la ausencia de la gobernanta ocupada en el piso bajo, se levantaron y se vinieron á espiar. Todo esto, referido muy ligero, con una respiración muy corta, y un aire como afligido, entre las interrupciones de los otros que querían, cada cual, poner su palabra.

Stella muy sorprendida por aventuras que ignorara ella hasta entonces, confesadas con

tanto desparpajo por su prima, recorría con la vista á uno por uno de los niños, y la detenía en su hermana como si la consultara. Los visitantes aclimatados — demasiado! — miraban, preguntaban, curioseaban todo, hablaban á la vez en voz de flauta que iba subiendo. De pronto dijo la Perla, guiñando el ojo con gesto de malicia:

—Voy á traerla!... Y salió corriendo con una resolución que se llevaba todo por delante.

— Sí, que venga, que venga! Qué la traiga! pedían en coro todos, palmoteando y brincando de entusiasmo.

La joven trataba de contenerlos, cuando apareció la Perla arrastrando casi á un personaje singular, que se resistía pataleando y gruñendo, á quien los chicos recibieron con aclamaciones, y que produjo en Stella una impresión de susto, de risa y de admiración. Era éste un pequeño ser que parecía de azabache, que representaba cinco años, con un cabello muy motoso todo alborotado, un hocico muy punzó estirado para refunfuñar, y unas manitos flacas y largas, de palmas blancas, que en ese momento le servían para restregar sus ojos llenos de sueño, vestido también con larga camisa blanca, escotada; en su pescuezo, largo como el de una cigüeña, un collar de corales grandes y redondos, en sus orejas dos argollas de oro, relucientes. Stella apretábase contra su hermana, preguntándole con los ojos: « Es un animal, es

un muñeco? Qué cosa es ésto, que me da risa y me da miedo?»

— Nó, mi querida, le contestó aquella, que tan bien entendía ese lenguaje mudo, no tengas miedo. No es un muñeco, no es un animal, es una niña como la Perla y como tú; es una negrita.

— Zonza, que tiene miedo! — dijo la Perla riendo como una loca, si es la Muschinga!

— Es la Muschinga! — repitió el coro de niños, riendo como ella.

Arrancada á su cama y á su sueño, deslumbrada por las luces, estaba furiosa la negrita. Una manzana, que había quedado sobre la mesa, la consoló — la Muschinga comía siempre — tres bombones la despabilaron, y ahora con toda desfachatez miraba, charlaba, tocaba como los demás, mostrando sus dientes, exageradamente blancos, dentro de la flor de grana de su boca.

— Muschinga, bailá! le ordenó la Perla.

Sin hacérselo repetir, puesta en tren de fiesta, se lanzó con gran desenfado y elasticidad de mono, en las gracias y los requiebros de sus danzas estrafalarias. Bailó el pericón, una jota endiablada, un tango cadencioso, un «baile negro», inventado por los chicos, que la animaban acompañándola con palmoteos y tan tan.

El baile hízose general. Albertito, desatado, daba saltos de clown, Miguelito se abría

la boca y los ojos con los dedos para imitar á Frank Brown, los más chiquitos lucían su ronda-catonga tomados de la mano, y daban volteretas en la alfombra.

Alejandra impotente para contener ese enloquecimiento en niños todavía extraños, alarmábase por Stella, que reía como nunca había reído, con carcajadas de cristal que no le conocía, en cuyos ojos había una agitación febril, y que aplaudía entusiasmada el espectáculo original, que presenciaba, ó apretaba las manitos nerviosas de placer.

De pronto, el grupo en ebullición se inmovilizó, cesaron las risas, los labios de rosas se cerraron... Miss Mary estaba allí; allí en la misma puerta, en actitud amenazadora y aire iracundo, en los que Alejandra descubría esfuerzos extraordinarios para no reir.

—Niñas, caballeritos, á la cama! dijo. Veremos mañana... En marcha... Uno, dos, tres!... En marcha! he dicho.

Los niños formados en fila, como en la clase, marchando de dos en dos en sus blancos y largos camisones, parecían una comparsa de pierrots. Todos obedecían, menos la Perla, que se había instalado en la cama de su prima, como en un palco de primera fila, con sus piernas colgantes, y su aire el más impertinente.

—Marche Perla V. también... No?... Sí, digo yo! Marche, y la primera! No me oye, Perla? Vamos!

—No quiero! le contestó, levantando atrevida su cabeza de ángel rebelde.

—Veremos... Levántese, no me obligue á llevarla, como no le gustaría, insistió la inglesa impacientada.

—Está fresca!... y al decir esto, la niña hizo un movimiento de todo el cuerpo, que la sentaba más firme en su sitio.

Siguió una lucha, en que se resistía con pies y manos, gritando sin llorar. Alejandra intervino. Convenciéndola que su primita necesitaba descansar, prometiéndole que al día siguiente sacarían fotografías y retratarían á todo el mundo, consiguió que obedeciera.

Salieron todos seguidos de miss Mary, que cerraba la marcha conduciendo de la mano á la niña indómita. Antes de desaparecer, volvió esta la cabeza, y preguntó otra vez con mayor curiosidad aún, señalando á su prima que le sonreía desde su camita.

—Y esa... por qué no camina, ché?...

Stella dormía. Alejandra sintió recién, en la quietud, el cansancio; un entorpecimiento en sus miembros, un embotamiento en sus facultades. Parecíale que tendría necesidad de grandes energías para llegar hasta la cama, y permaneció inmóvil en el sillón; que se

abolía en ella toda noción de persona, de tiempo, de lugar; que se le obligaba á olvidar la impresión brutal, la decepción humillante de su llegada; que su pensamiento se hacía impreciso, impreciso hasta borrarse... Creía sentir el alivio de su cerebro fatigado al vaciarse... Quedábale ahora, tan sólo, la sensación de un debilitamiento de su confianza en los hombres, y el deseo de un largo reposo.

En los brazos que la levantaban, en los labios que balbucientes se detenían en su frente, reconoció á su tío Luis. Un rato permanecieron abrazados, ella llorando, él haciendo esfuerzos para no llorar. Apartóla de sí, después, para mirarla; vió los cabellos rubios, los ojos claros, la ancha frente del sabio extrangero, y como queriendo renovarle, desde aquí abajo, una promesa entornó los ojos y se recogió un instante.

La joven lo llevó junto á su hermana; ahí, al reconocer en la niña dormida de grandes pestañas, de cabellos obscuros, de cutis moreno á la hija de Ana María, estalló en sollozos.

Los dedos de la lluvia golpeaban apresurados en los vidrios de la ventana, y se oía á lo lejos las voces de la orquesta, que en la fiesta cantaban un lento vals.

III

El casamiento de amor de Ana María con un joven sabio de Noruega, enviado á Buenos Aires por una sociedad científica, á estudiar las posibilidades de organizar expediciones polares periódicas, había producido, años atrás, más que pesar, consternación entre los suyos.

Hija única, era también la hija de la vejez, pues vino al mundo cuando sus hermanos eran casi ya hombres, y esta criatura que había nacido «llena de gracias», solía decir con su modito dulce y mimoso:—«Tengo un papá y tres papacitos»—lo que expresaba bien el matiz paternal que había en el cariño de los tres muchachos.

Don Luis Maura pertenecía á una antigua familia porteña, y porque todos los hombres de su raza fueron hombres de campo, lo fué él también.

Desde que se lo permitieron sus piernas montó á caballo. Todos los días, invariable-

mente, con sol ó con lluvia, veíase al petizo alazán del niño, junto al caballo del patrón, recorrer el campo.

A los doce años ayudaba ya á su padre en el rudo trabajo, lo substituyó cuando su cuerpo reclamó el reposo; lo heredó más tarde.

A los treinta, era un hombre de regular inteligencia, ninguna instrucción, genio violento, moral sana hasta el candor, gran corazón.

Enérgico, exigente como patrón, era un buen amigo fuera de las horas de trabajo, para sus peones, que lo respetaban y lo querían.

La niña con quien casó—Ana Sagasta—muy joven, muy bonita, muy bondadosa, muy abnegada, muy amanfe, que tenía esas inspiraciones y previsiones del corazón, que pueden reemplazar la inteligencia en la mujer, lo hacía feliz; y él, que sólo conocía las horas alegres de los bailecitos de campo, y las que iba á buscar, de tarde en tarde, á la ciudad, aprendió en ella la alegría, la íntima, la de buena ley, que nace de la satisfacción de nuestros sentimientos, y no de la de nuestros apetitos.

Jamás la oyó quejarse por el aislamiento en que vivía;—el aislamiento de una estancia hace cincuenta años!—nunca faltó en sus labios para recibirlo, al regresar del trabajo la sonrisa que borra todas las fatigas.

Después del nacimiento de su tercer hijo,

la naturaleza dió una tregua, y este hombre sencillo á quien bastaba su dicha de patriarca, no aspiró á más. No preveía ni deseaba cambios en su existencia.

Las primeras palpitaciones de un nuevo ser en las entrañas de la madre, catorce años después, llenó de una sorpresa orgullosa á esos padres ya en declinación. Ingenuamente religiosos, no dudaron de una intervención de la Divina Providencia. No le habían pedido durante tantos años una niña?... Y niña fué.

Una tarde el hijo mayor bajaba del caballo—justamente el día que cumplía diez y ocho años—su padre que lo esperaba en el umbral, dándole un golpe en el hombro, y empujándolo hacia el interior de la casa:

—Anda á ver el regalo que te tiene tu madre, le dijo con voz temblorosa y ojos que pestañaban.

Aquella, toda ruborizada, llena de una cortedad, ante su hijo ya hombre, que conmovía, le presentó á Ana María, que tenía cuatro horas de existencia.

La niña nació débil y delicada. El temor constante de una enfermedad séria en aquella distancia, convenció á don Luis que debía establecerse en Buenos Aires. Su hijo lo reemplazó, como él había reemplazado á su padre.

En este centro se hizo mujer. Su tipo moreno de ojos aterciopelados color de avellana, con grandes ojeras que los agrandaban, y pestañas que sombreaban las mejillas; boca

fresca y rosada de corola, cabeza muy movible y muy erguida, de cabellos ondulados negros y lustrosos, que su padre comparaba á la cabecita de los tordos que poblaban su estancia, y su figura pequeña, fina, delicada, hacíanle una belleza de gracia y de fragilidad, que despertaba una sensación de voluptuosidad tierna, la voluptuosidad de poseerla para protegerla.

Esta belleza, su posición, su fortuna, la colocaron en primera línea; fué cortejada, admirada, solicitada. Divertíase ella con ese ardor lánguido que ponía en todas las cosas, pero nada la turbaba.

Una noche, en una fiesta de caridad, en la cual vendía bombones y champagne, mientras, vuelta de espaldas, servía una copa que esperaba solícito uno de sus adoradores, un amigo, hombre de espíritu y de mundo, le decía:

—Señorita de Maura, deseo presentarle, y él lo desea más que yo, al señor Gustavo Fussller... Sería una impertinencia explicar á usted un nombre que, desde hace un mes, ocupa la crónica, llena los diarios, es el objeto de todas las curiosidades.

La curiosidad se manifestaba, en ese instante, en todas las personas cuya proximidad les permitía oir la voz que pronunciaba un nombre tan brillante, y percibir la figura alta, flexible y elegante de un joven hermosísimo, con ojos claros y barba de Lohen-

grin, que se inclinaba, cambiando con Ana María un apretón de manos.

—El principe Oscar, de la leyenda Escandinava... dejó caer con afectada indolencia, un poeta que observaba, como entre brumas, la escena desde un rincón.

—Si es un muchacho! observó en voz alta la mamá de dos bonitas niñas, que sonreían sin saber por qué.

—Vaya un sabio!... Exclamó con un candor, que él creía malevolencia, un buen señor que sólo conoció á Burmeister.

En medio de estos comentarios, la cara de la niña expresó, al volverse, tan claramente todas estas impresiones, que Gustavo le dijo en francés, riendo.

—Es posible que á este muchacho se le confíen misiones de tamaña responsabilidad! No es verdad, señorita?... No somos tan jóvenes, como parecemos, los hombres del norte, créame.

Ella rió también con toda su gracia y su coquetería, y el idilio comenzó. Un idilio apasionado en él, que sentía introducirse, como un cuerpo extraño, en su alma grave y soñadora, las inquietudes y agitaciones ardientes de un meridional, y se entregaba por entero. En ella, más bien una gran satisfacción de amor propio, el placer que encuentran casi todas las mujeres, que exhiben las distinciones de un hombre muy en vista, en el despecho y las emulaciones de las otras, una

sensación de seguridad y confianza cuando se encontraba cerca de él, el anhelo orgulloso de reinar en ese corazón viril.

Si el día antes de su partida le hubiera él exigido la palabra decisiva, ante la perspectiva de una expatriación, del alejamiento definitivo de los suyos, se habría negado á pronunciarla. Pero á la hora en que la «Estrella Polar» debía zarpar para los mares helados del Sud, sintióse sacudida toda entera, como si al soltar el barco las amarras su corazón hubiera resentido el contrachoque..... Y el nuevo sentimiento que engendró la ausencia, lo nutrió la ausencia; lo fortalecieron las angustias, las inquietudes, la ansiedad.

La fijeza de su pensamiento, su pena real, como eran reales las causas que la motivaban, su llanto contínuo cuando estaba sola, el deseo imperioso de ver esos ojos, oir esa voz, estrechar esa mano leal que no mentía, un temor vago á la violencia de la impresión que estaba segura de sentir el día del regreso, la convencieron de que Gustavo no le había dado, había cambiado con ella su vida.

Conoció las tristezas, los desvelos, el vacío. Si hubiera leído á Shakespeare, habríase aplicado sus palabras: «La señal más evidente de su amor es su melancolía».

Comprendió recién, cuando temió perderlo, el valor de ese hombre, la inmensa distancia que existía entre toda esa juventud desocupada, inútil é ignorante, fruta dañada antes

de sazonar, infaltable en las fiestas, y esa otra juventud sana é intrépida, que iba al peligro por amor á la ciencia, en cumplimiento de un deber contraído. Y lo esperó; lo esperó en la incertidumbre en que se permanecía por su suerte.

Una multitud enorme llenaba las dársenas; las calles de Buenos Aires tenían una animación de fiesta. La bandera noruega, que muy pocos conocían, y solamente por haberla visto en algún buque mercante alguna vez, se reproducía á cada paso al lado de la bandera nacional. A las tres de la tarde, de ese día, avanzaron con trabajo por entre la multitud desbordante, los seis carruajes descubiertos que conducían á los expedicionarios salvados de los hielos del polo antártico. Habían ellos pagado ya, anticipadamente, al exponer sus vidas en una empresa de interés universal, las manifestaciones del pueblo que acudía á recibirlos hasta las puertas de la ciudad, después de haber compartido sus angustias.

Gustavo empalidecido por las fatigas y las responsabilidades que iban á cesar, saludaba con un ligero movimiento de cabeza, y una sonrisa tan tanquila que parecía fría á esos millares de almas entusiastas y exhuberantes.

Este hijo de un país reflexivo y mesurado, sentíase tocado por tales aclamaciones, encontrándolas excesivas. La expresión serena de su rostro era la misma que conservara inalterable dentro y fuera del peligro.

Hay naturalezas tan superiores, que parecen haber nacido sin el pecado original del amor propio. Propónense la realización de un alto propósito, y para conseguirlo emplean su vida. En el éxito encuentran satisfacciones purísimas, que están por arriba de la vanidad; en el fracaso, no se sienten deprimidos por haber sido vencidos por algo que no son los hombres.

Así razonan esos hombres de razón, y es éste el secreto de su serenidad casi impasible.

Gustavo triunfaba una vez más; sentía un íntimo júbilo, pero reposado como su pensamiento, que no veía en ello hechos maravillosos, sino una expedición feliz entre las que había realizado, y seguiría realizando durante su existencia.

Mas, al enfrentar á una casa de altos de la calle Florida, todo lo que había de violento en su naturaleza se levantó. Sus ojos se agrandaron y una oleada de sangre lo enrojeció; sus labios empalidecieron, reprimió el impulso que lo arrojaba del carruaje, una expresión de ansiedad, que interrogaba, descompuso su fisonomía, y sus manos crispadas por la fuerte conmoción, involuntariamente se extendieron; en ellas cayó una flor.

Pasaron...siguieron...volvió él á su tranquilidad; pero ese instante y esa flor, habían decidido su destino.

Al conocer la decisión de la hija, los padres se aterraron. Vivir sin ella?... Una esperanza conservaban, sin embargo, que su hijo Luis desvaneció.

—No nos hagamos ilusiones, que al disiparse nos duplicarán el pesar, les dijo. Todo el amor de la mujer más amada, sería impotente contra una voluntad de hierro; Gustavo es esa voluntad. Nadie ni nada, conseguiría desviar á ese joven suave de su rumbo. A qué, pues, oponerse y luchar? Qué argumentos, que no fueran egoistas, podríamos presentarles?.... Qué compensación á un amor que triunfa del dolor...? A ella, qué podríamos ofrecerle en cambio? Un marido mediocre que nos la dejaría, pero que nos la haría desgraciada?.... Créanme, queridos viejos, lo único, lo mejor, será consentir, sufrir, callar ...dejar que Ana María sea feliz lejos de nosotros.

El pesar de Luis fué un gran pesar. En esa criatura había reconcentrado todas sus ternuras. Era la hija adoptiva de su corazón sensible como el de una mujer; como ella le bastaba, y el trabajo lo absorbiera, no pensó en formar su propio hogar. «Si te casas vas á repartirte, y yo no quiero», le decía, y esa manifestación abusiva de su niña mimada lo halagaba. Hizo vida mundana los meses que pasaba en la ciudad, para que los padres descansaran de tantas vigilias, aburriéndose heróicamente en las fiestas contínuas á que la

acompañaba. Gastaba más, en ella, en un mes que en sí mismo en diez.

Pero qué criatura deliciosa era Ana María á los diez y siete años!

Su dolor fué un triple dolor; el de sus padres, el suyo propio, también el de ella, que no hablaba nunca de lo que á todos atormentaba, y era su tormento. Más afectuosa, pero más reservada, porque hacía esfuerzos para no demostrar su sufrimiento, lo buscaba, y él la huía. Cuando conseguía retenerlo le tomaba las manos, miraba largo rato sus ojos de fiel Terranova, empinábase sobre la punta de los pies para alcanzar su hombro, y reposando ahí su cabecita lloraba largo rato sin sollozos.

Partió; llevóse tras de sí toda la luz, y su casa, su vieja casa, quedó en tinieblas.

Nunca volvió; las cartas se sucedían contando su vida feliz, al lado de aquel compañero de noble estirpe y de noble pecho, las obsequiosidades de una sociedad fría pero justa, que rendía homenaje en ella á la esposa de una de sus ilustraciones, alguna nueva expedición de su marido que la dejaba en la zozobra y en la tristeza, separación á la que no se podía habituar, el nacimiento de su primera hija, la publicación de un libro notable de Gustavo. Todas sus cartas se encabezaban: «Mis adorados papá y mamá« «Mis viejos queridos» «Adorados míos». Un día la correspondencia no fué ya, sino: «Adorada

mamá» «Pobrecita mamá mía».... después cesó... El padre primero, la madre después, habían abandonado, también para siempre, la vieja casa.

En el corazón de Luis, no se borraron jamás las huellas de estos tres dolores. En ese corazón justo y bueno se incrustó, á su pesar, un sentimiento amargo, un encono y un rencor para el extrangero que, un día, vino á robar la luz del hogar y le arrebató la hermana.

IV

La existencia de los esposos en Cristianía se pasó entre las angustias de la separación,y los goces de un regreso que libraba á uno de ellos de la muerte. En los largos entreactos de un viaje y otro se reposaban en su dicha.

Sólo después de algunos años les nació una niña hermosísima. La joven madre, de una naturaleza siempre débil, como si hubiese dado demasiado de sí misma á su recién nacida, empezó á sentir los primeros síntomas de un prematuro agotamiento. Las largas permanencias en el Mediodía, el refugio en esos climas templados en los que ella reconocía su cielo, provocaban reacciones en su salud, con alternativas de nuevos desmayos de su fuerza.

En su marido tan enamorado, sentía el mismo afecto paternal que en su hermano Luis. Bien sabía que, para aquel hombre, sería ella siempre la niña mimada, el ser de gracia y seducción; que él no exigía, no deseaba, ni esperaba de ella nada más; que le bastaba que fuera una criatura de delicias; que no ne-

cesitaba esforzarse en aprender cosas que la hubieran acercado, en espíritu, más á él; que su gran indolencia, su inhabilidad para todos los pormenores de la vida práctica, encontrarían eterna indulgencia; sabía que la amaba, él, tan sólo, porque era ella dulce de contemplar.

Llamábala Stella en recuerdo de su nave. «Si no te llamara mi Stella, te llamaría mi Dora» decíale tiernamente, recordando á David Copperfield.

«Quién es Dora, quién es Dora? preguntábale mordida por sus celos de mujer porteña, que esperaban un motivo para despertar. El sonreía con aire malicioso, y ella figurándose alguna novia muerta, alguna amante desaparecida, se enojaba. Después de intrigarla un tiempo, porque lo divertía, trájole el libro de Dickens, que leyeron juntos.

En su corazón había sin embargo la cicatriz de una herida que se abría cada vez que se preparaba una expedición; era la misma que en los suyos, allá en Buenos Aires, no se cerró jamás. Decíase lo que los otros decían; que Gustavo prefería su ciencia á su amor, pues posponía su amor á su ciencia.

Adoraba á su marido, pero no lo comprendía. Había aprendido á sentir, pero no le habían enseñado á pensar; sus ideas sin ser estrechas no eran amplias. Capaz de abnegación, hasta el olvido de sí misma, por las criaturas de su corazón, comprendía todos

los sacrificios que por ellas pudieran hacerse; pero su espíritu no estaba preparado para concebir la abnegación, el sacrificio «por las cosas», que así llamaba ella á los grandes ideales, á los grandes objetos de la vida.

La reputación ya universal de Gustavo, la palabra «ilustre», que había leído tantas veces acompañando su nombre, eran más que suficientes para enorgullecerla; habría sido más dichosa, porque se hubiera creído más querida, si le hubiera sacrificado todo. Sentía por él ese respeto que inspiran ciertos caracteres. Esos caracteres producen también cortedad, y ella la experimentaba.

Mas, ese hombre, todo interior, tuvo para la mujer querida, tan delicioso abandono, que nació, entre ambos, la absoluta confianza y le contó todas sus cavilaciones. Entonces, tomándole él las manos, como se habla á un niño á quien se necesita convencer: «Dime, querida mía, si en lugar de haber llegado yo á tu tierra, precedido por mi naciente fama, si me hubieran presentado bajo otro nombre, en otra forma, si no hubiera existido, en fin, la «Estrella Polar», crees tú, que tus padres hubieran consentido en entregarme su tesoro? Hubieras fijado tus lindos ojos en un desconocido ? Piensa en ello, Ana María, y eso sólo te convencerá, de que sería locura abandonar algo que vale hasta merecerte.» Le bastó.

La fortuna del señor Maura, fragmentada después de su muerte, había perdido mucho

de su peso. Gustavo, orgulloso y delicado, no quiso intervenir en nada de lo que se relacionara con la parte que tocaba á su mujer. Limitándose á aconsejarla que colocara sus fondos en propiedades que le produjeran una renta fija y segura, dejóla disponer á su antojo.

La persona encargada de la administración de esos fondos, la animó á que empleara una parte en acciones de minas en el Cáucaso, que producían un fuerte interés. El primer dividendo dió un resultado tan halagador, que fué ella misma la que se empeñó después en colocar allí todo lo demás. Al volver Gustavo de uno de sus viajes, en el que por milagro salvara su barco, la fortuna de su mujer había zozobrado. Las minas del Cáucaso hacían agua, y su director había desaparecido.

Ana María no conocía del dinero más que lo que el dinero da. Nada le había faltado nunca, nada le faltaba ahora, no se le ocurrió pensar que algo podría faltarle alguna vez, y olvidó.

Gustavo era de familia noble, recibía contínuas manifestaciones de admiración y de respeto, que le tributaban desde el rey hasta el último plebeyo, y fuertes retribuciones por libros y estudios que se le encomendaban, pero no tenía fortuna. Incapaz de privar á Ana María de ninguno de los lujos y caprichos, á que había estado acostumbrada toda su vida, no quiso ni supo guardar.

Pensaba con angustia en el día en que él faltara.... Cuántas veces en la obscura blancura de las noches árticas, recordando á los seres que eran alma de su alma, carne de su carne, lloró ese hombre fuerte, y temió la muerte! Pensando en el débil, en el lejano hogar, en lo que sería aquel *después*, llegaba á tomar forma tangible su pensamiento: la forma de una frágil hoja que arrastraba el viento...... y sentíase correr por las mejillas gotas de agua amarga que se congelaban.

Ana María habíase detenido en sus veinte años; era un milagro de juventud y de belleza permanentes. Dió á luz otra niña, á la que pasó toda su debilidad, y quedó muy delicada. Una nueva reacción se hizo en ella. Cuando se creía que su salud habíase afirmado comenzó á decaer.

Fué en Niza en primavera.... Durante una de las ausencias de Gustavo empeoró. A su vuelta, éste encontró una sombra que lo esperaba para desvanecerse.

La mujer tan amada, necesitaba su pecho para morir. En él murió, ignorando su fin, sin sufrimientos, sin sacudidas ni estertor, linda, suave, feliz de que hubiera llegado el día en que le prometía que siempre se quedaría allí, en que consentía, al fin, en «sacrificárselo todo.»

—Abran los balcones, pidió.

Gustavo y su hija consultáronse con la mirada: «qué pueden hacerle ya los cambios de

temperatura», se contestaron. Abriéronse las ventanas de par en par, y el aire arrastrando todos los perfumes del jardín, embalsamó la pieza.

Siempre en el pecho de su marido, abrió muy grandes sus grandes ojos, como para abarcar todo lo que se le ofrecía... En esa tarde tibia y apacible aparecía un cielo sin nubes, un mar sin olas y todo azul. En la semi-inconsciencia de la última hora, esa visión la transportó muy lejos...... Apretó la mano de su hija, clavó los ojos en el bien amado, y dijo en una voz que se evaporaba:

—Es el Plata..... !

Y en esa suprema ilusión entró en la muerte.

ALEJANDRA

Gustavo trasmitió á su hija Alejandra — Alex en el idioma familiar—no sólo su naturaleza sana y vigorosa, sino también su conformación moral é intelectual; su gran cerebro y su alma vasta.

Elejida por él, á quien tanto amaba, para reemplazarlo, adivinó lo que esperaba de ella,

y animosa, obedeció á la orden que sólo en intención se atrevió á darle. Comprendió, que á falta de un hijo, debía ella serlo; substituir á su padre en sus ausencias, prepararse para arrostrar la vida más tarde; que para conseguirlo necesitaba condenar su infancia y su adolescencia á una labor contínua, forzar su voluntad á aprender «más pronto», y encontrando en su inteligencia las razones de esta razón, se entregó al estudio.

Los libros austeros que leen los hombres—y muy pocos hombres—fueron sus diversiones; las figuras geométricas, los instrumentos de química, el globo terrestre, sus juguetes; sus fábulas, los clásicos que su padre amaba. Como hubiera dicho «Maitre corbeau sur un arbre perché», declamaba para él, ya entendiéndolo, «Canta, Oh Diosa! la cólera de Aquiles!» . . . .

Una vez acostumbrada al estudio se apasionó de él, y pudo complacerlo complaciéndose.

Pasó todas las clases, obtuvo título y títulos en la Escuela Superior de Mujeres de Cristianía; después siguió estudiando con Gustavo, que fué siempre el mejor de sus maestros.

Sin tiempo ni ocasión, no tuvo nunca amigas, pero tuvo amigos; los amigos de su padre, sabios, artistas, escritores, entre los cuales no había uno solo, que no sobresaliera del nivel común, Grupo de elejidos, que forma-

ban un ambiente especial y peligroso, para los que no habían de respirar siempre en él. Queríalos ella sin admirarlos; no conociendo otros, creía que todos los hombres debían ser así.

Su madre parecíale una criatura de excepción, como eran excepcionales sus ojos, sus cabellos, su color, su gracia de americana, y no entró á pensar en lo que podía faltarle. La cuidaba, la acariciaba, la reprendía, cuando exponía su salud tan delicada; era la niña fuerte, velando por la niña débil y enfermiza.

Gustavo señalaba á sus compañeros el grupo encantador. «Presento á ustedes señores, á la hija de su hija, con la madre de su mamá».

Así creció. Muy mujer, conservaba la delicadeza, el perfume, las debilidades de la mujer, sin la pedantería ni los aires pretenciosos con que suele marcar á otras el saber. Arrojaron semillas en su mente: tierra fértil, allí brotaron, eso fué todo.

Había en ella perfecta naturalidad, una docilidad que cedía siempre al convencimiento, un modo suave y afable, una amabilidad sonriente; el hábito de la reflexión sin ensimismamiento, una igualdad de humor inalterable, espiritualidad expontánea sin ironía ni mordacidad jamás; una prontitud brillante y vivaz de chispa en su réplica, que sorprendía. Decisión en sus actos; en su carácter firme, que resistía sonriendo detrás de su dul-

zura, mucha altivez en reposo; y aunque era sólo una niña ejercía ya sobre los suyos, la influencia positiva de su fuerza moral.

Poseía el don de la alegría, mucha sensibilidad sin sensiblería, un corazón que no había hecho sino amar, una frescura moral de clara fuente. Su alma, era como una planta que se desarrollara libre y sin esfuerzo al sol, sin nada cerca que la contaminara.

De una imaginación muy sana, apesar de sus lecturas y de sus estudios, conservaba intacto su candor; candor inteligente, bien diferente de las inocencias ridículas de algunas ingénuas. Había aprendido ciencias naturales; sabía pues, que las plantas nacen de las plantas, que los hombres nacen de los hombres, que todo ser nace de otro ser; bastándole, no se detuvo á pensar más. En ella no penetró jamás un pensamiento mórbido.

De estatura mediana, la proporción armónica de su figura la hacía aparecer más alta; de una elegancia innata, sus movimientos tenían una gracia vibrante, su andar ligero y rítmico era sin embargo firme; bien sabía ella donde ponía su pie largo y delgado.

Una cabellera rubia y brillante, suave como la seda, coronaba su cabeza y hacía un marco de oro á su cara expresiva de perfil neto, ancha frente, color primaveral, boca elocuente. Los ojos largos, llenos de inteligencia, de mirar profundo cuando se detenían en un pensamiento, algo soñadores, en los que no

se reflejaba nunca la malicia, tenían los cambiantes verde, azul, violeta y oro de los de Gustavo.

El seno desenvuelto, las formas ya acusadas, no quitaban nada á la flexibilidad delicada de su figura, que tenía toda la esbeltez de una ánfora. En su soltura de mujer bien hecha, en su amable gracia, en su belleza, en ella toda, había una seducción que no turbaba.

Llegó el momento de su entrada en el mundo.

Así, toda iluminada por su juventud, con el vestido y el velo blancos tradicionales de las niñas nobles, atravesó el salón de corte, lleno de concurrencia, del brazo de su padre que la conducia para presentarla á su soberano.

El viejo rey sintió como un súbito rejuvenecimiento á la aproximación de esa hermosa frescura, que se inclinaba ante él sin cortedad, y dijo, en una voz que llegó muy pronto á los oídos de los cortesanos: «quisiera disponer de una condecoración á la belleza gentil para ofrecérsela».

Tenía ya otra que la enorgullecía. Un brazalete de hierro con las palabras, en oro, del proverbio Armenio: «La buena hija vale por sí sola más que siete hijos», que su padre puso en su brazo izquierdo, el día que terminó sus estudios, y que no se quitó nunca después.

Gustavo la llevó á viajar.

Las ruinas y los restos consagrados no fué lo único que los sedujo en Grecia, sino también su naturaleza misma, suave hasta en el declive de sus montañas, apacible hasta en su mar; sus bosques de laurel rosado, la sonrisa de sus hijos, la diafanidad del aire, el color de sus flores y de sus frutos.

La visión del pasado permanecía en sus ojos. Si percibían ruido de pasos, creían que iban á ver aparecer alguna de las figuras para ellos familiares de ese pasado; si oían voces, esperaban el canto guerrero de sus soldados ágiles... Un día Gustavo la convidó «á un festín frugal de aquellos tiempos»: así decía la invitación. Gozaba contemplando á su criatura tan moderna, tan coquetamente moderna en su elegante traje de Doucet, sentada al aire libre, probar con fruición la miel, la leche de cabra, morder las frutas de los viejos pastores. Cerrando los ojos y apretando sus manos, con el entusiasmo con que expresaba el más ligero placer, exclamaba:

—Qué rico, qué rico papá! Es exquisito tu banquete!

—Exquisito, sí, porque es el paladar de tu imaginación el que lo saboréa, mi hija, le contestaba él, que había vivido más.

Conoció la Francia. Su capital recibió al padre, como ella recibe á todo lo descollante. Gustavo Fussller, además de navegante y explorador audaz, poseía otros títulos, que lo

nacían una gloria Europea: sus descubrimientos y observaciones, sus rectificaciones de la geografía polar, sus libros de ciencia, que revelaban á un admirable artista, y los que se leían con más placer que un romance.

Banquetes, recepciones, conferencias, sesiones especiales de Academias, fueron sus obsequios. En todas las fiestas ella aparecía sin despojarse un momento de su naturalidad candorosa. A aquellos hombres gastados en las alabanzas, parecíanles nuevas las que salían de los labios frescos de esa joven, en cuyos ojos entreveían ellos su alma elegante.

Tenía el arte del «bien decir». En una reunión de despedida, ofrecida por sus nuevos amigos, queriendo sintetizar sus impresiones, explicar, que apesar de ser mujer, de saber vestirse y amar la *toilette* como una parisiense; de admirar el movimiento, el lujo, los paseos, los teatros del gran París, no era eso lo que más la había hecho feliz, que no habian gozado allí sólo sus ojos; demostrar, en fin, el íntimo placer que le había producido también oír; reuniendo en uno sólo á todo ese gran cuerpo de intelectuales, dijo en voz alta y clarísima, estrechando la mano de un poeta de barba cana que descendía de la tribuna despaés de haber leído un poema que le estaba dedicado:

—Qué bien recuerdo ahora á aquella reina de la dulce Francia, que quiso «premiar con

un beso la boca, de donde salían tantas palabras doradas!»

Entraron á Italia. Deseó sola con su padre, libre hasta del guía que no necesitaban, visitar los antiguos monumentos; recibir con su maestro la impresión intensa y honda.

Llevó después á su madre. Ana María había recibido un barniz muy leve de instrucción. Un francés, que habló recién en Europa, un poco de geografía—la tierra es redonda; los continentes son cinco; qué es una isla?...—Otro poco de historia—Colón descubrió la América; San Luis, rey de Francia; Isabel mandó ejecutar por celos á María Estuardo; Napoleón—á tocar el piano y á pintar en seda. Más tarde al lado de Gustavo, aprendió algo más; pero aprender no es comprender. Cuando llegó á Italia, sabía ya que César conquistó las Galias, que Nerón incendió á Roma; pero en su cabecita no cabía la idea de aquel inmenso mundo desaparecido.

Alejandra le explicaba su historia como se explican las leyendas á los niños: achicaba, achicaba para ella las grandes narraciones.... «Mamá sábes cuántos gladiadores murieron el día que Tito inauguró este anfiteatro? Dos mil... Sábes cuántas fieras? Cinco mil... sábes cuántos días duraron las fiestas? Cien...»

Y para que se diera bien cuenta de las gigantescas proporciones y de la capacidad del enorme fantasma: «Cabían aquí, en el Coliseo, cien mil personas, mamá.»

En las catacumbas, mientras Alex iba leyendo con gran interés, á la luz del guía, los epitafios en las sepulturas de los cristianos y de los gentiles, ó los grabados simbólicos de algunas piedras, Ana María recorría las galerías lóbregas, interminables, prendida del brazo de su marido y cerrando los ojos como cuando atravesaba los túneles.

—«Aquí celebraban sus cultos los Santos Mártires, aquí se formó nuestra Iglesia. Lo que aquí se guarda son relíquias, no son muertos, pues, mamá.»

Gustavo conoció á su vez, el íntimo, el purísimo placer de guiar á su hija, á esa esencia de su propio espíritu, por el mundo creado para los elegidos. Ante los cuadros, las esculturas, ante lo verdaderamente artístico, se extasiaba. Había en ella tal intuición y tal preparación, su gusto era tan seguro, tan hecho antes de haber visto, que jamás se equivocó; su instinto la guiaba hasta la obra que debía admirar, y allí permanecía contemplándola.

Jamás sintió rubor ante el desnudo; admiraba la perfección de las formas, la verdad de las carnes, como admiraba el colorido de un paisaje, los sabios pliegues de una vestidura.

Ana María sentía, en cambio, ante ese desnudo cierta inquietud. «Cuando visites el Vaticano, mi hijita, te curarás de espanto» habíale dicho Gustavo. El día que se con-

venció que Venus habitaba también la casa de los papas, quedó libre de sus escrúpulos.

Y prefería las iglesias por sus nombres: «Santa María de Fiore», «La Madonna degli Angeli.»

Para distraerla, en ciertas viejas y feas ciudades, que no tenían interés para ella, en Siena, por ejemplo, su marido le decía:

—Aquí nació Santa Catalina, la Seráfica Doctora, la patrona de tu tía monja..

—Ah, sí!... Cómo te acuerdas, Gustavo!... Si me parece estar viendo el convento de la calle de Viamonte!...

Pero lo que la interesaba sobre todo, porque la conmovía, eran las ciudades y los monumentos que tenían «historia de amor»... Pia de Tolomei la hizo llorar, y mucho tiempo después, fuera de Italia, enferma ya, pedía: «Alex... Pia...!» y Alex le recitaba con su voz cantante:

ricordati di me, che son la Pía...

Desde una de las tribunas reservadas en San Pedro á las personas de distinción, conocieron al Papa-rey.

Cuando se oyeron las trompas de plata, anunciando que la procesión se acercaba, y se le vió aparecer en la «silla gestatoria» muy en alto, desde la que rezando bendecía al orbe, y atravesar el templo en medio de toda la majestad y la pompa de la Iglesia Católica, Ana María empalideció y creyó desmayarse.

Su hija miraba y pensaba: que no era eso lo que quiso Jesús, que no era eso lo que vino á prometer y á enseñar á los hombres el Hijo pobre de Nazareth; pero comprendía que ya no existía la simple fe, ni el alma sencilla de los primeros tiempos; que la Iglesia de Pedro el pescador tenía que luchar hoy con fuertes enemigos; y que para perdurar en el mundo, y estimular á las almas vacilantes de las razas imaginativas é impresionables en que estaba destinada á reinar, necesitaba producir en ellas, la profunda impresión que veía ahora en su madre.

Obtuvieron una audiencia.

El Papa-rey habíala hecho pensar, el Buen Pastor hízola sentir. Las lágrimas brotaron de sus ojos cuando sus oídos recogieron las palabras de bendición del anciano. «Benedicat-te-Dominus»... sintió que su corazón se elevaba, que su alma se estremecía.... después, una profunda paz: «la paz que el mundo no dá».

El Santo Padre tuvo especiales distinciones para con Gustavo, que era una eminencia, cuyos libros eran de los que él leía, y aunque en otra religión, su hermano en Cristo. Hízole preguntas sobre sus viajes, sus descubrimientos, su familia.

—Mi esposa es americana, Santidad.

—Ah, sí? dijo sonriente; Brasil.... Méjico... Chile?.....

—Nó, Santidad, de la República Argentina.

—Conozco, prosiguió aun más sonriente; hay allí muchos italianos, cerca de un millón..... Y será muy buena cristiana, no es verdad?

—Sí, Santidad, y mis hijas son como yo: católicas, apostólicas, romanas, respondió ella, animada ya por su bondad sencilla.

Alejandra conservó siempre en su memoria aquella voz augusta que repitió dos veces sobre su cabeza y la de su madre: «Benedicat te-Dominus.»

En España permanecieron mucho tiempo para prolongar la dicha de Ana Maria. No la encontraba ella en el Museo de Madrid, el Alcázar de Sevilla ó la Alhambra de Granada. La hallaba en respirar, moverse, sentirse vivir en la noble tierra de sus antepasados, entre gente de su temperamento, de sus hábitos, de su lengua; entre una raza de su propia raza. También, en la forma ostentosa y galana con que se manifestaba la admiración de los hombres ante su belleza; en la amabilidad de corazón y de simpatía de sus lindas mujeres,

La primera vez que asistieron á los toros, los ojos llenos de calor que iban hacia el palco que ocupaban, con la intención de conocer al Fussller, que los diarios saludaban como á un huésped ilustre, con biografías y puntos de exclamación, deteníanse sorprendidos y hechizados...Habían descubierto entre el hombre y la niña, hermosos tipos rubios del Norte los dos, como colocada ahí por el azar, esa figurita morena, ligera, inquieta y delica-

da, que con su mantilla blanca, su gracia y sus claveles, parecía robada de alguno de los cuadros de sus Museos.

«Dónde ha atrapado este cazador de focas ese colibrí?...»

«Cuándo vino á buscar ese grano de nuestra más fina sal?...»

«En tiempo de la guerra de los moros y los cristianos...» solía decir más tarde, de vuelta en su tierra, Gustavo, refiriéndose á su reciente excursión por las provincias Españolas.

Ana María conocía á los conquistadores árabes á través del tradicional título de «perros moros» el que provocaba una indignación en Alex «que brotaba hirviendo á borbollones» según aquélla. Era á esta lucha entre hija y madre, á la que aludía Gustavo.

—Nó, mamá, no eran crueles ni sanguinarios, eran benignos y tolerantes... A los cristianos les dejaron sus cultos y sus leyes.

—Nó, mamá, no eran bárbaros ni salvajes!... Cuántas cosas les debemos! ... Lo que ahora admiramos son restos de su efímera y brillante civilización... Pregunta á papá, añadía, percibiendo en su madre un mohín de antipatía é incredulidad; que él te diga, si estaban adelantados, ellos, en esa rama de la ciencia, que nos lo hace á él tan notable.

—Cómo me duele, mamá, que hables así... Yo los adoro, proseguía con su apasionada vehemencia, porque son poéticamente melancólicos... Y tan melancólicamente resigna-

dos!... No es verdad, papá? No es verdad que ellos nos enseñan una dulce resignación?

—Sí, mi hija, Alex tiene razón, contestaba el infalible juez. Recuerdas que lloraste la primera vez que tus ojos vieron el cielo de Italia? Pues así lloraba uno de sus eminentes soberanos cuando veía una palmera de Siria, que como á tí el cielo, le recordaba el lejano país natal. Y mira, aprende tú, querida, las palabras con que el último de ellos consolaba á sus compañeros que lloraban al dejar, expulsados, esta linda tierra de Andalucía: «No lloremos por bienes agenos, nada es nuestro, todo es de Dios!»

Todavía cuando admiraban la Giralda, Alex deslizó en el oído de su madre, con un gesto de cariñoso desafío: «Esto es obra de uno de ellos!» Y en la corrida de toros, dándose vuelta, para no ver á un caballo moribundo, vacío ya de sus entrañas, que se extremecía en la arena, apretando su brazo con horror: «Esto no lo hacían los perros moros, mamá».

La voz de su hija era el goce íntimo, el supremo orgullo de su padre. En su gran salón-biblioteca, donde se tenía la reunión familiar, la madre sentábase al piano, y Alex cantaba. Su acento, brotaba puramente apasionado, tiernamente ansioso en el relato de Lohengrin; transparente y sereno, ligado como los sonidos de un violoncello en el Ave María de Gounod; reconcentrado, intenso,

agitado, ardiendo como una llama interior que quiere ocultarse, en los sublimes *lieders* de Schumann.

—La Estrella, pedíale aquel pequeño público artista y recogido.

Y ella empezaba:

«*Oh! tu, bell'astro incantator*....»

Después, á su voz delicada y profunda, uníase la voz grave de barítono de Gustavo; elevábanse las dos, para recogerse siempre unidas, y terminar así la soñadora canción.

Los amigos de Cristianía, conservaron en su memoria la visión de ese grupo admirable: la Fuerza, la Juventud y la Belleza.

Así era Alejandra. Su padre creyó formarla para la vida y la formó fuera de ella. Alex concebía un mundo irreal; un mundo justo, bello, bueno.

Sabia vendar una herida, curar un enfermo, aplicar el remedio que aplaca el dolor; no sabía que el alma tiene llagas. Sabía que hay delitos que condenan los códigos y pierden á los hombres; pero hasta ahí sólo llegaba su ciencia del mal.

Delicada y pura, se hubieran gritado en sus oídos los más monstruosos vicios de la humanidad, sin que ella se ruborizara á fuerza de ignorarlos. Nacida, crecida entre hombres excepcionales, hija de un hombre excepcional, no conocía las bajezas, las mezquindades ni la traición.

Le habían enseñado todas las lenguas, pero no entendía el idioma de la multitud.

Y así, contenta, feliz de lo que sabía y de lo que ignoraba, miraba pasar la vida desde una gran altura.

Después del nacimiento de su hermana, Alejandra dedicó sus cuidados inteligentes á fortalecer en lo posible una naturaleza agotada antes de usarse. No era cuidar á un niño enfermo ó débil; era hacer revivir á un sér inconcluso, consagrarse como una vestal á velar la pequeña llama que se le extinguía.

Aquella niña, nacida antes del tiempo natural, fué depositada como una larva entre algodones, á la alta temperatura de una incubadora. El cuerpo diminuto comenzó á modelarse, brotaron las uñitas, una pelusita fina, fina, cubrió su cabeza como un polvo de oro, sus ojos pudieron soportar la luz, los labios encontrar ya sólos el seno nutritor; nacieron sus primeros dientes blancos y menudos como granitos de arroz, aprendió á agitar las manos y extender sus bracitos, á conocer y á nombrar á los que la rodeaban; pero cuando cumplió dos años, fué forzoso convencerse que sus piernas estaban condenadas á la inmovilidad.

Se hicieron en ella experimentos, se probaron sistemas, inventos, remedios; energía, tenacidad, paciencia, todo se probó. Los médicos, que eran los sabios amigos del padre, agotaron hasta la última gota de su ciencia. Todo fué inútil. Hasta las rodillas solamente había vida; la niña concluía ahí.

Se desistió de curarla, ya sólo se trató de conservarla. Sus pobres miembros descansaron, y Stella dejó de sufrir. La instalación en su cochecito de inválida tuvo, para los suyos, toda la importancia de los hechos definitivos.

Stella, á los seis años, era una criatura extraordinaria; la impresión que causaba era de asombro. De un desarrollo mental casi inverosímil, parecía que su espíritu hubiera absorbido toda la savia que faltaba á su cuerpo.

Muy pequeña cuando su madre murió, habituada á los cuidados de su hermana, no pudo ni sentirla ni extrañarla. La conoció recién mucho tiempo después, cuando fué capaz de comprender lo que Alex le decía: «Mamá es muy linda, muy buena, nos quiere mucho y está en el cielo.» Entonces pensó en ella, imaginándola adorable, sin defecto, esperándola sonriente allá....

El sistema de vida que fué necesario imponerle, el ambiente especial de su casa, que era el mismo en que su hermana habíase desarrollado, la falta de niños de su edad cerca de ella, la melancolía que la muerte de su

mujer dejara en su padre, forzaron su inteligencia, y pensó, antes de tiempo, como había naeido.

La mayor, sabiendo que nada era posible, que esa existencia persistía tan sólo como una concesión, se propuso que esa criatura casi inmaterial pasara por la tierra, sin conocer lo que la tierra tiene: el dolor. Apartó de ella todo lo que podía revelarlo.

No le ocultó la muerte. Comprendía que hubiera sido un error. La inteligencia precoz de la niña, la habría concebido aun sin saberla. Callarle un nombre que le llegaría bajo cualquier forma, sería obligarla á pensar en él. Y como ese ser le estaba á la muerte dedicado, quería que fuera á ella sin temor. Se la mostró no como un fin, sino como un recomenzamiento, no como un pasaje de la luz á las sombras, sino de las sombras á la luz. Y así su amor piadoso,—sin otra intención que la de preparar con anticipación una hora fatal—inculcó fácilmente en ese espíritu de niña, el dogma que cuesta tanto á la Iglesia inculcar en los hombres: la resurrección de las almas.

Stella hablaba y pensaba de la muerte con la misma naturalidad que de los viajes de su papá, cuyos azares ignoraba, y su corazón se formó intrépido para aguardar el único peligro de que su hermana no podía preservarla.

Componíale cuentos que parecían oraciones, y oraciones que parecían cuentos. En los

primeros, los ángeles bajaban á mezclarse con los niños, en las segundas, los niños subían á mezclarse con los ángeles.

Nada triste, nada sombrío, en la religión que le enseñaba. Una gran omnipotencia y una infinita bondad: ese era Dios. La única perfección que haya la tierra conocido desde que se formara—perfección suave, dulce, humilde, indulgente, llena de amor y de ansiedad—un hombre superior á todo lo creado, y que conoció también la muerte, era Jesús. María, una figura blanca y delicada como una paloma, pura y perfumada como un lirio, linda y buena como su mamá. Sólo el paraíso de los Santos, la gloria de los Serafines; ni purgatorio ni infierno. Para qué necesitaba conocerlos, la que moriría sin pecar?

Aprendió á leer casi sola en sus libros de imágenes, supo escribir por su sola voluntad; dibujaba con su lápiz y sus colores todo lo que veía, y aprendía á sacar bonitos sonidos de una pequeña y coqueta guitarra, en la que Ana María solía cantar unas vidalitas para su marido.

Al alcance de su mano, estaban siempre sus juguetes, sus libros, sus objetos preferidos.

Un cochecito especial le fué enviado, un día, por la princesita Amelia, nieta del soberano, que la conoció en la playa. «La hijita de Cristian de Noruega, á la hijita de Gustavo Fussller», decía la tarjeta.

Su cabeza era una maravilla. Su color ha-

bría sido moreno sin la palidez transparente que lo emblanquecía, no la amarillosa de la cera, sino una palidez fresca de flor. Su boca era la de su madre, mas solo en la forma, aquella no se entreabrió sino para sonreir, ésta había conocido ya las crispaciones del dolor. Su naricita, levantábase un poco al aire, sólo lo suficiente para dar á esa fisonomía, una gracia infantil, que algo mitigara la demasiada gravedad de su expresión.

Su frente ancha y fugitiva, abríase en las sienes, antes de perderse en un nido de cabellos obscuros con reflejos. Los ojos... Ah! los grandes ojos de Stella, color del ambar, que parecían más bien dar que recibir la luz!... La expresión de esos ojos dolientes, de una infinita dulzura, en los que no había sombras, no se olvidaba jamás. Eran dos astros; tenían todo el brillo melancólico de la Estrella patrona de su nombre.

Nada de enfermizo, nada de morboso en su aspecto; era ella una degeneración, no una degenerada.

En las largas temporadas que permanecía en las costas del Mediterráneo,pasaba todo el día en la playa bañándose de sol, saturándose de las exhalaciones salinas del mar, y era centro á donde convergían las miradas, el interés de todos. Los niños más humildes jugaban con ella, los más aristocráticos tiraban su cochecito; unos y otros, entremezclándose, formaban grupos, para que los fotografiara;

las madres la acariciaban con los ojos húmedos! Había en ella tal poder de seducción, algo tan inexplicable, que nadie pasó nunca por su lado, ni la duquesa ni el pescador, que no volviese la cabeza para mirarla otra vez.

Bien veía ella, que era diferente de los otros niños; que no era solamente una enferma, que era una excepción; bien sentía en todas las caricias una compasión. Pero tenía el instinto de la discreción, del fino tacto; nunca preguntó lo que no debía saber, algo le decía que debía siempre ignorarlo.

No pudiendo caminar, sus ojos recorrían las grandes distancias. Todo tenía interés para ella; sus pupilas parecían siempre dilatadas como para abarcar más en menos tiempo; el menos tiempo de su corta vida. Pero su interés era más vivo por todo aquello que tenía movimiento; observaba á los niños que corrían, á los animalitos que saltaban, el andar rítmico de su hermana, y las olas de su amigo el mar. Seguía largo tiempo con los ojos el vuelo de los pájaros....

Miraba con ojos más ansiosos á los árboles, que perdian sus hojas, y volvían á reverdecer; que nacían, crecían y morían en un mismo sitio, y pensaba en la similitud de su pequeña existencia con la de esos grandes seres de la vida vegetal.

Todo esto era confuso en esa alma de seis años, pero iba acostumbrándola á la meditación.

Al fin llegó el día sin regreso.... «Mi padre no vuelve!» fué el grito desolado de Alejandra. «Gustavo Fussller no vuelve!» contestóle en el duelo toda la Nación.

Ella, una vez impuesta de su última voluntad, la cumplió «sin detenerse á pensar más sino en que él así lo quiso». Cuando supo que su tío la esperaba, tomó á su hermana, y dejó su casa, su país, la Europa, en busca de lo desconocido.

Así se deshacía ese hogar feliz y joven. Era ya, ahora, la fragil hoja que arrastraba el viento, de la visión que arrancó lágrimas á Gustavo en las soledades de las noches árticas.

V

La casa de Maura Sagasta daba la idea de una ancha existencia de lujo y de respetabilidad.

Estar relacionado con ella, ser convidado á sus fiestas, era una aspiración para los que hacen vida social.

El hijo mayor de don Luis—quien llevando el mismo nombre que su padre, agregó al suyo el apellido materno, Sagasta—habíase casado poco tiempo después que Ana María. Cansado á los treinta y seis años, del cansancio de no haber vivido, sabiéndose incapaz de amor violento, y seguro de no necesitarlo para encontrar en el matrimonio lo que buscaba: llenar el vacío que su hermana le dejara, rodear de nietos á sus viejos solos é inconsolables, se decidió á fundar una familia.

Eligió á Carmen Quiróz, la que, buena moza—lo bastante para ser agradable á los ojos

sin retenerlos—naturaleza sobria y fría, que se exteriorizaba, aire reposado y serio, imaginación ciega, humor igual sin animación y sin alegría, reunía las condiciones que hacen posible la estabilidad y la armonía de una unión sin calor.

Un afecto tranquilo, una tranquilidad afectuosa, eran los elementos principales de la perpetuación de esta armonía, garantizada ya por el hábito de veintinueve años de vida común. La prescindencia de la mujer en lo relacionado con los negocios é intereses, del marido en las cuestiones y administración domésticas, no daban ocasión de aparecer, al carácter débil del uno, al dominante de la otra, é interponía, entre ambos, como un acolchado blando y aislador, que les evitaba todo choque.

La fecundidad de la esposa respondió al deseo del esposo: dióle ocho hijos.

De inteligencia estrecha como su moral y su religión, de principios severos é intransigentes, de una virtud poco amable como su caridad, llena de prejuicios, solo conocía un temor: los comentarios del mundo; una pasión: la maternal. Temor, que era terror servil por el qué dirán; pasión absoluta, ciega, llena de debilidad y de transigencias por todo lo que pasó por sus entrañas.

Intolerante para con todo aquello que no estuviera dentro de las más estrechas leyes sociales, para la más pequeña incorrección

moral, era todo indulgencia con los vicios de algunos de los suyos; del hijo porque era el hijo, del yerno porque hacía parte de la hija. Su rigidez implacable en las prácticas religiosas, que no hubiera permitido faltar á misa á un agonizante, abstenerse del ayuno á un tísico, provocaba una flaca observación de su parte, de tarde en tarde, á los hijos que no pisaban una iglesia nunca y las regalonerías de las hijas, pasaban por razones justificativas que tranquilizaban su conciencia.

«Mamá, no puedo ir á misa porque me duele la muela», decía una de las menores, mostrando entre sus labios unos dientes blancos y sanos, que la desmentían. «Jesús, mamá, con tus vigilias nos vas á estragar el estómago y á debilitarnos!» se lamentaba otra, gruesa, fuerte, con unos colores que respondían de la solidez de su estómago y de sus pulmones. Con esto, en misia Carmen, desaparecía todo escrúpulo.

Entre cinco hijas mujeres y tres hijos varones, repartía su corazón y sus debilidades.

El primogénito, Carlos, mediocre é incoloro, casado con Elena Prado, niña de familia pobre distinguida, linda, y superior á él moral é intelectualmente. Muy enamorado de ella, y naturalmente vanidoso, habíala colocado á una altura de lujo de la que no habría podido verla descender. Para el caso de sentirla amenazada, hubiera sido capaz de una de esas luchas á todas armas con la suerte,

que arrastran lejos muchas veces... La belleza de la jóven, que ponía una nota brillante de arte decorativo, en las fiestas tan mentadas de su casa, compensaban, para la orgullosa misia Carmen, la falta de fortuna.

Carmencita, la segunda, á la que una maternidad copiosa como la de la madre había deformado, conservaba su cara bonita insignificante. De inteligencia nula, exenta de toda coquetería,—lo que es delito ó es virtud según su clase y sus fines,—de carácter apático, no la animaban sino las enfermedades de sus hijos, y los celos que despertaba en ella su marido, Alberto de la Riega, con quien se había casado por amor, muy jovencita. Era el tipo genuino de la mujer cargante, cuyo cariño abruma más que el odio, y de la madre tierna, débil y vulgar. Su marido, muchacho lindo, elegante, nada tonto, espiritual, de buen carácter y genio alegre, vicioso y cínico, con calor en el corazón y rasgos caballerescos, casado por la posición y la fortuna, tratábala bien en la forma sin importársele de ella. Quería á sus hijos casi sin conocerlos, y al «viejo» comprometiéndolo en garantías y deudas de juego; bromeaba continuamente con su suegra y sus cuñadas, llevábase bien con sus cuñados; conservaba toda su libertad, vivía en el club, provocaba los celos de su mujer con aventuras ruidosas que le llegaban de cuando en cuando.

Enrique, un buen mozo enamorado de su

hermosura, egoísta, indiferente á todo lo que no fuera gastar, ostentar, divertirse. Afortunado cerca de algunas mujeres frívolas y coquetas, comprometíalas por amor propio, mezclando á sus nombres otros nombres completamente extraños á sus pretensiones, y que, así mezclados, quedaban en el espíritu de muchos por la simple aseveración de un fátuo. En cambio, no era afortunado en el juego; arrastrado á él por la mezquina ambición del lucro, no por la pasión como su cuñado Alberto, en su afán insistente, iba internándose en el camino sin límites.... Gastaba y perdía el dinero de su padre, preparándose á hacerlo, más tarde, con el de alguna rica heredera, huérfana, en posesión de su fortuna.

María Luisa era el reflejo de su marido, hombre serio que se imponía; grave, con pretensiones al talento, abogado estudioso y de reputación, el Dr. Miguel Linares. Su suegra que decía «Alberto», lo nombraba «mi yerno, el Dr. Linares».

Isabel, grande, hermosa, con tendencias y temores á engrosar, de facciones correctas, cabellos, cejas y ojos muy negros, mejillas muy rosadas, pies y manos grandes como los de la madre, voz algo ronca como la Perla, comparábasela á Juno, y tenía fama de belleza en el interior y en el exterior. Sus opiniones prevalecían, sus juicios eran inapelables; su rol de *professional beauty* hacíanla gran

soberana en esta casa de pequeñas soberanas, á las que Alberto solía llamar, «mis cuñadas las municipalidades» aludiendo á la autonomía desbarajustada de este régimen provincial.

Emilio, delgado, moreno, feo, despreocupado en su traje y en todas sus cosas, parecía no estar unido á su familia sino por el cariño. Físicamente parecíase á su padre, moralmente á ninguno. Muy inteligente, de ideas avanzadas y carácter independiente, tenía mal genio y nobilísimo corazón. Adoraba á su padre, admirando hasta el enternecimiento su gran bondad. Perezoso, no estudiaba, pero leía. Nunca fué preparado á un exámen; los profesores le encontraban tan simpático y tan abierto, sus respuestas eran tan inteligentes, aunque fuera de un programa que no conocía, que año tras año, inclinábanse á la indulgencia. Sus amigos eran casi todos estudiantes, entre ellos muchos provincianos, que si vestían mal, trabajaban bien su porvenir, siendo los más estudiosos, los más modestos, los más ambiciosos y los más tenaces.

Ana María, era la favorita de su padre— que quiso darle el nombre de su hermana— de su hermano Emilio, de Alberto, de miss Mary y de los criados. Amable, buena, traviesa, generosa, franca, siempre contenta, llenaba la casa con sus risas y sus cantos. No tenía más belleza que sus ojos, sus dien-

tes, su color y su gracia; con tan poco, encantadora.

La última, Máxima,—la Perla—aquel Señor sin ley ni rey, héroe de tantas aventuras...

El tronco de estas ocho ramas, encerraba todas aquellas cualidades que acercan más á la perfección; pero cualidades blandas, sin médula y sin eficacia. Deseábase verlo despojado de algunas de ellas, como de un exceso, en la esperanza de que eso entonara su carácter débil y debilitado, su voluntad caída en la enervación. Asemejábase á un instrumento de alto mérito, pero á cuyas cuerdas sin templar, sueltas, flojas, faltara el sonido y la vibración.

Nacido, crecido, hecho hombre en el campo, sin amigos, lejos de sus hermanos--uno de ellos militar y el otro asociado á un ingenio de azúcar en Tucumán y establecido allí,—sin más sociedad que la naturaleza, sin el hábito de la lectura, hízose un contemplativo y su imaginación se embotó. No pudo imaginar, pues, placeres y goces que no conocía, y su juventud plácida se pasó sin desearlos. Temperamento frío, tranquilo y ordenado, no habiendo tenido en sí mismo pasiones, vicios, ni turbulencias que combatir, no sabía combatirlas en los otros.

Una vez sus hijos grandes, dañados ya por las condescendencias de la madre, no supo dirigirlos y cada uno se entregó á sus propias inclinaciones. Creyó enseñarles el trabajo es-

tableciendo un escritorio á cuyo frente colocó á Carlos, con todas las atribuciones, entregando á Enrique la dirección de una estancia —la vieja estancia en que él y sus hermanos nacieron—á la que éste convirtió en cabaña modelo y en Stud, que comían diez veces lo que producían.

Las hijas, que lo querían entrañablemente, habrían visto en sus labios un no, como uno de esos fenómenos en los que no se cree; y á él, hubiérale costado más encontrarlo, para ellas, que todos los sacrificios que el pedido pudiera haberle impuesto.

Pacífico, modesto, enemigo de ruido y de ostentación, nunca había hecho sin embargo, la más pequeña observación por las fiestas que se sucedían en la casa, el lujo en que se vivía, ó los gastos que todo esto ocasionaba. Su bolsa y su condescendencia no se cerraban jamás.

En esas fiestas, á que se veía obligado á asistir, aparecía afable, con esa sencillez con que cumplía todos sus deberes. Sus fiestas eran las reuniones familiares del domingo, y el mes que pasaba en la estancia todos los veranos con su mujer y con sus hijas, que iban hasta allá por complacerlo.

Desde la muerte de Gustavo Fussler, iba desvaneciéndose para Alex la nebulosa que le ocultara la vida. Ahora sentía que, como un recién nacido, iba á entrar en ella. Y midiendo la altura á que se había mantenido su existencia hasta entonces, se dijo: «Es el lento declive que comienza».

El choque que recibiera en el dintel de la tierra y de la casa extrañas, llevóla á comparar el hoy con el ayer, y sintióse removida hasta la desesperación. Las lágrimas que derramaba, eran sus primeras lágrimas amargas, y éstas la alejaban por instinto de las personas que aún no conocía, y con quienes debía vivir en adelante. Su inexperiencia le impedía juzgar imparcialmente los actos agenos; no podía distinguir, pues, todo lo que había de involuntario en lo sucedido.

Después de separarse de su tío, pasó el fin de la noche sin dormir, caminando agitada, ó apoyando su frente contra los vidrios de su balcón, mirando el cielo obscuro que parecía llorar con ella.

Con el alba entró en la reflexión, y salió convencida de la esterilidad de lágrimas que enervarían sus energías, determinada á crear su independencia dentro de la casa inhospitalaria á que su padre la enviara, alejando así, la más remota posibilidad de humillaciones á su dignidad.

El alba había disipado las nubes y calmado el viento; el sol llegaba. Se impuso, tam-

bién ella reaccionar, y se irguió resuelta. Su instrucción, la contínua labor de su adolescencia, no habían tenido otro fin que preparar este momento. Respondería á las previsiones de quien habría de ser siempre su guía.

Insensibilizada para todo lo que no fuera su conmoción interior, y sin ningún temor ya por las nuevas impresiones que iba á recoger, esperó la hora de entrar en la familia de su madre, bajo una sensación de absoluta indiferencia.

No fué indiferencia lo que encontró; se le manifestaba, momentos después, tanta afectuosidad que creía no estar despierta. Cuando hubo recibido los abrazos de sus primos, reunidos en el hall para conocerla, su corazón se desentumeció. Se le hacían mil preguntas, se la rodeaba, se le demostraba un interés caluroso y cordial; su misma tía, desenredándose de sus aires de condescendencia, conseguía parecer afable.

No fué menor la sorpresa de los otros; en lugar de la mujer tiesa, brusca y reservada que imaginaban, conocieron á Alejandra.

Faltaba Stella, la enferma, la niña inválida é inutilizada, de quien dijera el padre: «Quién que no fuera de su propia sangre consentiría en cobijarla?».

Fueron todos á ella por atención y misericordia. Iban á ese fragmento de vida, que concebían como un pequeño sér raquítico y

terroso en su niñez decrépita, y los deslumbró aquella flor de luz!

La conquista fué rápida, inmediata, absoluta; la huérfana quedaba adoptada, pertenecía ya á todos y á cada uno de aquellos que hacía un momento pensaban en su deformidad con desconfianza.

—Cómo te llamas, mi hijita?

A esta pregunta, obligada para todos los niños, ella contestó con su voz musical y su suave despejo:

—Stella, como el barco de mi papá.

«Eres realmente una estrella!» pensaron todos acariciándola.

En las preguntas, las explicaciones, la perturbación que produce siempre el cambio de medio, la iniciación en hábitos distintos, se pasó rápido el día. Alex, cuya sobrexcitación decaía, sintió la necesidad imperiosa de descansar. Retiróse temprano á su habitación. Su hermanita dormía tranquilamente; la besó tres veces en la frente, como hacía siempre al dormir y al despertar: «por mamá, por papá, por Alex», y se acostó para reposar al fin.

Durante algunos momentos pasaron ante sus ojos sombras vagas que se entrecruzaban: amigos de Cristianía, su tío Luis, una de sus primas, la negrita, la Perla... Más vagamente aún y más lejanos, el camino líquido que acababa de recorrer... la nave de su padre encallada allá en las tierras heladas... la figura

ruda y bondadosa del capitán del buque que las trajo á América... el dulce rostro sonriente de su madre... Después, toda esa confusión sumergióse en un profundo sueño.

VI

—.... Van á decirme ustedes que sí; no es cierto, tíos? concluyó Alex que conversaba cordialmente con ellos en una pieza cuadrada, espaciosa, confortable, que llamaban «el costurero», destinada á la intimidad.

Desde hacía un mes espiaba la oportunidad de poner en práctica su resolución: ganar su sitio y el de su hermana en aquella casa. Hoy lo pedía en una forma delicada, haciendo valer como una necesidad de su espíritu, lo que era realización de sus propósitos.

Miss Mary, viejo jefe del ejército de hijos y de nietos, después de quince años de batallar con sus propios soldados—desde Isabel á la Perla, desde Emilio á los hijos de María Luisa y Carmencita!—exigía medio retiro. Además, sus lecciones eran deficientes, y había que traer maestros extraños, que daban las suyas mal y de prisa. Para qué todo esto si ella estaba allí?

En mucho tiempo ni su estado de ánimo ni su luto le permitirían entrar á la vida mundana que hacía la familia. Si no se le consentía tomar á su cargo la enseñanza de los niños la condenarían á una existencia solitaria y vacía. Miss Mary podía quedar de gobernanta; ella se responsabilizaría de la instrucción.

He aquí las razones que presentaba como base de su pedido. Misia Carmen encontraba demasiadas ventajas en la proposición, para no haberla aceptado en su interior mucho antes de condescender. Su marido viendo en ello una distracción únicamente, como siempre dijo sí.

Al día siguiente organizó su escuela.

Los discípulos aprendían las lecciones, la docilidad y la disciplina insensiblemente, al lado de quien se imponía convenciendo, y les enseñaba divirtiéndolos.

La joven seguía así la línea de conducta que se había trazado, ayudada por su carácter firme, viviendo retirada, en el ambiente cándido que creaban los niños á su alrededor, apasionados de ella, idólatras de Stella, que era ejemplo, premio y estímulo.

Su alma estaba melancólica; su herida era demasiado fresca para admitir aún otra esperanza, que la esperanza pasiva de que su existencia actual no cambiaría. Creía que la muerte de su padre había sido la descoloración del mundo, el fin de su alegría.

Sin embargo, muerto, vivía en ella; todos sus actos estaban destinados á complacerlo todavía; la comunión de sus espíritus continuaba á través de la muerte.

Cuántas veces se sorprendía repitiendo á sus discípulos las mismas palabras que él le repitiera cuando era una niña como ellos. Un día, por ejemplo, reprendiendo á Albertito, muy irritable, le dijo: «La cólera es una corta locura». En el acto se preguntó: «dónde, dónde he leído esto yo... cuándo lo he oído?»... Y de pronto recordó, sus ojos lo vieron, sus manos lo palparon, al libro azul que una noche, cuando tenía trece años, encontró al acostarse, abierto, sobre su almohada, y la raya roja del lápiz de su padre que marcaba la máxima de Horacio. Era una reprensión á un momento de impaciencia.

Poco á poco fué agrandándose el círculo de su tarea. Una de sus primas le pidió que le enseñara el inglés, otra el dibujo, Isabel deseó perfeccionar su francés...

A medida que iba entrando más hondo en el conocimiento de esta familia típica porteña, notaba que los padres se preocupaban de instruir, descuidando el educar, dos cosas tan distintas.

Y así era, que poseyendo corrección en los modales, finura y moderación en las palabras, carecían todos en aquella casa de la educación interior, que es formación, desenvolvi-

miento, perfeccionamiento de la inteligencia, del carácter, del corazón.

Por ella comprendía ahora lo que faltaba á los hijos generosos y despiertos de la hermosa tierra de su madre. Descubría que estaba en una sociedad moralmente ineducada, en la que era absoluta la despreocupación de enseñar y de aprender á pensar; que era ésta la razón por la cual apesar de la asombrosa facilidad de comprensión, y el desarrollo de la facultad intelectiva de los más, tan pocos descollaban; por la cual, también, mientras en otras había tantos hombres superiores con inteligencias mediocres, en ésta había tantos hombres mediocres con inteligencias superiores. Se asombraba ahora menos de que se consideraran todavía como cosas secundarias, el arte, las letras, la misma ciencia; de que la intelectualidad no tuviera su ambiente.

Estas observaciones guardábalas bien ocultas para sí; tenía demasiado tacto y cultura para dejarlas entrever.

Mantenía relaciones cordiales con sus primas, sin mezclarse á su torbellino festivo y bullicioso. Vivía entre gente buena sin bondad; de esa que no hace el mal, pero no sabe evitarlo, que sólo ve el dolor en las lágrimas. No se preocupaban, por lo tanto, de consolar su inmensa pena sin lamentos; y así sentía cada día crecer el vacío de un afecto más consciente que el de los niños, más viril que el de su tío.

Trataba de disciplinar su imaginación, no permitiéndole traspasar los límites donde comenzaba el peligro; detenía su pensamiento, que se volvía con una especie de fascinación hacia el pasado.

Con la pequeña renta de una propiedad que quedó á su madre, atendía á sus necesidades y á las de su hermana, sin verse obligada á pedir jamás á los otros.

Emilio, que ayudaba á su padre, tuvo que ir á la estancia; ofrecióse ella para tomar á su cargo interinamente la correspondencia y los libros, mientras tanto. Se aceptó el ofrecimiento, y encontraba gran placer en un trabajo que obligándola á permanecer muchas horas cerca de su tío los aproximaba más, y establecía entre ambos la confianza. Así se conocieron íntimamente los dos.

Con un cariño cuyas nuevas raíces se enterraban muy hondo, quería don Luis á Alex ya, por sí misma, sin necesidad de recordar de quien era hija. Había en su cariño además una ternura compasiva, como temiendo para ella algo desconocido. Alex lo quería en igual medida, admirando su gran bondad, su corazón generoso y sensible, sintiendo igual ternura compasiva que la de él por ella. Compasiva por algo desconocido, inexplicable también. Lo aligeraba de trabajo, jugaba al ecarté, tenía con él largas conversaciones en que se repetía sin cesar el nombre de la adorada Ana María, y leíale cosas agra-

dables, que lo distraían sin obligarlo á pensar.

Emilio, el muchacho noble y violento, refractario al movimiento mundano, había tenido tiempo de descubrir toda la superioridad de su prima extrangera. Se apasionó de ella. Demasiado inteligente para no darse cuenta de que era, y sería siempre el niño á sus ojos, hizo de la joven, que lo deslumbraba, su amigo, su maestro y su consejero.

Los yernos tenían con ella atenciones excepcionales. El importante Doctor veía un interlocutor digno de él. Alberto, gran conocedor, adivinaba detrás de esa joven de luto, que había llegado enflaquecida y desfigurada por el dolor, á la mujer elegante y seductora que había sido, y que sería después....

Hacía un año y medio que Alex y Stella vivían en la casa de sus tios.

En ésta, el domingo se destinaba á la reunión de la familia. Cada uno tenía su asiento fijo en la mesa, y esa comida semanal era la única obligación de que ninguno de sus miembros se creía dispensado.

Contábase entre ellos á las dos hermanas de misia Carmen. Dolores, soltera, muy mística, angelical. Al perder, cuando joven, á su novio, se retiró del mundo consagrándose á Dios, y á hacer beneficios y caridades; dedicaba su fortuna al alivio de los que sufren, y también de los que caen. Escondíase de su hermana, en cuya casa vivía, para socorrer á

algunas criaturas que había perdido el vicio ó la necesidad; lavaba piadosamente las úlceras como Santa Isabel.

La otra, Micaela, era la personificación de la prima Bette de Balzac.

Como ésta, poseía todas las miserias de un carácter sucio, con una hipocresía tan refinada y tan convincente que se le llamaba «la buena Micaela». Baja con las personas de dinero ó de posición, envidiosa de los bienes agenos de cualquier clase que fueran, no tenía escrúpulos en ir repitiendo un chisme, en levantar una calumnia, en echar como pasto á la maledicencia pública á aquella con quien había estado más ligada en los buenos tiempos, una vez que veía eclipsarse su suerte. Grande, morena, con pequeños ojos negros como dos manchitas de tinta, dientes largos y amarillos, aire de jovencita tímida que camina haciendo pininos, una amabilidad amanerada, guardaba en el bolsillo á su marido, especie de viejo buey manso, obtuso, en el que todo era pequeño menos la ignorancia.

Era un domingo. En la mesa, reunidos todos, hablaban mucho, muy fuerte y á la vez. Hacíase crónica, dábanse bromas, repasábase lo sucedido durante la semana, formábanse programas para la que iba á empezar.

—Qué espléndida estaba anoche en la Opera Nina Plazas! dijo Alberto.

—Estaba notable realmente, aprobó Enrique.

—Si vieras tía, qué vestido magnífico tenía; de terciopelo verde, con pieles y encajes, agregó Isabel; estaba, es cierto, preciosa, preciosa!

—Y qué alhajas!

—Llevaba un peinado rarísimo que le sentaba divinamente: todo el pelo ondulado y salpicado de alfileres de esmeraldas y brillantes.

—De dónde sacará para lujos ésa, observó la buena Micaela. El marido no creo que ande muy *avanti*... y el padre no tiene nada...

—Oh! los maridos están siempre *avanti* cuando se trata de mujeres como Nina. Y sino que lo diga don Vicente... allá en sus buenos tiempos! dijo Alberto que sabía que Micaela—quien lo detestaba—se había casado de cuarenta y ocho, había sido fea siempre, y á la que su marido, metido en especulaciones, él también, había perdido en hipoteca tras hipoteca las propiedades heredadas de sus padres, conservando apenas, y en agonía, la casa en que vivían.

—No estaba Clarita Montana en su palco, mamá.

—Estaría enferma.

—Sin duda, volvió á decir Micaela. Parece medio tísica esa chica; tan negrita, tan pobre cosa como es, apesar de sus millones. También la madre que nadie conocía,.... y el padre... un gringo cualquiera que fué frutero cuando joven...

Por los ojos de misia Carmen pasó un relámpago y apretó disimuladamente los labios. La otra comprendió que acababa de decir una torpeza, y como la tenía, trató de repararla.

—Pero es muy mona, muy distinguida y muy amable, Clarita...

Ana María, el niño terrible, soltó una carcajada que contagió á todos los demás, diciendo:

—En los apuros que te pone mamá, tía! No me hagas señas, mamá, á mí, ahora... Qué tiene que me ría?... Enrique no va á resentirse por tan poco.

Alberto hizo un gesto de malicia á su suegra, y con aire dramático, decía:

—No hay peligro, mamita, no hay peligro! Nuestros planes no se derrumbarán; yo se lo juro!

—Me dicen que Sandringhan es una cabaña espléndida, preguntaba el Doctor que conversaba con Don Luis, Carlos, Elena y Alejandra en el otro extremo de la mesa, oyendo con interés las descripciones que esta última les daba de sus viajes.

—Tiene fama de serlo Yo he pasado tres días con papá allí, invitados como huéspedes del rey Eduardo y de la reina; pero francamente, nosotras las señoras nos ocupamos de admirar otras cosas que nos interesaban más que los carneros y los toros. Mientras el rey, que allí es sólo un gran Señor, mostraba á

sus huéspedes sus animales de que está muy orgulloso, la reina nos llevaba á visitar los jardines, la maravillosa selva agreste, su parque poblado de ciervos, la avenida de árboles plantados cada uno por un personaje célebre. Es muy curiosa también la pequeña lechería en la que ella y sus hijas hacen excelente manteca.

—Ah! usted conoce á la reina? exclamó Micaela que tenía la manía aristocrática, la obcesión de la corte inglesa.

—Sí, señora.

—Y cómo es?... Y el rey?... Pero es una corte muy cerrada? siguió, lanzando con ansiedad, esta aglomeración de preguntas:

—Sí y no, señora, contestó Alex. Papá por su familia tuvo siempre derecho â entrar en las cortes europeas. Su reputación y su saber hacía más que posible su relación con algunos soberanos. El de Inglaterra, acorta la distancia entre él y aquellos que trata y recibe como amigos. En su casa es un caballero encantador y distinguido, nada más.

—Es muy elegante.... observó Enrique.

—Sí, apesar de estar muy grueso. La reina está asombrosamente conservada, es una jóven de sesenta años. Toda la familia real es de una amabilidad sencillísima. La princesa Victoria no ha querido casarse, hasta ahora. Es muy artista; sus grabados sobre cuero son notables. Más tarde les mostraré una tapa

de libro con que obsequió á papá para una de sus obras, y que estuvo expuesta en Londres, en Stokolmo y en Cristianía....

Todos se habían dedicado á escucharla, asediándola á preguntas. Micaela veía crecer á la muchacha, que hasta entonces había considerado entre la institutriz y la pariente pobre, y que ahora resultaba haberse tratado con los reyes!

—Me ha interesado siempre mucho la Suecia y la Noruega, expresó enfáticamente Linares, con su voz de garganta; me gustaría conocerlas.

—No sé qué atractivo puede tener ese país para los que no han nacido en él, dijo Carlos.

—Tendría para usted la originalidad, que tiene para nosotros el suyo. Aquel pueblo sostenido sobre el agua, les causaría una impresión diferente, pero igualmente grande, que á nosotros la Pampa, ese inconmensurable espacio, que sin su verdura sería el desierto.

—En clima tan rudo, todo debe ser muy triste?

– No crea usted. Stokolmo es una ciudad muy alegre, por sus casas pintadas ó cubiertas de baldosas de colores vivos, sus balcones llenos de flores, la profusión de sus jardines, y sus puentes que parecen trabajos de orfebrería, se multiplican y van enlazándose hasta encerrar las islas vecinas. ¿Recuerdas, María Luisa, la emoción que me causaron las casitas

de la calle Libertad y de la calle Guido, el domingo, cuando volvíamos de misa y que te parecían tan raras? Así son las de mi tierra, y se ve que Christophersen ha copiado con amor, la habitación tan característica de nuestro país....

—Pero son caracteres taciturnos los Suecos y los Noruegos, afirmó Linares.

—Los largos inviernos sin luz, el clima glacial, los vientos helados, influyen naturalmente en el carácter y las ideas de los hombres. Sus hijos son reconcentrados, creyentes y soñadores. Mi país es por eso el país de las leyendas. Los chicos conocen muchas que yo les cuento. Stella tiene un largo repertorio.

—Y la sociedad? Y las mujeres?—preguntó Alberto, con un aire de decir: Si se le parecen á usted?...

—Oh! no son centros de alegría y de elegancia sus ciudades. Pueblo pobre, de vida dificultosa, la mujer coopera en el trabajo del hombre, y su influencia ha penetrado en todas partes. Las casas bancarias, las oficinas de registros y correos, están amuebladas con un confort envidiable; es que sus empleados son mujeres.

—Ejerce allí ya la mujer algunas profesiones liberales? preguntó el solemne Doctor.

—Todas. Las practicantes y las enfermeras de los hospitales, por ejemplo, son niñas que estudian la medicina y la ejercitarán más tarde.

—Todo está muy bien... pero el alcohol?...

—Era la plaga; hoy se han promulgado leyes tan severas que se va extirpando... En cambio el robo no se conoce por allá. No hay pleitos; los jueces son simples árbitros que cada uno nombra para que arregle sus diferencias... Su profesion allí, Dr. Linares, es casi inútil, agregó sonriendo.

—Son protestantes, no es verdad? preguntó Dolores con su voz seráfica.

—Sí, querida Dolores; pero han quedado tantos restos del antiguo catolicismo! Festejan á San Juan el 24 de Junio, lo mismo que nosotros. Cómo le gustarían ciertas fiestas religiosas! Amanece toda la ciudad adornada, cada casa con una portada y guirnaldas de follaje, y delante de su puerta una alfombra de verdura, con flores que forman estrellas, medias lunas, arabescos, preciosos mosaicos que embalsaman el aire.

Todo esto era tan curioso para los viejos y para los jóvenes, contado con tanta gracia y colorido por Alejandra, que se seguían las preguntas unas tras otras, mientras Alberto iba descubriendo nuevos encantos en su boca, en sus ojos, en sus gestos, en su sonrisa, en las ricas notas de su voz, que se hacía más grave y más profunda cuando describía la vida de los séres y de las cosas de su tierra natal.

Emilio, silencioso y preocupado, aprovechó una pausa para decir:

—Mamá, me voy á la estancia otra vez, por algún tiempo. He resuelto dejar los estudios y dedicarme al campo; así lo hemos convenido con papá.

—No faltaba más! exclamó toda alterada la madre, para quien el alejamiento de un hijo era una desgracia.

—Si mamá, lo haré. Papá ha consentido ya.

—Sin consultarme?... Qué vas á hacer soterrado en el campo, mi hijito?

—Voy á hacer mi gusto, mamá; á seguir mis inclinaciones y á trabajar.

La palabra trabajar, tan extraña entre ellos, provocó una risa en las hermanas, que se hizo general.

El muchacho contenía la rabia.

—Y quién te reemplazará cerca de tu padre? inistió misia Carmen, preocupada.

—Hemos convenido que nuestra querida Alex, continúe ya definitivamente á su lado; el que gana con ello es papá.

—Lo que se saca en el campo es embrutecerse y ennegrecerse, dijo Alberto.

—Y adquirir vicios, agregó misia Carmen.

—No sé que tu padre ó el mío, mamá, se hayan embrutecido ni conocido el vicio, contestó con vehemencia Emilio. Si lo conocemos nosotros no es por ellos ciertamente....— Al decir esto paseaba la mirada de Enrique, que se mordía los labios, á Alberto que pelaba tranquilamente una naranja sonriendo con su sonrisa tan simpática, que

hacía olvidar, á veces, que era la de un calavera.

—No es posible, mi hijo que...

Don Luis interrumpió á su mujer en sus alarmas.

—No insistas, hija; está resuelto que Emilio se dedique á la estancia de Puán, que necesita vigilancia y administración. Por otra parte, no va al destierro. La vida en el campo fortalecerá su naturaleza algo débil; y el trabajo hará de él un hombre.

Estas palabras pronunciadas en el tono mesurado y firme que Don Luis empleaba únicamente en ciertas ocasiones, produjeron en todos una impresión indefinible. Su mujer lo miró y guardó silencio. Algo temía... no sabía qué.

—Por qué no buscas, Emilio, más bien, novia rica? Es más rápido y más lucrativo... preguntó al rato Ana María, haciendo un gesto para el lado de Enrique y de Alberto.

—Enrique hará bien en buscar su felicidad donde él crea hallarla, replicó la madre en tono sentencioso barajando el gesto.

—Ya ha puesto bien la puntería tu Benjamín, mamá, pierde cuidado, dijo Isabel, con su voz ronca que daba á sus bromas algo de agresivo, las que no tenían la ligereza de vuelo de mariposa de las de su hermana.

—Si es para que nombre á Montero y Espinosa... le contestó Enrique fastidiado.

—No sé qué tiene que ver Montero... replicó Isabel muy colorada.

—Pues no hablábamos de pesca?...

—No saben, niños, que me disgustan las discusiones?... exhaló la voz, débil ya ahora, de Don Luis, que entre aquellas otras, parecía llegar del otro mundo.

Ana María se levantó, fué hácia él y le dió dos besos sonoros, diciéndole con su aire regalón:

—Tienes razón papacito, somos insoportables; pero te queremos mucho. Y haciendo un cariño con la mano á Alex, sentada al lado de su tío, continuó, incorregible, sin poder contenerse:

—Pero es una zoncera que Enrique se sulfure, por que á la madre de Clara Montana se le haya ocurrido dejarle un millón, y...por que el señor ex-frutero tenga otros diez.

—Si me sigues fastidiando también tú, chiquilina, va á salirte cara la broma. Voy á exhibir al tipo de tu salteño, me entiendes?

—Me darías un placer! Es pobre, no es lindo, ni se viste bien, pero es muy inteligente, muy bueno, muy instruído, muy desinteresado, sin ninguna vanidad y con mucho orgullo! le contestó en tono de desafío, audazmente, la encantadora muchacha.

—Niña! reprendió la madre.

—Van á obligarme á que me levante si continúan, repitió el padre.

—Seriamente, observó Alberto, dado el mo-

do de ser de Enrique, su raza principesca, y todos los compromisos que le trae su hermosura, «premier prix de beauté» necesita cuando menos el millón. Casarse, pues!

Enrique tenía motivos para no enojarse con Alberto; jugaban juntos en el club. Alberto ganaba y Enrique perdía... Callaba.

—Apruebo, dijo Emilio. Y clavando en su hermano sus ojos que parecían demasiado grandes en su cara tan delgada y tan morena, agregó, pausadamente, recalcando sus palabras: pero debe apurarse!

Había algo tan penetrante en esa mirada, tan incisivo en esas palabras, que sin comprenderlas nadie, se hizo un silencio y un malestar.

—Un telegrama, un telegrama para papá! entró gritando la Perla, con el sobre color caramelo muy en alto, para que no se lo arrebataran las manos curiosas que se extendían hácia ella.

Todos preguntaban: «de quien, de quien, papá?»

Don Luis leyó: «Salgo en el Nile. Máximo.»

El despacho provocó una explosión de júbilo. Ya no se habló de otra cosa; todos regocijados hablaban más fuerte y más ligero, sobresaliendo la voz de la Perla, repitiendo: «Viene mi padino, viene mi padino!» y la de Ana María que daba, á gritos, la buena nueva á los criados.

—Ya verás el provincianito, cuando llegue

Máximo,—deslizó al oído de Enrique al pasar á su lado.

—Con tu pan te lo comas, mi hijita, le contestó éste, indiferente en su egoismo.

Cuando el segundo despacho, fechado en Rio, llegó, anunciando el arribo del buque en que venía Máximo, Emilio estaba ya en la estancia, y Alex se había hecho cargo definitivamente de la correspondencia y de los libros de su tío, cuyo aspecto quebrado y enfermizo, empezaba á alarmar á los suyos.

VII

Máximo Quiróz á los cuarenta y un años, con mucho talento, una gran fortuna, y todas las condiciones de hombre superior y dirigente, no era más que el hombre rico, simpático, querido de sus amigos.

Venido después de tres hijas mujeres—Micaela, Carmen y Dolores—fué recibido, en la casa, como príncipe heredero en una corte sin delfin.

La madre, mucho más joven y mucho más rica que su marido, sentía por éste una pasión admirativa de la que participaban sus tres hermanos y sus dos hermanas, muy ricos también, y para quienes su cuñado poseía una infalibilidad papal.

Conociendo á don Ezequiel Quiróz, se comprendía que ejerciera un ascendiente dominador, irresistible, sobre todos los que lo rodeaban. Moreno, bigotes levantados, dejando á descubierto la boca sensual con dientes de lobo; cabellos tupidos cortados en cepillo, y

plantados sin sinuosidades sobre una frente angosta y lisa tirada á cordel, celda estrecha que encerraba la voluntad asomada á sus ojos penetrantes; alta estatura, cabeza erguida, voz sonora de metal sin hendiduras; era una admirable figura violenta, soberbia y persuasiva; todo energía, y todo voluntad, nada ni nadie se le resistía; sus miradas, su voz, sus gestos, parecían tener manos invisibles para conducir á los demás por el camino que él quería.

La misma influencia ejerció en su hijo desde que este pudo distinguir su hermosa arrogancia, de las figuras modestas y borradas de sus tios, los hermanos de su madre, con quienes vivían. El niño aprendió á caminar, antes que los otros niños, por los esfuerzos que hacían sus piernitas para obedecerle cuando, desde lejos, sin agacharse, estiraba aquel los brazos llamándolo «Ven»!... Habló más pronto para contestar á sus preguntas imperativas, y así, insensiblemente, le perteneció, lo amó, lo admiró como á un dios.

Don Ezequiel, de familia patricia como los Maura, administraba y dirigía como ellos, por tradición, sus establecimientos de campo; pero mucho más inteligente y orgulloso no se permitía la ignorancia; sus lecturas le dieron sino la instrucción, una información general, que hacía su conversación agradable y amena.

Decidió, que la ilustración del hijo tuviera

la solidez y la profundidad que faltaba á la suya, y lo llevó hasta la erudición. Con el apasionamiento que empleaba en sus determinaciones, vigiló personalmente sus estudios; repasábale las lecciones, y asistía á las clases que le daban, además de las del colegio, maestros en la casa. En las vacaciones, llevábalo á la estancia, donde aprendía á domar un potro, á atravesar á nado un río....

«Actuarás en la época de las iniciativas individuales; quiero que seas un hombre!» le había dicho. Y modelaba ese hombre.

Lo adoraba; pero si la claridad de inteligencia, el desarrollo intelectual asombroso, la docilidad del niño no hubiesen existido, y hubiera sido necesario forzarlo, habríalo hecho firmemente, pues á ese carácter inexpugnable, no lo tomaban por asalto ni los afectos, ni el interés, ni las pasiones.

Quería en él, al continuador de un sí mismo perfeccionado, y para ello trataba de imprimirle su propia modalidad—energia, decisión, tenacidad, vigor, fortaleza—y de destruir toda huella de la índole materna, en la que había inclinaciones al decaimiento, á la negligencia, al pesimismo, y que solían aparecer tímidamente, alguna vez, en la del hijo.

La madre murió antes que cumpliera dos años. Sus hermanos, que pertenecían á esa clase de celibatarios mansos, de cerebro lento y corazón sensible de poca capacidad, que rebosa con un solo afecto, adoptaron al so-

brino, que encontró en ellos cinco madres dóciles y solícitas. Solamente la hermana mayor era casada y sin sucesión; á él iban las fortunas acumuladas por muchas generaciones de económicos y conservadores. Tácitamente se establecía en Máximo un mayorazgo, y desde entonces, en Buenos Aires, descontábanse sus millones en el porvenir. Ya no hubo niña de cuatro á seis años, que á la impropia pregunta de «quién es tu novio, nena?» no contestara infaliblemente, «Maximito Quiróz».

Máximo había respondido á los anhelos de su padre; terminaba sus estudios, después de exámenes brillantes, como de muchacho pobre. Era una de esas naturalezas sanas, abiertas, nobles, llenas de ideas generosas, de ensueños; de ideal de todo eso tan lindo de los veinte años! para las que hay palabras mágicas, que hacen vibrar—Patria, Humanidad, Arte, Amor, Grecia, Roma, San Martín, los Andes... Uno de esos pocos hombres jóvenes en su juventud, que pueden decir, más tarde, que sintieron alguna vez bullir en sí las fuentes de la vida!

Entonces escribió páginas, y pronunció arengas, que lo hicieron popular entre sus compañeros.

Una helada prematura marchitó esta planta en flor; una pérdida irreparable secó su savia.

Imbuído en sus estudios de estética, y en

sus lecturas clásicas, soñando con las diosas de Homero y las estatuas de Fidias, no tenía otra idea de belleza, todavía, que el tipo académico: corrección de la línea, perfección de la forma. Decirle, entonces, que una mujer puede ser linda con la frente más ancha, la nariz más larga ó más levantada que la Venus de Milo habría sido hacerlo reir.

Como rasgo atávico de algún antepasado desconocido, encontró esta perfección en la hermana de un condiscípulo, que vivía con su madre, sosteniéndose con costuras del Estado.

El joven se enamoró, ciegamente, con uno de esos amores devotos, ardientes y fervorosos, en que «se sueña con las rosas, con la aurora, con las hebras de luz de su cabello...» La adoró romanesca y apasionadamente, y con tal pureza de intención que lo llevó á contárselo á su padre.

Este, sin mostrarse sorprendido ni opuesto, con su decisión rápida habitual, visitaba al día siguiente á la madre y á la hija. Detrás del perfil puro, del andar olímpico de esta Musa, se arrastraba un alma vulgar. A los dos meses se casaba con un pariente que la pretendía, quien instalaba su casa con un confort, para el que no hubiera bastado su modesto sueldo. Don Ezequiel había hecho contribuir á cada uno de los tíos al dote de la muchacha, asustados ante la amenaza de semejante unión para su sobrino.

Máximo no volvió á nombrarla, no quiso averiguar ni recriminar. Sintió el golpe de la traición, la amargura, la ponzoña de su primer desencanto, y calló... Su carácter se alteró, muchas de sus creencias se empañaron, insinuándose en él, ya, la duda; empezaban á abrirse aquellas huellas del pesimismo y del decaimiento, que tanto afán por cubrir tuvo su padre. Pero éste estaba ahí, para tonificarlo, una vez que la violencia de la enfermedad pasara, y llegara la convalecencia.

Lo llevaría á viajar con él, y sería éste el remedio infalible; remedio que no estaba en el viaje, sino en el viaje en su compañía. Algo más fuerte, que el fuerte Don Ezequiel, se opuso á ello: en tres días lo derrumbó la muerte.

El joven, idólatra de su padre, acostumbrado á su ascendiente impetuoso, sintióse después de las primeras desesperaciones, quebrado en su mejor resorte, como si hubiesen abierto sus venas, y salido por ellas todas sus energías, perdiendo así su vitalidad moral.

Se fué á Europa, y arrojóse en el placer. Lo compró en todas las formas, en todos los centros, en todos los precios. Sólo le sirvió para convencerlo, que ese placer, anula por un momento toda pena, para devolverla flotando inflada, como las aguas de un rio devuelven el cadáver del que acaban de ahogar.

Recorrió la tierra para estudiarla obser-

vando; esa observación destruyó la fe que aún le quedaba. Conoció después las horas muertas del hastío y del ocio en los grandes centros, cuando no queda un rincón, en ellos, que conocer.

Sin embargo, su inteligencia era demasiado potente, su alma demasiado indómita para aquietarse sin agitaciones. De cuando en cuando sentía las tempestades de esa alma, los esfuerzos terribles que en su preñez hace el cerebro para dar á luz. Y tuvo una reacción, como un último hervor de su juventud.

Llegaba de sus viajes en momentos de efervescencia en la República, donde se debatían cuestiones transcendentales, político-sociales. Entró en la lid, entró al Congreso.

Tres veces habló, y quedó sentada su fama.

Relámpagos de sus tormentas internas cruzaron la sala.

Su palabra sobria, enérgica, flexible, irónica, incisiva, mordaz, suave, violenta; levantaba como un himno, sacudía como una tempestad, encendía como una chispa, flameaba como una espada, penetraba como un dardo, persuadía como una caricia, arrastraba como un torrente; se abría en el espacio elegante, majestuosa, aérea, como las grandes alas de un pájaro de mar.

Figura, antes que todo, elocuente, su elocuencia estaba en el ardor profundo de su voz, en su nerviosidad varonil, en sus ojos lu-

minosos que dejaban escapar el alma palpitante, en su boca que parecía abrirse al soplo potente de su pensamiento; en su expresión, en sus ademanes, en sus gestos... Sus rasgos acentuados eran de aquellos que se graban en la memoria de las multitudes; poseía ese algo tan raro y tan inexplicable, que marca á los conductores de hombres.

Enérgico y dominador con intermitencias, era de aquellos que cuando dicen, vamos! es ya caminando. No avanzó sin embargo. Encontraba aquí también la decepción en los amigos, que sus triunfos convertían en rivales, y que buscaban la falla de su coraza... Su altivez y su nobleza no le permitían luchar con la mezquindad, y fué tan grande su repugnancia que se alejó de nuevo.

Su escepticismo, que provenía hasta entonces, más que todo, de su vacío moral, reforzado por reales decepciones, puso una lápida sobre sus facultades activas é hizo del joven entusiasta, al hombre indiferente. Llegó á ese límite del descreimiento en que vemos en todo la inutilidad de todo, planteándose ante nosotros la pregunta disolvente: ¿Para qué?...

Sus viejos tíos iban muriendo, y él heredándolos; esa fortuna fué el peso que lo arrastró completamente ya al fondo de la duda y de la desconfianza. En ese espíritu tan alto se escurrió la raquítica aprensión del hombre rico que ve, en cualquier manifestación de afecto, el reflejo de su fortuna; en el apretón

de mano del amigo, en la sonrisa de la mujer, en la caricia del niño.

Tuvo aventuras ruidosas, idilios trágicos, amores simples, llegó hasta la ilusión del sentimiento, pero sólo á la ilusión; había perdido la hermosa facultad de amar.

No pudiendo reconciliarse con los hombres, quiso amar á la humanidad como una abstracción, y dió á manos llenas para aliviar miserias anónimas ó colectivas. Su pesimismo implacable señalábale las pocas criaturas que su oro iba á beneficiar, para mostrarle después, sonriendo irónico, los millones de seres, que á pesar de todas las dádivas, quedarán siempre sin alivio y sin pan.

No permitía la menor alusión á una posibilidad de matrimonio. «Si me engañaron á los veinte años, van á quererme á los cuarenta?» se decía...

Hizo apuntes para un libro que no escribió... Su dejadez, su indolencia, manchas de su carácter, sus desconfianzas y sus aprensiones, frutos de sus prematuros desengaños, sofocaron los arrebatos de su juventud, sofocaron los impulsos de su edad viril.

No luchó más; después de sus agitaciones, sólo le quedaba la fatiga de sus dudas, el cansancio de sus ocios.

Y entonces, este hombre, en la plenitud de la vida, de la salud, del talento, de la fortuna; solicitado, querido, envidiado como un

triunfador, para quien las puertas de la existencia estaban abiertas de par en par, como las de una fiesta, pudo decirse con tanta sinceridad como el viejo cargador que pasa agobiado por su carga, vive en una pocilga y arrastra su miseria: «Soy un vencido de la vida!»

VIII

Máximo, llegado esa mañana, hundido en el más cómodo de los sillones del hall de su hermana Carmen, con las piernas estiradas sobre la alfombra roja, fumaba plácidamente, ahogando de tarde en tarde un bostezo, y miraba el vacío con ojos entornados, más que por cansancio por aburrimiento.

En ese aburrimiento había bienestar; pues si era grande su excepticismo, estaba lejos, él, de ser el hombre *blasé* é inconmovible, y al calor del hogar de la familia, su sensibilidad latía suave, sin perturbaciones, con el latido igual y acompasado de un corazón que no está enfermo.

Al inmenso hall, rodeaban á la izquierda, las salas de recibo, á la derecha la gran escalera que conducía al piso alto, y al frente, el comedor, que daba á una terraza, que se abría sobre el jardín.

En la más pequeña de las salas, encontrábanse reunidas todas las señoras y las niñas

de la familia, que acababan de dejar al viajero para atender á Clarita Montana, que venía á invitar á Isabel para una comida.

Misia Carmen, vivía dentro de una preocupación: casar brillantemente á sus hijos. Desesperaba casi de Ana María, voluntariosa y audaz, que había declarado abiertamente sus inclinaciones hacia un joven amigo de Emilio, estudiante provinciano, pobre, al que detestaban en la casa.

En más sólidas bases asentábanse los planes acerca de Isabel. Distinguida ésta, el año anterior, entre todas las niñas de su círculo, por Manuel Montero y Espinosa, podía vanagloriarse de haberlo sido por uno de los jóvenes más codiciados. De antigua familia, simpático, buen mozo más bien, con esa instrucción superficial de los que han viajado mucho, huérfano de padre y madre, disponía de gran fortuna.

Desde el colegio estaban ligados con Enrique Maura. Esto le permitía ir á la casa, con frecuencia, sin que sus visitas tuvieran otro carácter, que visitar al amigo; pero sus atenciones con Isabel empezaron á acentuarse, y sin que en realidad hubiese compromiso formal entre ellos, muchas cosas hacían entrever que pronto lo habría, y en propios y extraños se hizo la convicción de que Montero sería el marido de la hermosa joven.

Esta, que comenzara por ver las ventajas de tal unión, concluyó por impresionarse, y

ahora estaba en juego, antes que todo, su corazón. Presuntuosa, orgullosa, vehemente, esperaba sin zozobra la realización de sus aspiraciones, en la seguridad de que no había ninguna que la sobrepasara en belleza, en posición, en elegancia.

Montero y Espinosa había sacado la misma opinión. Gustábale la niña sin tener una pasión, sintiéndose bajo la presión de todos los deseos y de todas las voluntades, suave corriente á la que nos sometemos, por la que nos dejamos llevar, mientras nuestros ojos no divisan algún paraje más seductor, donde afirmar el pie. Antes de partir á Europa, sin pronunciar la palabra que liga, dejó entender que la pronunciaría á su vuelta, y quedó establecido un compromiso tácito.

«Se comenta con sumo interés en la *haute*, el compromiso contraído, entre una de nuestras bellezas más renombradas, y un joven millonario, muy simpático, y aficionado á cierta clase de sports. La boda se concertará al regreso de su viaje á Europa, para donde él parte la semana entrante», decía uno de los grandes diarios días antes de embarcarse.

Es necesario conocer toda la trascendencia que se da á estas noticias periodísticas en cierto medio, para medir la importancia que ésta tuvo en la casa, y sobre todo para misia Carmen, en su servilismo al comentario social.

En Montero y Espinosa se esperaba, pues, al

novio de Isabel y éste acababa de llegar con Máximo en el «Nile».

En cuanto á la felicidad positiva que deseaba para el hijo, se presentaba bajo la forma endeble y dorada de la niña á quien rodeaban en la salita, todas las hermanas, por ese espíritu de conservación y de cuerpo, que existe todavía, en algunas de nuestras familias. Era la heredera huérfana en posesión de su fortuna, á que aspiraba Enrique.

Su madre habíale dejado un millon del que disfrutaba ya, y heredaría los de su padre, uno de los más fuertes banqueros de Buenos Aires, cuyos manejos usurarios dábanle fama de financista eminente.

Caprichosa y mal criada, como son generalmente las hijas únicas de padre viudo, tenía el despejo impertinente de las descendientes de advenedizos que no dan valor más que al dinero, el carácter desconfiado, la lengua maldiciente, el instinto envidioso de la mujer sin belleza y sin talento, que sabe que su virtud única está en ese dinero; el físico marchito y pobre de la hija de una tísica, muerta por agotamiento al darla á luz.

Nada tonta, maliciosa, sagaz, con la coquetería abusiva de quién está persuadida que es ella á quien debe elegirse, sabiendo por qué se la elige, entreteníase en jugar, alentando y desalentando esperanzas, en los seis ú ocho pretendientes que se la disputaban.

Cuando Enrique se alistó entre ellos, pare-

ció dispuesta á preferir al que reunía cosas que á ella le faltaban: la hermosura y la salud, el nombre doblemente prestigioso, Maura y Quiróz; la posición social que no da el dinero.

Tratábase de asentar la naciente inclinación, y con todas las precauciones que se emplean alrededor de un pájaro en libertad, que amenaza tomar el vuelo, deslizábase la familia cerca de Clarita. Aunque de fuera no había más que Micaela y Dolores, era bastante con ellas y las hijas de la casa para animar la reunión.

Con el disimulo tan poco disimulador que se usa en estos casos, para dar á los novios la ocasión de declararse y entenderse, se representaba una de esas escenas que se improvisan en las familias. Elena tocaba el piano, María Luisa dábale vuelta las hojas de la partitura, una de las muchachas iba y venía, las otras de pie, dando la espalda al *tête á tête* de los jóvenes, conversaban con la madre, sentada con Micaela y Dolores en el otro extremo de la sala.

Máximo, que permanecía en su actitud plácida hasta la beatitud, en un momento que dirigía su mirada sin rumbo hacia el lado del comedor, vió reflejarse en el gran espejo de la chimenea, el perfil neto y acusado de una mujer rubia, y aunque alcanzaba solamente á percibir el ojo izquierdo, que le pareció transparente como un esmalte, á través de

la luz, pudo cerciorarse que éste se clavaba fijamente en una dirección, y que su persistencia tenía el designio de atraer otros ojos que estaban en la sala.

Un momento después se reflejó una mano que estiraba uno por uno sus cinco dedos de marfil. Comprendió que esa mano decía «cinco», que la rubia cabeza se movía para acentuar la cifra; y no vió ya nada más. Miró á la sala; levantábase Enrique, que atravesó el hall y subió muy rápidamente la escalera. Todo esto lo dejaba perfectamente indiferente ¡Si habría visto señas y manifestaciones de mujer, con espejo y sin espejo... él!

Oyó la voz de su hermana Carmen:

—María Luisa, pide el té, mi hijita; que lo sirvan en el hall... Ana María llama á Alex, y dí á tu padre que venga á tomar su mate aquí con nosotros; que no están de fuera más que Máximo y Clarita.

El sirviente trajo la alta mesa llena de objetos de cristal, porcelana y plata. Salieron las señoras y rodearon al hermano y al tío, que tiró el cigarro y recogió las piernas.

María Luisa y Elena, llenaban las tazas con ese líquido aromático, exquisito, que se hace imprescindible para quien lo prueba una vez; las otras pasaban bizcochos y tostadas.

—Te esperábamos impacientes, hijo, dijo misia Carmen á su marido, que venía con Ana María colgada del brazo, al mismo tiem-

po que llegaban de la calle Carlos y Linares. La conversación se hizo general.

—Me he demorado en el Círculo, porque deseaba ver el resultado de un asalto, entró diciendo un momento después Alberto, que como los otros, había quedado en reunirse á la hora del té, para charlar con el recién llegado.

—Entre quiénes, ché? interrogó Carlos.

—Entre Pini y Pancho Beazley. Pini es muy elástico, pero Pancho es admirable como precisión y tranquilidad.

—Por qué no se habrá casado Beazley?—preguntó casi para sí misma, dos minutos después, misia Carmen, en quien, desde que tenía hijas, el matrimonio era una obcesión.

—Porque como yo, ha adoptado el oficio de solterón, respondió muy ligero Máximo, al que sólo la mención del sacramento hacía estremecer.

En medio de la risa general, Ana María corrió á sentarse en el brazo del sillón del tío, diciéndole:

—Qué viejo estás!... tienes quinientas canas más que en el otro viaje. Y, espera, espera... una, dos, tres en el bigote... Es necesario que te apures á casarte, aunque más no sea para complacer á Micaela, que lo desea tanto!

El, que sabía, hasta donde Micaela temía tal acontecimiento, soltó una carcajada tan sonora que contagió nuevamente á los otros.

Su risa hacía también sonreir á la joven que bajaba la escalera en ese momento, al lado de Enrique. Detuvo él con sorpresa é interés su mirada en la figura brillante que descendía con paso reposado y ligero, modelado su cuerpo por un traje liso de paño negro, que hacía resaltar el oro de sus cabellos. Volvía á ver en ella, directamente ya, y en plena luz, el perfil que hacía media hora se reflejara en el espejo.

Otras miradas deteníanse en la misma con igual interés, pero en las que había una latente hostilidad: las de Clarita, que más perspicaz que las otras, adivinaba en la que llegaba, acompañada del hombre con quien acababa de comprometerse, una rival temible.

—Máximo, nuestra sobrina Alejandra Fussller; Máximo Quiroz mi hermano, presentó misia Carmen... Es la hija de Ana María, la hermana de Luis, te acuerdas?

Cambiaron un apretón de manos, y Alex saludaba á los demás, cuando cayó como una bomba la Perla, muy colorada de sus carreras por el jardín, preguntando desde lejos:

—Es verdad padrino lo que me dijo Ana María, que me trajiste un automóvil?

—Un ferrocarril es lo que te traigo, mi hija, contestó á la niña que se trepaba sobre sus rodillas.

—No, no! quiero un automóvil para pres-

társelo á Stella... y tomándole la cabeza para acercarla á su boquita, agregó en voz muy baja, temiendo que los otros oyeran lo que para ninguno era un secreto: Sí padrino, querés? para prestárselo á Stella, que no sabe caminar, la pobrecita.

Alex sóla notó la inmensa distancia que había, entre la niña altanera, que decía impertinentemente hacía un año: «y esa por qué no camina, ché?» y la deliciosa criatura que bajaba la voz ahora, y se sonrojaba como con pudor al revelar la triste verdad.

—Y quién es Stella? preguntó Máximo, acariciando á su espléndida ahijada.

—Stella?... Es mi primita.

—Es mi hermanita, señor Quiroz, se apresuró á decirle Alex.

Al nombre mágico adelantáronse todos á informarlo á la vez.

—Y por qué no ha venido contigo tu primita? preguntóle nuevamente el tío.

Alex volvió á intervenir, viendo otra vez la expresión confusa pintarse en la Perla.

—Su primita desgraciadamente no ha podido nunca caminar; es una inválida.

Como si todos sintieran el peso de la fatalidad que condenó á la niña, cayó un silencio.

Alberto lo interrumpió, diciendo:

—Vamos, Perla, á buscarla; y salió con ella en dirección al jardín.

Al poco rato se oyeron las voces de los chi-

cos, que enseñaban á Alberto el manejo del coche de la enferma, al que costaba hacer rodar sobre las gradas de la escalinata que unía el jardín á la terraza.

—No, zonzo! no tirés así, no ves que la vas á sacudir! decía Miguelito.

—O á tumbar! gritaba Albertito afligido.

—Cuidao, cuidao! otras vocecitas, eco del mismo temor.

—Salí, Alberto, salí! ordenaba la Perla, que era quien decidía todas las cuestiones. Nosotros sólos la vamos á llevar.

—No ves papá, que nosotros estamos acostumbrados ya,—dijo la voz de un pájaro; la de la dulce Elvirita.

—Ché, Muschinga, salí pronto de delante pues...! Empujá, empujá no más, Albertito, vos! gritó por última vez la Perla...

En el hall se sintió el ruido de las ruedas que se deslizaban rápidas y fáciles sobre las piedras, y apareció el cortejo; una pequeña reina en su coche escoltada por su corte infantil. Sus guardias de corps rodeábanla, escudándola con sus tiernos pechos de cualquier peligro.

Conoció Máximo á Stella. Una profunda admiración, una profunda pena, conmovieron hasta sus cimientos la bondad inutilizada en su pecho.

Bastó que lo miraran esos ojos que parecían decir: «somos dolientes por vosotros, no por ella»,—tanta era la serenidad de gloria

de esa frente,—para que sintiera abrirse las fuentes de su piedad.

Levantóse como por un resorte, y con una vivacidad, en sus movimientos, extraña en él, se adelantó para besar sus cabellos. La niña le sonreía toda rosada, con una animación en su carita, que provenía del placer que le daba esta nueva conquista.

«El padrino de la Perla me querrá? preguntaba muchas veces á su hermana desde que supo que venía en viaje. Todos me han querido siempre... Me querrá él también? Por qué se me quiere, Alex?... Por que soy enferma?

—No, mi alma! exclamaba la hermana con su voz ardiendo de amor por su criatura, todos te quieren, y yo te adoro, simplemente porque eres adorable!

El nombre de Máximo repetido día y noche, por sus compañeros, no como el de un tío sino como el de un viejo amigo, había despertado en ella la curiosidad de conocerlo; una preocupación, un temor, de no ser de su simpatía.

—Quién será este señor, mi rica? le preguntó misia Carmen, en cuyo corazón, exclusivamente maternal, cabía también ella.

—El padrino de la Perla.

Este mandó buscar una juguetería entera, y engañando á los chicos con que se los traía de Europa, fué á repartírselos al jardin. En adelante no tuvieron ellos más que decirle: «Le gusta á Stella» para conseguirlo todo.

Cuando volvió, Alex se le acercó, y le dijo:

—Gracias padrino de la Perla! Un dia más como éste, y mis hijos mueren todos de un ataque de alegría. Ya he empezado á alarmarme; preveo en usted al futuro destructor de mi sistema de educación.

Los demás formaban grupos; con Luis encantado de la reunión de familia, que lo animaba, con su mujer y Linares, Enrique con Clarita, las muchachas entre sí.

Pusiéronse los dos á conversar muy cordialmente. Máximo encontraba que lo hacía espiritualmente, y que había en ella una atención y una curiosidad inteligente para escuchar.

—No es usted un desconocido para mí, señor Quiróz. Más de un año hace que vivo con mis tios, y creo que no ha pasado un día sin que se le haya nombrado, recordado, deseado. Podria jurar que aquí se tiene no sólo cariño, sino devoción por usted. Sabe cuál es mi termómetro infalible? los niños.

—Me parece que quiere usted mucho á ese almácigo de pequeños demonios? Y ellos adoran á su Alex.?

—Ah sí! Son mis compañeros, mis discípulos, mis amigos, esos pequeños demonios, entre los que se destaca su ahijada, hermosa como Luzbel. Si viera cómo se educan y aprenden jugando. Apenas hace año y medio que perdí á papá, naturalmente vivo retirada; y rodeada, divertida, consolada por

ellos que hacen feliz á Stella. Le parecerá á usted extraño, que pueda sentirse por los niños otra cosa que una ternura protectora no es verdad? Más extraño le parecerá, entonces, saber que el sentimiento que los míos me inspiran, es el de una profunda gratitud!

—Su tío Luis debe querer á ustedes mucho también; son las hijas de la hermana adorada, que no pudo consolarse de haber perdido... Es tan bueno, tan excelentemente bueno, Luis.

—Ah, sí! es ésta la palabra; excelentemente bueno. Todos son buenos para nosotros aquí... Y á propósito: no encuentra usted muy quebrantado á mi tío?

—Lo noté en cuanto lo ví. No he querido decírselo todavía á Carmen.

—Mi tía lo atribuye á su mal estómago; pero como yo paso muchas horas con él en su escritorio puedo notar un cansancio, en su organismo, que me alarma. Está preocupado por sus asuntos y negocios... Se detuvo con una vacilación en la voz, que temía avanzar. Continuó después... Parece... que no han estado perfectamente atendidos, y usted sabe que cuesta más modificar las cosas, que empezarlas.

—También asuntos en poder de Enrique y Carlos!... Todavía Emilio, quien apesar de todo es el que más vale.

—Emilio sin apesar, señor Quiróz. Es un muchacho que será alguien porque tiene propia personalidad. Yo lo estimulo y lo aliento.

Clarita se despidió.

—Yo también me voy, dijo Máximo.

—Quédate, hombre, á comer, pidióle Don Luis.

—No puedo, vendré mañana á almorzar.

—Sí, quédate, insistió misia Carmen; estamos solos.

—No te vayas tío, pedían las sobrinas.

—No puedo; Montero y Espinosa, que está como yo en el Grand Hotel, se ha convidado á comer conmigo.

Ah!... fué la exclamación general, y durante varios segundos quedó todo en suspenso. Misia Carmen, hizo esta pregunta á Enrique, que hojeaba una revista de sport, casi acostado en un sofá, en un tono que la convertía en recriminación:

—No has ido todavía Enrique, á saludar á tu amigo de colegio?

—Luego iré, mamá. Los encontraré de sobremesa, y tomaré con ustedes el café, Máximo.

—Ven á comer, más bien.

—Tengo que vestirme para la Opera.

—Jesús Enrique! le dijo Ana María en una risa de burla. Ni que fueras Elena ó Isabel .. Para ponerte el frac necesitas tres horas!

—Ya te he dicho, chiquilina, que no te metas conmigo, le replicó irritado; te puede costar muy caro.

—Les he pedido veinte veces que no disputen, por Dios! exclamó Don Luis. Tú, ni-

ña, no importunes á tu hermano, si sabes que no le gusta; y tú, niño, ten un poco de correa para las bromas de tu hermana, que es traviesa, y no la vas á corregir.

—Qué vestido te pones esta noche, Isabel? preguntaba á su cuñada, Elena, que daba el beso de despedida á su suegra.

—Estoy desesperada porque me traigan el pompadour de lo de la Carrau, pero me temo que no lo concluyan para hoy.

—Por qué no esperas al veinticinco para estrenarlo, como pensabas, zonza? preguntó Carmencita que no abría la boca sino para dejar escapar una indiscreción.

Isabel se sonrojó, y en las otras se pintó cierto embarazo.

—Yo le regalo uno celeste para ese día, dijo la madre, sacando de apuro á su favorita. El celeste es muy sentador.

La criada entró con la caja de madera obscura, de tapa de hule negro y correas de cuero, tan llena de promesas, para las elegantes clientes de la Carrau.

—Manda decir Mme. Renard, que ha dejado el vestido de paño, para poder concluir éste para hoy. Que puede ir á probarse el lunes la señora María Luisa, y el jueves la señorita Isabel.

Exclamaciones de curiosidad al abrir la caja, de admiración después de abierta... Una obra de arte verdaderamente aquel traje, de raso blanco marfil, salpicado de ramos de

rosas borradas y descoloridas, que parecía hecho en una tela exquisita del siglo XVIII!

—Papá, yo quiero otro igual! pidió al padre su regalona. Todo para Isabel. . .

—Bueno, mi hijita. . . Carmen, por qué no se visten iguales las dos hermanas? Ana María quiere un vestido como el de Isabel, hija.

—Está fresca! como dice la Perla,—contestó vivamente esta última, que contemplaba su joya de seda y encajes, y la quería única. Le están haciendo uno blanco precioso, papá, y todavía tiene el rosado sin estrenar.

—Debe sentarle tan bien el rosado! dijo Alex.

—Sí, Alex, si es de caprichosa no más, le contestó Isabel, y continuó conversando de *toilette* con su prima y sus hermanas.

—Ah! me olvidaba: mira, Carmen, manda dentro de media hora al hotel, pues les he traido ahí unas zonceras, dijo desde lejos Máximo.

—A mí, qué? preguntó Ana María, mientras en las demás aparecía la curiosidad en los ojos.

—Otro automóvil, le contestó su tío. Y ven á ponerme el paletó, que ya salgo, y hace mucho frío,

Misia Carmen que conferenciaba con su marido, se levantó y dijo con voz sentenciosa:

—Hemos resuelto con Luis, festejar la vuelta de Máximo el veintiocho, aniversario de

nuestro casamiento, niñas. La víspera, que es domingo, prepararemos un lunch para los chicos, pobrecitos; al día siguiente, una misa en la Merced por la mañana, y á la noche un baile como el año pasado.

Una ruidosa manifestación de alegría hicieron los hijos á los padres, la que cesó cuando misia Carmen demostró que quería continuar.

—Alex, es necesario que te resuelvas á asistir tú también, mi hijita. No es natural que hagas esta vida de encierro.

—Tiene razón mamá, interrumpieron las hijas.

—No me vayas á dar tus eternas razones del luto, continuó aquella; ya hace año y medio que murió Gustavo. No sólo por tí debes hacerlo, sino por nosotros también; el mundo diría que no damos el puesto debido á las hijas de la hermana de Luis.

—Eso sería lo de menos, dijo éste mirando á su sobrina con tierna afectuosidad; el mundo puede pensar lo que quiera, siempre que Alejandra sienta que ella y su hermana son también nuestras hijas; pero no puedo consentir que su hermosa juventud viva en la sombra.

—Asistiré, tíos, por complacerlos.—Y su voz temblaba un poco.

Miss Mary entraba con una gran canasta, que apenas podía sostener.

—Señora, son las flores de la quinta.

—Bueno, Miss; hay que ponerlas en agua.

—Permítame tia que las arregle yo; me gusta tanto! pidió Alex.

—Bueno, hijita; déjelas, entonces, aquí no más, Miss.

Alex púsose uno de los grandes delantales de la gobernanta, y delante de una mesa comenzó su tarea delicada. Abrió la canasta; los mil aromas que encerraba esparciéronse por el ambiente. Eran flores diversas, un poco achatadas por la presión de unas sobre otras, pero demasiado frescas, para no erguirse lozanas al contacto del agua con que ya la joven llenaba vasos y floreros.

Máximo que la vió desde la puerta vidriera que daba al zaguan, por la que salía en ese instante, pensó: «En el Teatro Francés, una *soubrette* asi enloquecería á medio mundo» y sonrió á otros pensamientos, que despertaba en él, la absoluta inocencia de todos en aquella casa, que veían una insignificancia en esa potencia en delantal

—Háganme el favor, niñas, de vestirse antes de comer, pidió el padre, que subía la escalera, No es cosa de dejarnos solos á mitad de la comida cada noche de teatro.

—Qué me dices, Isabel, de la vuelta de Montero? El pobre estaría impaciente, impaciente, decía María Luisa á su hermana que sonreía con halago.

—Arréglate bien, zonza... ponte mi collar de perlas que te sienta tanto.

—Lo principal es la primera impresión, agregó Carmencita.

—Por qué no te pones una fina *aigrette* blanca, que completaría tanto tu lindo traje? preguntó Alex á su prima.

—Es cierto Alex, qué lindo sería! pero tendría que mandarla buscar y es tarde ya.

—Yo debo tener una; la buscaré de aquí un momento.

—Moussión, dice por teléfono, que no puede venir el peinador hasta las diez, avisaron.

Fué casi un grito de dolor el de Isabel.

—Yo te peinaré como lo hice la otra noche, y te colocaré la *aigrette*.

—*Merci, merci, ma chère Alex,*—contestó la bella prima, que hablaba el francés en frases cortas...

Todos salieron del hall; misia Carmen, que viviendo en el derroche practicaba la pequeña inútil economía, apagó con disimulo, al pasar, tres picos de la araña y dos de la pared, dejando sólo la luz necesaria, para que Alex distinguiera una rosa de una dalia.

La puerta vidriera se abrió, y entró un joven, alto, delgado, de barba corta, cuadrada, castaña, con un largo paletó, sombrero blando, guantes gruesos de chauffeur, precedido del portero, que preguntaba su nombre para anunciarlo.

—No á la familia, á Enrique únicamente, dígale que alguien quiere verlo sin nombrarse.

—El niño Enrique está en el baño, señor; dijo un sirviente á quien el portero había trasmitido el pedido, y tenemos orden de no anunciar sino á las personas...

—Vaya usted y haga lo que le he dicho, interrumpió el recién venido, en un tono que se hacía obedecer.

Una vez solo, recorrió con la vista el hall. Allí en un rincón, en la penumbra, distinguió una figura de mujer de negro y gran delantal, ocupada en adornar jardineras y floreros, la que le pareció rubia y juvenil, y creyendo fuera alguna gobernanta ó criada inglesa, se le ocurrió lo que á muchos se les ocurriría en igual caso: púsose á mirarla con insistencia, á caminar con paso fuerte, á toser impertinentemente... Picado por la absoluta prescindencia que de él se hacía, se adelantó á decir:

—Qué flores tan lindas! Desde la calle se siente su perfume. Son las flores las que perfuman esa mano ó es esa mano la que perfuma las flores?... No me regalaría usted una, señorita?... insistió. Ese clavel, justamente ese clavel que va usted á poner entre las violetas, menos fresco y precioso que sus labios...

Alex levantó la cabeza, le cruzó la cara con una mirada que fustigaba como un látigo, y salió tranquilamente por la puerta del comedor.

«Vaya un lujo de familia, que tiene du-

quesas para servirla!» murmuró casi en voz alta el joven... Y se fué, cansado de esperar á Enrique, llevando impresa la distinción del perfil, el gesto imperioso y despreciativo de la mujer que arreglaba flores en la penumbra del hall.

IX

Retardada en el arreglo de las flores del buffet, y en la espera del sueño de Stella, la fiesta estaba en todo su esplendor, y se bailaba hacía una hora, cuando Alejandra entró al salón. Desde la puerta buscó con los ojos á su tío, alguno de sus primos, á Máximo, una cara amiga, en esa multitud de figuras extrañas. A nadie vió. Abriéndose paso trabajosamente por entre la concurrencia, consiguió deslizarse hasta el medio del hall, y ahí, en un espacio vacío, se paró,

Las portadas de cristales abiertas permitíanle dominar desde allí el soberbio espectáculo. Arrebatadas por un vertiginoso vals, mil figuras blancas, celestes, malvas, rosadas, graciosas, ligeras, revoloteaban como grandes mariposas envueltas en la luz. Jóvenes señoras vestidas de telas más pesadas y más lujosas, con el pecho y los cabellos constelados de brillantes, paseaban en todo el des-

envolvimiento de su belleza, del brazo de sus caballeros.

Vió pasar así: á la linda Elena, fina y delicada en un traje lila y plata; á la hermosa Isabel de celeste, con el gajo de cerezas rojas entre sus cabellos negros, donde acababa ella de colocarlas; á Enrique bailando con Clarita que llevaba perlas magníficas; á María Luisa de salmón; á Ana María en una nube de blanco tul. Desconocidos.... desconocidos después.

Alex asistía por complacer, obedecer más bien á su tía, pero en ese instante, su juventud tan viviente sobrepúsose á todo, y triunfante, la obligó á olvidar lo que no fuera ella. Su espíritu se abrió y se adornó de fiesta, la claridad natural de su carácter apareció espantando las sombras que obscurecían sus días, y al contacto de otras jóvenes alegrías, su pensamiento empañado por el dolor, volvió á encontrar su tersura.

Vibrante toda, sonriendo á la música, á las flores, á la luz, á la vida, dió dos pasos hacia el placer... y se detuvo... A dónde iba? A quién iba á buscar? A nadie conocía, nadie la recordaba, nadie se ocupaba de ella; era la aislada, la inapercibida, la extranjera. Recordó otras fiestas más grandiosas, en que fué de las primeras, y le pareció que una arma fina y cortante atravesaba de parte á parte su amor propio de mujer. Una impresión más intimamente dolorosa reemplazó en su pecho, que daba cabida por muy poco

tiempo á las mezquindades, la otra impresión: el vacío mortal del alma, la nostalgia de su patria y de su ambiente, la triste amargura de una desilusión en una fiesta. Cayó su contento, parecióle envejecer, el desaliento la invadió, y quedóse clavada en su sitio.

«Si alguien me conociera!...» exclamó en su interior, en una compasión para consigo misma... «Si alguien me amara!» se atrevió á desear, mirando á tantos jóvenes pasar enlazados, y cruzar palabras y miradas.

Creyó soñar un momento después, oyendo una voz que le decía en su propio idioma:

—Señorita, soy el representante de Suecia y Noruega, y he creído que sería éste el mejor título para presentarme á la hija de Gustavo Fussller.

Un sobresalto, una soltura de todos sus nervios, le dió la presencia de ese hombre rubio, alto y amable, que simbolizaba para ella su país, que llevaba en la solapa de su frac una reminiscencia de los colores de su nación, que le traía en su acento como una ráfaga de aire del país natal.

El esperó que pasara una emoción, que comprendía, para ofrecerle su brazo.

—Acabo de llegar; hace sólo ocho días que me encuentro en Buenos Aires. Deseo presentarle á mi señora.

Al sentir la voz, de un grupo de hombres, que se encontraba cerca de la puerta del

salón principal, varios volvieron la cabeza, y notaron esa interesante figura de mujer, que ellos desconocían.

La emoción, la sobreexitación, las impresiones diversas, acentuaban la expresión de su fisonomía hasta el ardor y la vehemencia, dando á sus miradas mayor intensidad, á sus ojos mayor brillo y el color húmedo é indeciso de las flores de agua. Sus cabellos muy levantados en la nuca, dejábanla aparecer en los tonos del marfil, debajo del finísimo vello rubio que la esfumaba; sus brazos, su garganta, sus espaldas, emergían en toda su perfección de la bata de baile. La luz del centro caía de lleno sobre ella, dorando sus cabellos, transparentando su tez del color de la rosa Malmaison, y la destacaba de relieve, elegante y sugerente en su vestido negro de tul.

Los que formaban el grupo, al moverse, descubrieron á Máximo sentado en su posición cómoda de costumbre.

—Qué encantadora criatura! exclamó uno.

—Si es la prima!—dijo Alberto que se encontraba entre ellos. No ven? He sido yo el único en la casa que la había presentido. Para que á mi mujer no se le haya, todavia, ocurrido tener celos!...

—Aunque encantadora, toda su belleza está en su frescura, observó otro, que se daba por difícil y por juez en la materia; sus rasgos no son correctos: no es bella.

—Es peor que bella! aseguró Máximo en

el tono de desdeñosa autoridad que da el conocimiento profundo de alguna cosa.

Alejandra se acercaba del brazo de su compatriota. Al pasar, Máximo le dijo desde su sillón:

—Buenas noches, señorita Alex. Aquí me tiene usted afanado en contener este torrente de admiración que amenaza ahogarla.

Sonriéndole sin responderle, conitnuó avanzando por entre la concurrencia, con la soltura y el aire tranquilo de la gente inteligente acostumbrada al mundo y á la buena compañía.

—Cómo es eso? Nos marea el incienso hasta enmudecernos? No sabemos ya contestar al saludo de los viejos amigos?

—Sí, cuando los viejos amigos se ponen de pie para saludarnos, le contestó.

Vivamente, se levantó, en medio de las risas de los otros.

—Tiene usted razón Alex; perdón... somos tan mal criados en mi tierra...

Ella le extendió la mano.

—Con todos los derechos de parentesco, quiero repetirle lo que se decía de usted prima, díjole Alberto. Se la comparaba á las divinas criaturas de las leyendas que cuenta usted á mis hijos. Alguien la llamó el hada enlutada.

—Y por qué no más bien á alguna de las modestas heroínas de los cuentos que ellos prefieren?... «Piel de Asno», por ejemplo, respondió con toda su gracia.

Máximo y Alberto comprendieron que se refería á su transformación.

Empezó la tarea de presentarle á los «muchachos» de la rueda, según todos lo deseaban; cada uno de ellos apuntaba su nombre en el programa. Al llegar al gran salón, seguida por las exclamaciones: «No olvide usted el siguiente vals»; «Al segundo intermedio iré á buscar á usted, señorita»; «La tercera pieza es la mía», su programa estaba lleno, no siéndole ya posible complacer á los que se precipitaban para obtener el bailar ó pasear con ella.

Abríanse á su paso el interés de los hombres, la curiosidad, más ó menos benevolente, de las mujeres. No se la encontraba más linda que las demás.—Alejandra no era linda—se la encontraba diferente. Se experimentaba cerca de ella el inefable goce de ver jugar su espíritu en sus ojos y en sus palabras,

Sin que las alabanzas y las miradas admirativas la ofuscaran, sentíase satisfecha en la plenitud de su joven vida, que volaba hacia la alegría, y ese contento dábale nuevo resplandor. Entraba gozosa, sin turbación, en el triunfo mundano tan rápido como efímero.

—No sabes, Enrique, dónde estará mi tío? preguntó al joven que bailaba cuadrillas con Clarita, flirteando con su vecina.

—Papá está en la salita amarilla; juega al tresillo con el señor Montana, el Ministro Español, y don Pepe Escriña... Si quieres esperar á la terminación de esta pieza, yo te

conduciré donde él está, contestó mirándola con ojos de descubridor de tesoros insospechados.

—No, gracias; después de esta pieza, debo esperar á mi otro compañero.

Bastó para que Clarita frunciera el ceño y a persiguiera, mientras se alejaba, con aquella su mirada enemiga.

En el saloncito amarillo encontró á don Luis con los amigos nombrados por Enrique; además, Alberto y Carlos, que de pie mirábanlos jugar. El mayor placer de la noche lo probó Alex en los ojos de su tío, que rebosaron de admiración tierna é ingénua á su aparición.

—Qué linda eres! exclamó.

—Desearía tánto serlo para merecer su elogio, tío! Pero... tal vez prefiero no serlo, pues así constato que su cariño es bastante grande para hacerle ver en mí lo que no hay. Lindas están las muchachas. De Isabel, no hay ya nada más que decir, ella y Elena tienen bien sentada su fama; pero Ana María, que es éste su primer baile! Está deliciosa!

—Sí, es muy mona mi chiquilina, y tan traviesa!—Y presentó: el señor Ministro de España, el señor don José Escriña, el señor Montana; mi sobrina Alejandra Fussller.

«Fussller... Fussller...? murmuraba el primero como queriendo recordar algo. Fué despistado por Alberto.

—Señor Ministro, y usted don Pepe, no les

parece que sería éste el caso de tirar la capa? preguntaba señalando la joven á los dos hijos de Madrid.

—Esta niña tiene la belleza de la rubia y la gracia de la morena, contestó el primero con la galantería de un hidalgo.

—Es la gracia de la madre, dijo don Luis. Y su sonrisa, que no era nunca alegre, se hizo triste.

—Y de la madre patria! agregó don Pepe, con un entusiasmo de castellano viejo.

—Olé, Olé! repetía Alberto.

Todo esto hacía una reunión aparte, llena de jovial animación.

La orquesta preludiaba un vals. El compañero de Alex no sabía bailar. Alberto preguntó:

—No se anima, prima, á que demos una vuelta los dos? Mi amigo González, su compañero, no puede hacerla víctima de su ignorancia. Sí? Con permiso del tío... y en ausencia de mi mujer!

—Tienes el permiso del tío. Es tan lindo sentir revolotear la juventud á nuestro alrededor, contestó don Luis, que reía de buena gana, como los otros, de las ocurrencias de Alberto.

El vals dilataba su voz, la esparcía, tentadora, apasionada, después imperativa como un llamado. Los dos jóvenes la obedecieron, lanzándose en su torbellino musical. Los cuatro viejos amigos, Carlos y González, se em-

belesaron en un espectáculo del que sólo ellos disfrutaban.

Un momento sintió Alex, que su compañero apretaba nerviosamente su cintura y la mano que tenía su mano. Siempre bailando lo miró, y notó que se mordía los labios, que había irritación en la mirada que deslizaba hácia el hall. Dirigió la suya en la misma dirección y alcanzó á percibir un pedazo del vestido de Carmencita que se alejaba.

El vals terminó, y Montana ofreció su brazo á Alex para pasear. Era éste un hombre de cincuenta años, alto, de rasgos enérgicos, ojos penetrantes y fríos, y aire dominante, cuya ropa bien hecha, disimulando su estructura vulgar, dábale lo que se llama «una buena presencia».

—La muchacha que nos lleva usted don Samuel, vale un Perú! ¿No le parece así al gran competente en valores? preguntóle Alberto.

—Es el papá de Clarita, advertía don Luis á su sobrina, cuando lo interrumpió Carmencita, que decía desde la puerta á su marido, secamente:

—Alberto, muchas señoras se están pasando la noche sentadas, porque no hay quien las atienda.

—¿Y á mí qué, le contestó alzando los hombros como el más mal criado de sus hijos, y acercándosele para evitar que los otros oyeran las impertinencias que, estaba seguro, iba ella á lanzar:

—Me parece, que como dueño de casa, debías ocuparte de cumplir tus deberes, en vez de pasarte las horas brincando con Alex.

—Debías tú ocuparte de los tuyos, el primero de los cuales es el de no fastidiar... Sabes que soy dócil, pero que me encabritan las imposiciones. Lo que hubiera hecho pedido en otra forma, no quiero hacerlo ahora, ¿me entiendes? ¡Y cuidado! Me voy cansando. Si no fuera por el viejo, y por los chicos, tomaba mi sombrero y me mandaba mudar... Abur! y le dió la espalda.

Alex, acostumbrada á las disputas del matrimonio y á las explosiones contínuas de los celos de Carmencita, las que se recibían en la casa como se oye llover, no dió importancia á la escena, ni atendió á lo que decían. Sólo alcanzó á oir, cuando salía con Montana, las últimas palabras de Alberto que le entraron en el oído zumbando como una avispa.

En el gran salón encontróse frente á frente á Isabel, espléndida con su aire majestuoso y algo pesado, absorbida por las palabras de su compañero, en cuyo brazo se apoyaba con cierto abandono. Sus ojos bajos miraban el pequeño abanico de marfil y lentejuelas, que llevaba entreabierto en sus manos, y adivinábase que era una felicidad largo tiempo acariciada lo que la hacía sonreir. El le decía palabras discretas todavía, precursoras de otras que llegarían después... Isabel alzó los ojos, vió á su prima, se sonrieron las dos,

y Alex pasó sin mirar siquiera al joven que la acompañaba. Este que había enrojecido, muy pálido ahora, volvió vivamente la cabeza, y la siguió con los ojos, hasta que se perdió entre la concurrencia. Isabel notó su turbación primero, su distracción después, y se sorprendió. No sabía que el joven acababa de reconocer en la figura distinguida de su prima, á la mujer que arreglaba flores en la penumbra del hall.

Se formaba un cuadro de lanceros, casi un cuadro de familia. Isabel con Rodolfo Peralta, otro adorador, Elena con Carlos, más dedicado á su mujer que un novio, Enrique con Clarita, María Luisa con un colega del Doctor, Ana María con un joven que acababan de presentarle, Alex con Montana, lo que aumentaba el mal humor de Clara.

Ana María deslizó en el oído de su prima dos palabras con mucha animación, ésta hizo un gesto de asentimiento afectuoso, y colocáronse las dos en su sitio, para los lanceros que iban á comenzar.

Entre una figura y otra Máximo se acercó á Alex, y le dijo:

—Señorita Alejandra, el señor Montero y Espinosa desea serle presentado, y solicita de usted por mi intermedio, una pieza de su programa.

Distinguió ella en el presentado, que permanecía algo detrás de Máximo, al joven que paseaba hacía un momento con Isabel, y

cuyas impertinencias conociera mucho antes que su nombre; pero su cultura era demasiado perfecta para hacerlo comprender. Contestó seria, sin sequedad:

—Siento no poder complacer á usted, señor; tengo comprometidas todas las piezas de la noche.

—¿Ni un intermedio, señorita? preguntó Montero, sin su aplomo habitual.

—Ni un intermedio, señor.

—¿Entonces tendré á lo menos el honor de servirla en el buffet?

Alex apoyó un instante en Máximo, su mirada de terciopelo azul, y respondió después con su aire natural:

—Nuevamente mil gracias, señor; he aceptado con anterioridad el mismo ofrecimiento del señor Quiroz.

Este la miró muy sorprendido, como quien cree haber oído mal; ella le sonrió con malicia, y Montero se retiró con un gesto de contrariedad.

Isabel, demasiado rosada, quedó un momento en suspenso, paseando sus ojos, demasiado brillantes, del joven, que se alejaba, á su prima.

—Hace una hora que nos tienes aquí esperando para continuar, Alex, le dijo, con una voz que parecía salir de una garganta que ha secado una larga carrera. Y sin mirarla sonrió á su compañero.

—¡Ah, sí! perdón... respondió Alex comple-

tamente ajena á lo que pasaba. ¡Le hubiera parecido tan extraño saber que una mujer puede sentirse humillada, herida por el hecho de que un hombre, que la distingue ó que la quiere, se acerque á otra mujer!

Ya corría y se comentaba, aumentado, el caso inusitado de un «desaire» á Montero y Espinosa. Los comentarios llegaron hasta Isabel, que sintió levantarse su soberbia, y hasta misia Carmen y Micaela, ya fastidiadas de antemano por el éxito inesperado de Alex.

Mientras paseaba el intermedio, se acercó á su tía, para cambiar con ella una palabra afectuosa. Una sonrisa forzada y agria la acogió. Cerca estaba Carmencita, en un terciopelo negro que disimulaba su grosura, la que había llamado nuevamente á Alberto de una manera que éste no pudo excusar sin ser grosero, para presentarle á una dama muy respetable, agobiada por sus joyas.

—Va á acompañar á usted señora, mi esposo, á la mesa. Alberto, la señora de Velázquez, dijo Carmencita.

Su marido enverdeció ante la perspectiva de pasar en semejante compañía la mejor hora de la noche, y la mirada trágica que clavó en la prima fué tan cómica, que la joven tuvo que contenerse para no soltar una carcajada.

—¡Qué bien baila tu marido, Carmencita! dijo para disimular, sin caer en cuenta que tratándose de ésta, era una imprudencia.

—Me alegro.... pero te advierto que aquí las niñas no bailan con los hombres casados, le contestó muy ligero y con voz más ácida aún que la de la madre.

—¿Ah, sí? Cómo lo había hecho con el señor Nordolj....

—Eso no es lo mismo, concluyó aquélla.

—¡Ah, no! ¡eso no es lo mismo, Alex! exclamó Alberto, poniendo un aire de víctima propiciatoria.

Alex, que empezaba á conocer el flaco de cada uno en aquella familia, no insistió, y se alejó con su compañero.

Las puertas del *buffet* se abrían, y apresurábanse todas las parejas á entrar en el comedor.

Don Luis, llamado por su mujer, dócilmente conducía á una señora corpulenta, que tardó media hora en colocar en su sitio.

Atendía á misia Carmen el ministro sueco, que hacía esfuerzos por entender el francés que ella le servía amablemente.

Máximo buscó á Alejandra, y ofrecióle su brazo.

Al atravesar el hall, muy solo en ese momento, la risa sonora de él, la risa cristalina de ella, estallaron en toda libertad, prolongándose francas y espontáneas. Detuviéronse para reir mejor.

—¿No le he dicho que soy la mujer de las sorpresas? Estamos en la segunda de la noche.

—Confiéseme ahora, aquí solos los dos,

¿por qué se le ha ocurrido elegir para el momento mejor de la fiesta, al más aburrido y al más viejo?

—Es éste mi secreto... Tal vez no llegará usted nunca á conocer la causa por que lo he condenado á representar el rol de *chevalier servant malgré lui*... ¡Pero que desaparezca, por Dios, antes de entrar, esa expresión azorada, que es un insulto para mi amor propio!

El comedor con su mesa adornada de guirnaldas de rosas y mariposas de luz, en la que resplandecía la vajilla de oro y plata; las señoras cubiertas de brillantes, los criados de media de seda y calzón corto, y mil detalles de riqueza y gusto, producían el efecto de una reunión de corte.

Alex y Máximo no encontraron sitio. El *maître d'hôtel* les indicó, que en la terraza cubierta, se habían dispuesto pequeñas mesas, y allí se dirigieron. Ocuparon una, cedida por un grupo de jóvenes que no tenían compañeras, vecina á la de Isabel y Montero Espinosa. La terraza había sido invadida también por parejas jóvenes que acudían á ese lugar, como á un abra reposante y encantadora, propicia para sus amores y sus *flirts*. La atmósfera pesada de las salas y del comedor se aligeraba ahí. Por las vidrieras entreabiertas entraba el soplo de la noche, que en el jardín era día, iluminado por mil lamparillas eléctricas.

Alejandra cenaba con su sano apetito, y Máximo que no cenaba nunca, contagiado, se hizo servir también.

—¿Con que no conoceré nunca, tal vez, la causa?... me basta con los efectos, bebamos por ellos, díjole Máximo, invitándola á beber su champagne.

Durante los veintiseis días transcurridos desde la llegada de Máximo, viéndose diariamente, habíase establecido entre los dos una relación muy cordial, y se trataban como antiguos camaradas.

—Y por el feliz resultado de lo que voy á pedirle, replicó ella, levantando la esbelta copa, que parecía llena de topacios.

En ese momento su deseo de conseguir, brillándole en los ojos y entreabriéndole los labios, la hacía tan irresistiblemente seductora, que produjo en su compañero, de cabeza tan firme, un pequeño deslumbramiento, parecido al que se experimenta cuando se ha mirado largo tiempo, fijamente, una luz. El se extrañó...

—Lo que usted quiera, Alex—y bebieron. —¡Micaela la admira! agregó con travesura, notando que su hermana los miraba recelosamente desde lejos, y á ella con cara de pocos amigos.

Alejandra, muy discreta, no oyó.

—Sí; el otro día me decía, prosiguió, que usted le había referido cosas muy divertidas de la reina de Inglaterra. La ha convencido

usted que Alejandra quiere decir dulzura, y que hacer manteca es la principal ocupación de su Majestad.

—Si, porque me olvidé contarle, replicó la joven riendo con su risa tan infantil, que á pesar de esa dulzura, mi real tocaya, cuando muy joven, herida por los desastres de la guerra con Dinamarca, en su padre y en su pueblo, dijo á su cuñada la princesa Beatriz, muy chica aún, á quien Guillermo I, de visita en la corte de la reina Victoria, preguntaba qué quería que le regalara: «¡Pídele la cabeza de Bismarck!»

—¡Ah! ¿con que Alejandra quiere decir también ferocidad? Dígame, con nuestra franqueza de viejos amigos, ¿sería usted capaz de pedir también alguna?

—¡Quién sabe.... tal vez.... según....!

—La de Montero y Espinosa, por ejemplo, que está tan dedicado á Isabel — continuó maliciosamente Máximo—al percibir los ojos del joven que no podían apartarse de Alex.

Desde que llegaran, aquél hablaba con gran verbosidad con su compañera sin perder de vista á la mujer que lo iba absorbiendo. Isabel, que parecía interesadísima en su conversación, seguía disimuladamente su mirada, que se deslizaba hasta la mesa del frente, se detenía, y con esfuerzo se volvía á ella.

—Seriamente, ¿qué le parecen nuestros vecinos, Alex? Mi sobrina encuentra que Manuelito es de una calidad superior para marido.

—Y yo encuentro que Montero hace una gran elección. Ella es completa, y creo que está impresionada realmente. No sería, pues, solamente, un matrimonio de conveniencia.

—Me parece que él no está alegre esta noche.

—Usted sabe, mi amigo, que por el cielo más azul, cruza de pronto una nube.... Y á propósito tiene usted que disipar la nube de un cielo azul. Se trata de dos enamorados; es por ellos mi pedido. ¿Promete sin saber qué?

—Siempre que no sufra la moral....como diría mi hermana Carmen.

Entonces, ella le contó: Ana María y Rafael Palacios, muy enamorados, habían cambiado compromiso entre ellos. Muchacho enteligente y estudioso, pero pobre, tenía en su contra á toda la familia, menos á Emilio, con quien eran muy amigos, y á don Luis, incapaz de contrariar á sus hijos ni en lo bueno ni en lo malo. La niña, sin escuchar consejos, sin importársele la tenaz oposición de los suyos, que habían obligado al muchacho, á fuerza de desaires, á no volver á la casa, persistía y esperaba, escribiéndole y encontrándolo aquí y allá, en sus salidas con la gobernanta.... No había sido invitado, naturalmente; ella se divertía, sin olvidarlo un momento. Varias veces habíase acercado para recordarle la promesa que le hiciera de hablar á Máximo en su favor..... El pedido era éste: «que él pusiera su influencia incontrastable, cerca de

su hermana, para que cediera ante el decidido cariño de la niña.»

—En un año de vida en común, prosiguió Alex, he tenido tiempo de conocer á la familia. Ana María, de corazón muy noble é inteligencia muy clara, es vehemente como Emilio, audaz y decidida. No ha sido nunca contrariada por la educación, que es continua contrariedad, y está habituada á hacer su voluntad desde que ha nacido, como la Perla, como sus hermanos todos. Hoy encuentra un obstáculo que se interpone entre ella y lo que más la ha apasionado hasta ahora; si no puede quebrarlo, saltará sobre él, sin preocuparse del conflicto que vendría después..... Una mañana entra á mi cuarto, me abraza y prorrumpe en un llanto desconsolado: mi tía acababa de dar orden de no recibir á su novio. Trataba yo de calmarla, y creía haberlo conseguido, cuando de repente me dice, ya sin lágrimas: «Voy á hacer tales locuras, que verá mamá si no es ella quien tiene que llamarlo, por ese qué dirán que teme tanto, y al que pretende sacrificarme.... ¡Si estuviera Máximo á quien nadie dice, en casa, no!». Al poco tiempo miss Mary, que á nada se niega para ella, me contó alarmada, que durante las salidas que hacían las dos, se veían fuera de casa. Aterrada por las consecuencias que podrían acarrearle esas escapadas de niña irreflexiva, conseguí, después de grandes empeños, llevarla al convencimiento que de-

bía esperar su vuelta. Llegué á prometerle intervenir y ayudarla, manifestándole á usted lo que sabía y pensaba del joven; es decir, que creo es la pobreza su único inconveniente, en cambio de la promesa formal de su parte de no volver ā verlo. Justamente desde aquí alcanzo á percibir su expresión de apasionado interrogatorio.

Hizo una seña con la cabeza llamándola; cuando estuvo á su lado, tomándola de la mano:

—Es ésta la niñita, que sin el consentimiento de su mamá se permite tener novio.

—¡Ah! ¡ya lo creo! prorrumpió la niña sin la menor vacilación. Te lo digo francamente, Máximo. Mamá y las muchachas lo detestan por que es pobre y no viste bien. No tiene un padre como Enrique, él, que le pague el sastre y los perfumes.... Es de una antigua familia de Salta, sin más bienes que la casa en que viven allá en su provincia, la que los hijos han cedido á la madre y á las hermanas mujeres; el padre murió hace muchos años. Los muchachos, trabajando y estudiando hacen su vida.... Rafael es muy inteligente, créeme, Máximo; estoy segura que te llamará la atención....Es muy serio, muy reservado, muy reflexivo....No sé verdaderamente cómo ha podido enamorarse de mí y tomarme á lo serio, viéndome loquear y oyéndome canturrear todo el día. Estudiaba con Emilio y pasaba en el cuarto de éste muchas

horas. Por ser como soy me llama la Cigarra..... ¡Pero, es que lo quiero muy en serio, yo!.... Es de los primeros en su curso. En casa no tienen otro motivo que su falta de posición.

La niña lo había contado, con ese aplomo que no perdía nunca, y ahora esperaba la respuesta de Máximo, toda entregada á la ansiedad de esa espera, sin interpretar el silencio que se prolongaba. Este, después de mirarla serio un momento, por fin le dijo:

—¿Ningún otro?...... ¿Me lo aseguras?

—Te lo juro, Máximo.... Rafael estudia de noche; de día llena un empleo modesto en el Ministerio de Obras Públicas. Dentro de dos años será ingeniero. ¡Dos años! es mucho tiempo, aunque yo sólo tenga diez y seis.... Mucho tiempo también ha soportado los desaires de mamá y las impertinencias de Isabel, por mí únicamente; después no volvió más.... A los ocho días lo vi en el Paseo de la Recoleta, yendo á misa con Miss .....¡qué quieres, tío, no podía más! Otra vez en lo de una señora pobre que socorremos.... y otra más en lo de la misma señora.... Te lo juro también, Máximo, tres veces nada más..... ¿Crees que podría haber engañado á Alex, y ahora á ti?...... No soy, te aseguro, para cargar con un secreto; les declaré, pues, claramente en la mesa, para que no quedara uno solo sin saberlo, mi compromiso y mi resolución. Pero ya Alex te lo habrá contado

todo, ¿no es verdad? ¡Ah, Máximo! terminó con un suspiro salido de su corazón primaveral.

—Eres demasiado franca para que eso no te dé, cuando menos, el derecho de ser creída, mi hijita, dijo aquél. Su fisonomía cerróse á toda expresión para preguntar:—¿Y si yo me excusara, que contarían ustedes hacer?

A la niña la empalidecía la incertidumbre. De pie, dando la espalda á la concurrencia, no se preocupaba de ocultar á sus dos amigos su carita inmutada, como un agua transparente que el viento agitara en ese instante.

Alex encontró en esos ojos que se clavaban ansiosos, y en esos labios que hacían el gesto de los de un niño que va á llorar, algo de los ojos y los labios de Stella en sus días de dolor; entonces los suyos imploraron también. El percibía bien el doble ruego.

—¿Y si yo me excusara?......Vamos á ver, repitió impasible.

—Esperaríamos, diez, veinte años; ¡y seríamos diez, veinte años desgraciados!

Estas palabras sonaron como el grito del convencimiento, que se despertara en esa conciencia infantil; tan firme fué la entonación que supo darles.

Máximo callaba, mirando una blanca flor de caña que acababa de tomar de entre las que adornaban la pequeña mesa. Levantó los ojos, al fin, y con su natural llaneza dijo:

—Mándame mañana á tu Rafael. Espera....

que me busque á las cuatro en el Círculo de Armas. ¿Mañana es sábado?...... bueno, el domingo vendré á pedirte á tu padre.

Un pequeño grito contenido, una sonrisa que temblaba, dos lagrimas que se dejaban correr, fué lo que vió después del minuto necesario para que sus palabras fueran comprendidas en todo su alcance por aquella á quien iban dirigidas.

Máximo sentíase una inmensa bondad, ante esa rica frescura de sentimiento, ante ese joven júbilo que acaba de crear!

—¡Oh tío, tío, cómo te lo agradezco! ¡cómo te lo agradecemos! pudo decir al rato Ana María, en una voz á la que había pasado todo el ardor de su pequeña alma de niña.

—¡Felices los que como usted pueden hacer tanto bien en un instante! murmuró Alejandra con voz velada é intensa, que revelaba su alma más ferviente de mujer.

Máximo vió que también la había empalidecido la emoción; tuvo la vaga intuición de lo que sería ser amado así por ella, y vibrándole aún en los oídos lo que acababa de decirle pensó: «Las palabras pueden ser las mejores caricias».

Ana María lo interrumpió al quitarle de las manos la flor con que distraídamente jugaba. Pasó ese momento de sensibilidad fugitiva....pasó demasiado rápido para dejar rastro alguno en su memoria afectiva, olvidada de ejercitarse desde tanto tiempo.

—Guárdala, mi buena Alex, dijo la niña, prendiendo la flor en el pecho de su prima, que se sintió bañada por su aroma; guárdala tú como recuerdo de esta noche; Máximo, que no es sentimental, la tiraría..... Te quiero más que á todos mis hermanos juntos, á quienes quiero mucho á pesar de todo. No, no más que á Emilio: tanto como á Emilio, sí.... ¡Qué contento vá á ponerse él cuando lo sepa!.... Y sin importársele de la gente que llenaba la terraza, ni de Isabel que quería penetrar la escena desde su sitio, le dió un largo beso.

Tomó después una de las copas á medio vaciar y levantándola:

—¡A mi felicidad.... y á la de ustedes dos, queridos míos! dijo, y apuró hasta la última gota del champagne, que le pareció un néctar.

No había seguramente malicia ¿pero había en el brindis de la niña una intención?

Máximo notó sin mirar, que el color de Alejandra era, en ese instante, un poquito más subido que el de la rosa Malmaison.

—¡Tan bonita! dijo, siguiendo con los ojos la diáfana nube de tul que se alejaba. Y mal criada como todas las hijas de Carmen. Tanta emoción, por haber condenado á otros dos más al matrimonio, agregó. Y ahora que estamos en el momento de las confidencias, me va usted á contar, por qué mi otra sobrina encuentra que está tan distraído Manuelito.... Ya el pobre muchacho no puede

contener sus ojos.... ¿No ve que se le escapan hacia esta dirección?

—Escuche, Máximo, le interrumpió vivamente Alex con el gesto y con la palabra; estamos también en el momento de la franqueza. No soy una chicuela para que me ruboricen las bromas, y tengo suficiente hábito social para aceptarlas y seguirlas. Excúseme, sin embargo, de ésta: usted me ha obsequiado ya con ella tres veces en la noche, sin darse cuenta de todo lo mortificante que es para mí. Espero entonces, que no volveré á oír de sus labios alusiones que no puedo.... ni quiero aceptar.

—¿Y si yo insistiera, qué contaría usted hacer?—preguntóle su compañero, sonriendo con una ironía á flor de piel, y repitiendo la misma pregunta que hiciera, hacía un momento, á Ana María.

—Cesaría entre nosotros, en el acto, toda cordialidad.

—¿Alejandra quiere decir.... quiere decir también?....

—Es mucho más serio este asunto, de lo que usted supone, Máximo. Tratémoslo en serio, pues. En el nombre que usted pronunciaba, al presentarme á ese señor hace un momento, he reconocido al que se ha repetido día á día durante todo el tiempo de mi permanencia aquí; el que Isabel no ha oído nunca sin cambiar de color, ni mi tía sin sonreír como á una promesa....

—¿Pero él? interrumpió Máximo.

—Él, según he oído, la ha elegido entre todas, y se ha dedicado á ella en las fiestas durante dos años, ostentando abiertamente sus obsequiosidades. Pienso que ha dado derecho á crer....

—Lo que no existe, como manda la Iglesia, interrumpió nuevamente Máximo.

—No agrandemos tanto al señor Montero, amigo mío. Y tampoco convirtamos mi pedido en discusión. No necesito dar mayores razones. Isabel es apasionada, y está apasionada; juega en la partida sus aspiraciones, muy legítimas por cierto, y su corazón. Con una broma podría acarreárseme el mayor de los daños: enemistarme con las personas que hoy son toda mi familia. ¡Me haría un gran mal.... y estoy tan cierta que no querría usted hacerme ninguno!..... Sí, Máximo: son toda mi familia.

Dijo estas últimas palabras con gran sencillez, pero en un tono que era como el ¡ay! de una herida que se quejara. Un segundo, Máximo distinguió menos claramente las figuras que conversaban y se movían á su alrededor.

—Tiene usted razón, Alex, contestó al rato; ¡me estoy volviendo tan vulgar!—Callaron un momento, después él dijo: Nunca se es absolutamente franco, ni aun cuando debiera serse. Si se me pidiera representar la imagen de la lealtad, de la sinceridad, de

la fidelidad, robaría á su rostro su expresión. Sin embargo....

—¿Sin embargo qué? interrogó ella muy vivamente.

—Nada, Alex, iba á decir una impertinencia. Soy un escéptico incurable, ya lo sabe usted.

—Sí, bien lo sé, asintió ya sonriente volviendo á toda su alegría: y es eso lo que lo hace viejo como «grand papá». Tiene razón Ana María; no es usted sentimental, sensible diría yo, al ver cómo martirizan sus manos á esas pobres flores. Déjelas tranquilas, pues, sobre su mantel de encaje.

—Me cansan las flores fuera de la planta en su absoluta pasividad.

—¡Qué error! ¿No sabe usted que está científicamente comprobado, la existencia de odios mortales y hostilidades terribles entre algunas de ellas? No coloque usted juntos jamás al resedá y la rosa; aquél es enemigo implacable. Perseguirá, alcanzará, envolverá, matará á su vecina después de una lucha cuerpo á cuerpo. De nada le servirán á la hermosa, le aseguro, sus espinas. El heliotropo y el clavel son íntimos amigos....

—Amistades y guerras de mujeres.

—¡En cambio, el muguet no acepta á nadie cerca, es egoísta como un solterón!

Del comedor llegaban muchas señoras y caballeros que deseaban ver desde la terraza el jardín, estrellado de globos de luz blancos y rojos. Máximo y Alex se levantaron

y permanecieron de pie, rodeados por muchos señores y jóvenes, con los que se generalizaba la conversación. Isabel y Montero levantáronse también, y como estaban vecinos, quedaron dentro de la animada rueda.

Isabel, que no podía demostrar su contrariedad, informaba á Alex, á su pedido, de ciertas personas que le llamaban la atención.

Misia Carmen se acercó al grupo y presentó á su hija, con orgullo, á su acompañante, un resplandeciente general muy camarada del hermano de don Luis.

El Ministro Español, que la seguía, conduciendo á Micaela,—acto de abnegación que le imponía su amistad con la familia,—saludó también á la joven, con sus inevitables galanterías, y al distinguir á Alejandra, le dijo:

—¡Ah, señorita! ¿con que es usted hija, nada menos que de Gustavo Fusller? Me sonaba tanto su nombre, que se lo pregunté á su tío, después que usted nos dejó.

—¿Su padre, señorita, era el Fusller de fama mundial? preguntó Montero con gran interés.

Todos los que formaban la rueda esperaban la respuesta.

—Sí, señor, contestó la joven alzando su cabeza en un noble orgullo; ¡mi padre era el Fussller de fama mundial!

El grupo le sonrió. Una mezcla de fastidio y de halago sintieron Micaela y misia Car-

men. Isabel sólo el temor de que esto redoblara en Montero la preocupación.

Enrique se acercó.

—¿Quieres, Alex, que demos una vuelta? Soy el único que no ha bailado contigo, dijo á su prima, con un aire de confianza que despertó en Máximo un recuerdo, el mismo que le hiciera un momento antes, decir: «Sin embargo....»

—Espera un momento; voy á asegurar esta flor que me prendió Ana María, y que sentiría mucho perder, contestó ella, aproximándose al espejo de una consola que estaba á su lado, para sujetar la flor, que parecía una mariposa blanca extendiendo sus alas sobre el negro tul.

—¡Si viera qué antipáticos me son los espejos! díjole Máximo.

—No seguramente cuando reflejan cosas tan lindas, objetó galantemente Montero, afanado por terciar en la conversación.

—Siempre me son antipáticos.

—¿Y por qué? preguntó Alex sin dar importancia á la conversación.

—Porque son traidores.... llenos de indiscreción. Reflejan la verdad, y no es siempre linda la verdad.

Tomó ella su programa de baile, y se lo hizo mirar en el cristal: sus letras doradas aparecían invertidas en él.

—Ya ve usted que es sólo la apariencia de la verdad. Y hay siempre que desconfiar

de las apariencias, mi buen amigo, concluyó, tomando el brazo que le ofrecía su primo.

La terraza quedó abandonada; la concurrencia se diseminaba nuevamente por los salones, donde se bailaba como si se empezara recién. Máximo que permanecía solo allí, se recostó en un ancho diván y púsose á fumar.

Miraba las espirales del humo azul de su cigarro y su pensamiento vagaba.... «¡Qué lástima de muchacha! Con un imbécil como Enrique.... imbécil de la peor especie...... ¿Lástima, por qué? Es de una familia de alta posición y de fortuna; su propia familia. Ella es encantadora, es cierto, pero al fin la pariente pobre en la casa rica, y debe conocer demasiado su encanto, para resignarse á ese rol, ó á cargar con el pobre diablo que le destinarían para marido en la casa...... ¡Pero con el cretino de Enrique!.... ¿Y Ana María?......Es riquísima la chiquilina. Casarse.....casarse esa muñeca.... Conocerá la vida más pronto; *voilá tout*. Serán uno, dos, seis años felices, y después se disputarán....¿Qué son dos, seis, diez años en una axistencia? ¡Qué larga, qué aburridamente larga es la vida del hombre!.....Alex tiene realmente un atractivo especial; hay en ella para todos los gustos».

Se adormeció á medias, y á medias cerró los ojos. Los abrió al ruido de unos pasos: Montero y el Ministro sueco entraban del

comedor y poníanse á pasear fumando y conversando, sin notarlo allí acostado en su rincón. Al rato tiraron su cigarro y se fueron otra vez. Máximo siguió pensando:

«Manuelito, á este paso, va á hacer la corte á toda la Escandinavia. El Ministro, el Secretario, Mme. Nordolj, Alejandra.....Montero si que está herido, y creo que mortalmente. Isabel está en peligro......A pesar de sus manifestaciones en la mesa, no la creo.... Tiene demasiado talento para no mostrarse indignada ante la acusación de una posible traición......¿Traición por qué? Manuel no es el novio de Isabel.»

Sonreía á sus pensamientos, que evocaban las palabras, escenas, miradas que había pescado al vuelo; manifestaciones de las pequeñas pasiones femeninas, que empezaba á mover el interés que Alex despertaba.

«¿Y Montana?.... Temible hijastra.... Si yo aconsejara, aconsejaría á Manuel...... Comprendo que ella aspire á conquistarlo. Muy hábil, comienza por rechazar....Hace muy bien: sería heroísmo condenarse á educar á la Perla toda la vida...... ¡Y tener que aguantar á Carmen, la pobrecita! »

Lo despejó Alberto que venía renegando.

—¡No me pescan más! ahí me han tenido toda la noche remolcando viejas.

Una de las carcajadas tan únicas de Máximo, le respondió.

—Si, voy á aconsejarle á mi suegra, tan

amiga de sociedades y congregaciones, que funde un «Matronato».... ¿Y qué me dices del *succés* de la primita? ¡Eso será mi venganza! ¡Están echando chispas! Me preparo á soplar.

—Son las cuatro y veinte, me voy.

—¡Feliz tú, hermano! ¡A mí me espera todavía el chocolate en familia! Hay que prepararse á la murmuración de tus hermanitas, al mal humor de Isabel, á las sentencias de Linares, á los reproches de mi mujer......

—De buena gana me quedaría á dormir en el sofá, dijo Máximo bostezando y poniéndose el paletó. Tengo un sueño de todos los diablos y una pereza de mujer...... ¡Estoy muy viejo, ché!

—A propósito de viejos, sabes que no me gusta nada cómo está don Luis. Hace un rato me dijo que no se sentía bien y se retiró. Es tan santo que me exigió no dijera nada á nadie, para no distraerlas de su diversión.

—Mañana hablaré con Carmen, contestó preocupado sinceramente del estado de su cuñado, á quien quería mucho.

Pocas personas extrañas quedaban ya en la casa; el baile había terminado. Se oía el rodar de los carruajes que se retiraban, el ruido de las cajas de los instrumentos que guardaban los músicos de la orquesta, el murmullo de las despedidas en el hall.

En el comedor se reunía la familia para cenar tranquilamente, libre ahora de sus

obligadas atenciones. Montana esperaba que su hija, cubierta ya con su salida de baile, de brocato y pieles, concluyera de despedirse. Alex apareció en la puerta con Enrique, que la hablaba calurosamente y accionando mucho. De la fisonomía de la joven había desaparecido su preciosa serenidad, percibíase una pequeña contracción en sus cejas, la expresión de su rostro se había marchitado como la flor de caña de su seno, que iba pareciéndose ahora, extendida allí, á una blanca mariposa agonizante.

Enrique entregado todo á su conversación, olvidaba ofrecer á Clarita acompañarla hasta su carruaje. Misia Carmen tosió con una discreta indiscreción, y miró á su hijo, quien se acercó muy ligero á su prometida, á la que no escapó la tos y la mirada. Altanera rechazó su brazo, aceptó el de otro de los adoradores del vellocino de oro, que la disputaban á Enrique, y con un saludo serio, salió á tomar su carruaje.

—Mis respetos, señorita Fussller, dijo á Alex el padre que la seguía, inclinándose como ante una princesa.

—¡Ah! murmuró ella, en ese sobresalto que produce en el que duerme sentirse nombrar. Buenas noches, señor Montana, dijo después, con una amabilidad que parecía traída de muy lejos.

—¡Ahora arde Troya, hermano! prorrumpió Alberto, que permanecía con Máximo en

la terraza, desde donde oían y veían lo que pasaba en el comedor. ¡Ya no es sólo Isabel, es también Clara, y es mi suegra, y es la mar!... Pobre Alex, encantadora Alex, prosiguió al rato, con la misma afectuosidad, dulcemente pura, que tenía para decir: «Pobre Perla», cuando la niña traviesa se golpeaba. «¡Ay, infeliz de la que nace hermosa!» Y viéndola entrar, agregó: Aquí nos tiene usted, prima, recitando versos á la luz del alba.

Miró ella al jardín; el alba llegaba lentamente en el horizonte. Atraída, se aproximó á la baranda, abrió más grande un cristal y en ella se recostó sin cuidarse del aire frío que besaba sus brazos desnudos. Máximo se aproximó también, y un poco detrás quedóse Alberto.

Los tres contemplaban la lucha entre la luz y la sombra y esperaban silenciosos el nacimiento del día. La luz triunfaba; aun no se mostraba el sol, pero una mancha rosada marcaba el punto donde pronto debería aparecer.

Un deseo latente de que ese silencio, esa tranquilidad, esa quietud se prolongaran, después del bullicio de la fiesta, había en ellos tres.

—¿Alberto, Alberto, no sabes que te esperamos para cenar? grito Carmencita desde el comedor.

—Almorzar dirás, son las cinco; le contestó fastidiado al ser interrumpido en un

espectáculo que contemplaba por primera vez.

Hasta entonces no había conocido más alborada que las que deshacen las mesas de juego.

—Cómo le gustan á Alex los hombres, dijo Micaela malignamente, mientras la joven subía á sus habitaciones con aire de laxitud y de preocupación, después de hacer un saludo general.

Máximo la oyó.

—¿No te quedas á tomar algo con nosotros? le preguntó misia Carmen al ver que se marchaba.

—No, estoy muy cansado; pero les dejo un consejo, mis hermanas: más cultura y más bondad.

Sentados todos alrededor de la mesa, comían y charlaban. Isabel con expresión de contrariedad, misia Carmen de preocupación, Enrique de indiferencia, Ana María de sueño y de contento. Con la cabeza recostada sobre la mesa mascaba sus tostadas y sus dulces, y miraba la escena pasada en la terraza.

—¿Cómo nos hemos divertido, nena, eh? díjole Alberto, sentado frente á ella. ¿Cuántas infidelidades.... Cuántas?

—Te juro que ninguna, le contestó con viveza.

—¿Cuántas, cuántas....? ¡Desgraciado! ¡A este paso, pobres, pobres, «las provincias unidas del Sud!»

—¡Mucho! dijo la niña con mayor vivacidad, muy despierta y muy derecha en su silla, moviendo su cabeza con aire de desafío.... ¡Ya verás el domingo!

Habíala él visto conversar con Máximo. Comprendió.

—¿Ah, entonces?.... ¿«Sean eternos los laureles que supimos conseguir»?....

—Sí, sí.... le contestó riendo á carcajadas. Después haciendo corneta con la mano: Turututú.... ¡alex! Pero chit.

—¡La irresistible Alex!... y dirigiéndose á su suegra que conversaba con Micaela en la cabecera de la mesa: ¿Qué me dice usted, mamita, del éxito fulminante de la maestrita noruega?

Bastó. Todos los rencores y las decepciones de la noche salieron á los labios.

—¡Cómo no van á mirarla los hombres si ella los busca, contestó Micaela.

—¡Qué ignorancia, señora! ¿Está usted todavía creyendo que los hombres van donde los buscan? Si así fuera, no habría marido infiel. ¿No es verdad, mi querido don Vicente; usted que ha sido tan buscado en su tiempo?

—Siempre con tu eterna broma; ya cansas hijo, le observó la suegra.

—Diga usted más bien, querida mamá: «hijo, no estamos para bromas».

Ana María, Elena y Carlos hacían esfuerzos para no reír; María Luisa no los miraba para no tentarse.

—¿Y qué me dicen del idilio á tres de la te-

rraza? preguntó Isabel,—deseosa que otros sintieran la mortificación que ella sentía; pues sabía que con ello hería á Micaela y á Carmencita—¡Alberto y Máximo contemplando la aurora!... Sólo Alex es de fuerza para conseguirlo.

Su cuñado, que tenía mucho amor propio y genio pronto, respondió:

—Pero mi hija, podías dejar á Micaela y á tu hermana el cuidado de Máximo y el mío, y ocuparte tú de tu Manuelito, que parece estar decidido á emplear útilmente su fortuna.... Según he oído decir, las latas que le ha dado esta noche el Ministro sueco tenían por objeto el informarse de las dificultades de ciertas exploraciones polares que tiene gran empeño en realizar.

Isabel tragaba las lágrimas de cólera que caían en su garganta y que su orgullo no quería dejar salir por sus ojos llenos de rencor.

Alberto no era malo y quería á sus cuñadas, pero vivía en discusión perpetua con Isabel, que lo pinchaba siempre. Aprovechaba ahora la ocasión de pincharla á su vez. Y en su mal humor agregó, no previendo que él sería involuntario promotor de desgracias con sus bromas simplemente:

—Sí... parece que el muchacho no tiene una cabeza muy firme, y que la pierde cada vez que ante él se cita un nombre ilustre... Es lo que le ha pasado con el de Fussller.

—Alejan.... empezaba á decir más exaltada la joven. La interrumpió Ana María, que saltó, como una gatita blanca á los ojos de un enemigo:

—No, eso sí que no; no quieras mezclar en esto á Alex, también. Sabes, como lo sé yo, como lo sabe María Luisa, Enrique, Elena, todos los que bailábamos los lanceros, que ella no quiso bailar ni pasear cuando la invitó.

—Sí, para que se dijera y se comentara...

—¡No seas ridícula, Isabel! Alex iba á sospechar que hay gente tan tonta como para medir cada gesto, recoger cada palabra de Su Majestad Manuel! Si no lo conocía....No quiso ir á la mesa tampoco.

—Para ir con Máximo,interrumpió Micaela.

—Sí: es uno de sus blancos, dijo Isabel. Ella misma lo invitó.

—¡Mentira! gritó Ana María con su voz chillona cuando se alzaba para sobrepasar la de los demás. Vaciló si debía continuar. Calló.

—Sí, como no la ví yo cuando lo miró...

—Mentira, Alex no busca á nadie, gritó la niña otra vez, de pié, indignada, dejándose llevar de su generosidad y de su lealtad natural, viendo en peligro á la que acababa de hacerle un servicio. Fuí yo quien pidió á Alex que hablara á Máximo y me complació.

—¡Ah! ¿con que también se mete en esas cosas la señorita? exclamó alterada misia Carmen.

—Mirá, mamá, es mejor que no hablemos

de esto hoy. Muy pronto sabrás la verdad.

Corrió hacia su madre, la abrazó por la espalda, y terminó despacio:

—¿No hablemos más, quieres, mamacita? Muy pronto sabrás toda, toda la verdad.

—Y hemos olvidado al suegro de Enrique, dijo Elena para desviar el tema desgraciado.

—Sería un gran partido para Alex, respondió Isabel, que dejó entrar inmediatamente en sí la idea, como un apaciguamiento.

—¡Un partido regio dí, niña, acentuó Micaela, muy hábil para encontrar adjetivos relumbrantes.

—Regia ha estado la fiesta, observó Enrique, que como buen egoísta detestaba la discusión.

—Sí; ¡pero faltaba Emilio! Y para recordarlo, la voz de Ana María se entristeció.

—¡Pobre mi hijito; en el campo y con tanto frío! fué la exclamación que salió del fondo del alma de la madre. Toda la noche lo he recordado.

—Y yo también, dijo María Luisa. ¡Qué mona estaba Sarita Blanes, que le gustaba tanto á él!

No hubo uno, uno sólo entre esta familia tan indisciplinada, pero tan amantemente unida, que no tuviera un recuerdo de íntima ternura para el ausente.

—El único lunar ha sido la desatención de los dueños de casa con las señoras, insinuó Carmencita, siempre inoportuna.

Alberto previno el golpe.

—Escucha una vez por todas, mi hijita. No estoy dispuesto á soportar tus majaderías y tus imposiciones; otro día que pretendas obligarme á lo que no quiero, te repito, tomo mi sombrero y me mando mudar.... No digas más; sé á donde quieres venir, pues no tienes siquiera la habilidad de ocultar lo que querrías ocultar. He bailado con Alex como lo haría con Isabel, con Ana María, con cualquiera de las muchachas, como una broma delante del viejo, que estaba encantado; porque es positivamente bueno él, y no hay malicia donde hay gran bondad. Montero pidió una pieza á Alex, por intermedio de tu tío; es lo mismo que han hecho todos los hombres de buen gusto de la reunión. Montana ha querido demostrar que también él lo era, y paseó con ella. Máximo encuentra que su trato es delicioso, y es por eso que son buenos camaradas... Te aconsejo le pidas que te enseñe en vez de idiomas, el arte de agradar... Es el único secreto para atraer y retener. Lo demás es todo inútil; un cariño que muere no resucita, á un hombre que dispara nadie lo ataja. Y volviendo á su natural buen humor, tiró de la nariz á Ana María, deslizándole: Ya sabe, amiga, no descuidar el arte de agradar á su salteñito.

Micaela se fué. Todos subían muy despacio, con cansancio, la escalera, menos Ana María que prendida del brazo de Alberto, la

subía saltando y tarareando un vals de Ramenti que acababa de bailar.

Al llegar á la galería abierta los deslumbró el sol que bañaba la tierra.

—Chist... no meta bulla, Ana María, dijo velando su voz miss Mary, que salía despacito del dormitorio de misia Carmen y don Luis. El señor ha estado muy descompuesto, señora, y no ha querido que se le avisara á usted.

—¡Enfermo papá!... Era el grito de alarma que lanzaba el corazón de sus hijas.

—No es nada, criaturas, no saben que sufre del estómago, dijo misia Carmen, que sofocaba su inquietud, para calmar la de ellas. Antes que todo, miss, es preciso llamar á Wernicke; dentro de un momento no más, pues sabe usted que él sale á las siete... No quiero entrar al dormitorio por no despertarlo. Me quedaré en el toilette.... Mientras tanto, vayan niñas á acostarse un rato.

La besaron, y se retiraron cada una á su habitación, yendo primero las casadas á dar un vistazo á sus hijitos.

Alberto se volvió, levantó el cuello de su sobretodo, púsose el sombrero, y metiendo las manos en sus bolsillos dijo á la suegra:

—No me fío de miss Mary ni de nadie. Me voy á traer yo mismo á Wernicke para que nos vea el viejo.

Y bajó.

X

Con esa animación vibrante que caracteriza las fiestas del aire libre, bajo el sol radiante y suave de un día de Septiembre, comenzaba en el Hipódromo Nacional la gran reunión sportiva.

El público era el eterno público, separado por tres barreras invisibles, pero inconmovibles: el reducido mundo de nuestra aristocracia de lujo y de dinero, que estirado y compuesto ocupa en todas partes, por derecho divino, el sitio privilegiado; frente á frente, el más numeroso y casi elegante «término medio», que se divierte y sabe divertirse; abajo, la multitud anónima, dividida á su vez entre los que encuentran su diversión en mirar con la boca abierta divertirse al rico, y el que existe para envidiarlo.

El palco del Jockey Club, que parece un gran balcón florido, se llenaba de lujosas señoras y lindas muchachas.

Llegaban los pesados landós, las ligeras

victorias, los mail-coachs bulliciosos, los automóviles de todas formas, tamaños y colores.

Las señoras y caballeros recostados en la baranda del palco, dominando la concurrencia, conversaban:

—¡Qué tonto es Ricardo Miranda! tiene la manía de singularizarse y no le pega. Elige las levitas más largas, las galeras más altas, los anteojos más grandes.

—¿Y qué me dicen de la sinfonía en gris que camina á su lado? ¿Es un sonámbulo?

—Si es Mauricio Raíces....

—Fíjate en las de Santina; qué profusión de plumas la de la señora. Con esa boa parece un gallo.

—Y el pobre señor Santina la gallina.

Reían de la gracia vulgar, que fué interrumpida por la noticia y los comentarios de:

—Ahí llegan las de Maura Sagasta.

—¡Qué espléndido el automóvil! Debe haberlo traído Máximo Quiróz, que las acompaña.

—¡Cómo está de canas! Si tiene la cabeza casi tan gris como su traje.

—¡Sí; pero que interesante siempre!

—Hasta ese aire negligente le queda bien.

—¡Qué buena moza está Isabel!

—Lástima, que amenazada de engrosar, debe ajustarse; por eso se pone tan colorada algunas veces. Pero es hermosísima.

—¿Y cómo van los festejos de Montero y Espinosa?

—Dicen que están comprometidos.

—¡Qué atrasadas de noticias! No saben que está entusiasmadísimo con la prima. En la Opera no le quita los anteojos.

—¡Qué encantadora es ella!

—¡Ah sí! En la kermesse, con su traje de paisana del Tirol era una ricura.

—¡Y qué éxito en todas las fiestas! A Isabel, acostumbrada á ser la primera, no le ha de hacer mucha gracia. Es tan orgullosa.

—Mira qué mona Ana María; cómo le sienta el punzó.

—¿Y Elena? Ella sí que es linda.

—María Luisa tan sin gracia. ¿Y Carmencita?

—El marido andará ya en sus apuestas y sus jugarretas, y ella en la casa.

—Qué buen mozo Enrique. Cómo podrá casarse con Clara Montana, tan cache y tan pretenciosa.

—Qué raro que la prima no venga con ellas.

—Empezarán ya las rivalidades con Isabel... ¿Quién es ese muchacho que da el brazo á Ana María?.... Debe ser el novio. Se hablan y se miran con el aire de los que se quieren. Qué furia será la de misia Carmen.

—¿Qué esperan?.... ¡Ah! á Clarita que llega con don Samuel.... allá, no ves, en aquel carruaje con un cochero que parece un embajador?

—¡Qué caballos!

—Caballo el que varean en la pista. ¿De qué stud es?

—Son los colores de Luro.

—Las tres menos cuarto... Fíjate cómo se conoce que la hora se acerca; el mar humano empieza á estar oleoso... Ahora no más llega el Presidente.

El grupo de la familia Maura Sagasta había subido la escalera é instaládose en uno de los mejores sitios, que algunos amigos les habían cedido. Se les reunió Montero, á quien una pregunta le quemaba los labios...

Una victoria se detuvo frente al palco. Por el color de la librea y de las cocardas reconocieron el carruaje de Nordolj.

—¡La gentil Escandinava! anunciaron los admiradores de Alejandra, que llegaba con aquél, su señora y el secretario. ¡Qué linda está hoy!

En un sencillo traje de paño blanco, y un gran sombrero negro, acercábase fresca, distinguida y ondulante.

—Señor Nordolj, tiene usted aquí, justamente, espacio para sus compañeras, díjole un miembro de la comisión, indicando dos sillas que desocupaban dos caballeros, al lado de las de Maura.

Sentáronse en ella Dina Nordolj y Alex, quedando así reunidas á la familia y á los Montana, rodeadas por los señores de pie, entre los que se encontraba Montero y Espinosa.

Alex, después del baile de su tío, formaba ya parte de la sociedad porteña. En las fiestas, á que había asistido con la familia ó con Dina, había sido muy cortejada; era la muchacha de moda de la «estación».

El placer que sintiera en los comienzos iba achicándose á medida que notaba el efecto que causaba en la casa. Isabel estaba doblemente celosa; por su triunfo de salón y por las distinciones de Montero, aunque ella no las aceptara, y él tratara de disimularlas.

Un solo momento no imaginaron que pudieran pasar esas distinciones de un *flirt*; pero les era insoportable la idea de que otros lo creyeran, y «la belleza» hiciera ante esos otros, un mal papel.

Clarita, comprometida con Enrique, había sorprendido apartes agitados entre ambos y miradas de codicia en su padre. Y se decía: «no es Alex mujer de enamorarse de Enrique ni de papá, pero es mujer como para enamorar á los dos. No se le importa de ellos un comino; pero si le importa salir de manos de misia Carmen y Cía. Más que tonta sería si no aspirara á emanciparse de una tutela antipática, á ocupar una alta posición. Y á papá lo llevaría de las narices; ya está chocho como para ofrecerle un babero. Conozco bien á papá; sí, es la primera vez que algo lo domina... ¡Y ella, cómo se demuestra amablemente indiferente!... ¡Cómo sabe atrapar á los hombres, ésta!... Enrique le daría la posición,

pero no el dinero... papá, papá es quien le conviene... ¡Cómo me he olvidado de Montero; este sí que es dinero y posición! Va á tener en cuenta, ella, á Isabel... Pero no creo que Montero llegue hasta querer casarse... Sí, sí, la reserva es papá, que no es viejo, ni feo, que es muy presentable... ¡que es una potencia, papá!... Ella preferiría entre todos á Máximo Quiroz—fortuna, posición, talento—pero es demasiado inteligente, Alex, para creer en milagros... Resulta, por desgracia, siempre papá... Arriesgará todo la Noruega, pero se dará la posición que le convenga».

Máximo, que decía ser muy su amigo, con quien se trataban como viejos camaradas, pensaba de Alex lo mismo, justamente, que Clara Montana, que era su enemiga.

Montero y Espinosa había tenido ocasión de pedir á la joven perdón, y con espíritu, del chasco del hall, que sólo á él afectaba. Ella encontraba que hubiera sido una necedad insistir, mucho más considerándolo como novio de Isabel, y estableciόse entre los dos una relación muy cordial. Pero no fué cordialidad lo que los demás notaron al poco tiempo, ni lo que el joven sentía, sino una admiración afanosa que iba creciendo.

Su asistencia á las fiestas, sus frecuentes visitas en la casa, no tenían ahora más objeto que verla y oirla. Su prudencia le aconsejaba no descuidar á Isabel, y ocultar lo que sentía; pero le iba llegando la hora en que la malicia

se entorpece, en que no se puede engañar, en que el amor imperioso se abre paso, y aparece.

Alex, que tenía muy distribuído su tiempo en los bailes, no recordaba haber concedido á Montero, nunca, más de un intermedio ó de un vals, cuidaba mucho de nombrar repetidas veces á su prima en el curso de las conversaciones que con él tenía, sobre todo desde que percibía cierta expresión en su mirada, cierto calor en su voz. Ultimamente había llegado á ser, para ella, un momento de mortificación el de su entrada á un teatro ó á un salón. Si era en un salón, estaba segura de ver, antes que todo la cabeza del joven que se estiraba para asegurarse de que ella se encontraba entre la familia. Si era en el teatro, estaba segura de ver clavarse en el palco sus anteojos para hacer la misma investigación. Veía la nube roja que cubría el rostro de Isabel, el entrecejo contraído de misia Carmen; en todas un embarazo. Duraba un segundo; después la superficie se alisaba de nuevo. Montero tomaba una actitud natural, se inclinaba profundamente para saludarlas. En el entreacto visitábalas en en su palco, obsequiando con flores y bombones á Isabel. En los bailes, bailaba mucho con ella y la llevaba á la mesa. El malestar desaparecía.... para empezar en la siguiente fiesta.

Tres caballeros de la comisión salieron; iban á recibir al Presidente de la República. Ocupó éste su puesto de honor.

—Vamos á hacer una polla, dijo Montero y Espinosa.

Aceptada fué la idea.

—Elija Ana María aquel alazán de Paats, aconsejó Rafael á su novia.

—Yo quiero el que lleva los colores de Ramírez.

—Yo el de Luro, dijo Clara.

Y así, cada uno eligió su caballo.

—¿Y usted, señorita Alex? preguntóle Montana.

—Yo no conozco...... Es la primera vez que asisto al Hipódromo.

—Elija aquel caballo obscuro, dijo vivamente Montero.

—Ese se llama el gana pierde, agregó Alberto, porque sabía que era el mejor, y que por eso Montero se lo indicaba.

—¿Y qué apostamos? ¿y quién paga? preguntó riendo Ana María.

—Yo, y un par de guantes, contestó Montero que miraba las manos de Alejandra.

La señal se dió, y empezó la gran carrera. Reinó un silencio; las olas de la multitud se calmaron; era un mar atento.

Los caballos corrían, corrían sin cesar; todo el mundo estaba de pie; los ojos de todos estaban en la pista.

Montero y Espinosa iba siguiendo la carrera en el rostro de Alejandra, como se ve un espectáculo reflejarse en un espejo. Esa fisonomía expresiva lo iba informando de todo·

«Vincitor», avanza.... ¡no; se queda atrás!... Vuelve á acercarse.... tropieza, se levanta... vuelve á quedarse nuevamente atrás...... el Jockey vacila, ¡se va á caer!...... no, era una estratagema del ducho Tomás...... se pone á la par...... avanza..... avanza.... pasa á todos los demás...... ninguno le alcanza ya .... un paso, un paso más.... «¡Ya está!» Y su pequeño grito le anuncia el triunfo, mezclado al formidable grito de la multitud.

Ni él, todo entregado á mirar á Alejandra, ni los otros absorbidos por la carrera, se fijaron en Isabel, que no había perdido de vista á Montero. Una expresión de dureza habíase fijado en su cara, la expresión de los malos días de la madre, que hacía asemejarse su perfil, de líneas tan correctas, á un perfil de vieja medalla romana.

Una confusión de voces y de ruido de sillas al moverse, sucedía al silencio anhelante y á las aclamaciones. La concurrencia del palco desparramábase por los jardines convertidos en salón mundano.

Montana tuvo la misma intención de Montero y Espinosa, y como estaba más cerca lo hizo primero: ofreció á Alejandra su brazo.

Máximo adivinó una contrariedad enconosa, en Clarita, que lo divertía.

—«¡Que espléndida mamá!» insinuó un bromista, ó un mal intencionado, á la muchacha, que contuvo una impertinencia.

Don Samuel bajaba la escalera en una sensación de vanidad satisfecha, conduciendo á la mujer más admirada por entre una doble fila de jóvenes á la moda. Profundos saludos recibían los dos al pasar.

¡Cuántos veía entre ellos Alex, que habían murmurado palabras ansiosas á sus oídos; que la habían mirado suplicantes!

¡Cuántos veía entre ellos su acompañante, encanecido, que habían murmurado palabras ansiosas también á sus oídos, que lo habían mirado suplicantes!

Ella, olvidada, respondía, amable, á sus saludos. Él saludábalos disimulando una sonrisa de lástima desdeñosa, y de suficiencia, porque iba pensando: «Este tiene un vencimiento mañana.... Aquél me pedirá una renovación el sábado.... á aquel otro no se le puede esperar más».

Había una alegría en el aire que se comunicaba á los que lo respiraban. Los macizos sembrados en la pelusa habían florecido, la atmósfera estaba transparente y tranquila. Un paisaje encantador al frente — un pequeño prado esmeralda, una pequeñísima ondulación, la nube vaporosa y rosada de un montecillo de duraznos en flor—cortado por la línea azul sin curvas del horizonte.

—Sin discusión, la rosa es la reina de las flores, dijo Alex que veía mecerse una en la rama de su planta.

Habíase detenido á admirarla con su compañero.

Los otros se les reunieron.

—¡Qué linda fiesta! exclamó. ¿Qué linda fiesta, no es verdad, querida?

—¡Sí! contestó Ana María, mirando, radiante, á su novio. ¡Si vieras cómo me he divertido!

—Todo es elemento aquí, para que así sea; la naturaleza, las mujeres.... Pero hay tanta gente que me es desconocida. Conozco solamente á las personas que se me presentan en los bailes.

—Pregunte, pregunte no más, hija de Eva; satisfaremos su curiosidad, contestóle Máximo.

—Sí, instrúyame usted un poco.... Empiece por aquel caballero, tipo enérgico de hombre del Norte. Es un escandinavo, él también, con los bigotes de un galo.

—Es Carlos Pellegrini. Usted me ha contado la pasión de su papá por Homero, y que se lo hacía recitar para él; compárelo entonces con Ayax de Telamón: «el más alto de los políticos al hombro no le llega». Nadie tan brio- para un ataque, ni tan temible para cubrir una retirada.... ¿Ve, ahora, el que está á su lado? Usted, madre de tantos hijos, tiene el deber de conocerlo: es el inventor de la Martona.

—¡Ah, sí, de la blanca y benéfica Martona! ¿Cuál de ellos? ¿El delgado pálido, ó el grande y robusto?

— El delgado pálido. Es un caballero cuadrado; hombre de negocios, y á ratos político. Para ambas cosas le ha servido de lastre la hidalguía gentil de su carácter.... El otro, el grueso, es Roque Sáenz Peña; bondadoso, caballeresco, apático y altanero. Ha obstruído su carrera, por haber dado á su vida un programa negativo.

Los del grupo divisaron á Máximo, y le hicieron con la mano un saludo de camaradas.

Siguió indicándole entre las personas que se paseaban, ó se juntaban á conversar, á aquellos que podían interesarle. Una dama rubia, figura esbelta y flexible como una liana; al propietario del mejor stud; una niña que canta como un ruiseñor; la presidenta de una sociedad benéfica; un marino, un militar; artistas... periodistas...

—Ese otro amigo que se reune á los amigos, es un hombre de letras, un francés, que tiene en su poder todos los secretos de nuestra lengua.

—¿Groussac entonces?

—Sí. Hay en mi país muchos hombres de talento que escriben: éste es un escritor.

—Agustin Villamil dice, que después de la publicación de su libro, «Páginas de Ensueño», espera todos los rayos de su crítica, amigo Groussac, díjole Alberto, siempre bromista, al pasar.

—Dígale usted que no me he dedicado todavía á la microbiología, le contestó, con una

prontitud de marcado acento francés, en un español sin acento.

La risa de todos le respondió.

Una hermosa pareja de jóvenes saludó.

—Ahí tiene usted un joven de porvenir, y del porvenir, dijo Máximo.

—Lindo tipo español el de la señora, observó Dina.

—Ese lindo tipo español debe el haber nacido, volvió á decir Máximo, á la más sublime galantería que haya habido tal vez en el mundo. Un hombre con derechos á la vida, en una catástrofe terrible en el mar, sacóse el salvavida que llevaba puesto y lo ofreció á una señora que iba á perecer, dlciéndole: «Sálvese usted que es joven y que es madre». La señora se salvó, y el caballeresco Viale quedó en el fondo sepultado con su hazaña. La dama era la madre de la joven que acaba de saludarnos, y tenía entónces poco más ó menos la edad que su hija ahora.... la que vivia ya ese día en sus entrañas.

Un momento de silencio se hizo en el grupo bullicioso; era un homenaje inconsciente al heróico paladín.

—Su estatua está en la Recoleta. ¿Te acuerdas, Alex, que te la mostré? dijo María Luisa.

—¡Qué pocas estatuas hay en su país, señor Quiroz! observó Nordolj. Es una de las cosas que extrañamos los extranjeros. Ni estátuas para adornar sus paseos, ni estatuas para honrar á sus hombres.

—Una lindísima costumbre de Bélgica es aquella de las placas en las esquinas de sus calles, dijo Montero y Espinosa.

Isabel le pidió informes con mucho interés.

—Cuando muere un hombre que no tiene grandes hechos, ni obras monumentales, pero si virtudes, sus amigos se reunen, piden permiso á la municipalidad y colocan como recuerdo á esas virtudes, en la esquina de una calle, en la fachada de una casa, una placa artística con un nombre y una fecha.

Cinco lindas muchachas que se paseaban, rozaron al grupo con sus trajes de telas claras y ligeras. Una de ellas, de cabello muy negro, alta, y muy bonita, estiró su mano que sacudió dos veces la de Ana María, su amiga de infancia, que iba á su encuentro.

—¡Adiós, Ana María, adiós, querida!

—¡Adiós, Susanita!

—¡Si el reconocimiento tuviera cabida en los hombres, cuántos corazones latirían á la memoria del abuelo de esa linda chiquilina! dijo Máximo. Fué un hombre que encontró su placer en hacer el bien. ¡Cuántas familias le deben su pan. A cuántos amigos, que hoy no lo recuerdan, salvó de la ruina, sin ostentación, entre una broma y otra, Goyo Torres!

—Es verdad, dijo Alberto, con una nubecilla de tristeza en su semblante. ¡Pobre Don Goyo! ¡Cuántos debemos gratitud á su memoria!

—«Es de un hombre bien nacido recordar

los beneficios» decía papá, que no los olvidaba nunca, acentuó Alejandra, con esa voz que titilaba como una luz al viento, cada vez que nombraba á su padre.

—¡La gratitud! he aquí una figura que se esconde. Y tanto, que cuando un cachafaz como éste—dijo Máximo dando un golpe afectuosísimo en el hombro de Alberto—nos manifiesta que se da el noble lujo de cortejarla, hace la impresión de cortejar á una desaparecida.

—¡Pobre don Goyo! exclamó también Montana, en el que vió Alex una expresión que se lo hizo simpático. Siempre que iba á mi escritorio, era para pedir por alguien.

Enrique llegó para advertirles que se servía el lunch en el salón. Allí se dirigieron. Montero y Espinosa, dominado por el vértigo que le producía Alex, iba á cometer una imprudencia. Máximo la previno adelantándose y dando á la joven su brazo.

Montero entendió, y ofreció el suyo á Isabel.

—Señorita Fussller, ¿qué opina usted de nuestras reuniones hípicas? preguntóle un señor apasionado del Jockey Club.

—¡Espléndidas! espléndidas, como todas sus fiestas. ¡Qué sorpresa y que venganza para los que ignoran América!

—¡Nosotros estamos enamorados de su país! dijo Dina Nordolj.

Montana traía un ramo de rosas; seis nada más, pero seis rosas de Francia soberanas.

Con una exclamación de admiración y de placer se las agradeció Alex, á quien él las ofrecía.

—He visto hace un momento, en sus ojos, el deseo de poseer una rosa del jardin, señorita. Sentí entonces no tener la edad en que se es bastante audaz para burlar á los guardas y robar flores ajenas. Por eso me he permitido buscar otras que ofrecerle.

—¡Son tan bondadosos, aquí, todos ustedes conmigo! contestó ella, que fué interrumpida por Dina Nordolj, que muy cómicamente, quería imitar «el andaluz», para decir:

—Para mujeres y flores Buenos Aires.... No; nunca se burlarán más de mí que yo misma, agregó en francés, riendo á los aplausos con que la obsequiaban los demás.

—A propósito de Andalucía, ¿no van ustedes al teatro esta noche? preguntó Montero, que estaba en la época del pensamiento fijo. Dan en el Odeón «*Las Flores*» de los hermanos Quinteros.

—¡Qué interesante es el teatro de Quinteros! replicó Dina. ¿No van ustedes?

—No, señora, contestó Elena; no habíamos pensado.

—Voy á permitirme, señora, ofrecerle mí palco, se apresuró á decir Montero, dirigiéndose á la señora Nordolj. Es un obsequio, porque no hay, disponible, una sola localidad.

Él calculaba: «Seguramente llevará consigo á Alex».

Dina, extraña á todo lo que pasaba, respondió:

—Mil gracias, señor, acepto, pero con una condición, pues es necesario que la fiesta sea completa hoy. Se vienen Isabel, Alex y usted á comer con nosotros y nos vamos al teatro todos juntos, después. Me llevo á las dos muchachas, y se nos reune usted en casa. El secretario se ha retirado medio enfermo; seguramente la influenza.

Alex, en un minuto, tradujo la agitación de Isabel, las diferentes corrientes de sus deseos, que se chocaban. El deseo de estar donde estuviera Montero, la amargura de la decepción que presentía, si estaba también su prima; el de ir y de no ir, aceptar y rechazar; el deseo de hacer algo sin saber el qué. Olvidando todo lo que empezaba á hacérsele sufrir, tuvo sólo presente la lucha de esa alma celosa y se consultó «¿qué hago ahora yo?»

Un segundo después, dejaba caer sus rosas. Bien sabía que Montero, estando á su lado, se agacharía á recogerlas; lo hizo ella también y en el momento en que levantaba sus ojos, le clavó los suyos y le dijo muy rápidamente en alemán, idioma que él entendía:

—Le ruego, le ruego con todas mis fuerzas, que acepte lo que voy á decir. Después se lo explicaré.

Sintió él una sensación deliciosa: la de una complicidad con ella, y dijo: sí.

Fué un relampago. Máximo, María Luisa y Elena lo vieron sin embargo, y quedaron convencidos que las flores fueron el pretexto. Isabel quedaba detrás; nada notó.

—¿Alex, quiere que vamos, y también usted, Isabel? dijo Dina. Convenido, señor Montero; lo esperamos á usted á comer.

Sin dar tiempo á que otros contestaran, hízolo Alex.

—Yo tengo otra combinación, que es la que ruego se acepte. Isabel se va con usted, yo cedo mi asiento á Montero, y me vuelvo con los de casa. No me siento bien, creo que he recibido el trancazo yo también...... Sí, Dina; es verdad, estoy con escalofríos y dolor de garganta.... Además, mi Stella me reclama.

Salieron del comedor para tomar los carruajes. Montero dió su brazo á Isabel sonriendo á Alex, á la que acompañaba Montana; Máximo á Dina, Nordolj á Elena, Enrique á Clarita.

Alex se detuvo de pronto y estirando su mano preguntó con un interés vivísimo:

—¿Quién es aquella señora de vestido crema y sombrero punzó que se aleja del brazo de un caballero?

—Es Santitos Perez, le contestaron.

Una emoción tan honda la conmovía, que sólo después de un momento pudo decir, con voz humedecida y trémula:

—Así, ven, así era mamá....Es su figura, sus ojos, su aire y su gracia.

Verdadero tipo de Americana, observó Nordolj.

—Mis miradas no pueden desprenderse de ella; sí, sí, así era mi delicada, mi adorable mamá!

—Esa señora es nieta de un prócer americano, esposa de un médico distinguido, y educada en París, informó Linares.

—Es más que todo eso, agregó Máximo; es una de las mujeres que más valen en nuestra sociedad, por su bondad, su inteligencia, su carácter alto é indepediente.

—Sí, así tenía que ser, murmuró Alex; y sus ojos seguían, seguían la fina silueta de la gentil Venezolana; su corazón se iba tras ella.

Al llegar á los carruajes, Clarita dijo, antes de despedirse, dirigiéndose á las de Maura sin mirar á Alejandra.

—Muchachas, la Guerrero y Díaz de Mendoza nos han prometido ir á casa mañana á la noche; también irán Marchal y Thibaud. Reuniremos, con ese motivo, á algunas personas. No nos falten, pues, ninguna...... Díganselo á Carmencita. ¿Y usted, Quiroz?... Ya se lo he pedido á Montero... ¡Ah! Palacios, queda usted invitado. Por caridad no se rehuse, tendríamos desmayos de la chica.... Ya saben, á las nueve.

El padre clavó en la hija una mirada de fría autoridad, la mirada que ella sabía no admitir resistencias, y en un tono que pedía

perdón por la impertinencia de la muchacha incivil, dijo á Alex:

—Señorita, mi hija se ha adelantado á hacer invitaciones para una reunión completamente familiar, que tendrá lugar mañana en mi casa. Le faltaría su principal atractivo si nos privara usted de su presencia. Me anticipo ahora yo á rogarle por ella y por mí, quiera hacernos el honor de asistir como sus primas.

—En la familia va siempre incluida Alex, se apresuró á decir la hija, que algunas veces temía á su padre. Y tendremos mucho gusto, si......

La joven no la dejó concluir.

—Yo no asisto sino á las fiestas de mis amigos, señorita, le contesto, con un aire de orgullosa firmeza que cortaba toda duda y toda insistencia. Mil gracias, señor Montana, y buenas noches, agregó amablemente.

Dió un beso á Dina, un apretón de mano á Nordolj y á Montero, y fué á tomar su asiento al lado de sus primas en el gran automóvil de Máximo, que partió como una exhalación.

Montero y Espinosa esperaba que subieran Isabel y Dina á la victoria, para ocupar su sitio en ella.

Nordolj tuvo que golpearle el brazo dos veces, para invitarlo á subir. Parecía volver de una contemplación interior; seguía todavía el automóvil que hacía largo rato había desaparecido en la vuelta del camino, veía la

expresión altiva, el gesto imperioso de Alejandra al pasar por delante de la hija de Montana. Era la misma expresión, el mismo gesto con que lo fustigó aquel día en el hall.

—Usted primero, señor Montero.

—Usted, señor Nordolj......

Un minuto después rodaban, también ellos, hacia la gran ciudad, que esperaba á los millares de paseantes, iluminada ya para la noche que llegaba.

XI

Montero y Espinosa pagó su apuesta. Pequeños guantes blancos y perfumados, encerrados en un cofre digno de ocupar una vitrina del Louvre.

Fueron ellos, para Alejandra, mensajeros de grandes desventuras.

La curiosidad y el interés que había despertado en el joven, tomaban las proporciones y la forma de la pasión. ¡Y la primera! Una pasión dominadora y soberana, que no admitía disimulación, y cuyo primer gesto fué para desenmascarar. Síntoma de amor verdadero es la probidad; esa impaciencia por mostrarse moralmente honrado, y por serlo, Montero la sentía. Y su admiración fué en adelante tan abierta, que cundió el pánico en las filas de la familia, que se armó para la defensa.

Un dolor rencoroso descargó su peso sobre Isabel, que al agobiarse, odió.

El retraimiento evidente é igualmente abierto de Alex, que era el retraimiento sincero que evita «la ocasión», sólo sirvió para fortalecer en Montero el sentimiento que nacía resuelto á perdurar, y en los demás la convicción de que eran estratagemas de mujer habilidosa.

Viéndose espiada en sus menores gestos, miradas y palabras, sospechada de manejos indecorosos, ofendida por alusiones de mala ley y por aires y silencios despreciativos, no quiso pedir ni dar explicaciones; no quiso soportarlo, y dejó de aparecer en las fiestas y en el mismo salón de la casa.

Era el golpe de gracia sobre todas las vanidades. Dábase al público lo que se deseaba ocultarle. Ese público, que conocía á Alejandra, tenía demasiada confianza en su salud, para creer en enfermedades repentinas que coincidían con la excursión de Montero y Espinosa al Uruguay. Nadie creyó en las explicaciones de la madre y de las hijas.

A ninguna de éstas se le ocurrió pensar que la joven pudiera bien ser sincera, ya fuera por un sentimiento de lealtad para con su prima, ó de indiferencia para con el joven millonario. Todo se les ocurrió menos eso.

Misia Carmen é Isabel demostraron á Montero su descontento; éste experimentó el mayor de su vida, al adivinar las razones del eclipse de Alex, y algo más que descontento con la privación de su presencia. Deseando

aflojar un lazo aun no cerrado, tomó de pretexto un paseo con amigos y se alejó.

Don Luis, atacado de una neurastenia agudísima, veíase obligado al reposo y á la reclusión. ¿Quién más que él podía interesarse en Alex? ¿Ana María? ¿Qué peso podía tener un juicio de Ana María?.... ¿Alberto? Habría sido empeorar la situación. Linares era demasiado importante para ocuparse en chismes de mujeres; Carlos, demasiado «conservador» para provocar discusiones, y Elena, admiradora de la joven, prefería la paz, que no altera el color ni deshace el peinado. Enrique complacíase en ver comprometida á su prima, para comprometerla más fácilmente él después. Emilio no estaba, y los niños eran chicos. No se alzó una sola voz para defenderla...... Ninguna; ni la de Máximo!

A fines de Octubre el conflicto estaba planteado. Conflicto sin salida, porque se establecía entre personas que siendo de la misma sangre no eran de la misma raza; porque no había lazo anterior ni viejo afecto para servir de contrapeso al choque que fatalmente debía producirse.

Por un lado, esas almas mediocres que viven y prosperan dentro de la normalidad, rechazan toda superioridad como una anomalía, y no encuentran jamás la gran virtud de las grandes horas. Por el otro, una alma exigente, como todas las grandes almas, que

por ignorancia de la vida no conocen todavía la tolerancia y el perdón.

La hija veía en su prima el arma que hería su corazón y su orgullo, la destructora de los anhelos de toda su vida, los que tenía ya asidos cuando aquélla apareciera. La madre la acusaba de los sufrimientos de la hija predilecta, de haber resuelto, para la otra, un matrimonio detestado, de amenazar también al hijo; del derrumbamiento, en fin, de todos sus planes pacientemente preparados. Todos los otros reflejaban...

Enemigos demasiado pequeños para que en ellos cupiera ese espíritu de justicia que nos enseña á no juzgar las causas por los efectos, no alcanzaban á distinguir toda la inculpabilidad de Alejandra en lo que pasaba. Veían sólo en ella la fuente de males irreparables, que únicamente de ella emanaban; males traídos consigo misma, que sin ella no existirían, que perdurarían lo que ella perdurara en el hogar.

Alex, que vivía en la amarga injusticia, no se dijo á su vez: «¿Lo que yo sufro por los otros, y lo que los otros sufren por mí?» Y no pudo encontrar atenuaciones á la falta de esos otros, que por ella sufrían.

Echáronla en cara los beneficios de que se la colmaba; ella no les recordó la moneda en que los pagaba.

Y empezó la lucha. Persecusión sorda, tenaz, encarnizada, que va encegueciendo

poco á poco, vertiendo el veneno gota á gota, llegando á todo paso á paso, de las unas; resistencia altiva y silenciosa de la otra.

Era la lucha de una joven águila solitaria, arrojada por la borrasca en un nido de halcones bien guardado.

No se trataba, ahora ya, de una preocupación de orgullo, de delicadeza ó de dignidad; se hería á Alex en su honor y en su reputación.

Para salvar el amor propio de la hija, de la hermana, se recurrió al sistema de las insinuaciones grises que dejan entrever... Cuando éstas, rodando, volvieron á ellas, no las reconocieron; tal era su tamaño y su deformidad. ¡Habían dado vida al monstruo que crece caminando!

No habían querido esto. Desearon solamente que se creyera en coqueterías más ó menos audaces, en ligerezas.... pero muy ligeras, y que se tomara como razón justificativa del alejamiento de Montero y Espinosa, el resentimiento de un enamorado de quien su novia se ha permitido dudar. Mezclóse á Enrique y á Montana para no dejar aislado un solo nombre, lo que lo hacía más visible; se habló de antecedentes allá en Cristianía—¡Cristianía está tan lejos!—Nada más.

No se dijo en la casa nada más; pero se oyó lo que Micaela iba diciendo, y no se la desmintió; se entendió lo que Clarita—que era el áspid saltado de entre las flores del

padre—quería dar á entender, y no se protestó.

Cometíase así el cobarde delito del consentimiento.

¿Quién podrá prever hasta dónde se extenderá la pequeña nube blanca que aparece en el cielo? Dilatándose poco á poco lo cubrirá todo de su inmensa mancha obscura. Es de esa pequeña nube que se forman las tormentas. Así empezó para Alejandra, noble, generosa y pura, la difamación social.

Nadie trató de demostrar su inocencia. Máximo, «el viejo amigo», calló como los otros.

Había estado en una de sus estancias lejanas, y volvía, justamente, en el momento en que su intervención hubiera sido salvadora. Por dejadez, y por un temor pueril, extraño, pero común en hombres de su altura, de que se le creyera demasiado interesado en la cuestión, no lo hizo.

¡El valor de la palabra! ¡Qué difícil debe ser para que tan pocos lo tengan, para que falte á los más valientes! ¡Raro, difícil, santo valor, el de decir resueltamente lo que se siente y lo que se piensa, cuando ese sentir y ese pensar van contra la corriente.

Alex, acosada como el ciervo por la jauria, se parapetó en su orgullo, que de nada podía defenderla, y al no encontrar en sí misma los medios de salvarse, no tuvo á quien volver los ojos en busca de protección.

Sintió entonces todo el horror de su orfandad, temió á lo que ignoraba, sintió el soplo frío de lo desconocido; lo desconocido del mundo de los hombres.

Conoció los desvelos, las agonías solitarias en la sombra, las visiones agrandadas por la noche, la sensación del aniquilamiento de sus energías en la impotencia, el abandono, en el desaliento del cuerpo y del alma; los brazos que caen, los ojos que se cierran, el pensamiento que se fija.

Descubrió en su frescura, á la luz del día, las huellas de sus preocupaciones nocturnas, las mismas que había visto en el rostro marchito de su tío Luis.

Su corazón rechazó el odio, pero acogió la repulsión y el desprecio; y era de este sentimiento que tenía el alma dolorida. Preguntábase ingenuamente cómo debería sufrirse con el propio desprecio, si tanto se sufría al despreciar á los otros. La pobre ignorante creía que, necesariamente, en cada pecho tenía que albergarse una conciencia.

«¡No, no, ni un día más! ¡Alejarme, irme de esta casa....!» «¿Dónde vas con Stella?» Era éste el diálogo que hacía un mes se tenía en su interior entre su justa indignación y lo imposible.

Por primera vez su carácter cedía ante una imposición contraria á sus convicciones; era la imposición de la necesidad triunfante en el combate de sus sentimientos y sus

reflexiones. Sentíase extraviada en su propio camino y todos los otros le estaban cerrados. No quería quedar en el mismo sitio, y á cualquier otro que dirigiera sus pasos, encontraba, allí, inconmovible, insalvable, el obstáculo que la hacía retroceder.

¿Dónde ir con Stella? ¿Y si los milagros de seducción de la Angélica se repitieran, forzando la voluntad de alguien para recibirlas, permitiría nunca su tía que la sobrina de su marido, la que hasta ayer había figurado entre sus hijas, se colocara de institutriz ó de dama de compañía? En su país tendría abiertas todas las puertas—la de sus amigos y de sus compatriotas—¿pero Stella en aquel clima?....

Sus veinticinco años dábanle derecho á disponer de sí misma. ¿Qué motivos no se encontraría para explicar el por qué se hacía uso de este derecho?

Y entre la matrona de alta posición, respetable, insospechable, verdadera autoridad social, y la niña pobre y sola refugiada en su casa, ¿quién osaría vacilar? ¿Quién dejaría entrar en su hogar á la joven extranjera para quien se cerraba la suntuosa mansión de don Luis Maura y Sagasta?

En el momento en que todo su ser reclamaba desesperadamente su independencia, en el momento único en que le había sido necesaria, veíase obligada á renunciar á ella. No podía elegir, tenía que aceptar... ¿Aceptar

qué? La humillación. ¡Sí; en la humillación estaba su deber, y esta humillación la enaltecía! Exaltábase su espíritu ante su propio sacrificio.... ¡Esta humillación la degradaba también ante los otros! Caía su exaltación hecha pedazos.

«No debemos nunca juzgar la conducta ajena, mi hija. No debemos nunca decir: yo no haría lo que aquél hace, ó yo haría lo que aquél deja de hacer. ¿Sabemos acaso qué fuerza lo obliga á hacerlo, qué fuerza le impide hacerlo? ¿Sabemos lo que nos veríamos obligados á hacer ó á dejar de hacer nosotros en igual caso?»

Así combatía su padre la intolerancia. Estaba su hija, su propia Alejandra, hoy en el «caso», y en él bajaba la cabeza ante su sabiduría bondadosa y previsora.

¡No podía quedar! ¡No podía ir! Comparábase á un prisionero anhelante de libertad, y que al conseguirla, ya en la puerta, se le mostraron fieras prontas para devorarlo al traspasar el dintel. ¿Para qué le servía á ese hombre la libertad?

De repente sentíase sacudida por una especie de actividad, que la engañaba dándole la ilusión de conducirla á alguna parte; era sólo una actividad mental que lanzaba impetuosamente su espíritu al espacio, el que iba á estrellar sus alas contra los barrotes de su prisión moral.... Volvía al desaliento, la gran aflicción de las almas fuertes.

Si hay cincunstancias y acontecimientos de la vida que provocan generalmente el desenvolvimiento completo de un carácter, hay otras que traen su completa inercia. Esto le pasaba á Alejandra; su posición era imposible de soportar, y era imposible de cambiar; la ofuscación cerraba las aberturas de su espíritu, el que andaba á tientas en una obscuridad en la que no penetraba el más pequeño rayo de luz.

Y se preguntaba, debatiéndose en sus congojas: ¿Cómo sería el mundo de los malvados si es éste el mundo de los pequeños? ¿Cómo sería el mundo de las iniquidades si es éste el mundo de la mezquindad? Creía, en su candor, que son los malvados los que hacen los más grandes males.

Comprendió que descendía la cuesta, que entraba en el bajo; muy lejos ya de la cumbre.

¡Ah! ¡si su padre abriera los ojos! ¡No! que repose en paz en su prisión de nieve, menos fría que el corazón de los hombres.

Máximo, que había visto y oído todo lo que pasaba, lo juzgó más grave de lo que aparecía, adelantándose á las consecuencias inevitables de un estado de ánimo irreconciliable. Condenaba la conducta de su hermana Carmen, y de las hijas de su hermana como abusiva y poco noble; la de Micaela y la de Clara como una vileza y una perversidad, y reía de la poca habilidad de todas ellas, provocadoras de una crisis,

que tenía forzosamente que precipitar el temible desenlace.

Convencido que Alex aspiraba—muy inteligente y legítimamente por otra parte—á ocupar la posición destinada á las mujeres de su talla, y que por lo tanto no se trataba de amores contrariados, ni de persona dada, sino de un propósito perfectamente definido, de un problema fríamente resuelto de antemano, pensaba, que ahora, arrojada por la maldad y la torpeza de las otras en una situación sin espera, se jugaría por entero, exponiendo sobre el tapete su espíritu incomparable, sus hechizos de mujer.

Y si no pensaba ella así, si no estaba segura de conseguirlo, ¿qué esperaba para alejarse del círculo odioso que la estrechaba, de la casa inhospitalaria que la rechazaba, del campo de un enemigo implacable. ¿Por qué, si era que no estaba dispuesta á todo, si era que no sentía en su ser orgulloso la repugnancia invencible de los puestos secundarios, soportaba las humillaciones, las ofensas, en vez de irse á enseñar á los niños de otra casa extraña?

Olvidaba á Stella é ignoraba muchas cosas, este Máximo que creía saberlo todo.

«Porque Alejandra no es humilde, es altivamente modesta; no tiene mansedumbre, tiene dulzura imperiosa», se decía, repitiéndose, que se jugaría por entero, ganara quien ganara, se llamara Montero y Espinosa, Samuel Montana, Enrique Maura, ó.... Y dió un

sentido, recién, á palabras que como sonido hueco, llegaran otras veces á sus oidos en la voz de sus hermanas. Ellas habían dicho: «Tú eres uno de sus blancos». ¿Y por qué no? ¿no era él el más rico, y el de más alto rango?

Por delante de sus ojos pasó Alejandra envuelta en el misterio de su personalidad nueva y prominente.

Otra visión la suplantó. La visión odiosa de su propia fortuna, enemiga de su dicha, fecunda matriz donde habían germinado sus desconfianzas, sus descreimientos, sus ironías; la madre de su soledad moral.

Entrevió en la sonrisa de la joven Noruega el cálculo, el interés que en las demás. Se abrió una herida más sobre sus viejas cicatrices; tuvo un recrudecimiento de su incurable mal de aprensión, y un momento de rabia y de despecho. ¡La rabia de que se pretendiera alinearlo á él, con Enrique, Manuelito, Samuel Montana! El despecho latente de que fueran las manos de Alex, las que pretendieran colocarlo entre ellos.

Su amor propio de hombre levantándose en grandes oleadas, ahogó sus altas facultades de apreciación, se encogió de hombros, y volvió á su indiferencia, que era ya en él una segunda naturaleza.

Una mañana que llegaba en su automóvil á lo de su cuñado, encontróse en el zaguán con la joven que salía. Se fijó que iba vestida con un traje de paño gris obscuro, que su

sombrero tenía muchas alitas negras y blancas, y que llevaba un ancho paquete en las manos. Llamóle la atención su palidez.

Entró á la casa, ofreció su automóvil á misia Carmen que iba á misa, subió á ver á don Luis, jugó con Stella y los chicos en el jardin, y se fué caminando despacio hasta el «Grand Hotel», aspirando el aire purísimo de ese día de Octubre, dejándose penetrar por su luz y su suave calor.

Venía por Florida y al llegar á la esquina de Paraguay reconoció en una señora que salía de una pomposa casa de la mitad de la cuadra á Alex, y en la casa, la de D. Samuel Montana. La joven, que caminaba en la misma dirección que él, no lo había visto. Su instinto de hombre educado lo desvió, y dobló discretamente para tomar Maipú.

«¡Qué muchacha imprudente!» díjose; pues si bien para los extraños no era una inconveniencia la visita á la casa del banquero, quien vivía allí con su hija, era, sí, una enorme para la familia, donde se sabía que después de las carreras, Alex y Clarita no habian vuelto á hablarse,suprimiéndose toda relación entre ellas.

Nada, pues, explicaría una visita matinal á la que sólo autoriza una gran intimidad.

Justamente aparecía ella de nuevo en la esquina de Córdoba, caminando ahora en dirección contraria. Había tenido la misma idea de doblar para tomar Maipú, deseando evitar la gran concurrencia de Florida. La

tenía frente á frente. Avanzaba hacia él con el aire que siempre le había conocido, y tenía las manos libres del paquete ancho y cuadrado. A medida que se acercaba, comprobaba que ya no estaba pálida.

Sin darse él mismo cuenta, apareció en sus labios su mala sonrisa, irónica hasta ser mordaz...... Ya estaba ahí, ya iban á saludarse...... Cruzaron un saludo. Cruzáronse también sus pensamientos.

Él decíase, que la había embellecido, animado, el triunfo. «Cambiemos el refrán: ya que se la había de comer el cristiano, que se la coma el moro. ¡Al fin y al cabo hace muy bien!»

Venía pensando ella, desde que lo divisara, que mientras existe un ser en quien depositar la confianza, no se está solo. ¿Por qué no tenerla en Máximo? ¿Por qué no decirle la verdad, toda, toda la verdad? ¿Por qué no confiarse á ese hombre superior, contárselo á él, á su viejo amigo, al amigo de todos? Estuvo decidida, pero la paralizó algo que vió en su expresión, y el temor á las nuevas impresiones que iba á recibir.

Si en ese instante, un carruaje, un ebrio, uno de esos mil accidentes callejeros; si un peligro visible, cualquiera, la hubiera amenazado, habríala él socorrido sin ser solicitado, y á riesgo de su propia vida. ¡No supo, sin embargo, ver la angustia de esa mirada, oir el grito desesperado de esos ojos, acudir en auxilio de esa hermosa alma en agonía!

XII

En la galería del segundo piso, Chochita se ensayaba en ejercicios gimnásticos de su invención que aseguraba ser muy dificultosos; saltaba en un pie, y la dificultad consistía en caer perfectamente derecha en el mismo centro de un florón del piso.

De pronto sacó su patita escondida, y empezó á accionar con una exageración de niña de escuela que declama versos patrióticos, diciendo: «No tengo nada, señor..... ¿No ve que no tengo nada, que estoy sanita, señor?» Una risa de hombre bueno, de hombre bueno que tiene hijos, le respondió; éste, que aparecía por la escalera, la tomó en brazos, y se fué así con ella que le acariciaba con su manito la barba rala y obscura, á ver al hermanito enfermo.

Porque Chochita quería mucho á Wernicke, temiendo al médico que lleva escondido dentro,—que es quien receta la bebida amarga, y la trementina que pica, priva de los

bombones y obliga á la cama; y cada vez que lo veía llegar, ó veía algún caballero con aire de doctor, se lanzaba en sus inacabables reverencias, y á proclamar la excelencia de su salud.

Iba en brazos de su camarada Roberto Wernicke, el amigo de los niños y de los enfermos, el médico de corazón y de conciencia, á quién reconocía desde lejos, porque sabía que era alto, delgado, fuerte y pálido; que tenía ojos chicos con una gran mirada que descubría llaguitas invisibles en su garganta, nanas sin dolor en su estómago, y entraba hasta adentro del corazón de su abuelo. Y también sabía que sus manos eran grandes, blandas y suaves; que hablaba muy ligero y se balanceaba para caminar con un paso tan largo, que tenía que correr para alcanzarlo; que era muy friolento, y que tal vez por eso sería que andaba siempre metido en un gran paletó.

—Lo que tiene Pepito es sarampión, sentenció el doctor, un rato después. Si no se saca á los otros chicos, tenemos sarampión para diez años. ¡Con que afuera la chamuchina! Y Stella la primera.... Ahí tiene, señora, salvada la situación: se va Alex con todos al «Ombú». Tienen, en esa estancia, campo y mar.

Convínose así. Emilio había llegado; se encargaba de los asuntos de su padre. Alex vió entonces abierto el cielo; si no era la solu-

ción, era la tregua. Saldría primero de la ofuscación en que vivía, y determinaría después cuál debía ser su conducta en el futuro.

Al día siguiente la *nurssery*, como un canasto de rosas aun no abiertas, se vació en el hall, donde estaba la familia para despedirla. Los niños y niñas más grandes, vestidos con trajes marinos azules de anchos cuellos y sombreros de hule negro, su abrigo al brazo; los más chiquitos de blanco y grandes capelinas, esperaban la hora de la partida, muy parlanchines y muy excitados con el «viaje», aunque muy juiciosos.

Alex entraba con Emilio en momentos que un *chauffeur*, joven y elegante como un paje, presentaba á Stella, que se encontraba en el sofá con misia Carmen, una carta en sobre blanco inglés. La niña miró á su hermana en su asombro de recibir cartas también ella.

Alex quiso dejarle la emoción de abrirla.

—Abrela, querida, si es para ti.

Encontró una letra gruesa y fea que no supo descifrar. Avergonzada de no saber leer lo que no se sabía escribir, estiró el papel á su maestra, quien dando prueba de una gran disposición para la arqueología, leyó de corrido la carta que decía así:

«Mi astro suave y adorable. Llegó al fin el automóvil de París que mi ahijada me pidió para prestarlo á Stella. El fabricante puso

una condición al entregarlo: que fuera Stella quien lo prestara á mi ahijada.

¿«Me prometes una cosa antes de partir? Recordarme. Recordar que no sólo de la Perla soy padrino, que no sólo soy el «viejo tío»; que Máximo es tu paternal amigo, fuerte y fiel, con el que debes contar hoy, mañana y siempre, porque te quiere.»

Nadie extrañó el regalo, que conmovió á todos; era de Máximo á Stella.... Ella no lo extrañó tampoco, pero se puso muy punzó y se humedecieron sus ojos. Ternura, admiración, obsequios á montones había encontrado á su paso desde el día á q e alcanzaba su memoria. Se ruborizaba sin embargo, siempre. Así la sensitiva encoge sus hojas cada vez que algo la roza.

Máximo, impresionable y vehemente en el fondo, con un gran corazón que caminaba con lentitud, el día que conoció á la niña, sintiólo dar pasos precipitados para acercarse á ella. Desde entonces fué el enamorado de la princesa de leyenda, que era una flor.

En la casa, si se hacía alguna diferencia, entre la sobrina y los nietos, era para mimarla más, porque era la nieta enferma, y ella tan lo sentía así, que llamaba como los demás, á misia Carmen, abuelita.

La adoración que le habían consagrado sus primitos—pues eran sus «primitos» aunque fueran sus sobrinos—fué pasión en la exube-

rente Perla. ¡Cómo era de emocionante esa amistad, que hacía íntimamente inseparables á dos criaturas tan distintas!

Una vez pasada la impresión del automóvil—que se iba con ellos á la estancia—volvieron á sus impacientes «va y ven», hasta el reloj del comedor.

—Son las diez y cuarto, dijo Albertito, ya falta poco.

—¡En fila, chicos! ordenó Emilio, vamos á hacer el inventario.... A ver: Stella, la Perla, Albertito, Miguelito, Florencio, Elvirita, Nenuca, Chochita, Julito, Adolfito, Susana y Lolita.

—Y Carlitos, completó Adolfito, íntimo de su primo, hijo de Carlos y Elena.

—Es cierto, dijo misia Carmen, que también él va. ¡Ah, Elena es capaz de hacerle perder el tren al pobrecito! Siempre retrasada.... ¿Y la negrita?

—¡Contá Emilio á la Muschinga! dijeron todos riendo al nombre de su juguete más preciado.

Ana María, pronta para acompañarlos á la estación, fresca como la mañana, entró golpeando las manos y gritando:

—¡Pronto, pronto! ya está en la puerta el carro grande de Villalonga en busca de los chicos; con qué á cargar. ¡Vamos, Chocha y Perla adelante!

—¡Cómo no! contestó ésta, haciéndole pitos y furiosa.

—¿No, no es verdad que no? dijeron los otros consultando, en su alarma.

Elvirita, cuya suavidad no se alteraba nunca, corrió á su abuela:

—¿No es verdad, abuelita, que es en coche que iremos?

—Sí, mi alma. déjala no más á aquella zángana, le contestó dándole un beso de despedida.

Fuê la señal: se abalanzaron las madres á llenar á sus hijos de caricias y recomendaciones, que ellos recibían sonrientes y distraídos: «No vaya á dejar, Alex, á alguno de nosotros. ¡Somos tantos!» pensaban.

Emilio cargó á Stella, quien abrazada de misia Carmen le había dicho:

—¿Sábes que voy á ver el mar? Anda tu pronto también, abuelita, y llévanos á tío Luis.

—Vamos, dijo Alex.

Sin confusión, conversando muy animados, en perfecto orden, fué saliendo la infantil preciosa caravana.

Alex esperaba á que lo hicieran todos, conduciendo de la mano á Lolita que era la más chica, y á Julito que era el más travieso.

—Esperen, volvió á decir á los niños, que se detuvieron como uno solo. Aquí viene miss Mary muy apurada para despedirse de ustedes. Cada uno da un beso, pues, á su primera maestra.

Miss Mary, á quién había visto venir corriendo, recorrió dos veces la fila y recibió el beso de los niños que habían nacido en sus brazos. Otro beso á Stella, su apretón de mano á miss Alex y nuevamente en marcha.

Un saludo de cortedad, que no quería ser seco, y no se atrevía á ser amable, se tuvo para Alejandra, que les hacía ahora el doble beneficio de ausentarse y de llevarse á los niños lejos de la enfermedad.

Media hora después el tren partía. Ana María, Alberto, Emilio y Rafael Palacios agitaban sus pañuelos en el andén; por las ventanillas del tren en marcha aparecían montones de cabezas y de manitos de niños que se agitaban saludándolos también.... hasta que se perdieron á lo lejos.... Alex entonces dejóse caer en su asiento bajo la presión de un sentimiento complejo de liberación y de desesperanza.

Llegaron á la noche.

Al día siguiente, después de un sueño tranquilo, del que se veía privada hacía tiempo, saltó de su cama y abrió la ventana por la que se escurrieron los perfumes de la glicina y del jazmin, que cubrían los pilares de la galería y subían hasta el techo.

Una sensación de bienestar físico experimentó inmediatamente, y el gran deseo de un olvido, que habría sido el bienestar moral. Dejó dormidos á los niños y salió; eran las seis recién. Frente á la habitación detúvose

á mirarla. Al rato se dijo enternecida: «En una casa así, nació mamá».

El «Ombú» pertenecía á misia Carmen por herencia de su madre, y su campo lindaba con los de su hermano Máximo, vastísima extensión heredada á la vez de la madre, de sus tios Esteban y Fermín, aumentada aún con lo que había tocado á Micaela, que él compró.

Don Luis, dedicado á su estancia de Puán, la antigua de su padre, descuidaba esta otra, que se sostenía bajo la vigilancia de un mayordomo, excelente hombre, pero poco entendido y cuyas atribuciones, muy limitadas, impedíanle adelantar.

La familia, que pasaba todos los años un mes en la de Puán, venía al «Ombú» por milagro.

En cambio, Máximo había formado un establecimiento grandioso, modelo de estancia moderna, de cabaña y de mansión señorial. No teniendo casa establecida en Buenos Aires, depositaba en esa mansión los tesoros de arte que adquiría en sus viajes, y en ella vivía casi todo el tiempo de su permanencia en el país.

Tesoros guardaba también el «Ombú». La vieja casa colonial de techo bajo y ancho corredor, que se había tenido el piadoso buen gusto de no rejuvenecer, y los muebles de su misma edad, que guardaban el sello del tiempo en que fueron construídos. El ambiente que lo envolvía todo, conservaba la alegría

sana de las sanas generaciones que habían vivido y muerto allí, conociendo como placer el santo amor de la familia, como ley, la santa ley del trabajo.

Los ojos de la abierta imaginación de Alex seguían ese trabajo dirigido por los antepasados de su tía, en aquel mismo sitio y en aquella misma hora matinal; veían brillar al sol el acero de las guadañas y de la hoz,—mucho tiempo antes de las máquinas de agricultura—pasar los mansos bueyes bajo el yugo, plantar los árboles hoy ya gigantes.

La inmensa fortuna de Máximo, y otras menores, habían sido así fabricadas: eran el resultado de aquella lenta y obscura labor.

Una visión más suave y más coqueta hízola sonreir: la de las jóvenes abuelas, con las mangas enormes, el vestido de «medio paso» y el alto peinetón que llevaban en las miniaturas que su tía le mostrara, paseándose tranquilas por las avenidas de álamos, que parecían las largas naves de una iglesia gótica, ó sentadas muy compuestas en los bancos toscos del jardín.

El recuerdo de esas existencias desconocidas flotaba en el aire; su labor paciente perduraba en el suelo.

¿Habían latido apresurados alguna vez esos corazones? ¿Esas almas de antaño habían conocido la angustia, la pasión? La incertidumbre, el amor ardiente, habían llegado á alterar, á poner un conflicto en esas vidas de

honesta sencillez? ¿Hombres diferentes con espíritus más simples, voluntades más enérgicas, más fuerte resistencia y ambiciones más limitadas, habían sido más dichosos?

Un dulce consuelo exhalaban la vieja casa, los viejos árboles, las viejas sombras, y Alex sintió que empezaba á amarlos.

La estancia apenas distaba veinte cuadras del pueblito, y tenía una extensión de cuatro leguas.

Allá en el fondo de una calle de acacias y paraísos, aparecía la casa blanca, con su techo en alero de tejas rojizas, rodeada por un jardín rústico, dulce y tranquilo. La pródiga multiflor cubierta por los ramos de sus rosas minúsculas, festoneaba los caminos, adornaba los troncos, se enredaba en el alambre para ayudar á la retama á formar su cerco. En las zanjas y en las calles debajo de los árboles, se erguían duras, puntiagudas y lustrosas, en forma de cuchillo, las hojas verdes de los lirios blancos.

Arriates redondos ó cuadrados con borduras de alhucema y de arrayán, desbordaban de las flores del alhelí y de la rosa, del clavel y la azucena: del nardo, del pensamiento, la dalia y las «buenas noches», y de los distintos verdes de la ruda y de la albahaca; de la salvia, de la menta y del cedrón.

A cierta distancia se detenía el jardín, dejando un ancho claro, pavimentado de

conchilla apisonada que era el patio, encuadrado por árboles seculares, muy distantes uno de otro.

Como símbolo de una raza desaparecida, manteníase de pie, aislado, triste y altivo en su augusta ancianidad, el inmenso ombú que dió su nombre á la estancia.

Avenidas de álamos, de eucaliptos, y de pinos conducían por cuatro costados al «vergel»: el monte de duraznos, pelones, ciruelas, higueras, damascos, peras y manzanos cuyas ramas se inclinaban al peso de sus frutos; y hacia los grandes parrales agobiados por sus pámpanos.

Por todas partes nuestro cielo azul sobre las cabezas, y la alfombra verde y suave de nuestros campos debajo de los pies.

Los niños más grandes salían á medio vestir, los más chicos llamaban. Un rato después, correteaban en libertad inspeccionando todos los rincones, estrenando sus hondas, colgando sus columpios de los árboles.

Eugenia, la señora del mayordomo—Gilberto Rauch—una buenísima mujer, madre de dos mujercitas y de dos varones, simpatizó desde el primer momento con Alex y la llenó de atenciones. Los chicos, que vieron á Stella besar los hijos de Eugenia, besáronlos también, y ahí no más se hicieron amigos.

El mayor, inteligente y educado, obse-

quió á Stella con un gran carnero adiestrado, que desde hacía dos años tiraba un carrito. El mismo lo ató á su coche.

Sería muy fácil rehacer la vida, hacérnosla amable en sitios lejanos á aquel en que hemos sufrido, si nos fuera posible suprimir el pensamiento atormentador é inquietante.

Esto le sucedía á Alejandra. ¡Qué importaba que se encontrara por un momento libertada, lejos, extraña á lo que estaba pasando en el presente allá, si ese pensamiento la llevaba á dar el paso atrás que le recordaba el ayer, el paso adelante que la extremecía por el mañana!

Acababa de llegar y la perseguía ya la idea de la vuelta. Los primeros días, bajo el mareo que produce el aire tónico de la campaña al que llega de las ciudades recién, y entregada á encarrilar su traviesa y numerosa familia en el nuevo medio, pudo despreocuparse; más al entrar en la normalidad, necesitó luchar de nuevo consigo misma.

Recorría hora por hora los cinco meses transcurridos; — desde la noche del baile, hasta el día de su viaje á la estancia,—detallaba, analizaba, disecaba y no podía perdonar! ¡Sabíase pura de toda mancha y de

toda intención, incapaz de una intriga ó de una deslealtad; era por eso, que no se rebajaría á justificarse jamás!

Sentía todavía, sin embargo, que no tenía la fuerza, porque existía su hermana, de romper los lazos que la ataban á aquellos que tanto mal le hacían. Para olvidar el deber de velar por la tranquilidad de esa existencia, habría sido necesario, no el estiletazo que hiere dejando el cerebro despejado, sino uno de esos golpes de maza que lo aplasta, entorpeciendo nuestras ideas, y toda noción de bien y de mal.

Una mañana que enseñaba á sus discípulos delante de una habitación de hormigas recien abierta, las cosas de la vida de tan laboriosos individuos, que sólo eran creídas porque su maestra las contaba, llegó el correo con varias cartas. Abrió una de ellas en papel violeta y púsose á leerla.... Levantó la cabeza como tratando de entender ... volvió á leer.... enrojeció, y despidieron relámpagos sus ojos.... empalideció, lanzó un grito ahogado, mordió su pañuelo, tembló toda entera, cayó sobre el banco, y ahí entre los niños soltó un amargo llanto.

Estos quedáronse temblorosos también, perplejos y azorados por algo tan triste y tan extraordinario.... Pasado el asombro corrieron á su Alex y lloraron con ella.

Todas las infamias que los seres capaces del anónimo reservan para el anónimo, man-

chaban ese papel; contábase además con sin igual crudeza lo que según el autor «todo el mundo» decía de ella.

Otra, más conocedora de estos cobardes manejos, habría experimentado rabia, desprecio, lástima, repugnancia, odio, deseos de venganza, indiferencia, todo, menos lo que ella sentía. Habríase creído mordida por un alacrán, pero no que la hería el golpe de muerte que creyó recibir la joven de espíritu alto, de naturaleza vehemente, que había sido preservada por los suyos de lo brutal que la vida tiene, y que se había desarrollado en un medio al que no llega el veneno, ni salpica el lodo.

La sensación de abandono y de desamparo agrandóse en ella, y agrandóse su temor á ese mundo diferente, á ese mundo extraño. Juzgóse perdida, irremediablemente perdida, con su vida deshecha.

Y sufrió más aún que el último tiempo, en que tanto sufría; nunca pensó qne después del dolor de perder á su padre pudiera sentir otro de tal intensidad!

Las largas caminatas sólo lograban enervarla, y sus meditaciones convencerla de que su problema no tenía solución; y perdió el admirable equilibrio de sus facultades. Volvió á su extravío en la obscuridad, y á enmudecer en ella la voz interior que nos aconseja en las horas difíciles.

Como un soldado valiente que huye empu-

jado por el pánico de un ejército desmoralizado, así huyó, acobardada la generosidad de esa alma generosa, y llegó un día en que esa alma no pudo levantarse, porque sus alas rotas no pudieron conducirla. Y olvidó á Stella para pensar en sí misma. «No aceptaré jamás, díjose decidida á cumplirlo, ¡jamás una reconciliación que me repugna!.... ¿Por qué aceptarla?..... ¡No quiero soportar ya más la hostilidad con que se me persigue injusta y cobardemente! ¡No quiero respirar más la atmósfera viciada, mortal, de la difamación y del agravio!.... ¡Nadie, ni en este ni en el otro mundo, tiene el derecho de obligarme á abdicar de mi propia dignidad!...... Ha habido cosas que han podido suceder, pero no han sucedido por que yo no lo he querido; que sucederían con sólo yo quererlo. ¡Y se me difama, y se me calumnia y se me condena!...... Hay otras que he impedido á costa de grandes sacrificios. ¡Y se pisotea en mí lo más caro, se humilla en mí lo más alto!..... ¡No, no volveré allí jamás!...... He pagado con esos sacrificios el cariño en mi tío y su adopción. Querré siempre entrañablemente á ese hombre todo bondad, pero desde lejos...... ¡Nadie, ni Stella en este mundo, ni nuestro padre en el otro, pueden exigirme algo superior á mis fuerzas!

Prodújose en ella una paralización moral tan completa que descuidó á su hermana y descuidó á los otros.

Una semana de lluvias contínuas, que la obligaron al encierro, aumentó su estado morboso, en el que había excitaciones y desfallecimiento. Pasaba los días recostada en su sillón sin desplegar los labios.

Los niños se miraban entre sí, sin decir una palabra, mústios y entristecidos, bajando las voces, caminando despacio, respetando así algo que había en Alex que ellos no debían comprender. Stella jugaba para ocultar lo que sentía, viendo á su hermana indiferente: su inmensa pena por la inmensa pena oculta en Alex.

La lluvia cesó, soplaba un pampero suave y fresco, y había muchas nubes todavía. Alex no permitió que se sacara á Stella al patio, y los demás quedáronse en la sala á jugar con ella.

Salió, y sus pasos la condujeron al camino de la playa; siguió caminando maquinalmente y se encontró en la orilla. Allí se abismó en la contemplación del mar pálido y frío de ese día sin sol, que le pareció implacable como su destino. Esa contemplación la transportaba á otro mar más pálido y más frío: el blanco mar inmóvil que apresó á su padre.

En medio de tan poderosas impresiones llegó á su oído una vocecita triste que se lamentaba.... la vocecita lloraba desesperadamente ya más cerca.... ¡y qué debil, y qué fragil, y qué fina! Volvió la cabeza y vió

á un muchacho venir corriendo hacia su dirección, con un pañuelo atado en punta colgando en la mano, lleno de algo que pesaba, y balanceaba al correr. El chico vestido con un pantalon y una camisa rotos, al divisarla, quiso detenerse, pero como bajaba corriendo una pendiente no pudo hacerlo sino á dos pasos de distancia apenas.

Ante la joven se avergonzó, y en su turbación continuaba balanceando cada vez más fuerte el pañuelo dentro del cual estaba el gritito triste.

Los expresivos ojos de Alex preguntaron tan claramente lo que querían saber, que el muchacho tartamudeando de cortedad le contestó:

—Son unos gatitos que voy á tirar al mar.

—¿A ver? dijo ella vivamente, estirando el cuello con una curiosidad infantil.

Abrió él su andrajo, y le mostró cuatro gatitos flacos y hambrientos, que tendrían dos semanas, cuyos ojitos reclamaban la luz, y cuyos hociquitos reclamaban la madre-nodriza. Pedían lo suyo; ¿por qué, pues, privarlos?

Alex por ese instinto maternal que era una de las cuerdas más vibrantes de su naturaleza apasionada, los tomó en sus brazos y acercólos á su pecho para calentarlos.

El muchacho disparó, Y ahí se quedó con ellos,......

A medida que iban penetrándose del calor de ese tibio seno, su llanto hacíase menos desconsolado y prendían sus agudas uñitas en la tela de la bata, como preparándose á resistir si alguien pretendía sacarlos del sitio conquistado. Alex los miraba con misericordia, olvidada de todo lo demás por esa ínfima partícula de miseria; vinieron á sus labios dulces murmullos y empezó á pasar su suave mano por la suave pelusita de su lomo.

A este contacto brotó fresco, claro y abundante como una fuente, el recuerdo. El recuerdo de otro ser muy frágil y muy débil; el de otra pelusita «fina, fina como un polvo de oro», el de otro hociquito rosado que buscaba gimiendo el «seno nutritor»; el de otros ojitos que apenas podían «soportar la luz». Tuvo ante sí á Stella aun no formada, oyó su gritito triste de los primeros días, sintió el frío de sus manitos sin uñas que calentaba ella día y noche entre las suyas, y como la del recuerdo, se abrió la fuente de sus ojos. La debilidad de esas criaturas miserables que acaba de librar de la muerte, que protegía del viento y del frío, que se llevaría con ella porque no tendría el valor de abandonar, le representaba la debilidad de su criatura, que necesitaba también de ella para no perecer.

Una emoción profunda sacudió su corazón, su alma volvió á tomar su vuelo y entró en ella una gran claridad. A esa claridad distinguió su falta para con su dulce hermana en

los últimos días, condenóse por la deserción que había estado á punto de cometer, y apretando más contra su pecho á sus cuatro redentores, levantó sus ojos y pidió perdón á su padre.

Por algo tan infinitamente pequeño, por esos gatitos míseros y hambrientos que iban á ser arrojados al abismo como un desperdicio, se hizo la gran reacción de una gran alma, se dió el rumbo á una preciosa vida.

Y al impulso de su enternecimiento, y al impulso de ese entusiasmo fervoroso innato en ella—que sería la causa de sus decepciones, pero que al mismo tiempo le crearía ilusiones siempre y á pesar—juró sobre el montículo de arena, entre cielo y mar, un completo renunciamiento.

Algunas gotas caían; ató las cintas color de lila de su sombrero de tela blanca, encerró dentro á sus nuevos protegidos, los colgó en su brazo, y echó á andar camino de la casa.

Las últimas nubes se abrieron para despejar el cielo, y cayó un menudo chaparrón. Corrió; la lluvia cesó, y volvió á tomar su paso armónico que meciendo á los gatitos los hizo dormir.

Entró á la sala donde esperaban los niños que tímidamente se quedaban en su sitio, sin adelantarse como otras veces á su encuentro, por ese «algo que había en Alex que ellos no debían comprender».

Ella en cambio—muy rosada de su carrera y toda mojada de lluvia — fué ligero hacia ellos, entre los que estaba Stella. La envolvió en su brazos, llenó de besos apasionados sus ojos y sus manos, y acarició tiernamente á los demás.

Con una nueva vida en su voz y en sus ojos, que convenció á los niños que Alex había resucitado, les dijo:

—¿Saben ustedes que se ha aumentado la familia? Aquí traigo cuatro hijitos más, pero les advierto que son muy, muy chiquititos.

Todos la rodearon; esperaban con una expresión de curiosidad impaciente, igual á la que ella había tenido un momento antes, y dijeron lo mismo, exactamente lo mismo que ella entonces: «¿A ver?» . . . . . .

Desató las cintas de su gran sombrero y cayeron los cuatro gatitos sobre las faldas de Stella, la que con su inagotable ternura los adoptó.

Las impetuosidades de una naturaleza poderosa y rica como la de Alejandra, habían provocado en ella sin transición dos exaltaciones diferentes; su esfuerzo había sido muy violento; naturalmente el corazón desmayó más de una vez.

Pero no desmayaba ya en la enfermedad sino en la convalecencia, y no tardó en llegar la completa reacción. Hizo un último esfuerzo y se curó.

Después del ardor vino la calma á madu-

rar los frutos de ese ardor, y en plena posesión de sí misma, serena, confirmó en su interior la promesa que hiciera á su hermana desde el montículo de arena: permanecer bajo el techo de sus tíos porque era para ella el techo seguro y protector, renunciar á las aspiraciones de su juventud para no exponerla á lo incierto, vivir con ella el obscuro drama de sus dos existencias.

Confiando ahora en su facultad de apreciación, como si hubiera visto caer una venda de sus ojos, entró en el razonamiento, que le reveló las cosas en su verdadero tamaño. Midiéndolas supo juzgar y juzgarse.

Miró á la cara á ese mundo de los hombres temible y extraño, que temió recién después de sus decepciones, y al que antes creía simple, abierto, claro; y con su inteligencia simple, abierta y clara, recorrió la vida que no había vivido, y penetró en las complejidades del espíritu humano.

Encontróse con una agrupación de individuos de la misma especie, ni completamente buenos, ni completamente malos, que formaban ese mundo, que se balanceaba eternamente entre el bien y el mal, por el que cruzaba de vez en cuando alguna figura siniestra que dejaba su sombra, ó más de tarde en tarde algún meteoro que dejaba el rastro de su luz. Y supo así, que ese mundo era bueno, malo, débil, fuerte, ligero, impresionable.

Leyó un pasaje de la *Imitación*: «Aquellos

que hoy están por vos, estarán mañana contra vos, y viceversa».

En el renacimiento de su joven optimismo y de su hermosa fe, dió á estas palabras escritas para enseñar al hombre la volubilidad del hombre, un sentido distinto: el de una justicia infalible; y ese pensamiento de escepticismo tan amargo afirmó sus creencias.

Juzgó sus propios actos y sus propios sentimientos; no tuvo para ellos ni severidad ni indulgencia. Sabíase mujer, que es flaqueza, y no extrañaba haber caído en la tentación. No se creyó una víctima en su renunciamiento, porque veía en ese acto la obediencia á una necesidad de su alma en su amor por su hermana, y el sometimiento de su voluntad á motivos y circunstancias que no podía ella destruir.

Su gran claridad persistía.

Se arrojó entonces con sus niños en el abismo consolador de la naturaleza, y ahí entre el recuerdo y el olvido, su inteligencia entró en el desarrollo completo de su fuerza y de su armonía, y nacieron en ella nuevas ideas, que se desenvolvieron en toda libertad y tomaron su forma definitiva.

Sus discípulos aumentaban cada día. No eran únicamente los hijos del mayordomo, del capataz y de los puesteros de don Luis y de Máximo los que asistían á su escuela al aire libre. Llegaban de todos lados y de todas partes; de las estancias vecinas, de los

ranchos y del pueblito; á pie, ó montados en lentos mancarrones, en petizos peludos y barrigones, adornados con los abrojos del camino. La maestra distinguía entre todos á uno de ocho á diez años, no más alto que la Nenuca que tenía cuatro, con una carita larga, cenicienta y marchita, y unos ojos rasgados, tristes é inteligentes. Los extremos de su boca caían como caen en la vejez y en la amargura; su pecho que se hundía, parecía querer salir por sus espaldas prominentes y encorvadas. Era la víctima de las burlas, y el día que por primera vez se atrevió á acercarse tímidamente, todos contenían sus risas por respeto á su maestra, y los pequeños Maura mirábanlo con curiosidad asombrada.

Una gran lástima, la misma pero mayor que la que sintiera por los gatitos hambrientos, levantó el pecho de Alex, y se estremeció pensando que ese ser era una degeneración como su hermana, y que el ángel de belleza podía haber sido fácilmente esa deformidad. Acercóse, le tomó la barba y levantó su cabeza. «Son los ojos más lindos y más inteligentes de mi clase; aprenderás muy pronto tú, querido niño. Aquí tenemos, pues, ustedes un nuevo condiscípulo, yo, un alumno más». Con esta presentación y un beso en la frente, impuso al pobre raquítico á la consideración y protección de los otros. Stella le sonrió y le extendió su mano. En adelante fué el protegido de toda la escuela que lo

adoptaba. ¡Guay! al que se hubiera atrevido á burlarlo ó á hacerle un mal; los demás lo hubieran «linchado» ciertamente.

Era un cuadro de intensa poesía el de esa joven elegante con su vestido claro, y sus cabellos al viento, errante por los campos seguida de sus discípulos, confundidos los pequeños desheredados con los pequeños herederos de casa rica, igualmente atentos á las lecciones de esa maestra gentil. Verla detenerse á cortar una flor, agacharse á recoger una piedra, correr detrás de algún insecto, deshacer esa flor para estudiar con ellos sus órganos delicados; explicarles las costumbres y las metamórfosis de ese insecto; la existencia inerte de esa piedra.

Enseñarles que la tierra es redonda, señalándoles las velas del barco que aparecían primero que él en el horizonte, y en la profundidad sin límites de los cielos los secretos luminosos de los astros.

Concluía siempre con una palabra afectuosa, y que establecía una íntima solidaridad en el presente y en el futuro, entre ella y sus discípulos.

Por ejemplo, ante un nido: «Esta mancha blanca que encontramos dentro de este huevo es el «germen»; de ella hubiera nacido un pichoncito si no le hubiéramos abierto impíamente para estudiarlo. Yo volveré á ustedes todos los años, como las golondrinas en primavera. Veré entonces con placer los

resultados del germen de mi enseñanza en sus pequeñas inteligencias, mis queridos niños.» Otra vez con las manos llenas de espigas de trigo, de gajos de alfalfa y flores de lino; «Es la naturaleza que les cuenta su historia por mi boca; son ustedes de los hijos que prefiere, porque viven más cerca de ella.»

Y se las enseñaba á amar; y á amar los trabajos de la tierra mostrándosela inagotablemente fecunda y bienhechora. A amar también á los animales en su inocencia y en su utilidad, y á respetar el bien ajeno, desde el nido del pájaro hasta la habitación del hombre.

Estimulábalos y abríales y el horizonte, levantaba sus pequeñas almas, revelándoles que con el saber y la labor «llega» hoy el que quiere; que este saber y esa labor, que es el esfuerzo individual, son los grandes, los únicos niveladores; que por ellos el niño descalzo podrá ganarse el bienestar y la consideración siempre, y que sólo por ese esfuerzo podrá el niño rico y también el pobre, alcanzar á ser el hombre prominente de mañaña.

Era dulce y amable; nada material les daba, porque pobre como ellos, nada tenía. Pero un sentimiento de inmensa gratitud iba creciendo en sus pechos para la que tanto sabía darles, comprendiendo que nadie podía darles más y mejor. Ese sentimiento pasó de los hijos á los padres, que sentían

que ella se los salvaba de la ignorancia y de la perdición, y á extenderse por toda la comarca como una de esas plantas exuberantes y benéficas que llevan la salud en su jugo. Así fortaleció la salud moral de Alex, el amor ingenuo de esas buenas gentes.

Creóse alrededor de las dos hermanas transplantadas por su extraña suerte, de la fría Cristianía á la cálida Pampa, de un medio de refinada intelectualidad á otro medio indígena, de primitiva ignorancia, una atmósfera de devoción y de cariño, y mirábaseles como á dos seres de leyenda.

Alejandra recogía la esencia de este amor devoto, en la ánfora sacra que era su corazón.

XIII

«Un día que Jesús se encontraba cerca del «mar, se vió rodeado por muchas gentes que «le pedían les enseñara su doctrina. Viendo «dos barcas vacías en la orilla subió á una «de ellas, y alejándose un poco, desde allí les «predicó. Sus dueños, humildes pescadores, «estaban desalentados, porque habían traba«jado toda la noche sin haber conseguido un «solo pez. Después de predicar, dijo á uno de «ellos, á Simón:

—«Entra en alta mar y echa la red.

—«Aunque nada hemos encontrado, la «echaré sobre tu palabra, respondió Simón.

—«Retira ahora tu red, ordenó después el «Maestro.

«Obedeció, y era tal la multitud de peces, «que la red se le rompía, y tuvo que llamar «á sus compañeros, que estaban en la otra «barca, para que le ayudaran. Todos se arro«jaron á los pies del Señor, porque la pesca

«que acababan de hacer los había llenado de «asombro y de espanto».

Cesó la voz de Alex, que enseñaba á los niños en la playa.

«*Sinite parvulos venire ad me*», dijo Máximo á sus espaldas, apareciendo en medio de ellos. Ya ve, Alex, que en su obsequio saco á lucir mi viejo latín.

Había estado en su casa, y allí le habían indicado dónde la encontraría con su familia menuda. Al aproximarse la oyó, y se detuvo detrás del bosquecillo de pinos para que lo escondiera. Abrió dos ramas, y sus ojos, acostumbrados á las visiones artísticas, percibieron la más bella.

Sentada sobre el montículo de arena, de cara al mar, rodeada en semicírculo por sus discípulos, les narraba la grandiosa escena del Tiberiades.

No podía ver su rostro, pero habría jurado que estaba claro y abierto como el día.

Stella, en su prisión rodante, apoyaba su mejilla en la mano nacarada, toda entregada al inteligente recogimiento de su espíritu precoz. ¡Allí estaba ella, la dulce predestinada, centro y luz, en toda su gracia conmovedora!

La Perla inmóvil, de pie, se recostaba en el cochecito de su prima, mirando atenta salir las palabras que iban dando forma al cuento maravilloso.

Todos los demás, silenciosos, escuchaban.

Sin respirar, dejaba él beber á grandes

sorbos su retina. La misma impresión de fugacidad que producía, hacíale el cuadro más precioso, dando á su admiración cierta ansiedad: la de su próximo desvanecimiento.

—Tiene usted siempre el aire de salir de un escondite ó de caernos de la luna, le dijo la joven, extendiéndole la mano para que se la estrechara, y para que la ayudara á levantar.

Los niños olvidando á Jesús por el viejo amigo, corrieron hacia él y lo asaltaron, dando gritos de alegría.

Los pobres, llevados por un instinto de «clase» habíanse juntado un poco retirados, formando una agrupación terrosa y desconfiada, bandada de gorriones que contrastaba con el grupo claro y contento.

Máximo los miró con lástima indiferente, metió la mano al bolsillo, arrojó un montón de monedas, que brillaron en la arena, y siguió acariciando á los suyos.

Ninguno se movía. Alex agachóse y fué levantándolas una por una.

—Estas monedas, dijo dirigiéndose á todos en general, se le han caído á este señor; vamos á guardarlas para comprar cosas útiles para Navidad.

—¿Por qué no deja que esos chicuelos reciban esa bagatela para comprarse caramelos? le preguntó, sorprendido sobre todo de cierta indignación que veía asomar en ella.

—Recoger, dirá usted, contestóle bajando la voz.

—Bueno, recoger, lo mismo da.

—No, no es lo mismo.—Y señalando á los pobres: Aquellos niños recogerán lo que usted les arroja el día que haya llenado suficientemente sus bolsillos para que alcance también para estos otros.—Al decir esto, su mano le indicaba á sus sobrinos.

—¡*Touché!* replicó él, que notó recién el sentido de sus palabras y de su acción.

Los discípulos habíanse mezclado nuevamente para jugar, olvidados de sus lujos y de sus harapos; bien lejos ellos, por cierto, de la cuestión social.

—¿Y mi tío, dígame la verdad, Máximo, cómo está mi querido tío? preguntó Alex.

—Va mejor, su querido tío.

—No me oculte la verdad, se lo ruego. Los demás dicen que está mejor, pero las cartas de Emilio no me tranquilizan. Hace dos meses que estamos aqui, y me sentiría tan bien sin esa torturante preocupación.

—Créame, Alex, Luis va bien. No las busque mayores ¿quiere? Ha tenido demasiadas usted ya, contestó en un tono de afectuosidad, y como temiendo que sus palabras se apoyaran demasiado en un punto doloroso.

La joven levantó sus pestañas, temiendo también una intención en esa alusión á dolores tan cercanos que eran todavía presentes, pero vió en el «viejo tío», como solía llamarle, un alma amable que la tranquilizó.

—Sí, Máximo, olvidemos siquiera por una estación, los tiempos difíciles.

Chochita lloró: Julito jugaba, llenando, muy afanoso, su balde de arena, quiso ella meterse, y él tiró un puñado á los ojos de la pobrecita. La tía tuvo que «operar, rodeada por toda la escuela que quería «ver».

—Y ahora, cada mochuelo á su olivo. Mis chiquilines, ustedes á sus casas, nosotros á la nuestra. ¡Y buenas noches!

Se retiraban como habían venido, á pie, ó en sus calbagaduras quijotescas. Albertito corrió á ayudar á montar al jorobadito Juan, que llevaba en ancas un vecino. Y así se iban todos, llena la imaginación de los cuentos milagrosos de su joven maestra, y viendo brillar las escamas de los peces del buen Jesús, seguros de que algún día los sacaría á ellos tambien de la miseria.

Los otros iban como un montón de cabritas brincadoras, ignorando que hay porvenir y que hay pasado, Sólo el niño pobre los conoce, porque recordando ese pasado, teme al porvenir.

Los unos se acercaban á guarecerce de la noche en la cueva miserable, á dormir hacinados después de comer el pan duro y moreno, sin más caricias que las de su cuzco color de café.

A los otros los esperaba su blanca casa cubierta por su glicina, su Santa Rita y su jazmín; las avenidas de acacias, la buena

Eugenia, el petizo ensillado, el perro blanco más grande que el petizo, la urraquita y los *michines*; el columpio, la larga mesa debajo de los sauces, y al lado del ombú, sobre la que pronto, pronto, pondría Pascuala la tambera la leche humeante de la vaquita gris; la oración por la noche que les enseña Stella, la bendición «por papá y por mamá», el beso de Alex, la blanda camita, y los sueños rosados, que los descansarán de las travesuras de hoy y los prepararán para las de mañana.

Allí llegaron. Cada uno se dedicó á sus juegos predilectos. La Perla, inseparable de Stella, armaba con ella unos cuadros de madera pintada que formaban paisajes y escenas. Elvirita mirábalas hacer. Chochita saltaba á la cuerda, Lolita y Florencio se hamacaban....

Máximo sentóse en una mecedora, y ahí se quedó mirando jugar á los chicos. «¿Dónde andará Alex?» preguntábase con involuntaria impaciencia.

Por fin la vió venir por la calle de paraísos, detenerse á aspirar una rosa criolla de escasas hojas y exquisito perfume, arrancar un lirio, levantar la cabeza para oír el canto de un hornero, allá arriba, en la copa de un nogal.... estirar el brazo para cortar grandes gajos de la multiflor, tomar de la mano á Elvirita y á Nenuca, que corrían á alcanzarla, acariciar la cabeza del pobre Tintín que le

hacía fiestas, llenar el coche de Stella con la multiflor, dejarse coronar con ellas, y así coronada acercarse á él.

—¿Nos había abandonado? Creía que había usted desaparecido, señorita Primavera·

– La señorita Primavera es como usted; vuelve siempre á sus horas y á su tiempo, señor Crepúsculo.

—¡Cuánta verdad en lo uno y en lo otro! ¿Sabe que estoy admirado del aspecto de alegre salud de este pequeño mundo? Stella está admirable. ¡Cómo sabe pagarle bien el mar su simpatía!

—A esto debo mi bienestar. ¡La salud de Stella! para mí principio y fin de todas las cosas. Mi terror ahora es menor, de que algo pueda destruir este ser, frágil como aquella mariposa.... ¿No le parece al mirarlas transparentes, delicadas, casi incorpóreas las dos, que no son hechas para mezclarse con las cosas de este mundo? ¿Que deberán perder cada minuto un poco del polvo de oro de sus alas?.... Wernicke me ha dicho claramente dónde está el peligro: una fuerte emoción que apresurara los latidos de su corazoncito, sería lo bastante para cortar el hilo que la liga á la tierra. Un síncope le sería fatal.

—Si continúa así, dentro de poco puede perder todo temor.... Le he traído unos libros, Alex; los he hojeado á la ligera. No sé si le gustarán. Estoy intelectualmente desorientado. ¿Se aburre mucho aquí?

—Me *desaburro.* Hay cosas que no debemos rozar siquiera; pero usted sabe que he sufrido en éste último tiempo y me retemplo para....

—¿Para la lucha?

—No, Máximo: para la vida.... No hay tiempo de aburrirse aquí. No lo empleo únicamente en la educación de mis catorce hijos y en mis tareas de ama de casa. Tengo entre manos un trabajo interesante y concienzudo que me absorbe y me apasiona. Más adelante se lo haré conocer. Después vienen las diversiones, los largos paseos en el breack, las correrías con los más grandes, el lunch sobre la hierba, las horas de la playa, la misa del domingo, la pesca en el arroyo....

Máximo la interrumpió.

—¿Y en el mar?.... Chicos, chicos, una idea. Una pesca en el mar, con red, y barca y todo, exactamente igual á la del buen Jesús.

Una exclamación frenética fué la respuesta. Se aglomeraron á su alrededor para convenir la forma en que se llevaría á cabo la magna empresa. Resolvióse por unanimidad, que el iniciador prepararía todo, avisando el día con anticipación. Y dando media vuelta, corrieron á sus juegos.

—¿Y mi arroyo?.... Mi pobre arroyo que va á ser el blanco de la burla de todos, exclamó Alex. Después de su pesca bíblica, adiós mi pesca de caña. Se las comparará se.

guramente á un bagre y un tiburón.... ¡Y á mí que me gusta tanto, tanto la pesca de caña! concluyó con tan serio convencimiento que hizo reir á Máximo, quien le dijo:

—Por que he visto en otros que se le parecían, el mismo entusiasmo que en usted para una diversión que ha inmortalizado Paul de Kock, no me he desmayado de sorpresa al oírsela confesar.... ¿Su espíritu, Alejandra, que tiene las facetas del brillante, el cultivo de una flor de precio, que es todo brillo y resplandor, dedicado á esperar que «pique?»....

—Me ha sido muy útil y muy provechosa esta diversión; más útil y provechoso aun el arroyo.... Desadornemos mi espíritu de la flor, aligeremoslo del brillo y del resplandor; dejémoslo tal cual es, para mostrárselo vagando incierto por sus orillas primero, asentándose después en una idea nueva de la vida y de los hombres. Mientras concebía esta idea más justa y más exacta, más humana sobre todo, mis manos sostenían pacientemente la caña, resistiendo á las sacudidas de la mojarra que «picaba», mis ojos miraban los arabescos que sus movimientos dibujaban en el agua. Allí he aprendido....

—¿Necesitaba usted todavía ir á la escuela? la interrumpió.

—Sí, «viejo tío». En esa escuela solitaria he aprendido muchas cosas que ignoraba.... ¡y que hubiera deseado ignorar siempre!—dijo con una voz profunda, anunciadora de

que el curso de la conversación, ligera y trivial, iba á cambiar.—En las admirables páginas que Renán escribió para ensalzar á su hermana—flor de precio, ella sí, Máximo—hay unas palabras que conservo claras y distintas: «Se ha convertido para mí, en el cruel sentimiento del amputado que obra sin cesar, contando con el miembro que ha perdido. Era un órgano de mi vida intelectual, y verdaderamente una porción de mi ser ha bajado con ella á la tumba. En todas las cosas morales habíamos llegado á ver con los mismos ojos y á sentir con el mismo corazón. El plan general de mi carrera; el próposito de sinceridad inflexible que yo formaba, era tan enteramente el producto combinado de nuestras dos conciencias, que si hubiera tenido la tentación de faltar, ella se habría encontrado cerca de mí, como otra parte de mí mismo, para recordarme el deber.»
Máximo la interrogaba con los ojos, como diciendo: «¿adónde se dirige usted?»

Después de un silencio, volvió ella á hablar:

—Yo estaba en esta situación; yo era ese amputado. No una parte de mí misma, lo mejor de mí misma, había bajado con mi padre á la tumba. El, que era mi propia conciencia, me faltaba; sin su fuerte brazo para sostenerme, caí desde la altura, y no supe levantarme ni encontrar el rumbo. Perdí mi fe; mi fe en la justicia y en el bien......
Vine á refugiarme en esta soledad; llegué

deprimida por la desmoralización y la derrota, agobiada por la desesperanza. El amor de mis niños, completa y únicamente míos aquí, me consoló. La naturaleza me dió los consejos de su vieja experiencia. En su marcha incesante he visto mi deber, que no está en detenerme á llorar, sino en marchar con ella. En las plantas, en los insectos, en el agua, en las estrellas, he aprendido el amplio sentido de la palabra «misión». Un día amanecí tranquila: mi corazón volvía á encontrar su paz perdida, su lucidez mi espíritu, mi alma su fe. Y hoy, á través de esa fe, recuperada intacta, puedo oir la voz de mi Padre que me alienta, sentir su mano que me guía, su gran corazón latir á la par del mío! Y serena, cumplo también yo mi modesta y hermosa misión.

—Milagros de la fe, murmuró Máximo conmovido.

— Sí, milagros de la fe, que me permite creerme todavía unida á mi único amigo.

—¿Su único amigo?...... Gracias, amable sobrina, le contestó mirándola con un reproche que empezaba á ser irónico sin motivo.

—¿Gracias por qué?

—Por eso del único amigo.—Y el reproche hacíase agresivo y mordaz sin motivo ni razón.

Ella quedó en suspenso ..... «Se extraña *él* de que diga yo, «¿mi único amigo?»

¿Sabemos por qué, después de guardar silencio mucho tiempo sobre alguna cosa que

nos hace empalidecer, la que evitamos tocar por demasiado delicada ó dolorosa, de pronto, un buen día empieza á escaparse por nuestra boca, en palabras, como chispas de un incendio oculto? Tampoco supieron ellos por qué en ese momento, quisieron decir lo que antes habían querido callar.

Volvió ella á él sus ojos, en los que había tal intensidad de expresión, que creyó que iban á hablarlo. Recordando lo sucedido se alarmaba su altivez, y pensó que quien extrañaba su afirmación, sentado ahí frente á frente, no había tenido una sola palabra de protesta para la injusticia y la difamación; un solo movimiento de protección ó de simpatía para la que las sufría. Lo recordaba como si acabara de saberlo; y también el dolor lacerante de sus decepciones agrandado entonces con esa otra decepción.

El, mirándola fresca y juvenil con su vestido de muselina y su corona de multiflor, pensó en lo que antes lo dejara perfectamente indiferente, y viniéronle á la memoria con sabor amargo: las murmuraciones de la familia, las señas del espejo, el ramo de rosas los guantes de Espinosa, la visita al ban, quero...... No, Alex no era la vencida por el obstáculo: se retemplaba, sí, para la vida, y tomaba fuerzas para saltarlo.

El expresivo silencio iba á cesar......

—Alex, Miguelito se está peleando á *trompís* con Carlitos, gritó la Perla.

—¡Cuentera, cuentera! le dijo Adolfito, furioso de que se delatara á su íntimo Carlos.

—¡Y vos otario! contestó Julito, que se llevaba muy mal con Adolfito.

Alex corrió á separarlos; cuando volvió sonreía ya.

Máximo continuaba cómodo en su hamaca, debajo del aguaribay, cuyas ramas adornadas de cuentas punzóes tocaban el suelo. No se sentía cómodo por dentro. Un malestar indefinido, que no quería analizar, habíale producido la manifestación de Alejandra, «mi único amigo», acentuada por la violencia de su gesto y de su expresión, y ahora, su sonrisa que parecía perdonar, lo irritaba. Menos generoso, porque era más culpable, no podía perdonar él que ella lo fuera tanto; sentíase mortificado y deprimido. Pasaba por uno de esos momentos en que se desea decir algo que mortifique, para vengarse en los otros del propio descontento.

—¿Sabe que ha vuelto Monterito? Están de fiesta en la casa aunque ha vuelto mudo..... ¿Qué opina usted de ese chico, Alex?

—Mi opinión sobre ese chico que vá á cumplir treinta años, ha cambiado por completo. Al principio fué detestable... él y yo sabemos porqué. Después que lo he tratado, me ha parecidoque vale por sí mismo, que tiene condiciones que serían tales sin su fortuna, que lo son á pesar de ella.

—¿Sabe que al fin Clara se decide y Enrique se casa?

Agrandáronse sus ojos, pintóse en su fisonomía un interés augustioso, para preguntar:

—¿Sí, sí? ¡cuénteme!.... ¿Se casa pronto, se casa cuándo?.... ¿Es verdad ó es una broma, Máximo?.... ¡Diga!

—Nada de broma; Enrique se casa en Junio.

—¿En Junio, en Junio recién?—Y con la voz aun más ansiosa: ¿Y el padre, el padre de ella qué dirá?

Notó Máximo que después de un momento de ensimismamiento, mirando el vacío iba contando y murmurando entre dientes para sí misma: «Enero ... Febrero.... Marzo.... Abril.... Mayo y Junio. ¡Seis meses, seis meses todavía!»

El contestó después, profiriendo una por una las palabras, como calculando su efecto:

—Creo que el padre.... el padre de ella, tiene cosas que le preocupan mucho más que la suerte de sus hijos: su propia suerte por ejemplo. ¡Es tan avaro don Samuel!

Los ojos de Alex estaban bajos: miraba sin ver una hormiguita que pasaba con su carga, unas cuentitas punzóes del aguaribay caídas sobre el pasto verde, uno de los soldaditos de plomo de Florencio achatado por el pie pesado de algún peón; miraba fijamente en tierra. Levantó los ojos, y contestó más que á sus palabras á su tono, en el que adivinaba una intención:

—Veo que no es sólo intelectualmente que está usted desorientado señor Quiroz.... Cuidado, que no empiece á perder también el tacto y la discreción.

Permanecía de pie, esforzándose por contener la indignación que sentía hervir en ella. No eran ya alarmas de su altivez; era toda su altivez de corazón y de sangre que se levantaba!

Preparábanse los dos para el ataque y para la defensa.

Iban á hablar, iban á decir, iban á cruzar sus palabras como dos aceros; lo sabían.... lo sentían.... lo temían.

Stella habló desde lejos:

—¿Sábes, padrino, que ya he aprendido á manejar el cinematógrafo que me regalaste? ¡Alex nos permite que para Navidad demos una gran función! Sí, vendrán muchos niños para Navidad; todos los que tú vistes en la playa.

—Y también muchos otros que hoy no estaban, informó la Perla: Tomasa, Marucha y el Mono.

—Mariana, Teresa y Ramón, agregó Elvira.

—¿Y olvidan al Farruco y á Manuel? dijo Florencio.

—Es muy bueno nuestro padrino, prosiguió Stella, entre el silencio de asentimiento de los demás; ¡tan bueno, tanto!.... que.... que me dan ganas de llorar.

No podía explicar de otro modo su enternecimiento.

Uno muy grande empezó á abrirse paso en el pecho de su hermana. Entraba en él, con todas las caricias, los juguetes, los mimos, las generosidades, las solicitudes, las delicadezas del «padrino» para la Adorada; y con esa impresionabilidad que la hacía tal cual era, dijo con ganas de llorar como ella, y como continuando una conversación que no había empezado:

—...Debo recordar también, que si yo he derramado muchas lágrimas en esta tierra, Stella no ha derramado ninguna.

El, igualmente impresionable, se conmovió.

—¿Amigos, Alex?.... ¿Amigo también yo? preguntó al rato á la joven.

—Camaradas; muy buenos camaradas, «viejo tío» contestóle, con una sonrisa. Amigos todavía no.... Todavía no, continuó más dulcemente aun, porque no nos conocemos lo bastante; usted conoce muy poco de mis defectos, yo muy pocas de sus cualidades. Y la amistad la entiendo sólo muy probada y muy indulgente. Como algo muy serio, muy grave y muy difícil. Difícil de sentir, difícil de obtener, difícil sobre todo de conservar. Encuentro que es un sentimiento que sólo puede perdurar sobre una base: la mutua confianza. Y nosotros nos desconfiamos.... sí, viejo tío, nos desconfiamos todavía. No olvide que hace un momento éra-

mos dos enemigos frente á frente. Pidamos á aquellas dos adorables criaturas, que nos enseñen á serlo como ellas lo son, concluyó, señalando á Stella y á la Perla que bordaban juntas en un pequeño bastidor, mezclados sus cabellos, sus cuchicheos y sus risas.

Ahora era ella la que estaba sentada y él de pie.

Admirando la bondad de la joven, que tiraba su flecha sin veneno, daba en el blanco y curaba la herida, quiso expresárselo.

—¡Qué bondadosa, qué exquisita, qué inteigentemente bondadosa es usted, Alex, en quien no permanece jamás el rencor! Los mejores tienen malos días, los malos días de usted duran segundos.

No estaban alegres, volvía el malestar-veían acercarse un silencio difícil y embara; zoso; para evitarlo dijo Máximo, dirigiéndose á sus sobrinos:

—Pidan á mi *camarada*, que los lleve mañana á visitar mi estancia.

¡Fué una larga súplica la de ellos! Volvieron á reunirse á su alrededor, abrazando las rodillas de Alex, apretando sus manos. «¿Sí, Alex, sí, querés?» «¡Sí, Alex, sí!»

Llegó la voz de Stella:

—¡Sí, Alex, llévanos! ¡Me gustaría tanto!

—Es á la estancia del «viejo tío», Alex, díole Máximo con una gran suavidad.... Y «le gusta á Stella»; así suelen decirme á mi los chicos.

—¡Ah, cómo sabe usted hacer vibrar la cuerda sensible!.... ¿Y si yo me negara, qué contarían ustedes hacer—agregó ella, imitando sus palabras, su gesto, su voz, en su respuesta la noche del baile.

Él rió de buena gana. Su risa fué coreada por los niños que reían también, pero sin convicción, sin saber de qué, únicamente porque veían reir á su grande amigo.

—«Cesaría en el acto, entre nosotros, toda cordialidad», le contestó, copiándola á su vez.

Quedáronse aquéllos muy serios, mirándolos á la cara, porque querían entender.... De pronto, comprendiendo que Alex enronquecía su voz para imitar á Máximo, que Máximo afinaba la suya para imitar á Alex, soltaron la carcajada batiendo palmas.

Toda nube había desaparecido.

—No mañana, el sábado que es fiesta, iremos á tomar el té con el viejo tío, respondió Alex.

Los consultó:

—¿Qué les parece á ustedes que empecemos por acompañarlo hoy hasta el alfalfar?

Ya estaban en camino antes de decir sí.

El cochecito de Stella, tirado por su gran carnero, iba tan ligero, que los otros tenían que correr para alcanzarlo.

Máximo y Alex quedábanse atrás.

Máximo sentía que iba apoderándose de él, poseyéndolo por entero, la tristeza de esa

hora en el campo. La tristeza del crepúsculo, que viola á las almas sensibles.

Los niños en la avenida de acacias, corrían tras de su propia sombra que se alargaba, y bailaban con ella.

—Si no fuera por lástima de su envidia, compañero, daría una carrera con los chicos.

—Tiene usted razón, Alex; es la envidia lo que mora aquí dentro, contestó, golpeándose el pecho. Envidio á los que viven: yo sólo veo vivir.

Percibió en él aunque sonriera, un fondo de profunda melancolía que no le sospechaba, y sintió una pena.

—Las fuentes de su vida no están agotadas, viejo tío, están cegadas por el descreimiento nada más. No conozco su existencia; pero estoy cierta de que en ella no hay una causa suficientemente grande para explicar y justificar los efectos de su amargo escepticismo.

El tuvo el gesto vago de quien no dice porque no quiere decir.

—No, afirmó ella; no hay nada suficientemente grande para justificarlo. A la vida más árida, á la más sombría no le ha faltado una flor, un rayo de luz; la hora en qué creer. ¿Faltaría á la suya? Hay fe también en el recuerdo. Yo misma que he sufrido más á mi edad de lo que podría sufrir usted jamás, encuentro conformidad para el presente, y conformidad anticipada para el futuro, recordando

mis años de perfecta dicha. Sé que existe la ley de las compensaciones; que por lo tanto, siendo esa dicha muy escasa en el mundo, no sería justo que permaneciera en uno solo, y debe repartirse ella entre todos.—Y moviendo su cabeza con una dulce resignación:—Sí, padrino, es justo y es natural que la mitad de mi vida compense la otra mitad.

Mirábala sorprendido de descubrirle una alma más grande de la que él le había conocido, de que su espíritu planeara sereno y firme á una altura en que otros espíritus sufren el vértigo. Oía enternecido sonar las palabras que ella dejaba correr como las aguas cristalinas del arroyo que bautizaron su «nueva idea». Empezaba á sufrir del remordimiento de baber herido á ese ser exquisito en su débil fortaleza, de haber permitido á otros que lo hirieran.

Al rato dijo:

—Hace un minuto que la juguetona señorita Primavera me desapareció. Al principio temí que la hubiese reemplazado una ilustre desconocida, matrona majestuosa y severa, que suele andar por ahí, por los caminos, errante y extraviada, muy incómoda la pobre con la espada y la balanza que le han impuesto los hombres en lugar de su abanico. ¡Es la señora Justicia! Pero me tranquilicé. La que caminaba á mi lado no era ella, aunque era otra: «una joven Justicia» fresca, rubia, benevolente..... y un poquito soñadora.

—Es ilustre y no tan desconocida; la conozco, la conozco á la severa matrona. Suele ella también aparecer, aunque más de tarde en tarde que nosotros dos, viejo Crepúsculo.

—¿Pero no encuentra usted, compañera, que con una inexactitud que pierde todos los trenes? ¡Oh! ¡qué lejos está esa dama de nuestra exactitud inglesa!

—*But our exactitude is unique! my dear freind.*

Una sonrisa iluminó la cara de Máximo, y un alzamiento de cejas le agrandó los ojos.

—¿Amigos entonces, Alex?

—Sí, pero todavía solo en inglés, respondió, sacudiendo tres veces, con una exageración cómica, que imitaba á un hijo de la Gran Bretaña, la mano que él le extendía.

—Quiero ir á su escuela, Alex. Quiero aprender allí, si es posible enseñar á los demás el propio encanto.

Su voz para decir esto se velaba, hacíase más íntima, y dejaba entrever una ternura que iba naciendo. Sus ojos la acariciaban. Pero aunque la acariciaban en la soledad, y en esa hora en que no se está en la luz ni se está en la sombra, su caricia no turbaba á la joven, que nada conocía de las cosas del amor, ni al hombre vivido que las conocía todas.

—Algo mejor quiero enseñarle, le contestó insistiendo. Es usted escéptico por hábito, más que por convencimiento. Pongámonos en el caso de lo que no es, aunque usted desee

que así sea.—¡Oh! ¡qué indiscreta su expresión, que me va contando todo lo que va pensando!—Zambullámonos en el océano de sus inconmensurables desgracias. Aun así, ¿por qué dudar de todo? Una inteligencia como la suya no puede aceptar el estrecho y egoista pesimismo individual. ¡Oh, no, Máximo! hay muchas cosas que merecen fe todavía en el mundo; muchas cosas todavía en qué creer.

—¿Cuál es.... Indíqueme una, una sola, que merezca el esfuerzo que necesitaría yo hacer!

—Cuáles? El esfuerzo de los otros, por ejemplo. Las grandes ideas, los grandes hechos, las grandes hazañas, no son sino obras de fe. Los santos, los sabios, los conquistadores, ¿qué son sino hombres que creen? ¡Sí, Máximo; hombres que creen en su Dios, en su Ciencia ó en su Estrella!

—¿Hace una hora que me pregunto, por qué se empeña usted, Alex, en enseñar á creer á un camarada?

—Porque si usted no es mi amigo, es el amigo de Stella. Por su bondad con ella; porque por esa bondad, ella habrá conocido, en su rápido y luminoso pasaje por la tierra, la perfecta dicha que conoció á su edad su hermana!—Su voz era el trémolo de un violin en las manos de un maestro.—Sí, Máximo; yo desearía guiar su pequeña mano hasta arrancar de raiz esa envidia de su pecho,

que es también la duda.... Porque le impide ser feliz. Porque no lo será jamás mientras no crea. Porque su escepticismo, que es veneno para usted, no lo es para usted solo.... Porque cuando el pesimismo llega á ese grado, es tan contagioso y tan corruptor, que muchas veces, al sorprenderle un gesto, una palabra en que manifestaba el suyo, he contenido el impulso de tomar á mis niños que tanto lo quieren, y llevármelos lejos, muy lejos de usted!

El asentía con la cabeza; su boca tenía una suave amargura.

Salieron fuera, á campo abierto. Un amplio espacio plano abrióse ante sus ojos; el olor del trébol y del pasto decapitado esa misma tarde, los embriagó.

Un paso más, y penetraron en el alfalfar, verde tapiz cubierto una parte por el velo violáceo de su flor; lo demás de un verde más claro y menos alto en su reciente «corte», salpicado aquí y allá por las pequeñas parvas á medio hacer.

—¿Máximo, sabes que Alex me asegura que podré entrar en Marzo al Nacional? dijo Albertito, quien llegaba recién de su paseo á caballo.

—Sí, dijo ella acariciando el brazo del niño, que le llevaba toda la cabeza. Estoy muy satisfecha de mi mayor.... Es un hombrecito, y somos grandes compañeros, ¿no es verdad, Albertucho?

—Muy compañeros, Alex. ¡Alex nuestra, tan querida! contestóle vivamente, abrazándola con todas sus fuerzas.

—Vas á deshacerla con tus manotones de cachorro, le observó su tío, fastidiado sin saber porqué.

Sentíase triste nuevamente, de esa tristeza tranquila y nostálgica que es la melancolía.

Ya estaba allí la luna llena plateando la tierra.

Los niños la saludaban:

Au clair de la lune
Mon ami Pierrot,
Préte moi ta plume
Pour ecrire un mot.

—Ma chandelle est morte—Je n'ai plus de feu—cantó *sotto voce* Alex para Máximo. Es usted una bugía apagada esta noche, continuó. ¿Qué le pasa? El hombre de la frase feliz, no ha encontrado hoy una sola..... ¡Ah sí! una: la de la justicia.

—Alex tiene siempre razón. ¡Estoy tonto de colgarme! Estúpidamente tonto. Y como siempre he creído que era esto faltar á las conveniencias, perdónemelo.

—Porque comparo, deseo que crea—díjole ella volviendo al porqué de su tema, como al *ritornello* de una vieja canción—Yo, pobre muchacha arrojada á los cuatro vientos de la vida, con tantas cosas amargas á mis espaldas, y tantas amenazadoras é inciertas á mi frente, siento en mí una alma que res-

pira, y en la que entra á veces el contento.... ¡Es que aquí mora la fe!—exclamó golpeándose el pecho, como lo había hecho él hacía un instante.—Y aunque sé que es altanero, porque siento, en fin, por usted, una gran compasión.

Acertaba. Alzó él, soberbio, la cabeza para preguntar con orgullosa extrañeza:

—¿Compasión por mí?

—Sí, una inmensa compasión por usted, Máximo, á quien los otros envidian, pero que envidia á los otros... Sí, sí por usted; por usted mismo, señor Máximo Quiroz! terminó, haciéndole una reverencia con toda su coquetería, que era toda su gracia.

Sentíase él irritado, despechado y encantado. Comparábase entre aquella bulliciosa infancia y aquella radiante juventud, á un huesped taciturno y sombrío en un banquete nupcial. De pronto se enterneció..... Iba haciéndose en él una lenta evolución de sensibilidad, que aun no percibía.

No percibía ella tampoco, su obra de involuntaria seducción.

—¡Chist! dijo poniéndose el dedo sobre los labios. Habla su maestra. Escuche, escuche la lección de Stella.

—¡No, no hagan mal á esas lucecitas que el Señor manda á la tierra para alumbrar á los pobres caminantes! imploraba la niña como una alondra..... ¡No, no les hagan daño, no las aprisionen! Son almas chiqui-

titas que tienen alas, pequeños seres que tienen vida...... No los persigan, no los persigan: ¡son los espíritus de la noche!

—No los persigamos, no los persigamos: ¡son los espíritus de la noche! repetian los niños en voz muy baja, deteniéndose súbitamente, y juntándose como un montón de brujitas, á penetrar el misterio que les revelaba Stella.

Abrieron después sus manitos llenas de luciérnagas, para darles la libertad.

—Juguemos á la mancha, propuso uno...

—Al pescador. «¿Pescador, pescador, nos dejarás pasar?» otro.

—¡No, al lobo, al lobo! impuso la mayoría.

Se asieron de la mano y cantaron:

Juguemos en el bosque
Mientras el lobo no está.
¿Lobo, estás?

El grito de Lolita, un chillido de Muschinga y un desparramo general. Las mujercitas furiosas pusieron á Alex sus quejas. Los varones reían.

Se hizo la investigación. Resultado: Miguelito—el lobo—que estaba escondido detrás de una parva, salió en cuatro pies, y mordió las piernas de Lolita, pellizcando ferozmente las de Muschinga.

—Miguelito no jugará con los otros en una semana, sentenció Alex, mientras Máximo y Albertito reían á todo reir de la travesura del muchacho.

—¡Muy bien hecho! muy bien hecho! decían las mujercitas.

—¡Las zonzas, las flojas! contestaban con aire de desprecio sus caballeros, frente á frente.

—¡Cosas de mujeres! exclamó Adolfito.

—¡Salud, futura gloria de nuestro foro! Dignísimo hijo del doctor Linares! díjole Máximo tirándole la oreja.

Ya reconciliados, y unidos todos de la mano, formaban una gran rueda, saludándose como en los lanceros.

Florencio aprovechó un *rallentando* para interpelar:

—¿Por qué Alex no juega esta noche con nosotros?

La rueda se detuvo para deliberar. Pasada la sorpresa de no haberlo notado antes, exclamó:

—Es cierto: ¿por qué Alex no juega esta noche con nosotros?

—Es preciso que venga y haga la lavandera, que la hace tan bien, dijo Chochita.

—Mucho más graciosa es cuando hace la *madama* y el *musiú*, observó la Muschinga, que hablaba también francés.

—¿No les parece para ella más bonito la florista? consultó Elvirita, en la que había reminiscencias de la suavidad de Stella.

Y se levantó una voz muy alta y muy aguda que llamaba á Alex.

La rueda, como una gran guirnalda, iba

avanzando.... Florencio y Susana desprendieron sus manos y volvieron á unirlas: la guirnalda había enlazado á Alejandra que quedó en su centro.

—¿Amigos, Alex?... preguntó nuevamente desde afuera Máximo, que se marchaba.

—Lo seremos muy pronto y muy buenos, le contestó, envuelta en la vertiginosa carrera circular de los niños, que corrían ya en *crescendo* á su alrededor, cantando:

Sur le pont
D'Avignon
L'on y danse, l'on y danse,
Sur le pont
D'Avignon
Tout le monde y danse en rond.

Máximo iba á tomar su carruaje que lo esperaba á la distancia; detúvose y volvió la cabeza.

La joven le hizo una señal de despedida con la mano y le gritó:

—¡Mis buenos deseos, viejo tío!..... ¡Crea! Crea en Mahoma, pero crea en algo!

Y volvió á su canto.

Oía él su voz clara y distinta:

Sur le pont
D'Avignon
L'on y danse, l'on y danse

Y la de los niños que le respondía:

Sur le pont
D'Avignon
Tout le monde y danse en rond.

Miró una última vez. El grupo emergía de la verde alfombra, destacándose ella en el centro, con su vestido de muselina y su corona de multiflor.

«Una familia de ninfas que hace su ronda á la luz de la luna» se dijo en un gran enternecimiento que lo consolaba.... ¿De qué?

Llegó á su estancia, bajó á la entrada de su parque y penetró en él. Lo que antes lo había encantado, lo entrísteció: su soledad y su silencio. Lo que antes lo enorgullecía, su simetría y su cuidado, le pareció banal.

Sorprendióse tarareando «Sur le pont D'avignon»—«L'on y danse, l'on y danse...»

«Cómo me apego á los chicos», pensó.... y rió con una risa que se burlaba de sí mismo.

Ya al pie de la escalinata, divisó un peón que cruzaba y lo silbó.

—Mira, mañana elige un buen petizo, y se lo das al jorobadito Juan. Pero que sea bueno: es decir, joven, manso y no mañero, ¿me entiendes? Cuidado, que yo le he de ver.

Y entró en su casa, silenciosa y sola como su parque.

XIV

El gran breack de Máximo rodaba por los caminos en un día fresco, claro sin sol, conduciendo á Alex y á los niños que iban á visitarlo.

En gritos y ademanes, contábanselo ellos á todo lo que encontraban á su paso. Al viejito que juntaba su biznaga, á la vaca que se detenía á mirarlos curiosa, al tero-tero que daba un grito de alarma, al vasco lechero, que al trote de su caballo y al ruido de sus tarros, cruzaba cantando; á la perdiz, que con su vuelo silbante se escondía entre el pastizal, á la mujer de Sebastián que les decía adiós desde su «puesto», al «bicho-feo» que se burlaba de todos desde su rama. Y también lo contaban á los hermosos potros que lanzaban su carrera sacudiendo sus crines, como el ademán de un himno á la libertad, á la yegua madrina que hacía sonar su cencerro, á los carneritos y al pastor. Y á los trigales del color de la arena de la playa, y á los dulces

choclos del maizal; y á la golondrina que con las alas muy abiertas llegaba del mar...

Saludaban ahora á los viejos árboles del bosque, plantados por los abuelos de sus abuelos; árboles venerables, ante los cuales se cruzaban con devoción las manos de Alejandra..

La casa de Máximo les daba la bienvenida y la puerta de hierro forjado les abría su parque. Se aquietaron entonces, y abrieron bien los ojos, para llenarlos con los tesoros del palacio encantado del gran amigo.

¡Ah! ¡qué diferente había sido la «Atalaya» del «Ombú! Aquí no había paraísos en las calles, ni «buenas noches» en el jardín. Eran regias araucarias, casuarinas quejumbrosas, nostálgicas palmeras. En los macizos enormes, sólo flores aristocráticas: las azaleas, los redhodendrons, las prímulas, los jazmines del Cabo altos como arbustos, y las mil variedades de las rosas. Flores raras, exquisitas yperfectas, que debían su esplendor de forma, de tamaño y de color, al abono de la tierra que las nutría, al cultivo extraordinario, al artificio; flores de la ciencia también ellas.

No había tampoco urraquitas, ni patos vulgares y barcinos que nadaran pesados en el charco, haciendo mucho ruido; pero un gran pájaro de raso azul, con abanico en la cola, se paseaba por el césped con aires de pretensión, y cisnes blancos deslizábanse silenciosos en el lago, mirándose en su cristal ¡y cuántas cosas más!.................

Una pequeña casa que Alex decía ser un «pabellón», y un puente que atravesaba el lago entre bosquecillos de laurel, y una gama que huía muy ligera.... Y estatuas blancas de mármol, y anchos bancos de mármol también.... faroles de luz eléctrica.... dos inmensos leones negros sobre rojos pedestales de una piedra tornasol, que asustaron á Nenuca, quien preguntó: «¿esos tigues picarán?»

¡Ah, sí! qué diferente era la «Atalaya» del «Ombú»! Allí las ramas se cruzaban y se mezclaban las flores, los pájaros cantaban, las hojas al caer quedábanse en el suelo ó bailaban con el viento; todo era ruido, alegría y desaliño. Aquí mucha compostura, simetría y elegancia; un silencio triste; un gran aburrimiento en los árboles, en las flores y en los pájaros.

¡Pero, hurra, hurra! que habian divisado ya á Máximo, al padrino, al viejo tio, al gran amigo, que bajaba muy ligero las gradas de su terraza para salir á su encuentro.

Más joven pareció á Alex cuando se acercó al carruaje con una expresión sonriente y alegre. Tomó á Stella en sus brazos y la colocó en su cochecito.

Recorrieron los jardines, visitaron los invernáculos, la cabaña, y tánto y tánto que habia que ver alli.

Entraron luego á la casa, señorial realmente, en que todo era artistico y suntuoso, desde los herrajes de las puertas y los mosaicos del

piso, hasta los muebles y los tapices de las paredes.

—Vamos á tomar el te, dijo Máximo á Alex, porque deseo exhibirle después algo muy pintoresco que no ha visto usted nunca. Mañana hay elecciones y he hecho reunir la gente que debe ir á votar. Generalmente empiezan á llegar á la oración, después de la hora del trabajo, pero como es día de fiesta hoy, han venido más temprano..... Como usted ve, estoy mal preparado para el verano; los que cuidan la casa no me esperaban, y creyendo, con razón, que las cosas están mejor en su sitio, no han sacado las pesadas cortinas y alfombras del invierno.

Después del lunch, se dirigieron al sitio alejado del parque que se había destinado para la reunión, el que ya estaba invadido por dos centenas de hombres de campo.

Sus caballos descansaban. Máximo había hecho matar en la mañana unas vaquillonas para obsequiarlos.

Todo hubiera tenido el aire de completa fiesta, sin los largos cuchillos, revólveres y algunos trabucos, que debajo de los ponchos multicolores asomaban amenazando. Un extranjero habría pensado, inmediatamente, en una peligrosa expedición contra los salvajes.

Eusebio Cabrera, capataz de campo, el hombre más gaucho, en la antigua acepción de esa palabra, recorría los grupos y organi-

zaba los fogones, teniendo para cada uno un cumplimiento chusco, ó una ironía para las armas, tanto más terribles cuanto menor era la reputación de valor del que las ostentaba.

El culto al coraje estaba allí, primitivo y entusiasta, manifestándose en la consideración hacia aquellos cuya energía estaba consagrada por distintos motivos, especialmente por haber resistido á la «justicia» como se llama entre ellos á la policía, confundiéndose con el mismo nombre las arbitrariedades de la una y de la otra.

Sendos jarros de vino, distribuídos con discreción, animaban la alegría de comer. Se templaban lenta y penosamente algunas guitarras, y se ensayaban algunas voces. En eso apareció Máximo con Alex y los niños.

Se hizo una especie de silencio en su honor que destacaba el ruido altivo de las espuelas de los que caminaban.

Se le conocía poco, pero se sabía de su generosidad, se tenía noticias de su bravura, y de que una vez había retado al juez de paz. Era casi tan popular como lo fué su padre, cuyo nombre «Don Esequiel» era entre ellos legendario. Máximo era ahora el «Señor» de la comarca, y se le mencionaba con orgullo, se le recordaba con cariño, y se le acercaba con confianza.

Un paisano cantó:

A la mar por ser honda
las voy echando
las penas que la vida
me va causando.

Esta rima encantó á Alex.

—¡Qué interesantes sus huéspedes, Máximo! Ya se han impuesto á mi simpatía.

—¡Cuánto cariño é interés inspiran! contestóle. Ningún país del mundo tiene una masa popular mejor dispuesta para la lucha, para la vida, para el progreso moral. Estos hombres que cuelgan armas y que arrastran esas espuelas que le llaman la atención, han pasado sin transición desde los castillos medioevales á las llanuras argentinas. Tienen los vicios y las virtudes de la época á que realmente pertenecen. La vida actual los ignora y ellos no se adaptan: desaparecen..... Yo los quiero porque sufren persecución y porque sin su amor bravío, no al concepto que desconocen, sino á la palabra, no hubiéramos fundado nuestra independencia. Son hombres de la batalla al aire libre, apenas útiles, hoy, que hasta la táctica manda esconderse para herir.... En otras partes se han erigido monumentos á los obreros que han abierto un túnel. Aquí estamos dejando en el olvido á los que han hecho nuestra libertad. Mire á mi capataz; ¿no sería un lindísimo modelo de estatua?

Un payador muy mentado iba á cantar:

Cuando todos los amores
del mundo hayan acabado,
y que sólo hayan quedado
sombra de los amadores.
revivírán los ardores,
y hasta este mismo dolor
agitará con furor
á un triste cadáver yerto.
Te he de amar después de muerto
Si hay tras de la muerte amor!

¡Señor don Másimo viva!
ponga atención y repare
oirá como se lamenta
entre prisiones una ave.

Que viva vuelvo á decirle,
hoy que el pesar no le alcanza,
y que en ninguna ocasión
se le acabe la esperanza.

Máximo agradeció afectuosamente al gaucho-artista, que continuó dedicando sus cantos á Alejandra, á la Perla y á Stella.

Viendo á Alex interesadísima, díjole Máximo:

—Ahora va á conocer unos bailes extraños, que ya van desapareciendo— y pidió á Cabrera que hiciera *escobillar* un Malambo.

Frente á un fogón, dos gauchos se levantaron, esbeltos y turbados, y á un compás cadencioso empezaron á mover sus pies,

manteniendo el cuerpo recto y un poco inmóvil. Después de este tanteo en que parecieron observarse, hizo uno de ellos, un zapateo ruidoso y difícil á que respondió el que esperaba, con otro un poco más violento.

De todos los fogones acudieron á presenciar la prueba. A cada *mudanza* debíase responder con otra que no fuera semejante, hasta agotar el repertorio y cansar la agilidad. A medida que se prolongaban los esfuerzos crecía la atención. Los aplausos se contenían difícilmente delante de una pirueta gallarda. El respeto á Máximo y á su compañera contenía los dichos y las estimulaciones partidarias.

Un entusiasta no pudo menos que exlamar: «¡van á retrucarse hasta envejecer!»

Máximo intervino y previo obsequio, declaró que ambos eran de igual fuerza.

Volviéronse; los niños desearon quedarse en el jardín, y ellos dos subieron al piso alto.

«Quiero que admire mi gran cuadro», habíale dicho Máximo.

Una vez arriba, detuviéronse en la ancha terraza que avanzaba sobre el parque. Lanzó ella un grito de admiración ante ese gran cuadro: la Pampa, el Mar, techado todo por un cielo de ópalo.

—¡Obra portentosa! exclamó cuando su admiración se hizo tranquila.

Dos puertas daban á la terraza; por una

de ellas entraron á una inmensa sala tapizada de púrpura — púrpura velada y discreta, puesta allí no para recordar á los reyes sino para destacar los cuadros—y rodeada, menos en los dos extremos, por una biblioteca de nogal opaco que se detenía á cierta altura terminando en una repisa saliente. Sobre ésta y sobre otra que sobresalía debajo, á metro y medio del suelo, reposaban algunos trozos de arte antiguo y moderno de raro mérito: un pedazo de friso con bajos relieves, un torso de mujer, una rueda de bacantes; bustos, estatuetas, vasos, en mármol y en bronce, preciosamente patinados por el tiempo; una pequeña estatua del Dante, una cabeza de Voltaire, la máscara de Beethoven, y un Satanás soberbio de Rodin.

En el centro casi de la sala, sobre su pedestal, la reducción de la estatua de Wáshington por Houdon, y escritas al pie en letras muy claras, las palabras de Byron en su Oda á Napoleón: «¿Donde descansará el ojo cansado de mirar á los grandes? ¿Dónde encontrará una gloria que no sea criminal?.... Si, hay un hombre—el primero, el último.... el mejor á quien la misma envidia no osó aborrecer. Nos legó el nombre de Washington para que se avergüence la humanidad, de que semejante hombre esté sólo en la historia».

Grandes divanes y sillones, hechos para la lectura, la meditación y la molicie, diseminados aquí y allá.

En el extremo izquierdo aparecían las paredes cubiertas de telas de maestro, seleccionadas para ser colocadas ahí, entre las otras, elegidas también una á una, por Máximo, gran entendido, las que ocupaban su puesto en el hall y el comedor. En el sitio de honor de ese templete al arte, el blanco símbolo de la belleza eterna, en la púdica vestidura de su desnudez sin defecto: la Venus de Milo.

En el lado contrario una pesada cortina de la misma púrpura, salpicada de flores heráldicas de oro amortiguado, caía en gruesos pliegues, y cerrada como estaba entonces, dividía acortando el salón.

Alex quedóse como sobrecogida, y fué penetrándose de una conmoción grande hasta empalidecer.

¡Ah! ¡la sala de su padre! ¡la sala de Cristianía; sus cuadros y sus libros!

Máximo sentíase igualmente conmovido en presencia de esa impresión; de las impresiones complejas que adivinaba en ella.

—Estoy impregnada de arte y de recuerdos, pudo al fin decir la joven. Es este el primer goce íntimo, espiritual, que he sentido desde que estoy en Buenos Aires.

Mejor que por la palabra por la mirada, descubría la joven á Máximo sus preferencias. ¡Y cuanto admiraba él su apreciación segura, independiente, que reconocía lo bello en lo bello, sin prejuicios de firmas ó de escuelas!

Hablaron de libros. Encontrábanse delante de algunas obras nacionales. Explicóle él autores y títulos: á Mitre, á López....

—¿Por qué se escribe tan poco en su país? preguntó Alex.

—Recuerda que el día de las carreras le decía, refiriéndome á Groussac: «hay muchos hombres de talento que escriben, éste es un escritor?» Contestaba entonces á la pregunta que me hace usted hoy, seis meses después. Groussac dedica sus días á las letras. Dedícales toda su inteligencia sin dispersarla en otras cosas; hace de ella su oficio. Los otros dan á la imprenta sus ratos de entusiasmo ó de tedio.... Se conocen todos los oficios menos éste. Encontrará usted al abogado, al comerciante, al empleado, al médico, sobre todo al médico qua escribe; nunca al escritor que escribe. Se tiene talento, pero se tiene el pudor de la literatura. Lo que en otras partes es gloria, lo que es muestra de la más alta civilización y refinamiento en una sociedad, se oculta aquí como una debilidad. Tengo un amigo, talento de primer orden, todo un pensador, que guarda páginas admirables, por el temor de desprestigiarse en el sentido de «falta de seriedad».

—¡Qué cosa singular! observó Alex con los ojos muy abiertos de sorpresa.

Máximo tomó de entre los otros, dos pequeños volúmenes, encuadernados preciosamente en marroquín verdoso,

—Elijo un ausente y un ejemplo vivo de lo que acabo de decirle. El autor de estos libros ha sido médico, político, ministro, diplomático, todo, menos lo que es antes que todo: un escritor. Aquí tiene usted un fruto de sus viajes; fruto amargo de los que han visto demasiado. Este otro: libro de la juventud, encantador de frescura y buen humor. Vea su título: «Tiempo perdido. Eduardo Wilde.» ¿No hay en él la pudorosa disculpa de haberlo empleado en la insignificante tarea de transmitirnos con espíritu su pensamiento y su observación? Así son los demás, se afanan por convencernos de que lo gastan en cosas más serias y más útiles.

Cruzó ella sus manos, dió á sus ojos, á sus labios, á toda su figura la expresión de una coquetería infantil, y pidióle:

—¡Viejo tío, deseo tanto conocer su tiempo perdido! ¡Ah! no se niegue.... ¿Por qué ocultar, á Alex, sus debilidades?.... Me lo han contado Emilio y mi tío Luis. Sin ellos lo habría sabido de todas maneras, porque en su narración entreveo lo que debe ser su prosa.

Hablaba con una gran animación, y él la escuchaba con interés creciente, sin fijarse que de él hablaba. Iban reconociéndose, como dos individuos de una misma raza que se encuentran en un país extraño.

—Sí, continuó; déjeme leer algo de lo que usted escribía cuando tenía mi edad.

Mirándola á los ojos, para que no se excusara, le contestó, sonriendo á su gracia:

—Lo haré después que me deje leer usted lo que está escribiendo.

Tuvo ella una pequeña conmoción de sorpresa que no escapó á Máximo, y á la que respondió, como si respondiera á un niño:

—No me lo han contado ni Emilio, ni tío Luis. Me lo ha contado el viejo tío; el mismo viejo tío.... Le confieso, Alex, mi delito: ayer leí una página de las muchas que había sobre su mesa....

—Mis chicos habrían sufrido una seria penitencia por algo parecido, dijo interrumpiéndolo. ¿No sabe usted que leer lo ajeno es también robar?.... Roban los ojos; y lo más íntimo y lo más preciado.

—¡Una sola! fué una sola nada más, querida ahijada. Y es este mi primer delito.

Su actitud de humilde arrepentido, desgranó las cuentas de cristal de su risa:

—Agradezco la excepción. Perdono sí, pero prométame usted, gran nene, que será la última vez.

—Tendré siempre una disculpa á mano aun reincidiendo: nadie me ha inspirado nunca mayor curiosidad que usted.

—No he tenido la idea de ocultar lo que hago, ni tampoco la de contarlo, salvo á usted, que recordará le hablé hace unos días de un trabajo que me interesaba enormemente, y que deseaba consultarle. Me refería

á esas páginas..... La obra de mi padre quedó sin fin; el dolor que le causó la muerte de mamá prodújole tal quebranto, que después sólo atendió á su deber estricto. Ya no escribió; hacía apuntes para que sirvieran á los que estaban destinados á recorrer después de él, la helada ruta fatal.—Un estremecimiento la sacudió, como si sintiera el frío aliento de esos hielos.—Su diario, antorcha viva de la ciencia, poema blanco de la nieve, estaba trunco. Sólo la mano de su hija podía no hacer impía una colaboración póstuma en su obra...... Valiéndome de apuntes hallados, de conversaciones tenidas con él, de lecciones que me daba delante del mapa polar, he podido reconstituir jornadas y escenas, dar ilación y unidad á las preciosas notas..... Escribo la historia de sus últimos años, á pedido de la «Sociedad de Ciencias y Artes» de mi país, que ha resuelto hacer una edición especial de su obra completa.

Máximo, serio, la escuchaba. El desdén de su sonrisa había desaparecido. Mirábala con ternura en la exaltación casi mística de su amor santo, que daba brillo de inspirada á sus ojos, y un lijero temblor á su boca apasionada. Sentía un encanto en comunicar á solas con el espíritu diáfano y luminoso de Alejandra, sin que la sombra de una intención galante viniese á perturbarlos; la inefable dulzura de ir creándose una intimidad dentro de esa alma fina, de esa aristocracia intelectual.

La sensación de absoluto aislamiento, allí en el campo, lejos de las ciudades y las gentes, en la compañía purísima é invisible de los niños, que se hacía sensible al llegarles en sus voces y gritos de alegría desde el jardín, mezclados al perfume de los rosas, endulzaba aún más para ambos un placer, al que ya no intimidaban recuerdos, desconfianzas ó temores inmediatos.

—Se lo haré conocer, prosiguió Alex, porque necesito su juicio y su consejo. Mi trabajo es material únicamente; interpreto lo que tan sólo Él podía concebir...... Enhebro sus perlas de Oriente, en el miserable hilo de que yo dispongo. Recojo sus cantos, sus admirables cantos de poesía; soy el devoto y humilde rapsoda de mi padre.—Y con una voz más velada y más honda terminó: Sí, es necesario que usted conozca la pura, fecunda, alta, trágica vida de Gustavo Fussller.

—¡Y contada por usted, Alejandra! exclamó Máximo, cuya voz se había velado al contacto de la de la joven.

—¡Oh, yo!.... Las obras intelectuales deben ser todo cerebro y la mía es todo corazón.

—No estoy con su teoría, Alex. ¿Sabe alguien dónde termina el cerebro y empieza el corazón? El cerebro no es un depósito especial del espíritu, es un coronamiento de todo el organismo, y yo creo qne todo el organismo humano es intelectual; que

la facultad de sentir intensamente, lleva al convencimiento mejor que el raciocinio, en muchos casos, y en muchas cosas..... Hay corazones geniales; el suyo es uno de ellos, Alex. Y al decirme usted que escribe con el corazón esas páginas de amor, me da con ello el mejor de los indicios. El espacio en que se mueve la inteligencia es limitado; el campo en que actúa la sensibilidad es infinito. Pulsa usted el mejor de los instrumentos. De ahí la facilidad asombrosa, la naturalidad y espontaneidad con que nace su pensamiento, que al nacer nace completo.

Hizo ella un movimiento de las manos para detenerlo, mas él agregó:

—Es eso tambiénlo que la hace temible, lo que le da una influencia decisiva sobre los hombres, porque los alienta, los impulsa.... ¿y para que?

No quiso Alex demostrarle que había notado este ligero revirar de su escepticismo. Dejó disiparse la expresión de triste gravedad de su propio semblante y que la reemplazara una de finísima malicia. Recorrió con los ojos los tesoros que contenía la sala y acariciando con su mano una soberbia cabeza de Medusa en mármol y bronce, que avanzaba amenazadora de su pedestal, observó:

—Falta en su biblioteca un poeta de tamaño, que ha adoptado un seudónimo hermoso y sugerente: Alma Fuerte. Y que tiene sen-

tencias dignas del rey Salomón. Allá va una: «Vale más un guijarro en el pavimento de una calle, que el más grande de los diamantes del Gran Turco encerrado en su cofre.»

—Gracias por el obsequio, sobrina,—respondió riendo Máximo, quien cazaba al vuelo la intención, y estiraba los brazos, en la actitud del que baraja alguna cosa,—montoncito de palabras de más peso que las arcas opulentas del Sultán. Y acepto el reproche, delicado como el roce de una flor.

—Su eterno «¡para qué!» exclamó ella indignada, y deseando proseguir un tema que él eludía.

—¿Para qué, Alex, empezar lo que se tiene la seguridad de no concluir; esforzarse por lo que sería transitorio?....

—Y aunque así lo fuera, interrumpió con suma rapidez.... ¡La vida es transitoria, y la vida es la vida!

—Es temible como usted el empezar, continuó él, é inútil como yo.... ¡Ah! lo sé. Una vez que se levanta el pensamiento inanimado en nuestro cerebro como Lázaro en su tumba, reclamando su derecho á la vida, cuesta un inmenso esfuerzo aplacarlo; pesa como un mundo y se agita como un huracán aprisionado.

—¿Y por qué no deja usted penetrar en la luz al resucitado, por qué no liberta al huracán?

Y sin darle tiempo de hablar nuevamente: ¡Me causa tan grande extrañeza su injustificado descontento, y la inmovilidad de su vida moral é intelectual! ¡Descontento de una existencia que se entrega á usted dócil, pródiga y amable!.... Al fin, vida es mujer y según los hombres, la mujer es hija del rigor; halaga á quién la rechaza. Hay en ella sufrimientos en verdad. ¿Se los causa la pobre á usted acaso?.... ¿Se sonríe, al ver con el calor que defiendo á mi enemiga, no es verdad? Hay que ser leal, padrino.... Sabrá ciertamente, que existe una enfermedad, reservada únicamente á los pintores, la que se llama «mal del pintor», producida por la aspiración continua del veneno que contienen sus colores. Yo lo comparo á usted con alguien que se sintiera envenenado porque hay otros que pintan.... Déjeme llegar, déjeme llegar, viejo tío, sin interrumpirme. Quiero preguntarle por qué guarda sus brillantes en el cofre; por qué hace estériles sus altas facultades y estéril su fortuna.—Fervor en la voz y más luz en los ojos tenía ella, mientras iba diciendo sus palabras, que interrogaban, condenaban y estimulaban.—Su país es joven, rico, inteligente, pero marcha como una grandiosa nave que navegara en alta mar sin jefes y sin guías. Sea uno de ellos, Máximo.... Ese gesto de desdén que veo imprimirse en su cara, debe desaparecer, sí, desaparecer antes que todo.... ¿No sabe,

viejo tío, agregó despojándose un momento de su gravedad y sonriéndole mimosa, que me he propuesto derrotar su pesimismo? Mi corazón tenaz tiene su táctica y tiene su estrategia.—Su talento, prosiguió, volviendo á su gravedad, su preparación, su conocimiento de los hombres, su ascendiente irresistible sobre ellos; su falta de cargas y de preocupaciones, su facilidad de palabra, su misma fortuna, le marcan un deber: el de actuar, el de ser cabeza dirigente, el de moverse entre sus compatriotas. Estamos en la época de las iniciativas individuales....

Al oír sonar en esos labios las mismas palabras que oyera sonar en otros labios queridos, veinte años atrás, sintió un sacudimiento en el corazón.

Tocó en silencio el resorte de la cortina, la que se descorrió inmediatamente, descubriendo el retrato de un hombre de pie.

Lo señaló á la joven, y dijo con una naturalidad que hacía solemnes sus palabras:

—Es mi padre.

Dentro de su marco de nogal tallado, se destacaba una admirable figura violenta, soberbia y persuasiva; se erguía una cabeza de bigotes levantados y ojos penetrantes. ¡Allí estaba don Ezequiel Quiroz en toda su hermosa arrogancia!

Ella bajó instantáneamente la cabeza, como saludando á esa gran figura, y permaneció contemplándola. La expresión seria del

convencimiento apareció en su fisonomía, para decir después, señalándola á su vez.

—¡Ahí tiene usted á lo que yo llamo un creyente!

—¿Cómo lo sabe usted?

La vivacidad con que el hijo de don Ezequiel hizo esta pregunta, fué una aseveración á lo que Alex decía.

—No he necesitado sino mirarlo. ¡Ah, no! Ese hombre no dudó jamás de sí mismo; esa voluntad no vaciló jamás!

La mirada de asombro y de simpatía con que la envolvían los ojos de Máximo, nacía de la impresión que le causaba el que fuera tan bien comprendido por ella ese ser prominente, cuya influencia en su vida había sido decisiva hasta confundirse con su propio destino.

Después, los extremos de su boca se bajaron, extendiéndose por su fisonomía varonil, de rasgos pronunciados, la sombra de un amargo desaliento, y lentamente dijo:

—Yo también soy un amputado.

Sin más, sintió que inmediatamente los ojos tornasolados de Alejandra se fijaban en él con asombro y simpatía también, y que nacían de la revelación de un culto filial igual al suyo.

Viendo que esperaba otra palabra, continuó—y su voz que no se hubiera alterado en un peligro, adquirió el tono aterciopelado de la honda emoción.

—A mi padre como al suyo, Alejandra, lo sorprendió la muerte en la plenitud de su vida, y como el suyo, dejaba su obra trunca: á su hijo. La arcilla en que lo formaba, demasiado fresca aun, no había tenido el tiempo de consolidarse y cayó. La muerte hacía doble obra de destrucción: en el padre y en el hijo. Su hacha tronchaba la joven planta de tiernas ramas y débiles raíces, al derribar el árbol robusto que le daba su sombra.... Era el padre de mis ideas, el juez de mis acciones y de mis trabajos juveniles; mis aspiraciones caminaban á su impulso. Quedé sin él como el corredor á quien en medio de la carrera faltara el aliento...... Cuando vi que todo ese vigor era polvo, toda esa vida era muerte; toda esa voluntad inercia, ese fuego cenizas, se escurrió en mi pecho el escepticismo que usted condena, como un ladrón en las tinieblas, y me robó la fe en la vida. Y desde entonces se encarnó en mí la convicción de la inutilidad de todo esfuerzo: de que sólo es verdad la duda, de que sólo es realidad la nada.... Esa fortuna que llama usted estéril, me hizo estéril, sin ella habría estado obligado á luchar, y eso habría templado mis energías. En cambio, me lo presentaba todo fácil, me hacía un favorito de lo que llaman otros suerte, quitando así á las cosas el incentivo que les da la necesidad de conquistarlas, y aboliendo en mí el deseo, esa fuente del placer, del goce y del estímulo....

Todo lo que he sido y lo que he podido ser, se lo debo á mi padre, y para debérselo todo, por él he conocido el dolor. Sí; han pasado muchos años, y su abrazo de despedida al morir, es todavía mi conmoción más violenta, y mi pena más profunda. Mi culto es su memoria.

Alejandra permanecía de pie, escuchando en una piadosa atención el relato que iba reavivando el corazón de ese hijo, del que brotaban los recuerdos como chispas de un pedernal. Parecíale otro hombre; y muy diferente del hombre irónico, incisivo, pesimista y burlón, de conversación brillante y voluntariamente superficial que estaba acostumbrada á tratar. Siempre había creído que escondía mucho, algo de ello había entrevisto, pero no sospechaba tanta sensibilidad en él, tanto fuego sacro; fuego, cuyo calor llegaba hasta ella.

Creyó ver á su alma sacarse una máscara, y que recién ahora tenía delante, la verdadera, la única alma de Máximo Quiroz.

La fuerte impresión la empalidecía; así pálida, con los ojos bajos, los labios entreabiertos, pareció á Máximo un hermoso mármol que llegaba para agruparse entre los suyos. El, cuyo ser íntimo vivía eternamente replegado, y en cuya vida cristalizada prohibíase á sí mismo penetrar, dejábase llevar por una necesidad irresistible de confesar su alma envejecida con esa alma virgen, de

acercar su corazón á ese otro corazón hospitalario.

Estaba subyugado por la proximidad de esa criatura, que le parecía ser la única digna de recibir su confidencia, de escuchar lo que nadie había escuchado hasta entonces. Era la misma sin embargo, que seis meses antes había juzgado una casquivana de alto vuelo.

—¡Cómo ha sabido usted interpretar ese carácter! continuó Máximo. Es cierto, ese hombre no vacilaba.... Oiga uno de sus rasgos. El año 80, en los días que iba á estallar na revolución sangrienta, llegó de la estancia, y con su decisión habitual empezó á hablarme, en el temor de que el entusiasmo de la juventud porteña me arrastrara. «El hombre debe dar su vida á las causas patrióticas, repetía, pero es éste un movimiento estéril». «¿Si estuviera ya comprometido?» preguntéle yo. «Entonces estarías aquí fuera de tu puesto». Y sin decir más, me condujo en su carruaje al improvisado cuartel...... Y yo era todo para él, Alex, y sólo tenía diez y ocho años. Y su bondad era extensa como su voluntad.... Apesar de mi distinta apreciación de muchas cosas, influyen en mí sus opiniones. En medio del desprecio que en general me inspiran los hombres y la vida, me siento atado al deber porque él lo amaba..... Un día quise ser algo por él, darle mis éxitos en homenaje á su virtud y á su cariño; á él le hubieran pertenecido.

Ella en silencio le extendió su mano, con el gesto gallardo de un gentilhombre, y le dijo simplemente, con su mirada abierta y franca que desmentía anticipadamente toda duda.

—¡Amigos, Máximo!

El apoyó sus ojos en esos ojos, y estrechando la pequeña mano que desapareció toda entera en la suya, le respondió:

—!Amigos, Alex!

Un silencio siguió; dejaban á sus espíritus unir sus voces armoniosas.

—Ya sabe que me he propuesto la derrota de su pesimismo, dijo ella después de un largo rato.

—Es tarde; no olvide que soy el señor Crepúsculo.

—«La vida es una serie de recomenzamientos». ¿Quién ha dicho esto? Alguien que había vivido ciertamente..... Dice usted que ama á su padre; responda entonces para su propia satisfacción, á lo que él esperaba de usted; sea lo que él quería que su hijo fuese. Prolongue en usted la energía y la firmeza que el pintor-psicólogo, que ha hecho este retrato, ha sabido magistralmente interpretar; sea su heredero realmente..... Me pedía usted el otro día ir á mi escuela; venga á ella, mi querido amigo. Empezaremos por la gimnasia de sus energías, que fortalezca sus músculos morales, para salvar de la anemia al órgano vital de la voluntad.

Máximo sentíase embriagado por este entusiasmo sentimental, que veía fermentar como un generoso licor en esa mente; y pareciéndole cruel desanimarlo con una palabra de cruda realidad, no la dijo, y sonrió.

Su sonrisa pareció á la joven de asentimiento, lo que la alentó á continuar:

—Sí, viejo tío; tiene usted una expresión permanente de despreocupación é indiferencia en su semblante, y nieve en el cabello; pero su alma es pensativa y es ardiente. Y no puedo ser espectador indiferente, yo, de su existencia sin alegrías, sin dolor y sin combate. ¡Y si viera qué fuerte es en mí el deseo de soplar la llama distraída y vacilante de su alma sin pasiones!

El aire les traía las notas de las guitarras, desde los fogones. Escucharon.....

—¡Qué melancólico es lo que sus gauchos cantan!

—Sí, Alex. Es la melancolía árabe vigorizada por el temperamento español. Sarmiento afirma que ha creído ver en el Africa tipos que había conocido en las campañas argentinas. Yo he visto en los bulevares de París un verdadero gaucho con turbante. En Constantinopla me emocionaba el ejército; de tal manera se parece al que teníamos antes del servicio obligatorio, que se componía casi exclusivamente de gauchos.

—¿Y á quién van á elegir ellos mañana? interrogó Alex.

Máximo quedóse un momento perplejo, y como un chico que cayera en cuenta recién de alguna cosa, contestó:

—¿Quiere creer que yo mismo no sé bien á qué responde en definitiva la elección?.... Un amigo me pidió auxilio electoral..... y ahí se los mando. ¡Qué asombro le causa mi declaración, no es verdad?—continuó, riendo de la expresión de Alex en ese momento.—Nuestras costumbres son así, querida sobrina. Millares de inconscientes detrás de los que se adueñan de la cosa pública para fines particulares. Por eso no existe opinión pública. Y á pesar de nuestro ánimo entusiasta, carecemos de movimientos y sólo tenemos convulsiones. Nuestros hombres dirigentes adquieren tamaño, jamás grandeza..... Pero vaya, que la amenazo con una disertación.....

—¡Si viera cuánto me interesa; es tan nuevo todo para mí! ¿Por qué decía usted que estas costumbres tan pintorescas desaparecen? ¿No se aman acaso las cosas tradicionales?

—Avanzamos por agregación y adopción, lo que nos va quitando todo lo nuestro. La nómina de los concurrentes á cualquier fiesta, le dice á usted cómo nos eliminamos, Los nietos de nuestras grandes familias, que no han sabido mantener el rango de sus ascendientes, se substituyen por los inmigrantes, enérgicos y luchadores, pero sin alma nacional, con el patriotismo estrecho vinculado á

la prosperidad material únicamente. De ahí la indiferencia que permite todos los abusos y tiranías solapadas, y la relajación del sentido moral.

Alejandra callaba, lo que suele no ser lo mismo que guardar silencio.

—¿Encuentra usted que yo trato cruelmente á mi país?

—Según.... Puede usted tener razón y entonces sus pensamientos serían dolorosos, no crueles.

—¿Qué iba usted á decir además? No debe detenerse nunca para descubrirme lo que siente y piensa. Lo que yo le he dicho, no lo diría á ningún hombre.

—Gracias, Máximo. ¡Nos creen ustedes tan incapaces á nosotras las mujeres, de las cosas serias!.... Usted y los hombres como usted, que habrá muchos en esta raza de inteligentes, tienen la culpa. Se lamentan de males cuya corrección está en su mano. El que no actúa delega su acción, y la ejercita entonces el menos escrupuloso. Ese es el verdadero daño. Si la inacción significara simplemente el retraimiento de una fuerza, su egoísmo sería disculpable. Esto se lo he oído decir muchas veces á mi padre y á sus compañeros cuando preocupados por los nubarrones que percibían en el horizonte de nuestro país combatían la propagación de ciertos males, delante de los que eran capaces de corregirlos.

—No sé bien qué responder.... El vasto mundo de hoy sufre la pérdida de sus creencias, y se apega á la vida práctica, única que lo mueve. Exactamente como el extremo mundo antiguo, antes del credo cristiano. El telégrafo, el diario, el libro, envenenan de vida material todos los ámbitos. Hay un aplastamiento universal. Es una atmósfera moral enrarecida, que hace pesadas las almas. Respiran trabajosamente las verdades y los ideales que se alejan. Se han enfermado las voluntades porque no saben dónde ir, cuál es lo mejor. Ni siquiera se distingue ya entre el bien y mal. Se diría que se deja el raciocinio á los sentidos. Se progresa camino de la animalidad: no es paradoja.... Monopolizar la riqueza, gozar, he ahí los fines de la vida moderna, que no tiene más allá. No se retrocede, pero se marcha en distinta dirección y hay desórden en las filas de las multitudes, porque no existen guías. ¿Vendrán?.... Hay que esperarlo. El dolor humano aumenta, y es el dolor el que ha triunfado siempre.... Nosotros, yo, si usted quiere, soy también un enfermo. Deduzca de estas grandes razones, los pequeños motivos de mi indolencia, ó como quiera usted llamarle.

Alejandra continuaba viendo en Máximo al hombre distinto, que se le había revelado en ese día. ¡Si, bien distinto! Creyéndolo antes una inteligencia superior, no le había

supuesto. sin embargo, tal extensión y profundidad de pensamiento, tanta melancólica seriedad de ideas. No quedó convencida de que tuviera razón para no luchar, para no agitarse en la vida de su país, mas vió la causa, y no la encontró simplemente egoista. Como él lo había dicho, era un enfermo, un hombre vacío de impulsos, arrancados por el «Mal del Siglo».

Alejandra miraba el retrato y miraba á Máximo, consultando el parecido entre ambos.

—No; no son sus ojos, dijo moviendo la cabeza, ni tampoco es su boca; sí el color, la cabeza, el cabello.... ¡Ah! Ya encontré los ojos, y también la boca, añadió acercándose á un medallón, colgado en la pared.

Era una cabeza de mujer, de facciones finas y espléndidos ojos verdes.

—Los encuentra usted en mi madre, apresuróse á decirle Máximo, á quien no conocí, pues murió cuando yo no había cumplido dos años.... Aquí tiene otro retrato de ella, sacado en la época de su casamiento. Era un tipo delicadísimo, una belleza blanca y suave. ¿No le parece haber visto una cabeza igual en su visita á Versalles?

Y abriendo una vitrina, sacó, para mostrarla á la joven, una miniatura dentro de un marco adornado de esmeraldas.

—¡Qué preciosa criatura! exclamó ella,

Realmente, parece el retrato de alguna amiga de María Antonieta.

En esa gran vitrina, Máximo guardaba una cantidad de objetos que eran recuerdos de familia, muchos de ellos curiosos por su antigüedad y riqueza.

—¿Y este libro? preguntó Alex, tomando en sus manos uno pequeño, muy usado, de tapas negras, que llamó su atención por el contraste de su indigencia con la riqueza de todo lo demás que lo rodeaba, dentro de aquel mueble.

—Es el devocionario de la tía que me sirvió de madre, un alma mística, y que había sido anteriormente el libro de oraciones de su madre.—Tomó después una caja redonda de oro y cristal con perlas desiguales incrustadas, y se la presentó. La bombonera de mi abuela, coqueta y lujosa dama de antaño, siempre á la vanguardia de la moda..... ¿Pero qué le interesa tanto en ese devocionario?

—Una coincidencia. Yo conservo un libro igual, feo y viejo también, que perteneció á un extraño á quien venero, sin embargo. Es el libro de horas de un cura de aldea.

—¡Por Dios, Alex, interrumpió Máximo, apretándose la cabeza con fingida aflicción, porque lo entretenía discutir con ella, no vaya á recitarme las fábulas devotas de mi hermana Dolores! Entre sus santos y los próceres de Linares, no sé cuáles son más aburridos. Estoy de santos y de mártires hasta

aquí!.... Y si me gustan los héroes, no me gustan los mártires.

Con su prontitud de centella le contestó:

—¿Y qué otra cosa es el martirio, sino el heroismo silencioso, sin exclamaciones, frases, ni actitudes? Es el valor que muere, no el que mata..... ¿O usted cree que es más valiente Aníbal que San Pablo?.... Quiero, viejo tío, hacerle conocer una «obra de fe»—prosiguió con una travesura seria; travesura que aludía á lo que ella combatía en él.—Su imaginación no habrá concebido nada igual. No va usted á sospechar de clerical á papá, que era liberal y protestante, ¿no es cierto? Pues bien, era él quien guardaba el libro del cura como una reliquia, antes que yo. Lo que va usted á oir sólo la fe lo alcanza..... Voy á contarle esa historia tal como la contaba él; su palabra acrisolada garantiza su veracidad.

Sentóse en un alto y majestuoso sitial tallado, tapizado de viejo brocato, digno de un papa. Máximo al verla allí, pensó en una flor dentro de un misal. Ella dijo grave: «Escuche atento, que es papá quien va á narrar.»

XV

«En uno de mis viajes—había contado Gustavo á su hija— visité la fortaleza «San Miguel» cuyo gobernador, general francés, era mi amigo íntimo. La fortaleza servía también de presidio.

Una tarde que nos paseábamos por los jardines, noté á un viejito vestido con el traje de los condenados, menos el bonete numerado, reemplazado por una gorra de lana negra, que leía sentado en uno de los bancos. Al pasar nosotros por su lado, se levantó, sacóse la gorra que dejó al descubierto sus cabellos blancos como el algodón, y nos saludó humildemente. El general se detuvo, y con el aire del más profundo respeto, le hizo el saludo militar.

Yo alcancé á ver el título de su libro: «De la Gracia».

«Voy á responder á la pregunta que quema tus labios, me dijo mi amigo, inmediatamente que nos alejamos. ¿Te ha sorprendido mi actitud para con ese anciano, que viste el traje de los réprobos y lee á San Agustín? Nada

podrá causarte mayor asombro que su propia historia. Vas á oirme, y dime después: ¿qué son todos los grandes de la tierra comparados con él?

Y me la refirió exactamente así:

Un día, el Obispo de la diócesis recibía la visita de un sacerdote, el que se le presentaba embargado por tan gran conmoción, que sus labios no podían articular sino estas dos palabras: «Es inocente, es inocente».

Una vez tranquilizado, refirió á su superior que había sido llamado para confesar á una enferma. «Padre, habíale ella dicho, voy á hacerle una terrible revelación, no en el carácter del secreto inviolable de la confesión, sino para que usted haga pública la verdad. Es necesario, padre, que usted vaya al presidio «San Miguel», y allí hable con el condenado número 133. Es mi hijo Juan que purga la culpa de su hermano Pedro. Mi hijo Pedro murió hace tres años; su hermano Juan es inocente. Prométame en nombre de Dios, ir hasta allí, para morir tranquila..... El contará á usted lo sucedido, y me enviará su última bendición».

Al día siguiente habíase puesto en viaje el sacerdote para la fortaleza. Habló allí con el hijo de la moribunda, quien le reveló, ya completa, la terrible tragedia que vas tú á conocer.

Pedro y Juan Beltrand eran mellizos, y tan idénticos, que para distinguirlos fué necesa-

rio desde que nacieron, vestirlos de distinto color. Cuando chicos, bromeando solían cambiar de traje, para que su propia madre los confundiese. Este parecido mantúvose entre ellos hasta después de hombres por la falta de barba,

La madre, objeto de su adoración, que había quedado viuda muy joven, cuando perdió á su única hermana recogió á la hijita de tres meses que aquella dejaba, la que se crió con sus primos y se llamó María.

Todo el parecido físico de los hermanos, desaparecía en lo moral. Pedro era vivo, parlanchín, alegre, simpático, vehemente é irascible. Juan, reflexivo, silencioso, dulce, reconcentrado, melancólico. Sus inclinaciones los llevaron por caminos diversos: Pedro se hizo negociante, Juan se hizo sacerdote.

El uno se casó con María, prosperó en hijos y en las especulaciones á que se entregaba. El otro, al salir del Seminario, hízose cargo del curato de una aldea.

La madre vivía feliz en el hogar de su hijo Pedro, rodeada de sus nietos, dentro del bienestar que en él reinaba, recordando al hijo ausente sin extrañarlo.

¡Juan había hecho tan poco ruido en la casa! No se extraña á una sombra. Solía ir de tarde en tarde á bautizar algún nuevo sobrino, á pasar un día con los suyos, entre los que estaba su gentil ahijada Clemencia, de

trece años ya, por la que tenía gran predilección.

Una mañana, que daba gracias en la iglesia, recibió un telegrama de su madre: «Ven inmediatamente» y partió en el acto.

Dejémoslo hablar tal cual habló él entonces, prosiguió el general.

«Encontré la casa en la desesperación. ¡Pedro había muerto á un hombre! Este hombre de dinero y de influencia, con quien mi hermano tenía negocios, vivía en el centro del pueblo; muchos lo habían visto entrar en la casa, los sirvientes oyeron una acalorada discusión, y lo volvieron á ver salir, casi rozándolos. ,Cuando uno de ellos acertó á entrar al escritorio de su patrón, lo halló muerto. No cabía una duda; sólo Pedro había entrado allí, sólo él podía ser el homicida.

Mi madre y mi cuñada declararon—los niños nada sabían todavía—que aquél se había ausentado unos días antes, como solía hacerlo siempre por sus asuntos, pero no se les creyó. Estaba perdido; más de diez testigos habían declarado que lo habían vis to entrar en la casa y salir después.

El populacho en efervescencia por la desaparición violenta de un hombre que les aseguraba el pan con el trabajo que les daba, espiaba al infeliz para entregarlo á la justicia. Esperábase la llegada del juez, ausente, para que firmara la orden de allanamiento.

¡Iban á entrar! ¡Iba á entrar la policía y á descubrirlo en el escondite que sólo conocíamos su mujer, mi madre y yo!

Me debatía en la impotencia. ¿Qué podía hacer yo, pobre cura de aldea, ante lo irremediable?.... ¿Qué hacer?.... qué hacer?.... Estaba en el cuarto de mi hermano: en ese momento ví claro el porvenir. Mi madre muriendo en la desesperación y en la miseria; miseria igual á la de la esposa y de los hijos. La esposa, María, dos veces mi hermana, arrastrando con sus tiernos hijos su vergüenza. Clemencia, mi ahijada, mi adorable ahijada, la pura flor del hogar, marchitándose en el menosprecio antes de haber vivido.

¡Montón de víctimas inocentes! ¿Y todo por qué? ¡Por un mal momento del hijo, del esposo, del padre; por un segundo de flaqueza humana, de enceguecimiento animal!

¿Qué hacer.... qué hacer?.... En mi dolor impotente caí de rodillas exclamando: «¡Señor, Señor, manda un rayo de tu luz que penetre las cavernas de mi entendimiento!»

¡De repente, con una rapidez de relámpago, se hizo en mí la luz que El enviaba, y me impulsó su fuerza! Sobre la cama estaba el traje que el desgraciado se había sacado; me lo puse, cambiándolo con mi sotana. Me miré al espeju: no era ya Juan, era Pedro. Escribí una carta para nuestra madre, dejé llegar el crepúsculo, y salí.

Desde la puerta alcancé á ver tres hom-

bres que conversaban á cierta distancia, de espaldas á la puerta de la casa. Eché á andar muy ligero, me vieron, y empecé á correr. Me perseguían. Corrí, corrí, y después de una carrera loca, me dejé tomar. En mi plan entraba que se me sospechara huyendo....

Me fué muy fácil hacer entender á la justicia, negándolo, que mi hermano estaba ausente, y que yo, su mellizo, había tratado de escapar.

Callé el móvil del crímen. ¿Sabía yo acaso cuál llevó á mi hermano á matar á ese hombre? ¿Para qué necesitaba saberlo? Yo era sólo el instrumento de salvación que Dios enviaba á mi familia y nada más.

Estaba rendido; me dormí. Antes alcancé á oír lo que conversaban los guardianes en el patio de la prisión. «Mira lo que son las cosas: si Antonio y Jacobo no lo ven salir de la casa, se escapa y paga el inocente, con quien son iguales como dos gotas de agua». «Seguramente que este pillastre tenía la idea de aprovechar del parecido, y que se tomara al otro. Pobre don Pedro; tan bueno como es y con tantos hijos.»

Me condenaron. Vinieron él y mi madre á la prisión; su silencio me dijo que aceptaban mi resolución.

«¡Designio de Dios, que en su infinita previsión y sabiduría quiso hacernos iguales para salvarte!» dije á Pedro al abrazarlo.

Arrodilláronse los dos, balbuceando entre sollozos palabras de perdón. Levanté á mi madre. Mis manos ungidas, dieron sólo á mi hermano la absolución.

«¡No, á usted no! Ningún hombre tiene el derecho de absolver á su propia madre; sería juzgarla. Dios ha instituído las madres para bendecir á los hijos; bendiga usted al suyo.» Y caí de rodillas á sus pies.

Nos separamos para siempre.

Han pasado veinte años. No he tenido una hora de arrepentimiento, ni de dolor. El Señor ha querido dejar sin mezcla en mi pecho el regocijo de su propia acción.

He llenado mi misión de presidiario, como he llenado mi misión de humilde cura de la aldea, y aspiro hoy á lo que aspiraba entonces: ser el hombre de buena voluntad, que muere en paz con Dios.

El mundo para mí se reduce á mis trescientos compañeros de cadena. Mi predicación evangélica continúa aquí para ellos. He tenido la dicha de conmover á muchos corazones de piedra, de llevar la suave luz de la conformidad á más de un alma que se revolcaba en la desesperación.

¡Cuántos de ellos condenados á permanecer en esta fortaleza lo que dure su existencia, han aprendido que hay una esperanza para después de la muerte, con explicarles las palabras de Cristo: «¡Mi reino no es de este mundo!»

Libertarme. ¿Para qué? ¿Dónde podría ser más útil?

¿Rehabilitarme?.... ¿Aparecer en el hogar de mi hermano como un fantasma fatídico, á turbar la paz, á desviar la vida de sus hijos? ¡No, mil veces no! Las razones que me impulsaron entonces, me retienen ahora. Mi hermano ha muerto, pero viven sus hijos.

Usted, padre, no está obligado á callar lo que lo ha autorizado y comprometido una moribunda á revelar; más yo le ruego con todas las fuerzas de mi corazón, que respete mi voluntad, y no haga estéril mi silencio.

Nada me falta; tengo el cielo, tengo el mar, tengo los árboles para recrear mis ojos. Dejémoslos cerrarse en esta grandiosa y pura visión.

Mi vida es plácida y útil aquí, dejémosla extinguirse en esta placidez y en esta utilidad.

En veinte años he tenido un único deseo, el deseo de un imposible: decir una vez más el Santo Sacrificio de la Misa. Ofrezcámoslo, padre, por el alma de mi pobre hermano.»

La octava de Pascua, continuó el general, recibía yo la visita del Obispo de la diócesis, que venía con su familiar á dar misión á los presos. En el familiar reconocí al joven sacerdote que conferenció con Juan.

Después que se me hubo dado á conocer la historia casi inconcebible que acabo de referirte, se le llamó. Durante dos horas tra-

tamos de convencerlo; fué él quien nos convenció. «Ya que quieren llamarle sacrificio, les pido nuevamente que no hagan estéril el sacrificio.»

Comprendimos que nadie conseguiría conmover su resolución.

Me fué dado, entonces, presenciar la escena más sublimemente extraordinaria, y que estaría clara ante mis ojos aunque viviera siglos.

En la capilla del establecimiento, solitaria y cerrada, pero iluminada y adornada como para las grandes festividades, revestido con las vestiduras sacerdotales, el penado 133 subía las gradas del altar.

En el silencio augusto de ese momento, oímos su voz, clara, serena y profunda como su alma excelsa, que decía: «Introibo ad altare Dei». Otra voz baja, trémula y conmovida le contestaba «Ad Deum, qui laetificat juventutem meam». Era la del anciano Obispo, que postrado en tierra, ayudaba á misa á Juan Beltrand.

Cuando hubo terminado, nos acercamos, el prelado, el familiar y yo, los únicos que habíamos penetrado en la capilla, y besamos sus manos como se besan los Vasos Sagrados.

Ante la negativa del condenado de rehabilitarse civilmente la Iglesia era impotente.

El Pastor había encontrado el medio de

saciar la sed espiritual del presidiario tres veces Santo.

El Obispo desde aquel día, estableció la costumbre de visitar los presidios la semana de Pascua. Es que la octava viene hasta aquí, á ayudar la misa en secreto á Juan Beltrand.

XVI

Máximo y Alex habían permanecido largo tiempo silenciosos, dejándose compenetrar de todo el perfume de santidad heróica de la vida de Juan Beltrand.

Pasado ese tiempo, reuniéronse á los niños que habían invadido la terraza del piso bajo. Stella colocada por Albertito en una silla-larga, muelle y cómoda, conversaba muy animada con los otros, sobre las impresiones tan variadas recibidas en la «Atalaya».

En cuando vieron aparecer á Máximo, dejaron caer sobre él la lluvia de sus pedidos: «Yo un petizo»... «Y yó otro petizo»... «¿Y yo?... ¡otro petizo también!»... Y una gamita azorada, y un faisán todo de oro, y una cabra de Angora.... ¡Y la Perla el pavo real!

Alex, que veía un deseo en Stella, le dijo:

—¿Y tú, mi hijita, que no sabes pedir, qué pides? Dilo al padrino de la Perla, á tu amigo Máximo.

—¿Qué quieres de Máximo? preguntó éste.

Doblando de cortedad su cabecita—ella

que hubiera podido aspirar á la luna sin embargo, segura de que Máximo iría á buscarla—eligió:

—¡Un conejito blanco!

Alex, Máximo y Albertito adivinaban que quería pedir algo más, sin atreverse; la animaron, y entonces agregó:

—Pero es....es que tendría que darme también á la mamá, porque *él* es todavía muy chiquito.

—¡Todas las madres y todos los hijos, todas las generaciones presentes y futuras de conejos de la Atalaya y sus alrededores son tuyas, delicia de las delicias!

No habían cesado las risas de Alex y Albertito, á quienes causaba gracia el entusiasmo del viejo tío, cuando volvieron á comenzar. Aquél había sentido que le tiraban del saco, bajó los ojos y se encontró con los dientes blanquísimos de Muschinga, que se los exhibía al sonreirle con un aire que pedía disculpa por la confianza.

—¡Ah! pequeño tizón travieso, ¿eres tú? Te habíamos olvidado; pide, pues, tu parte.

—Yo quiero muchas uvas de esas grandes del parral.

—La Muschinga ó el «Gastrónomo sin dinero» dijo Alex, bajando las gradas, seguida de todos los chicos, que iban en corporación á buscar el conejito de Stella, quien se quedaba con Máximo en la terraza. Elvirita prendióse de uno de los brazos de su tía, y del otro

la Perla, que se destacaba espléndida entre todos los demás.

Máximo, recostado en la baranda, mirando al grupo aturdidor, oyó una exclamación que era un suspiro... «¡Pobre Alex!» habían susurrado los labios de Stella. Dió él vuelta y vió á la niña absorbida en la contemplación de su hermana que se alejaba.

Adivinando algo de lo que ese suspiro decía, lo invadió un deseo tumultuoso de saberlo todo, y con una impetuosidad que no pudo sofrenar, en la que se revelaba la violencia de su naturaleza, caminó dos pasos, y en un tono angustioso á fuerza de ser vehemente, preguntó á la niña: «¿Pobre Alex, por qué.... por qué?»

La voz brusca y elevada que llegó hasta ella la despertó de su abstracción, y le produjo un choque, habituada como estaba á que todo se suavizara á su alrededor. Creyólo irritado en su exaltación, soltó un débil grito de sorpresa y de temor, empezó á respirar apresuradamente y quiso hablar; en vez de aparecer palabras en sus labios, aparecieron lágrimas en sus ojos.

Máximo, más asustado que la misma niña, temblaba, temiendo á su vez haber quebrado algo en ese cristal, y permanecía en el mismo sitio sin saber que hacer. Se atrevió por fin á acercarse, se hincó, para estar á su altura, en un banquito colocado al lado de la silla-larga, y con un aire de suave intimidad bus-

có sus ojos. Ella mantúvose un momento más en la misma expresión, muda, paralizada; pero cuando su mirada encontró esa otra mirada verdosa con clavitos de oro, que tanto la quería, sonrió, levantóse el cabello de la frente con aire de cansancio, y dejó caer su cabeza en el pecho de su amigo.

Así permanecieron; él conteniendo su respiración y todo movimiento, con precauciones infinitas; ella descansando confiada en ese pecho, que sabía pertenecerle por derecho de conquista.

—¿Sabes por qué he dicho pobre Alex? ¡Por que nuestro papá no vuelve y no volverá ya más; nunca, nunca más! dijo al largo rato. Había comprendido el verdadero sentido de la pregunta impetuosa, que tomándola de sorpresa hiciérala estremecer, y ahí, refugiada en ese pecho viril y blando,—como un pajarito en un nido de plumas y ramas de encina—sintió la necesidad de desahogar su corazón demasiado lleno de amarguras que lo laceraban.

El tono en que ella dijera sus palabras: «nuestro papá nunca más volverá» fué para Máximo como un sondaje que se hiciera ante sus ojos, de honduras no imaginadas.

Leyó en esas palabras toda una historia: la historia de esa pequeña alma firme y dolorosa, que sufría sin agitarse penas ocultas; que soportaba el peso de una doble fatalidad sin agobiarse, y á la que dilataba el amor.

Por amor á su hermana, sufría jugando, y no dejaba sospechar que había entrado en ella la terrible verdad; comprimía su corazón hasta martirizarlo, usando fuerzas extraordinarias, para no ser vencida por la tentación de entregarse al consuelo de llorar unidas. Por amor, fingía esperar á su padre, que ella sabía no volvería jamás, y daba seguridades de esa esperanza que estaba lejos, obligando á su acento, cuando hablaban del ausente, á arrullar á su hermana en esa ilusión. Por amor—comprendiendo que es necesario amar para ser amado,—amó á los que no amaban á su hermana, á fin de conquistar por ese amor la paz para ella.

Máximo veía á través de esas palabras, como los niños de los cuentos perdidos en las selvas, á esas dos hermanas tomadas de la mano, recorriendo el camino del destierro de su padre y de su patria. Las amarguras sofocadas por la altivez en la que nació primero; su labor y su saber que alistaba para la vida á esa legión de niños. La veía resistiendo al ataque del infortunio con toda la valentía de su juventud vivificante; veía en ella el contento de su salud moral, triunfante de sus mismas penas. La dedicación apasionada de la mayor á la menor; el sentimiento piadoso de la más chica por la más grande.

Y adivinando que esa pequeña alma inconfesa iba hacia él, como extendía sus brazos

para recibir su cuerpo delicado, extendió la suya para recibir sus confidencias.

—Querida mía,—díjole en voz muy baja y muy suave; la voz con que se habla en las horas de intimidad á la mujer amada,—debes sentirte en seguridad á mi lado, confiarte á mí, no temer nada cuando esté yo cerca... Dime lo que quieras, pero sin esforzarte, convencida de que no necesitas decir mucho, porque sin habérmelo contado lo sé todo, y sufro por lo que tú sufres.

La niña cerró los ojos, y su semblante tomó la expresión de una infinita paz; su corazón al compartir su pena, descansaba. Cuando Máximo la vió así, abandonada en su pecho, con las pestañas proyectando su sombra sobre las mejillas pálidas, de la palidez de sus camelias, creyó tener en sus brazos á un ser irreal, y se detuvo en la dulzura de esa contemplación.

Reinaba un gran silencio... la voz del mar llegaba de muy lejos.

Comenzó á hablarla: le narró, eligiendo palabras muy tenues, lo que ella no tenía la fuerza de contarle. Enseñábale la absoluta confianza, y su acento la inundó de su dulzura.

Abrió los ojos, se incorporó, y continuó entonces revelando á Máximo lo que Máximo había empezado á revelarle, mezclando impresiones, ideas, sentimientos y sensaciones pueriles, y profundas, tristes y alegres, natu-

rales de su edad unas, de su asombrosa inteligencia otras.

—No; mi papá no volverá porque los hielos han apretado su nave... Yo he oído muchas veces que eso podría suceder, y he pensado que es eso lo que ha sucedido.... Tú no quieres sentir el dolor de decírmelo, pero tú lo sabes también, ¿no es cierto, Máximo?... Sí; es eso lo que ha sucedido... Y si no: ¿por qué no vuelven tampoco sus hombres y sus perros?

Abriéronse sus miradas para hacer más clara la visión de las figuras familiares que iban á desfilar por delante de sus ojos.

—No vuelve el viejo Harry, que me llevaba en brazos y me enseñaba cuentos y leyendas. —Una carcajada interrumpió sus palabras, y con una malicia en los ojos brillantes, prosiguió: ¿Sabes una cosa? Harry se bebía el vino de papá, pero era tan bueno, que se le dejaba, y se lo robaba siempre..... ¿ Y los perros? ¡Ah! ¡qué lindos eran los perros de papá! Uno se llamaba el Fiel, otro el Leal, otro el Valiente; y había muchos más. Era Alex quien los bautizaba. Tenían el hocico largo, el pelo color del fuego, y unos grandes lindos ojos muy abiertos, que parecían escuchar..... Yo te mostraré uno igual en mi Historia Natural....: Papá está en la nieve, pero su alma no tiene frío; el alma de nuestro padre está con mamá en el cielo.

Calló, levantando los ojos; su pensamiento

viajaba.,... Máximo esperaba con avidez lo que había ido ella á recoger en esa excursión lejana.

—El alma de nuestro padre está en el cielo—repitió en el tono firme de quien está seguro de lo que cree.—¿Y el alma de sus perros dónde está?.... Alex dice que ellos eran mansos, y eran guapos, y eran fieles; que eran bravos para defenderlo y no lo abandonaban nunca en el peligro..... ¿Crees tú, Máximo, que nuestro padre ha podido abandonar el alma de sus perros?.... ¡Ah, no! sus perros se han ido con él.

Una sensación intensa hasta la angustia producía en Máximo ese maravilloso espíritu, al que inflamaban el pensamiento y el recuerdo. Parecíale oir una cuerda de oro demasiado tendida vibrar al aire, y el temor de verla estallar oprimía su corazón y hacía más amplios sus latidos.

—Yo no estoy triste por él, sino por Alex..... Yo comprendo padrino, muchas cosas; ya soy grande, tengo ocho años. Cuando me siento cansada..... ¡Cuánto cansa, padrino, no caminar!......... Cuando me siento cansada, me da miedo de dejarla también yo.

—¡No, Stella, tú no la dejarás! afirmó él, habituado á vencerlo todo.

—Si no fuera por mi hermana, me gustaría irme al cielo.... Volvería á ver allí á papá, y conocería á nuestra linda mamá. Alex me ha contado como es la Gloria, y desde muy chi-

ca yo la conozco. He pensado tanto en ella, que está conmigo.

—¡No está contigo: tu eres la Gloria! exclamó Máximo.

—Mira las flores, los árboles, el mar, qué lindo es todo..... qué lindos son mis primitos..... y todo esto no es más que la tierra, padrino; ellos no son sino unos niños..... ¿No comprendes tú cómo es el cielo..... cómo son los ángeles? Dile á Alex que te lo explique.

Máximo tomó sus manitos, y las apretó nerviosamente entre las suyas, tratando de contener el desbordamiento de esa mente en una exaltación que era casi un éxtasis. Al transfigurarla, hacíala realmente celestial.

El tuvo en ese instante ante sí, la larga ruta obscura del futuro, que el ojo del hombre no alcanza á penetrar, como si hubiese sido alumbrada por una luz que emanara directamente de la niña, y la vió patente, con sus ojos cerrados como hacía un instante; pero más serena aún, más pálida y más inmóvil.....

La voz de ella se interpuso como una sombra clara, y él despertó.

—Padrino, todos son buenos conmigo: ¿por qué no son todos buenos con Alex? ¿Por qué no la quieren todos á ella, que es más linda, más buena, más grande que yo?

—Es más grande sobre todo, murmuró Máximo, en cuyos labios apareció en el acto

la ironía. Tú tienes ocho años y ella tiene veinte.....

—No; tiene veinticuatro, interrumpió Stella; va á cumplir sus veinticinco y ella dice que es ya vieja. ¡Y es tan joven!.... Es más joven que Isabel, á la que llaman la niña.... Padrino, ¿cuántos años tienes tú?

—¡Cuatrocientos!

Ella pensó, y después riendo:

—¡Y un siglo tiene cien años! ¿Tienes siglos, viejo tío?..... ¿Me perdonas que te pregunte la edad? Micaela se enojó un día con la Perla, porque dijo que ella tenía sesenta, y á todos nos enseñó: «La mayor grosería, es preguntar ó hablar de la edad de las personas».

Una carcajada de Máximo detuvo la palabra de Stella, que se contagió. Prosiguió:

—Yo viviré menos que una planta, tú menos que un árbol, todos menos que el mar..... Ayer pregunté á Alex mirando el Ombú, por qué sería que el Señor les permite á ellos vivir más largo tiempo que á nosotros. Me contestó riendo: «El Señor que prefiere á los hombres, no sé porqué, sabe bien que los árboles no necesitan de ellos, pero que ellos necesitan de los árboles, y les alarga la vida, para beneficiar aún más á sus preferidos.

—¿Eso dijo Alex?... Alex tiene un defecto...

—¡Ninguno! afirmó su hermana con energía.

—Sí; tiene uno muy difícil de explicarte

aunque tú lo sientas como los demás: está fuera de medida y fuera de nivel. Como esas personas—¿sabes?—cuyo cuerpo es demasiado grande, y que necesariamente tienen que andar á tropezones con todos los objetos que encuentran á su paso, porque no están hechos en proporción á su tamaño. Es así Alex. Y es esta la razón porque no todos la quieren. Mas no debes afligirte: los que la quieran, la querrán bien.

—¿Y tú la quieres, padrino?

Si dos meses antes le hubieran hecho igual pregunta, le habría sido fácil contestar en conciencia y bien seguro, simplemente, no. Alex le interesaba como interesa todo lo exquisito á un exquisito, y encontraba un gran placer en su conversación chispeante, que sabía alcanzar veloz la suya, que él hacía á propósito sinuosa y fugitiva, sin tener para ella «sentimientos» bajo forma alguna.

Ultimamente había tenido momentos de admiración exaltada, de emociones dulces. Su espíritu había seguido con ansiedad el pensamiento de la joven; la ansiedad con que siguen los ojos las alas de un pájaro, que despliega ante ellos todo su vuelo, curiosos de saber hasta dónde les será posible remontarse.

La pregunta que acababa de hacerle su hermana, lo dejaba titubeante. ¿Quería él á Alex?... «No-sí, no-sí» era este el tic-tac de esa conciencia ayer tan segura, y que hoy ya se balanceaba como un péndulo.

Cualquiera de esas dos palabras que usara para responderle, mentiría. Su respuesta fué la del médico al enfermo:

—Sí, Stella, quiero á Alex.

Ella juntó sus manos, y con voz ferviente díjole.

—Si la quieres, sé su amigo.

—Sí, seré su amigo; lo seré por tí y por ella.

—¡Sé su amigo; papá que está en el cielo no volverá!

Dos lágrimas redondas, grandes, pesadas, bajaron de sus ojos á sus mejillas, y rodando cayeron sobre las manos de Máximo, que las sintió inundadas como por el bálsamo de un árbol triste. Volvió á leer en sus palabras todo lo que esa criatura esperaba de él para su hermana, y quiso aliviarla de una preocupación pesada y cruel.

—Sí, mi bien amada; vive, ríe, juega, canta, respira libre, despreocupada y contenta, salvaguardada por el amor de todos: de los chicos y de los grandes, de los buenos y de los malos. Piensa menos en el cielo. Yo seré su amigo, y un poco también su padre.

Una alegría inmensa, una suprema dicha aparecieron en el rostro de la niña, cuya belleza tomó en el acto otro carácter, una animación más terrenal.

Levantó con sus dos manos la cabeza de Máximo, miró desde muy cerca sus pupilas, atravesándolas con la mirada de oro de sus

ojos de ámbar, su semblante adquirió la gravedad del que cumple un acto solemne, acercólo á ella, y lentamente besó su boca, sellando el pacto.

Máximo se estremeció; creyó que acercaban el cáliz á sus labios, y que esos otros labios purísimos, como el ascua ardiendo de Isaías habían purificado los suyos del beso impuro de la vida.

Una vez que la emoción se aligeró en ambos, la niña dijo:

—Yo desearía tener algo que dejarte en recuerdo de este día. ¡Ya soy grande, te repito, y puedo entender tantas cosas! ¿Ves?—abrió su boquita fresca para mostrarle sus nuevos dientes, blancos, intactos, pequeños, aunque más grandes que los granitos de arroz.—¿Ves que soy grande, padrino?... ¡Ah! exclamó después sonriendo con ternura, voy á mostrarte una cosa...

Alrededor de su cuello, que surgía libre de su bata abierta en cuadro, llevaba una cadenita de oro, de la que colgaban una cantidad de pequeños objetos de oro y plata, de diferentes formas y tamaños. La desprendió y la tomó en su mano.

—Estos *chiches* los llevo conmigo siempre. Alex, dice que pronto será preciso aumentar muchos metros la cadena, pues cada día tengo uno más.

Empezó á hacer pasar uno á uno por delante de los ojos de su amigo.

—El retrato de mamá. ¡Qué linda! ¿es cierto? Ninguna es más linda que ella. Y este señor es mi papá, y también el papá de Alex... Esta es una flor de los Alpes que recogió mi mamá.... una navecita de oro y una estrella de diamantes, regalo de mi padrino, que se llama Fridtjof Nansen.... Y aquí tienes una perla, que la Perla sacó para mí de su collar.... una medallita de la Virgen de Luján que me colocó abuelita; y Dolores, este lindo Niño Dios de Praga.... la canastita llena de racimos de esmeraldas y amatistas que me dieron Rodolfo y Ana María....

Al llegar á una cruz sencillísima de oro liso, sus manos la tomaron con gran devoción:

—El Papa dió á mamá y á papá esta cruz. «Para su chiquita, para su hija Stella» me cuenta Alex que le oyó decir.... Sábes quien es el Papa, tú, padrino?.... Es un señor viejito que vive en Roma y se viste de blanco.... Es el papá de todos los de la religión de mi mamá, que es la misma de abuelita y de Dolores; y también la de Alex y también la mía, y.... no la de papá. ¡Pero papá está en el cielo con mamá!.... ¿Máximo, cuál es tú religión?

Quedóse él confuso.... No osó pronunciar la palabra que á ella le hubiera parecido sacrílega: «ninguna», y moviendo la cabeza sonrió y le dijo:

—Esa misma; la de tu mamá y la de Alex,

la de Dolores y Carmen. La tuya, sí, sobre todo la tuya, querida niña mía.

Continuó ella exhibiéndole sus *chiches*:

—¿A que no sabes qué hay en esta bolsita de mallas de oro?.... ¿No ves que hay otra dentro de una tela que no deja pasar la humedad?.... No, no lo adivinarás. Es un granito de tierra de cada país que Alejandra ha visitado.... ¡Ah! ¡cómo me gustaría viajar!.... Hay aquí tierra de todo el mundo.

Haciendo correr muy ligero uno de ellos lo escondió en su mano, que cerró maliciosamente, y le preguntó:

—¿Qué será, qué no será que en mi mano está?.... Es una cosa muy chiquitita; dura, dura como el oro, y blanca, blanca como el marfil. Sí, es muy parecida al marfil, repitió recalcando y sonriendo.

—El colmillo de un elefante.

—He dicho muy chiquitita.

—Una varita de virtud.

—He dicho muy chiquitita.

—Será entonces, la varita de virtud del hada de los Enanos.

—Si adivina usted, señor, tendrá su premio: por ahora va frío, frío....

—Las teclas del piano de tus muñecas.

—¡Qué lejos te vas, padrino!

—Una cuenta del rosario de Dolores... la tabaquera del señor Cura.... los dedos de Alex....

La risa musical de Stella recorrió toda la escala.

Tomó con sus dos dedos lo que encerraba su mano, y lo levantó sonriéndole con amor. De unas minúsculas argollas de oro, colgaban dos dientitos de niño. Stella, al son del aire, los hizo bailar.

—¡Mira qué ricos, mira qué monos! Son los primeros dientes de Alejandra.

Inmediatamente, Máximo estiró su mano abierta, y la niña dejó caer en su ancha palma sus tesoros, como dos gotas congeladas de rocío. Sus cabezas se agacharon para mirarlos, confundiendo sus cabellos y sus alientos en esa contemplación.

—¡Ah! exclamó nuevamente la niña, en quien acababa de nacer una idea. Sus manos volvieron á tomarlos, y después de acariciar con los ojos á uno de ellos en una última despedida, se lo ofreció, diciéndole:

—Ya tengo qué dejarte en recuerdo, padrino querido. ¡Guárdalo; es tan bonito, y es de Alex! concluyó, convencida que el ser de Alex le daba un valor inapreciable.

Máximo lo colocó á su vez, con gran trabajo, entre su pulgar y su índice, lo que provocó otra carcajada de Stella, ya muy contenta:

—¡Parece, padrino, que fueras á tomar rapé!

En el fondo de la avenida aparecía la procesión.

Alex levantaba algo blanco para que lo viera Stella desde lejos; ésta adivinando bien lo que era, estiraba desde ya los brazos para recibirlo.

Máximo encontrábase en la tribulación, pues habían convenido con la niña, que la primitiva dueña del dientito no supiera que estaba en su poder. Antes que llegaran, abrió su reloj, y en él lo encerró.

—¡Tenemos hambre! dijeron los niños que venían corriendo.

—Y yo también, observó Alex.

Se sirvió en la terraza. Al principio comían silenciosos las ricas cosas con que los convidaba el tío, pero cuando el hambre se fué, llegó la charla con su cortejo de risas.

—A ver, Muschinga, ven para acá, dijo Máximo. ¿Qué prefieres: las uvas, las naranjas ó las bananas?

La negrita pensó un momento muy seria, y contestó, subrayando una por una de sus preferencias.

—Las bananas, las naranjas y las uvas.—Hizo un revoloteo muy blanco de ojos, recorriendo todo lo que había sobre la mesa, y añadió:—Me gustan también otras cosas....

Queriendo prolongar la nota cómica, el dueño de casa levantó un bizcochuelo enorme, blanco y decorado como una torta de boda, y se lo presentó. La Muschinga miró, para cerciorarse de que no era broma, y después, con toda desfachatez, tomó en sus dos

manitos negras la torta blanca. Con el vestido escotado, las grandes argollas de sus orejas y los corales de su cuello era una figura tan original que Alex pidió á Albertito que la fotografiara.... «Tin».... y la negrita con su torta quedó fijada.

Bajaron al jardín. Máximo extendió á Stella en un ancho banco de mármol, cuyo respaldar se levantaba hasta formar un pedestal enguirnaldado de hojas de vid, sobre el cual bailaba un fauno tocando la flauta.

La niña llevaba su invariable traje blanco, largo, suelto y leve como un vestido de bautismo, que la envolvía en sus espumas, y caía flotante hasta el suelo. Así, parecía formar parte, ser el sujeto principal de esa obra de escultura.

—¡Albertito! gritó Máximo, llamando á su sobrino, cópiame este cuadro maestro.

Los otros corrían, brincaban, gritaban. Alex reía con ellos, como una niña más grande.

¡Tarde de completa fiesta, de perfecta alegría.

Máximo admiraba la de esa joven, á quien ya la vida había lastimado.

La tarde caía, y llegaba el crepúsculo.

Murmuró con melancolía:

—¿Por qué los días no tienen la duración de los años?

Ella lo oyó y le dijo:

—Los días duran, prolongándolos en el

recuerdo. Recordaremos éste siempre, viejo tío.

La interrumpió el sonido lento de una campana muy lejana:

—«El Angel del señor anunció á María»...... exhaló el alma beata de Stella.

Los niños callaron súbitamente y permanecieron quietos en el sitio en que cada uno se encontraba.

Máximo miró á Stella, y experimentó un estremecimiento doloroso, semejante al que experimentara momentos antes....

A la media luz de esa hora, en el banco de mármol, blanca, confundida en toda esa blancura, con los ojos levantados y las manos juntas, recitando el Angelus, le produjo la impresión de ser su propia estátua, en su propia tumba.

—Que Dios nos bendiga á todos, dijo Alejandra, y podamos pasar reunidos muchos días como éste.

—¡Amén! linda sacerdotisa, le contestó él, tratando de espantar su triste impresión.

El gran break de Máximo estaba listo para correr por los caminos nuevamente, conduciendo á Alex y á los niños de vuelta al Ombú, después de visitarlo.

Empezaba la noche, y nacía la luna.

—¡Cómo hemos jugado, y cómo nos hemos divertido! dijeron ellos al despedirse. ¡Estamos rendidos!

Él, trepado en el estribo como un chico,

hablaba cualquiera cosa al azar, para alargar ese momento.

Alex, recordando la despedida del alfalfar, estrechó su mano y le dijo firme:

—Ahora, sí, Máximo: amigos y amigos de corazón.

Stella estiraba su cuello para oir mejor...

«Vamos», dijo Alex. Máximo saltó al suelo, cerró la portezuela, Tomás tocó los caballos, y el carruaje lleno de niños silenciosos y dormidos, arrancó.

Él quedóse plantado, solo, en medio de su parque, mirándolos alejarse en un desvanecimiento de cuento de hadas, y desaparecer después en una bifurcación del camino, justamente en el sitio en que los ojos de Alex dejaron de percibir el lago, en cuyas aguas flotaban las ninfeas y se reflejaba la luna.

Púsose á fumar, caminando, y llegó hasta los fogones, en los que reinaba una gran animación. Los gauchos tomaban su mate, bebían, jugaban y cantaban.

Cuando se retiraba alcanzó á oir el final de una «décima».

....

Advertidla que no creo:
Que viviré de dolor.

Ya subía la escalera que conducía al piso alto y se bajó, porque hirió su vista un cuadro que se había inclinado hacia la izquierda. Lo enderezó y lo miró un instante.

Representaba una terraza veneciana en la

que entraban raudales de luz; llena de flores, de aire, de alegría. Sobre el pavimento de mármol, el pañuelo de Desdémona.

En su biblioteca abrió un libro al azar; sus ojos se detuvieron en este pasaje: «Se vive de muchas maneras, pero se muere sólo de una.... La vida no tiene objeto.... El hombre vive para morir...... «¿Qué importa cómo se muere y cómo se vive?»....

—El descreimiento, la duda....¡la eterna duda! díjose. En el espacio de media hora la he encontrado: en el verso del paisano, en el cuadro del artista, en el libro del escritor. ¿Dónde se ha refugiado la fe?

Le pareció que su padre, que él veía allí dentro de su marco, y de quien hacía un momento una voz joven y trasparente había dicho: «Ahí tiene usted á lo que yo llamo un creyente», le respondía: «En el pecho de Alejandra Fussller.»

Un rato después abrió su reloj para ver la hora; algo saltó dentro de él. Tomólo con cuidado y lo depositó en la bonbonera de su abuela. Se le ocurrió sacudirla, y sonó ahí como el cascabel de un juguete. Volvió á abrirla, y al ver en su fondo, como una de sus mismas perlas, el dientito de Alex, soltó una carcajada, en la que había ternura y una gran nerviosidad.

XVII

¡Tía Dolores! tía Dolores! gritó Albertito, quien, desde el banco rústico en que estaba sentado bajo los árboles, leyendo á Ivanhoe, primera novela que ponía Alejandra en sus manos, había divisado desde hacía rato un carruaje que se acercaba en la dirección de la casa, y en cuyo interior reconoció, cuando franqueaba la tranquera, la figura delgada, la gorra de crespón, el pañuelo en punta de la buena hermana de su abuela. Tiró el libro, corrió á su encuentro y se trepó al estribo.

Miguelito, que más lejos se ejercitaba en la ballesta, persiguiendo á todo bicho viviente, repitió: «¡Chicos, tía Dolores!» Y cuando ésta bajaba, enredada en sus vestidos y en sus paquetes, desde la alta torre de su «volanta», al pie la esperaban reunidos ya doce sobrinos, que se le colgaron del pescuezo, aturdiéndola con sus exclamaciones de contento.

Alex acudió á socorrerla, y llegó justamente á tiempo de salvarle la gorra caída sobre la oreja izquierda, el abanico pisoteado en tierra, y casi la vida, desabrochando

el pañuelo, que tirando hacia atrás amenazaba ahorcarla. Abrazáronse riendo y fueron á Stella, que las llamaba desde su cochecito.

—¡Esperen, mis queridos, déjenme respirar! ¡me sofocan, por Dios!...... Si no se están quietos, no les voy á dar todos los lindos juguetes que les traigo.

Descansó un momento, y después, desde su silla de mimbre, comenzó la repartición:

—Primero á los más chiquitos....Chochita, á ti mi hijita, una muñeca toda vestida; se le tira de esta cuerdita y dice: «pa..pá.. ma..má».. ¡Déjasela Miguelito, se la vas á descomponer!..... A Elvirita otra muñeca, pero desvestida. ¿Ves? está en camisa la pobrecita; así que te traigo también un costurero, para que le hagas su ropita......Al diablo de Miguelito una linterna mágica para que deje descansar con su ballesta á los gatos y á los pájaros....Y un teatro de títeres para Florencio...una rana con cuerda para Nenuca....¿Y este otro titiritón?.. ¿Y estas bochas?....¿Y este carro?....Ahora los más grandes. A las inseparables: una cocina para que hagan sus dulces la Perla y Stella, y una máquina de fotografía para que saquen vistas Stella y la Perla. . ¡Ah! me olvidaba de Muschinga; venga, negrita, para acá. Aquí tiene caramelos para un año y un payaso que hace pruebas también, como usted..... ¿Y quién vendrá ahora?... ¿quién vendrá Albertito?

—¡El, él, él! contestaron los otros todos, señalándolo con el dedo. ¡Es el único que queda, él!

—Y como es el preferido...dijo guiñando el ojo Miguelito que descubrió una caja de marroquín azul, que no venía ciertamente de la juguetería.

—¡Me prefiere, porque soy el mayor! dijo orgulloso el niño. ¿No es verdad, tía?

—Sí, mi alma, sí.—Y abierta la caja misteriosa, aquella multitud de ojos inocentes vieron brillar en su fondo, como una ascua de oro, un precioso reloj.

—¡Ah! hizo el niño en un sobresalto de júbilo, y abrazando á su tía agregó: ¡Gracias, gracias, tía! Verás como sigo muy ligero mis estudios de bachiller....¡Mi reloj!...Vamos á ver ¿qué hora es?....Oigan ustedes, hermanos mios, me fué entregado á las diez y veintiún minutos, este buen señor....¿Sábes que es casi como el de Máximo, tía?

—Sí querido, casi.

—Ya no hay nadie más, anunciaban todos á una voz.

—Sí, señor; ahora falta la sobrina mayor, la maestra, dijo Dolores señalando á Alejandra.

—¡La grandulota! dijeron los niños, en una voz unísona de burla y de íntimo cariño.

Aquélla se acerco á la joven, y prendió en su pecho que se levantaba conmovido, una barrita de oro con pequeños brillantes, del

que colgaban un corazón, un ancla y una cruz.

—Son ya muy comunes estos prendedores, pero lo he elegido para tí, mi hijita, porque representa las virtudes cardinales, que en la lucha del mundo hay siempre necesidad de fortalecer. Fortalacer la segunda es lo que tú necesitas, querida Alex, porque es la que en tí flaquea muchas veces. ¡En las viejas como yo, pase; pero es muy triste la juventud sin la esperanza en el cielo... y en la tierra!

Alex. llena de emoción, díjo besándola:

—¡Ah, Dolores! lo recibo como algo que para mí la simboliza. La Iglesia la venerará á usted algún día, como la Santa de las Tres Virtudes.

—Tengo que hacer algo urgente hoy mismo. A eso he venido. Este mismo carricoche me llevará.—Y tomándose del brazo, pasearon por la calle de paraísos largo rato, conversando con mucha animación, sin que los niños, divertidos con sus juguetes, las interrumpieran.

Después, tomando el carruaje,—que era uno de esos breaks que han servido medio siglo, y de cuya ancianidad se abusa todavía en la campaña diez años más, antes de que llegue para ellos la hora de la incineración—les gritó desde arriba: «Espérenme á almorzar».

A la hora estaba de vuelta. Cuando se levantó el velo, Alex notó en su cara, habitual-

mente serena, síntomas de agitación y de descontento.

—¿Qué ha pasado, Dolores?—le preguntó muy interesada, conduciéndola al comedor por la cintura.

—Me he estrellado contra una terquedad que rechaza todo; socorro y consejo. Y es rechazar la vida. ¡No puedes imaginar cuadro más horrible! Para sorprenderme á mí que veo tantos... Hay otra cosa que me llena de temores: la expresión sombría de sus ojos. ¿Estará por cometer acaso el «pecado sin perdón» la desgraciada?... Es preciso antes que todo salvar su alma, Alex.

Callaron, porque entraban en el comedor, donde estaban los niños sentados á la mesa, esperándolas para almorzar. Lo hicieron también ellas. Después de un momento díjole Alex:

—¿Y si yo hiciera otra tentativa?

—Sería sin resultado alguno, mi hijita. ¡Si hubieras visto cómo me tiró con la ropa y el dinero casi por la cara! Me parece que está medio trastornada.

—No creo tan imposible el éxito si yo la veo, porque no sabe quien soy; en cambio, bien sabía quien era usted. ¿Probemos?

—Tal vez tengas razón. Mañana cuando me vaya, te llevaré hasta cerca de su casa.

—¿Te vas mañana, tía? ¡No te vayas tan pronto!—rogáronle los niños.

—No puedo quedarme, mis queridos; tengo

que presidir pasado mañana la Asamblea de las Vicentinas. Pero les prometo volver. Siento que hoy no esté Máximo, para visitar su estancia. No pudo venir conmigo; me dijo que lo haría de un momento á otro... Se va á Chile en Marzo... Carmen y las muchachas están en los preparativos de Mar del Plata... Se irán después del primero, porque quieren asistir al baile de Ernesto Tornsquist, el treinta y uno.

—¿Y mi tío realmente se encuentra mejor?

—Sí, Alex, va mejor. Siempre un poco taciturno. El médico asegura, que es esto lo que caracteriza su enfermedad: una neurastenia.

—¡Pobre tío Luis! Tan bueno; tan excelentemente bueno, como dice Máximo. Me parece un niño enfermo.

—Creo que vendrán en Marzo á pasar aquí quince días. Hace años que no han venido á esta estancia. Isabel está muy fastidiada porque no podrán pasar en Mar del Plata sino un mes; Carmen necesita volver, porque Carmencita espera un nuevo niño de Europa.

—¡Otro hermanito!—exclamó Julito radiante.

—¡Yo quiero una hermanita!—dijo Chochita.

—¡Y yo también!—asintió Elvira.

—Yo creo que va á ser otra negrita—dijo maliciosamente Albertito.

—¡No! ¿no es cierto que nó, Alex?—pregun-

taron á la joven, cuya opinión para ellos era irrevocable.

—No, mis hijitas; será blanca y rubia como sus muñecas—les contestó, sonriéndoles maternalmente, y continuando después su charla con Dolores.

—Yo quiero que vengan papá y mamá, pero no Isabel, dijo de pronto la Perla, con su tono autoritario; vendrá á mandar y á pelear.

—Yo quiero que venga también Alberto, dijo Miguelito; es tan divertido!

—Si; que venga papá, pero no mamá, refunfuñó Julito con aire de despecho anticipado. Papá siempre está contento y nos hace jugar, pero mamá tiene miedo á todo..... ¡y cansa mamá!

—¡Adiós caballo y adiós pesca! dijo Miguelito para hacerlos rabiar.

—¡Sí, como no; gritó la Perla, si Máximo quiere nos llevará!

—¡Ah, sí! cuando el padrino de la Perla quiere una cosa, nadie le dice que no.

Esta sentencia cayó en el silencio de todas estas vocecitas, como sucedía siempre que Stella hablaba. En su adoración por su prima, á la que creían un niño superior y distinto á todos los otros niños, tomaban como oráculo sus apreciaciones de las personas y de las cosas. Una alabanza de Stella, era una consagración; una crítica, una condenación.

Un perrito ordinario y feo, que no había conocido sino los puntapiés de los mayores,

los cascotazos de los chicos para alejarlo desde que viniera al mundo—el agradecido Tintín—era ahora el favorito, el mimado á quien se le daba azúcar y se le adornaba con collares de cintas, desde el día en que la angelical criatura sintió en su corazón piedad por él y dijo: «¡Alex, alcánzamelo, ponlo aquí, á mi lado, al pobrecito!»

Y así fué con la urraca de la pata quebrada, el jorobadito Juan, los gatitos que iban á arrojar al mar.

Cuando veían que sus labios iban á abrirse para decir algo, callaban como por una orden anterior, desde el más grande hasta el más chico, desde el más revoltoso al más tranquilo, como si alguien les hubiese advertido alguna vez, que ese pecho delicado no podía esforzarse sin peligro. La cuidaban del sol, del viento, de todo aquello que en su opinión, que á su edad es un instinto, pudiera hacerle mal. Jamás tenía ninguno para ella una palabra áspera, un gesto brusco, una negativa ó un reproche; sus vocesitas se bajaban, sus palabras se dulcificaban, sus gestos se suavizaban cuando estaban cerca de ella. Las antiguas penitencias habían sido tragadas por la terrible y única: no jugar, no pasear, no estudiar con Stella, centro de ese pequeño mundo.

—A mi padrino nadie le dice que no, asintió la Perla, muy segura de lo que decía.

—Unicamente Alex, observó Albertito, ha-

ciendo un gesto malicioso hacia el lado de su maestra.

—¡Unicamente Alex! apoyaron los demás con orgullo.

Era conocida entre ellos, la resistencia que ponía muchas veces á programas de Máximo, el que no conseguía hacerla ceder.

—Es que soy responsable de lo que pudiera pasarle á cualquiera de ustedes, y si esto llegara á suceder, por no haber sabido contrariarme, contrariando al viejo tío ó á mis hijos, no me consolaría nunca.

Dolores aprobaba con la cabeza, y sonreía con la expresión candorosa é infantil que la hacía parecerse á sus sobrinos, sus nietos casi.

El día se pasó muy rápido. Al siguiente, después del almuerzo, dejando á los niños al cuidado de Eugenia, Alex subió con Dolores al mismo carricoche, que partió al tranco largo de sus tres caballos, seguido de aquéllos, que corrieron detrás hasta perderlo de vista.

—¿Está muy lejos el puesto donde vamos? preguntó Alex al cochero.

—No, señora, quedará como á quince cuadras de las casas.

—Entonces me volveré á pié. El día está tan lindo así nublado, y me gusta tanto caminar!

—¡No, mi hija, qué esperanza! Mire, cochero: después de dejarme, vuelve usted á buscar á esta niña, y la lleva con mucho cuidado á

la estancia de Luis, otra vez. Le pagaré el viaje con anticipación y le daré una buena pro ,ina.

Se abrazaron afectuosísimas, y Alex bajó del carruaje detenido como á la media cuadra de un rancho. Dolores la siguió con los ojos hasta que entró en él. Después dió orden al cochero de llevarla á la estación.

Alejandra no creía hacer acto de caridad heroica, al acudir en auxilio de la criatura que vieron sus ojos al abrir la puerta de su miserable hogar, nido de hornero de barro y paja. Al contrario: ¡le parecía tan humano y tan natural! Su encanto estaba justamente en la naturalidad delicada que ponía en todas las cosas, en las más grandes como en las más pequeñas, que provenían de su espontaneidad, y que se hacía remarcable en ese instante, en la manera de llamar á esa pobre puerta, de entrar á ese cuarto sombrío, de dejar caer su mano fina, larga, aristocrática sobre el hombro de la mujer que de espaldas á la puerta, sentada en una silla baja y rota, con la frente enterrada entre sus manos, al lado de un catre sin colchón sobre el cual dormía un niño, no volvía la cabeza al ruido de sus pasos.

Era la hija de un antiguo puestero de don Luis. Bonita, ingenua, honesta, no tenía quince años cuando conoció á Enrique, el hijo del patrón, que la sedujo. Aquél había venido á la estancia el año anterior, porque

su padre deseaba que aprendiera á administrarla, para ver de sacarlo de su existencia de holgazán fastuoso. Llevóla al pueblito, y allí la tuvo hasta que duró el capricho. El día que se aburrió de la niña y de la estancia, se fué á Buenos Aires, mandándole veinte pesos con un peón.

En el entorpecimiento que sigue á las grandes sacudidas del alma, obedeció dócilmente al instinto que la llevaba á refugiarse en su padre. No lo encontró; se había ido á buscar trabajo lejos, donde no lo conocieran, y el puesto estaba ocupado ya. La madrastra, que no había seguido al viejo, quedóse de intrusa en un rancho abandonado, y la recogió. Mujer de cincuenta años, no era mala, pero bebía para «ahogar penas» y pasaba la vida en el enbrutecimiento de su embriaguez. La taciturnidad silenciosa, la pasividad absoluta en que permanecía la pródiga, le parecía cómoda; iba, venía, lavaba, cocinaba, hacía todos los trabajos siempre muda, sorda, ciega. A los seis meses fué madre casi sin dolor, y tuvo un momento de locura en el que quiso matar al padre en el hijo. La madrastra concluyó por irse en una última aventura, y ella quedó allí, solitaria, desamparada y en la miseria.

El cura conoció el caso, y se lo hizo saber á Dolores, seguro que su bondad respondería; y así fué.

Habíala aquella encontrado en la misma

actitud que ahora Alejandra. No basta la bondad, cuando no va acompañada del tacto. Dolores se nombró, aconsejó, preguntó, moralizó, creyendo buenamente que todas las palabras bien intencionadas, penetran en los pechos doloridos. Las suyas fueron rechazadas con horror por la muchacha, exacerbada sólo á la idea de que quien las pronunciaba era de la familia del autor de sus desgracias. La arrojó fuera, arrojó tras ella el envoltorio de ropa y el dinero que le dejara, y cerró con estrépito la puerta que las separaba. Dolores, antes que todo profundamente religiosa, creyéndola enloquecida, más que por sus violencias por la expresión extraviada de sus ojos, temió una resolución desesperada, y era á eso á lo que llamaba «el pecado sin perdón». Olvidó por ello hasta el peligro real apremiante del hambre; el hambre de la madre abandonada y del hijo abandonado.

Alejandra, después de un momento de silencio, que le sirvió para decidirla á mentir, dijo:

—Me he perdido, y soy forastera, no he encontrado más ser viviente, que algún animal suelto, y he tenido miedo. He llamado á su puerta; no recibiendo respuesta, he creído la casa deshabitada y he entrado en ella.

La muchacha alzó la cabeza; los dulces ojos claros que se fijaban en los suyos, el cabello rubio, el cutis blanco de quien le hablaba así, no desmentían la palabra «forastera»

que ella pronunciara. Sin darle tiempo á que volviera á su actitud huraña, agregó:

—¿Podría usted indicarme dónde estoy, ó más bien el camino que debo tomar para ir á la iglesia del pueblo?

Levantóse. Por la ventana, no más grande que la de la casa de muñecas de la Perla, señaló una dirección, y con una voz apagada, como olvidada de sonar, contestó:

—Por allá.... ¿ve dónde están esas vacas? quedan las casas de don Máximo tapadas por los árboles.... después dobla á la izquierda, y de ahí no más va á divisar las torres.

Alex la contemplaba en su juventud conmovedora. A la luz cruda del día que entraba por la ventana, estaba en su elemento esa fresca flor campestre, que el dolor no había conseguido marchitar. Su cutis moreno era terso, puro, sin una mancha; sus cabellos muy negros, lacios, recogíanse en una negra trensa; cejas muy finas limitaban una frente unida y estrecha de dos ojos obscuros admirables, rasgados como los de las gacelas, con una expresión también igual: azorada y errante, ó dulce y sumisa. En una boca roja y graciosa se adivinaban escondidos lindos dientes; su figura era pequeña.

Alex sentía apretado el corazón y maravillados los ojos, cuando le preguntó:

—Es usted más guapa que yo, si vive sola aquí.... ¿Cómo se llama?

Titubeó; después, convencida que en su nombre no estaba su historia, respondió con modo suave ya:

—Me llamo Rosa, para servirla.

—¿Y su hijito?

—No tiene nombre, dijo, vuelta á su aire huraño y duro.

—¿No conocería por aquí, quien quisiera lavar y planchar ropa de señora y de niña? Yo pagaría bien ese trabajo. ¿No se animaría á hacerlo usted, Rosa?.... Los tiempos son duros para las mujeres. Yo también trabajo: soy maestra, la maestra de muchos niños que .... que viven aquí cerca.

De pronto, tomándole fuerte las manos para que no se le escapase, y mirándola fijamente, díjole con una voz tan persuasiva que parecía dominante:

—Sé su historia Rosa, sé su desgracia, sé su abandono y su miseria; sé sobre todo su edad.... Penetro sus intenciones, me doy cuenta del movimiento de indignación que le ha hecho desechar con violencia el socorro de la señora que vino antes que yo; sus amonestaciones y sus consejos. Sólo oyó usted el nombre, y no podía saber que quien se los traía era una santa. Pero yo no soy lo mismo; soy simplemente una muchacha como usted, mi pobre Rosa; tan pobre como usted y más aislada, porque no estoy en mi propia tierra, porque el mío es el aislamiento del ex tranjero... Y para que vea más claras nues-

tras semejanzas, agregaré, que aun en el caso de mayor desesperación, aun en caso de locura, tendría que volver á la razón porque también tengo un ser débil, que como su hijito, sin usted, sucumbiría él sin mí.

Rosa sometida en el primer momento por la sorpresa de encontrarse así violentada, sintióse después acariciada por el sonido de esa voz clara y pura, que ella comparaba á la campanilla de plata que anunciaba el *Sanctus* los domingos en la Misa, y por el sentido de las palabras, consoladoras á fuerza de ser inteligentes.

Al compararla consigo misma, al encontrar la disculpa antes que la falta, al librarla de frases, de reproches, de consejos; al dejar la moral para más tarde, para el día propicio á su germinación, tratando de remediar lo único remediable por el momento; al mostrarle el camino del trabajo, al hacérselo práctico imponiéndoselo indirectamente, al poner bajo sus ojos el deber bajo la forma tierna de dos niños, la arrancaba violentamente de la abyección, preparábale la entrada de la regeneración. Lo que no habían conseguido las exhortaciones del sacerdote, los ruegos de la Santa, el llanto de su propio hijo, lo conseguía la palabra límpida y convincente de la joven.

Las largas pestañas de seda, que proyectaban sombra sobre las mejillas de la ingénua pecadora, aleteaban como las alas de una go-

londrina mojadas por la lluvia; las lágrimas estancadas empezaron á caer una á una de sus ojos, rodando hasta sus manos inmóviles, y descargándole de su peso el corazón. Parecíale que después de un largo invierno cruel, Alejandra llegaba trayendo consigo la tibia estación de los deshielos; que la mano blanda que se posaba ahora sobre su cabeza enloquecida, la sacaba de un abismo en que hubiera estado suspendida, luchando entre el vértigo y el terror.

Una sola exclamación patética, una sola tirada dramática, no habían salido de esos labios en flor que exhalaban la salvación como su propio aliento. No había dejado escapar uno solo de esos pensamientos nuevos, originales y profundos, que sin darse ella cuenta, brotaban espontáneos y atrevidos de sí misma, y quedaban flotando en otros espíritus altos, hasta que una vez hecho el trabajo de absorción asentábanse en ellos para permanecer. La niña madre no los hubiera comprendido.

¡Hablar de perdones misericordiosos á la criatura abandonada que tenía tanto que perdonar!.... ¡Explicarle el significado de «rehabilitación», abrumadora palabra para tan pequeña frente!

No; pronunció en la lengua de esa alma primitiva, tan solo palabras sencillas, transparentes y familiares, las únicas que sabrían abrirse su camino para llegar hasta ella. Era

como hacer el movimiento simple y natural de la mano que se extiende para levantar al caído en tierra.

Por eso iba á ella, sin vacilaciones ni violencia la muchacha impulsiva que ahora le pertenecía, y en la que veía cambiarse la expresión arisca del primer momento, en otra sumisa de dulce confianza.

Enseñándola á luchar, á valerse de sus manos para vencer la necesidad, la libraba del riesgo único á que la creía expuesta: el de una nueva caída, que llevara á rodar, rodar, su pobre vida. Lo que ignoraban los viejos sabíalo la joven: que el «pecado sin perdón» ya estaba lejos.

Un ser así, podía haber atentado contra su propia existencia, en ese primer momento de cólera ofuscadora hasta la locura, que anula todo lo que no sea la necesidad imperiosa de destrucción, el impulso ciego de la venganza; y que quien la siente, en su impotencia, vuelve el arma contra sí mismo. Pero ahora el momento había pasado, y esa mente era demasiado simple para concebir lo que otros van á buscar en igual caso: el reposo en la muerte.

El niño despertó llorando y la madre lo tomó en sus brazos. No se calmaba, y el llanto se hacía convulsivo. Sentóse entonces en una silla desfondada, y puso en sus labios el fruto fresco, turgente y jugoso de su seno. El niño se calmó, y cerrando con aire beato sus mag-

níficos ojos, acariciaba con su pequeña mano la dulce fuente de vida que saciaba su hambre y su sed; la madre le sonreía por primera vez desde que viniera al mundo.

El espíritu artista de Alejandra, que no dormía nunca, recordó ante ese cuadro, á las Fornarinas de Rafael disfrazadas de Madonnas. «¡La madre del Amor Hermoso!» dijo, besando al niño, obscuro y lustroso como el hijo de un gitano.

¡Verdadera Caridad la que consuela y auxilia sin humillar, ni en la miseria ni en la falta!

—El coche no viene y son las cinco, agregó, mirando su reloj del tamaño de una avellana, con el monograma de su madre.

—¿Y está segura, niña, que vendrá? Son tan embrollones los cocheros... ¡Si ha ido á tomar la copa á la pulpería, adiós!

—Dolores le recomendó mucho que viniera á buscarme; le ha dado propina y pagado con anticipación.

—Entonces tenga por cierto, niña, que no lo hará, dijo Rosa, con una risita que se burlaba de la poca malicia de su protectora.

—¿Quedamos convenidas que trabajará un poco para mí, Rosa?

—Plancho muy mal, niña, y el agua de pozo no blanquea la ropa, pero si usted lo quiere....

—Siempre lo hará mejor que nuestra actual lavandera. Tendrá también la ropa de Eugenia, una buenísima señora que vive con nos-

otros.... Ya le he dicho, Rosa, que soy pobre; no me es posible hacer obsequios. Por lo tanto este dinero que le dejo, es un adelanto al trabajo que le llegará desde mañana, díjole, entregándole diez pesos, que eran una parte del que Dolores había destinado para socorrerla.

Impaciente al ver que el carruaje no llegaba, salió á la puerta seguida de Rosa; haciendo pantallas con sus manos, trataban de divisar alguna nubecita de polvo, alguna manchita rodante que se los anunciara. No percibieron más que la planicie cubierta de pasto mustio y sediento, y á la izquierda, interrumpiendo la línea del horizonte, los bosques espesos y obscuros de los grandes árboles plantados por los abuelos de Máximo, y el bosquecillo, de un verde claro y tierno, de los más jóvenes de su parque.

La temperatura subía, la atmósfera hacíase más pesada; todo aparecía como paralizado. El cielo había estado hasta entonces uniformemente gris; ahora ese gris empezaba á dilatarse por el calor, y nubes obscuras á destacarse sobre él en grandes relieves.

—No espero más, y me voy á pie. ¿Antes me da un vaso de agua, Rosa? Yo tendré, mientras, su bebe.

El niño, satisfecho, gorjeaba de contento, sin más vestido que un pequeño «chiripá» de tela blanca, cuando Alex lo tomó en sus brazos con aire más maternal que el de la propia

madre. Sentóse en el resto de tronco de un eucalipto, y meciéndolo miraba al frente, tratando de trazar el camino que la llevaría más ligero á su casa. Un perrito cuzco, único compañero de Rosa, ladró y gruñó anunciando algún extraño. Ella no prestó atención, y siguió arrullando al niño, sin ver al jinete que se acercaba por el lado contrario al que ella miraba. Él, que no sólo la había visto sino también reconocido, la saludó desde arriba de su caballo:

—Buenas tardes, mi amiga Alex.

Al oir la voz de Máximo tuvo una exclamación de sorpresa y volvió hacia él su cara.

—¿De dónde sale usted? Lo creíamos en la ciudad.—Sin darle tiempo á hablar, continuó más apresuradamente:—Olvide por una hora sus «mañas» de niño terrible, y calle. Más tarde sabrá la aventura dramática, el drama odioso y cruel, que me ha conducido hasta este pobre rancho. Por ahora, ciego, mudo y sordo.

—¡Está bien mi coronel! le contestó haciendo la venia, y bajando del caballo.

Ella le refirió el chasco del cochero.

—No me extraña, son unos cachafaces.... Llegué esta mañana. Sentí mucho no haber podido venir ayer con Dolores; estaba ocupado en pacificar á dos amigos, empeñados en batirse. En «pelear» dirían mis gauchos... «*Cherchez la femme*».

—¿Todavía se baten ustedes por nosotras?

Hay que pedir al Padre Eterno que nos devuelva á Cervantes.... Los ingleses, gente práctica, les enseñan. Aunque proclaman ser ellos los depositarios de las tradiciones, las abandonan cuando conviene, y han substituído el acero por los nudos de los dedos, que si no atraviesan el corazón, aplastan la nariz y saltan los dientes... ¿Será porque en mis venas corren mezcladas sangre de antiguos piratas y sangre de antiguos hidalgos, que prefiero yo la espada? ¿Será por eso, que tengo yo más cariño á don Quijote que á Sancho?... Pero ello no quita, agregó con una sonrisa burlona, que me horrorice todo lo sangriento y brutal, que deteste las querellas, y proteste como todas, desde el fondo de mi corazón, contra ese duelo.

Mientras hablaba, Máximo ató las riendas de su caballo en el tronco de un sauce, y levantaba la cabeza para responder, cuando apareció Rosa con un mate en la mano, el que ofreció á Alex, diciendo:

—El agua de pozo es tan fea, que le traigo más bien un matecito.

—Gracias, contestó sin mirar á Máximo, adivinando que se reía de ella al verla chupar con mucho cuidado la bombilla. ¡Qué calor!... Me siento oprimida.

—Va á llover, aseguró Rosa, que veía cruzar gritando una bandada de patos salvajes.

—El carruaje no viene; me voy á pie, dijo resuelta Alex.

—Voy á buscarle el mio.

—Le agradezco, Máximo, pero mientras lo atan y llega, será muy tarde... Bueno, Rosa, adiós.

—¡Vuelva! pidióle la muchacha con una buena sonrisa de reconocimiento, y una mirada de sumisión.

—Sí, mi pobrecita, le contestó en voz baja, lejos de Máximo, que se mantenía á distancia. Pasado mañana volveré y le traeré su tarea. Valor y paciencia; somos muy jóvenes para desesperar. La vida es larga y muy cambiante... ¡Oh! ¡si es cambiante la vida! añadió, más ya para sí misma.

Besó al niño y caminó en dirección al «Ombú» seguida de Máximo, que abandonaba su caballo. A cierta distancia se dió vuelta, y vió á la joven madre que la miraba alejarse desde la puerta de su rancho.

Para alentarla la saludó sacudiendo una rama del sauce que había cortado al pasar. Rosa le contestó, sacudiendo á su vez las manos de su hijito que tenía en los brazos. Mientras lo hacía, corrían por sus mejillas lágrimas dulces de gratitud; de las que sólo brotan de un corazón que la desgracia ha herido sin pervertir.

Alex refirió á Máximo sus desventuras, callando nombres que quería reservar.

¡Ah! ¡qué lejos estaba él de sus sospechas injuriosas de la ciudad! No era únicamente el irresistible ascendiente de la joven el que ha-

bía operado su cambio, sino también el medio, la atmósfera, el ambiente.

Extraordinariamente impresionable, lo que veía hoy borraba lo que viera ayer, y sus ojos de escéptico se abrían para abarcar la hora presente.... En esta hora olvidaba á los otros, para admirar sólo á Alejandra, en toda la fuerza de su jòven energía, en toda la pureza de su pensamiento, en toda la eficacia de sus obras. Un deseo lo impulsaba á decirle simplemente: «Alex, necesito ser perdonado». Por qué no osó decirlo!......

—Recién me acuerdo de su flojera para caminar, viejo tío. ¡Cómo he podido permitirle tal sacrificio! Son veinte cuadras......

—En su compañía, Alex, se acortan el tiempo y la distancia; se olvida el cansancio.

—¿Y me lo dice serio? ¡Cumplidos, y cumplidos de usted á mí, Máximo! Aquí, tan cerca de los trigales toman los tonos de un madrigal.

—¡Si supiera qué sinceramente se lo digo-sin embargo, y qué lejos.....

Un trueno sintióse del lado del mar.

—Lo que no está lejos es la lluvia, replicó. ella vivamente. Apresuremos el paso..... Me fatiga caminar.... qué gran paralización!.....

—Si, apresurémonos; en esta estación la tormenta es traicionera.

Callaban para caminar más ligero. Un fuego que parecía salir de la tierra los quemaba, Todo estaba mustio y desteñido; las plantas,

los árboles, parecían meditabundos y envejecidos.

Máximo, más conocedor de la rapidez con que se resuelven en su tierra las tormentas del verano, y viendo señales en el cielo que lo intranquilizaban, apuraba el paso para que ella lo siguiera.

Veía llegar la obscuridad que precede al huracán; sus pupilas dilatadas para alcanzar mayor espacio, no conseguían distinguir un refugio. No se perdonaba haber consentido que Alex se volviera á pie.

Sentía ya el galope del viento que se acercaba, y que ciertamente no les daría tiempo llegar..... De pronto se desencadenó, y libre, arrolló todo á su paso. Las nubes se ennegrecieron y como si ellas hubiesen apagado el sol se hizo la noche en pleno día. Se oía á lo lejos el bramido del mar.....

Alex gritó porque tuvo miedo. No era el peligro, pero era más aterrador.

—¡Stella! murmuró después, angustiada de la angustia de la otra, allá sin ella.

—No piense en Stella ahora, Alex, le aconsejó su compañero cuya voz desmenuzaba el viento. Verá cómo se ríen al vernos llegar llenos de tierra..... la van á confundir con la Muschinga..... Ya va á pasar.....

Esto decía para distraerla, pero no se distraía él. Temía que en lugar de pasar, el huracán aumentara; temía un ciclón. El viento arreciaba y les impedía casi caminar. «¡No se

mueva, Alex!» le gritó, y tomó fuerte su brazo. En ese momento agradeció al azar que lo había llevado á pasar por el rancho, de vuelta de visitar á un viejo peón de su padre, que estaba enfermo. ¡Sin eso, Alex estaría sola ahora!

Por fin divisó una tapera agonizante, y arrastró hasta allí á su compañera.

Ella cerró los ojos. Él miraba el horizonte siniestro, impreciso, envuelto en brumas, que los relámpagos incendiaban, y alcanzaba á ver sus grandes árboles, sacudidos por el viento, inclinar sus cabezas hasta tierra; y más lejos, destacándose, una fila de álamos, que parecían una legión de sombras fugitivas.

Comenzó á caer la lluvia; gotas chatas, pesadas, distanciadas primero, más seguidas después, hasta que las nubes se rasgaron, y un torrente inundó el suelo. En un segundo estuvieron empapados. Máximo echó su saco sobre las espaldas de Alex, que sus manos palparon mórbidas y heladas, estremecidas bajo la finísima batista de su blusa.

—Sea valiente, sobrina, está con el viejo tío, díjole, apenado por ella y colérico con su propia impotencia.

Alex, penetrada de humedad y de frío, experimentaba un malestar físico que no podía vencer; el viejo tío notó que lloraba con pequeños sollozos sacudidos, como los niños que tienen miedo. El se esforzaba por parecer des-

preocupado y bromista, aunque estaba tan nervioso que sus manos y su voz temblaban.

Enmudeció, faltándole para ella las palabras dulces y acariciadoras que se encuentran siempre en momentos semejantes para consolar y alentar á las mujeres. Era tan diferente de las otras; había, á pesar de su franqueza, tanto del enigma y tanto del misterio en esa sonriente joven, fuerte como una Valkyria!

Al fin atrevióse ella á mirar también á su frente. Los relámpagos la deslumbraron. Volvió á levantar los ojos, y vió al rayo fulminar á lo lejos un árbol secular..... Sin un grito, sin una palabra, dejó caer la cabeza en el pecho de Máximo, como lo había hecho su hermana. Y Máximo, como habíalo hecho con su hermana, permaneció inmóvil, conteniendo su respiración. Así, con infinitas precauciones también, la tuvo escondiéndose en su pecho, de la naturaleza en furor.

Toda la nerviosidad que necesitaba ella contener siempre, se libertó; toda la energía que había en ella para los otros, sabiéndose inútil en ese momento, la abandono, y él vió sólo un ser débil que se refugiaba en su fuerza; conoció á Alejandra en toda su adorable flaqueza, que la completaba.

Ese momento podría haber durado días y años, que él no se habría movido de su sitio. Fué uno de esos momentos de absoluta dicha, sin pasado y sin futuro, que se sienten y no se

razonan; que á pesar de su intensidad no continúan...

Al rato les pareció oir el ladrido de un perrito; el ladrido se repetía más cerca y más lejos, como si el perro corriera alejándose y volviendo, hasta que sintieron la respiración jadeante del animal, ahí, á sus pies, y al mismo tiempo una voz de mujer que apagaba el viento.

—Señor, niña, soy Rosa, decía esa voz; me imaginé que se habrían amparado en la tapera, pues no podían haber tenido tiempo de adelantar más camino cuando empezó la tormenta. He tardado en llegar, porque traía de frente el viento y el agua. Señor, aquí le traigo la manta que estaba en su caballo, y mi colcha para la niña.

—Dios te lo pague, hija, díjole Máximo, envolviendo á Alex en su manta, la que en su enervamiento, dejábalo hacer.

—Sígame, señor, volvió á decir la muchacha; no se desvíen de la senda que yo llevo porque hay muchos pozos. Ahora iremos muy ligero porque el viento nos empuja.

Rosa volvió á tomar el sendero de su rancho, precedida de su cuzco y seguida de Máximo que conducía del brazo á Alejandra, cuyos vestidos mojados le pesaban, golpeándola á cada paso... Por fin llegaron. El rancho permanecía en la obscuridad, de la que salía el llanto del niño, que su madre dejara solo al ir en su auxilio.

—Disculpe, señor, pero no tengo vela, dijo la muchacha.

Esta sola palabra reveló al hombre afortunado, la miseria en toda su desnudez. ¡Esta sola palabra reveló al heredero de millones, al poseedor de arcas opulentas dignas del Sultán, que allí, en su propio campo, á las puertas de su mansión señorial, reinaba la miseria en su más espantosa realidad!

Alex salió de la especie de letargo interior en que se encontraba, y recién los dos pensaron y sintieron toda la generosidad, toda la nobleza y valentía de la pobre criatura, bajo cuyo techo de paja se cobijaban.

Antes de subir al carruaje, una hora después, Alex, con el alma en los labios, besó al niño y estrechó las manos de la madre. Máximo dijo:

—Tu niño no tiene nombre. Llamémosle Alejandro: yo seré su padrino.

—¿Y por qué no más bien Máximo? preguntó Alex.

—Alejandro Máximo, entonces, dijo la madre.

—Sea, dijo él riendo. No puedes calcular, tú, muchacha, el peso del nombre que acabas de dar á tu hijo.

Con la preocupación del estado en que temían encontrar á Stella y á los otros, llegaron al Ombú. Desde lejos oyeron sus voces unidas en una loca carcajada, y al entrar á la sala, vieron una escena singular. Todos ellos, re-

unidos en un mismo sitio, miraban á un mismo punto de la pared: un punto negro y movedizo. Miguelito hablaba y accionaba como un charlatán de feria; los demás aplaudían festejando sus gracias. Se acercó aquél á la pared, y colocó un pedacito de papel, enrulado como un cigarro, en la mancha negra que empezó á agitarse, lo que aumentó las risas y manifestaciones de los niños.

Estos estaban tan absorbidos por su diversión, que no habían sentido á Alejandra, la que necesitó golpear las manos para llamar su atención. Al verla, le gritaron, señalándole el enorme murciélago clavado en la pared con el cigarro en la boca: «¡Mirá, Alex: es el retrato de la Muschinga!»

Rosa permanecía en la puerta de su rancho.

En el cielo despejado apareció el Arco Iris. La tierra se extendía húmeda y reverdecida. Una alegría ligera había llegado detrás de la tormenta. Los pajaritos secaban sus plumas en las ramas y bebían las gotas en las hojas; una que otra golondrina cruzaba como una flecha, lanzando un chillido.

Púsose la muchacha, de pronto, á cantar.

Demasiado ignorante y pobre de imaginación, no podía, frente al Arco de los siete colores, confundir á Alejandra con la mensajera de los dioses, ni crear un hada errante con quien comparararla. Pero algo le decía que

esa joven extranjera que le había traído en sus palabras el consuelo, había traído para su hijo la fortuna.

Empezaba á creer que era verdad lo que le había dicho con su voz tan clara: «¡Rosa, la vida es tan cambiante!» . . .

Y por eso cantaba.

XVIII

La rubia playa secábase al sol. El sol doraba el mar; el dulce, el bravo mar Atlántico. Dulce él hoy, mecía maternalmente, como á una cuna, la barca toda blanca que esperaba en la orilla.

El barquero que reposaba en su fondo, saltó á tierra al divisar el carruaje que se había detenido á la distancia, y del que bajaban Máximo, y sus invitados á la pesca, «exactamente igual á la del buen Jesús».

Un momento después, la barca se deslizaba suavemente sobre las aguas transparentes y pacíficas.

Al principio los niños sintieron cierto recelo, que se manifestaba en su quietud y en su silencio, mas luego, todo él desapareció.

Stella, cómodamente colocada por Máximo en el sitio mejor, al rato narraba sus leyendas y pedía al barquero las suyas, que los demás escuchaban maravillados.

Alex, que permanecía callada, vió en el otro extremo parado á Máximo. Había puesto un

pie sobre la banqueta, y abstraído miraba á lo lejos......

La joven pudo examinarlo en plena luz, en uno de esos raros momentos en los cuales se es para los otros, lo que se es realmente, Con la cabeza levantada, un poco inclinada á la derecha, serio y silencioso, tenía aire pensador y dominante. Habíase sacado el sombrero; sus cabellos emblanquecidos en las sienes, movíanse al aire y dejaban descubierta toda la frente de líneas nobles, que hacía más amplia la escasez de esos cabellos. La nariz pronunciada y algo gruesa, expresaba la fuerza y la sensualidad, mientras que bajando, lã mirada encontraba una boca grande y rosada. Boca de bondad indulgente; de inmensa bondad triste.

Absorbido por el pensamiento que lo alejaba, no se preocupaba en reprimir la fuerza de expresión de sus ojos, que pareció á Alejandra de tal potencia, que no recordaba haberla visto igual en otros. Grandes, abiertos, un poco salientes, sus pupilas eran dos gemas verdes y transparentes que tenían las reverberaciones del mar, y atravesaban de parte á parte las flechas de la luz. Todo Máximo estaba en sus ojos; todas sus energías, sus vibraciones, su inteligencia, su pensamiento, su generosidad, su altivez, sus pasiones, su potencia intelectual había que buscarlas *allí*...... El cuello, corto, grueso, vigoroso, moreno, menos pálido que su cara,

que era de una palidez mate igual é inalterable, nacía libre de la camisa blanda de seda. Sus manos cuadradas, tenían expresión impaciente; la expresión voluntariosa de todo su ser, del que emanaba una fuerza tranquila, segura de sí misma.

Alex tenía delante ahora, lo que Máximo era. Una de esas naturalezas raras, prestigiosas, que se imponen por simpatía; cuya presencia anima, persuade, arrastra y subyuga sólo con quererlo, porque han nacido con el privilegio de conmover á los otros.

Una nube pasó por sus ojos, que pestañearon más ligero, como un corazón que multiplicara sus latidos por un recuerdo, ó una emoción.... los entornó.... volvió á abrirlos bañados de una gran suavidad tierna. «¿Qué piensa para transformarse así?» preguntóse la joven que lo seguía. «No lo sabré jamás; pero sí sé ya ahora, que tiene dulce el corazón, á pesar de la amarga ironía, de la triste burla de sus palabras».

Entró nuevamente en ella un deseo persuasivo de confiarse á él. No lo hizo sin embargo. Quería hacerlo: ¿lo podía?......

Se sumergió ella también en sus pensamientos. Su mano cayó fuera de la barca, y al contacto de esa agua gruesa y salada, recordó otros tiempos y otros mares; otros cielos y otras personas amadas.

A medida que entraban más adentro, el mar se rizaba; no eran ya las aguas lacias

de la orilla. Había olas ahora; pequeñas olas que se cruzaban y se abrazaban sin gritar, que no tenían lamentos ni gestos desconsolados todavía.

Máximo volvió de su abstracción, y miró á Alex como ella lo hiciera con él un momento antes. Percibió que sus ojos seguían los movimientos del agua que cubría su mano sin ocultarla, como un velo verde que transparentara una rosa; pero comprendía que sus ojos bajos miraban á lo alto. El reflejo de un inmenso cansancio moral, de una profunda melancolía aparecía en su semblante.

En ese instante, supo más de ella, que en los dos años transcurridos desde su presentación en el hall de la casa de Maura. Y una gran pena sintió: acababa de convencerse que en la alegría de Alejandra había mucha voluntad.

Levantó ella los ojos y se miraron. El apoyó ahí, en ese azul los suyos, y se sonrieron.

Una gran animación reinaba en la proa. El barquero contaba á sus nuevos amigos secretos del fondo del mar: sus bancos de corales, sus grutas de cristal; la historia de sus Ondinas, los cantos de sus Sirenas, la forma de sus Tritones....

—Mi papá es navegante como usted, dijo Stella, que también tenía su secreto,—ella y sus primitos creían al barquero una especie de almirante.—No ha vuelto, porque ha ido muy lejos él; ha ido hasta el polo Artico

mi papá..... Es muy lejos, me dice Alex, y hay mucha nieve allí. Tanta nieve, como hay agua en el mar.

—¿Y el barco cómo entró entonces? preguntó la Perla.

Todos esperaban una explicación.

—Porque entra cuando se derrite la nieve, dijo Miguelito.

El grito que lanza aquél que creyéndose perdido ve una rama y quiere asirse, fué el grito de Stella al oir la respuesta de su primo.

—¡Ah!... ¡Es cierto que la nieve se derrite!.... ¿Y podrá derretirse tanta nieve?..,..

Albertito, grande é inteligente, se dió cuenta de lo que pasaba en la niña, y se apresuró á decirle:

—Si, mi hijita: la nieve se derrite toda, toda, y es entonces que dejando libres á los barcos de los exploradores, pueden éstos volver. Todos los que van, tardan muchos años en regresar, querida; hacen largas invernadas, muy largas, de años y años..... pero vuelven ellos siempre.

—¡Será entonces..... será entonces..... cuando se habrá derretido toda la nieve que podrá volver nuestro papá! exclamó ella con la voz de una esperanza que resucitaba.

Máximo vió turbio un momento. Sólo él sabía lo que verdaderamente pasaba en esa pequeña alma, que era única entre miles y millones de pequeñas almas.

Cuando miró otra vez á Alejandra, sus ojos

habíanse bajado nuevamente, siguiendo siempre el movimiento de las aguas.....

Se aproximó á ella, sentóse á su frente, é iba á hablarla; calló, para dejar que preguntara la Perla.

—¿Cuándo empieza la pesca?

Su pregunta alborotó á los otros, que la repitieron á una voz. Sobresalió la de Florencio:

—Ché, Máximo, ya podíamos pescar.

—¿Y saldrá llena la red? consultaba Elvirita.

—Alex, gritó muy alarmada Chochita, ¿y si sacamos á ese señor, que es mitad hombre y mitad *pescao?*....

—¡Yo le tengo mucho susto! exclamó Nenuca, que volvía á recordar los «tigues» de la Atalaya.

—¿Y qué come ese señor? preguntó Susana más floja que la Nenuca.

—Come negritas, aseguró Miguelito, siempre mal intencionado.

Hubo que consolar á la Muschinga y tranquilizar á los demás.

—¿Cuándo empezamos la pesca? digo yo como Florencio, preguntó Alex.

—Cuando lleguemos á aquella faja obscura. Allí encontraremos otro barco que nos espera con la red y con los hombres que nos ayudarán, contestó el barquero.

—¿Qué le parece, viejo, sacaremos algo? Si no, habrá que recurrir al milagro, querida

sobrina..... Mientras tanto, charlemos un poco nosotros; vamos mudos como dos pescados, dijo Máximo aproximándose á la joven.

Conversaron. De la indolencia, á la que Alex llamaba delito sin fruto y sin remordimiento, lo que provocaba la carcajada sonora de Máximo; de arte, de preferencias, de viajes. Entraron luego á cosas más íntimas. Habló él de ambiciones, ideales y ensueños de su juventud, corola ardiente que se agostó temprano; de ídolos caídos; de todos aquellos desvanecimientos y reacciones, de todos aquellos esfuerzos... De su abstención al dejar recién la lucha, de decepciones, de repugnancias, de tedios; y por fin, cayendo sobre todo eso como un sueño de plomo, la indiferencia.

—No necesito más para saber que no es usted feliz, Máximo, díjole ella. Ayer, cuando me consultaba: «¿Para qué me serviría mi voluntad?» le respondí: «Para concentrarla en un solo fin». Ahí tiene usted ese fin: encontrar la dicha.

—¿Puedo pedir á mi maestra que me defina esa dicha?

Máximo sentíase empujado á hacer la pregunta, no por la idea de que se le indicara la dirección de la quimera, sino única y exclusivamente por el goce de oirla y verla decir. Hacíale siempre preguntas breves y concisas, mirándola á los ojos, para obligarla á contes-

tarlas directamente y sin ambigüedades. Porque lo que deseaba, era tener su pensamiento palpitante y desnudo, en el que había empezado él á deslizarse suavemente.—Así se deslizaba suave sobre las aguas la barca que los conducía, la que pronto iba á penetrar á lo más hondo.—Porque en sus palabras no buscaba el sentido que otros les habían impuesto, sino el sentido nuevo que parecía darles, al filtrarlas, esa mente.

Llegó su respuesta:

—¡Oh! sería definir lo indefinible... ¿No sabe usted, sabio discípulo, que la dicha no tiene forma?

—¿Para qué tiene usted entonces esa imaginación, con más pedrerías que los cofres del Gran Turco?... Veamos: ¿cómo se la imagina usted?

—No la imagino; la siento dentro de mí, aun sin poseerla, como la sentimos todos: como una suprema aspiración que nace y muere con nosotros.

—Y si el viejo amigo de Stella, el nuevo amigo de Alex, le pidiera como un mendigo, como un hambriento, que diera forma para él á esa dicha y se la ofreciese, ¿qué le ofrecería usted?

Con una gran seguridad le contestó.

—¡El alma amante de una mujer!

Él estiró su cabeza y la miró más de cerca.

—Sí; amplia, fina, suave y firme; dulce, apasionada, dominadora y sumisa... A us-

ted ofrecería, Máximo, el alma femenina de los grandes alientos, de los grandes amores, de las grandes abnegaciones.

Si esta conversación hubiera tenido lugar en Buenos Aires, en casa de sus hermanas ó en un salón de fiesta, en el ambiente aquel hostil para la joven, habría tomado en el acto un giro ligero y jovial; habría saltado brillante el *esprit*, que manejaban los dos como su propio idioma. Y allí donde se la juzgaba hábil y coqueta, habríala él seguido creyendo hábil y coqueta, y no se hubiera librado de la sospecha de una «insinuación».

¡Qué lejos estaban esos días!

Pensaba él ahora, que el alma de los grandes alientos no podía ser otra que la de aquella Alejandra que se le revelara delante del retrato de su padre, seria y melancólica, ó cantando risueña en el alfalfar. Que la de las grandes abnegaciones no podía ser otra sino la de aquella Alejandra del rancho de paja; la de Alex, la hermana de Stella.

Y en vez de sospechar insinuaciones, sospechaba una altivez que ignorara en la ciudad; que había entrevisto recién bajo los árboles.

Algo de indefinido y de intangible, como decía ella ser la dicha, flotaba dentro de sí mismo; algo extraño, exótico, que no podía combatir, por ue no se combate con lo desconocido.

Sentíase n vamente subyugado por la

energía y firmeza de sus creencias, bajo la ferviente vestidura con que sabía ella cubrirlas.

—La piedra filosofal.... dijo.

—No le daría la alquimia, ciertamente, lo que aspiro para usted. ¡El amor fiel, fuerte y seguro; el amor desinteresado de una mujer que lo valga!.... Cuya mano levantara audazmente la cortina y le mostrara como á un niño, que las sombras que nublan su vida son sólo sombras.... Una mujer muy valiente, que le enseñara el valor, la bravura que le faltan para arrostrar la emoción y el recuerdo, ante los que huye usted siempre. El valor de ver sufrir, y el valor de la memoria. Sin la emoción y el recuerdo, ¿qué es la vida, viejo tío? Es el agua cstancada, es el oro en la mina.... Vive usted de privaciones y es ése su vacío. Se priva de amar, de creer, y de sufrir; se priva de esperar....

—Sintetice, y convierta su definición en un consejo, Alex.

—Amar y ser amado.

Máximo soltó una de esas tonterías de que sólo son capaces los hombres muy inteligentes:

—Espero resignado su sentencia: casarse Máximo, formar su hogar, fundar una familia, etc., etc., etc... Es el consejo obligado con que se obsequia á todos los solterones, y más cuando se tiene el envidiable privilegio de tener fortuna.

—Otra enfermedad de que adolece usted, viejo tío: la obceción de su fortuna. Necesitaría curarse, convenciéndose que la gente, cuyo juicio merece la pena de tenerse en cuenta, lo preferirían sin ella, pues según me ha dicho, le ha impedido ser lo que podría y debería ser.

—Ya ve, encantadora maestra, que se envejecería usted antes de acercarme á la perfección.

—No aspiro á la perfección para mis discípulos; se parece ella demasiado á la insensibilidad. Piensa y siente usted con tal intensidad—ya ve que no creo en su indiferencia artificial—tiene usted tan propia personalidad, que merece tener defectos; ellos sólo serán los huecos que formen sus relieves.

Fijó él en ella sus ojos extraños, llenos de fosforescencias y le preguntó:

—¿Y usted, Alex, es feliz?

Su cara se cubrió de una sombra rosada, y contestó con voz menos segura y señalando á Stella.

—Si usted se refiere á la felicidad que le aconsejo, sí, soy feliz, Máximo: allí tiene á mi incomparable enamorado.

—Una mujer como Alejandra Fussller no es la indiferencia lo que siembra á su paso. ¿Por qué no ha *querido* casarse usted, Alex?

Continuaron uno y otro cruzando preguntas y eludiendo respuestas, hasta que ella le prometió contarle su romance, si él le contaba el «crimen de amor» que había sido causa de

su falta de confianza en las mujeres; de esa indulgencia depresiva que tenía para juzgar todos sus actos.

Muy poderosa tenía que ser la curiosidad de Máximo, para que se resolviera á remover cenizas heladas, asentadas en lo más recóndito desde hacía veinte años. Haciendo un gran esfuerzo, consiguió reavivar el drama extinguido; drama en sus consecuencias. El tiempo había hecho su obra de olvido, pero no de reparación; las ruinas permanecían entre sus propias ruinas. Al sueño de su juventud lo había desvanecido con su primer soplo el desencanto, pero al desvanecerlo hizo imposible para él los demás sueños. La imagen de la mujer querida habíase borrado también; era la imagen que pasa ante un espejo, que la refleja sin guardar su rastro. No los dejó ella tampoco, mas empañó el espejo.

Muy pálido estaba Máximo cuando concluyó de hablar; de una palidez blanca y exangüe, diferente de su palidez cálida y expresiva.

Alex, que lo había escuchado con sus oídos y sus ojos, le dijo un momento después que él callara:

—«A pequeñas causas, grandes efectos»...

—¿Llama usted pequeñas á la traición, á la infidelidad, al interés, al engaño?... le preguntó él muy alterado, y cuyo rostro perdió su palidez, lo que dió instantáneamente á su fisonomía el carácter de un gran vigor.

—No, amigo mío, al decir pequeñas causas, pensaba que para una mujer que olvida, hay diez que no saben olvidar; que no es razonable, pues, renegar de las diez, por haber tenido la mala suerte de caer en la «una».

—Acabo de darle la prueba de mayor confianza é interés que puedo yo dar, Alex, al volver mi cabeza hacia el pasado, dijo él, que deseaba demasiado conocer el de la joven para detenerse á discutir lo que no había discutido ni consigo mismo. Es tiempo, pues, que lo retribuya.

—Sí, Máximo, voy á cumplir mi promesa, sin violencia; le he dicho que no huyo del recuerdo, ni le temo... ¡Mi Idilio es tan sencillo, tan luminoso y tan triste!

Permaneció un momento pensativa; luego empezó con su voz pura y plena:

—En Europa tenía yo la ocasión de tratar á muchos hombres distinguidos, algunos de los cuales me distinguieron. Encontraba agradables sus homenajes, sin llegar á preferir á ninguno. En San Petersburgo, donde reside el cuñado de papá, representante de su país cerca del Zar, conocí á Federico Livanoff, hijo de un general ruso de gran influencia en la corte, y de una española hermosísima, que parecía su hermana, la que me tomó un gran cariño. Tenía él treinta y cuatro años; en su físico se entreveía una salud delicada. Sin poseer lo que propiamente se llama belleza, era una figura muy interesante. Alto, muy

delgado, de una palidez transparente, en sus líneas aparecía la nobleza de su estirpe, y sus ojos, melancólicos y pensativos, se parecían á los de Stella... Era un hombre de reconocida superioridad moral é intelectual. Muy popular entre la clase obrera y proletaria, de ideas avanzadas, precisas y firmes. Frecuentaba la corte, y se tenía tal fe en su lealtad caballeresca, que los grandes, á cuyas distinciones se imponían sus raros dones de inteligencia y de carácter, no desconfiaron nunca de él, porque sabían que mientras él les estrechara la mano no había nada que temer.

Se le sabía fuerza estimuladora y fuerza moderadora al mismo tiempo. En su casa conocí confundidos á todos los hombres descollantes de Rusia; allí traté á toda esa intelectualidad revolucionaria que se encuentra hoy al frente del movimiento demoledor de su autocracia..... Pasaba él muchos meses en Niza, donde nosotros vivíamos casi todo el año. Nuestras casas estaban vecinas, nos veíamos continuamente; se estableció entre ellos y nosotros una gran intimidad, é hicimos juntas las dos familias, un viaje á España..... Yo tenía diez y ocho años, la edad en que mamá se casó. Federico me trataba un poco como á una chica, pero hablaba conmigo de cosas serias. Por él pude penetrar el pensamiento de Rusia, que era su pensamiento. Nada de lo que pasaba en su corazón me había dado á entrever. Su madre se fué á San

Petesburgo y él quedó un tiempo con nosotros recorriendo la Península..... Un día—el Sábado de Páscua en Sevilla—me reveló de pronto, en palabras apasionadas y sencillas su cariño, profundo como todos los sentimientos que su alma nutría. Convinimos que yo hablaría á la noche con papá, y al día siguiente iría él á pedir mi mano. Me sentía feliz, ó más bien, mi felicidad completa entonces, había crecido con ese nuevo amor que entraba en mi vida. Papá y mamá sintieron crecer también la suya; olvidaban la fortuna, la posición brillante, hasta el talento de Federico para recordar tan sólo su corazón y su carácter..... Era demasiado nuevo el sentimiento que él me inspiraba, y yo demasiado joven para que pudiera medirlo entonces; hoy comprendo que era el sentimiento precursor del gran amor que hubiera llegado á ser.

«Feliz el hombre para quien se abra el alma de esta mujer. Feliz aquél por quien llegue ella á sentir ese gran amor!» Así pensaba Máximo en ese instante.

—No lo volví á ver, continuó Alex, con voz más concentrada. Desapareció aquella misma noche; sin una línea, sin una palabra, salió de Sevilla, salió de España. Se lo conté todo á papá, el que sin abrir los labios, me dió un largo beso en la frente.

En adelante, su nombre no se volvió á pronunciar en nuestra casa. Supe por los diarios que estaba en Cannes..... A pesar de lo

extraño de su conducta, no se me ocurrió dudar ni de su cariño, ni de su caballerosidad un solo instante. No pude, por lo tanto, considerarme ofendida, y sufrí sin decepción ni desesperaciones, la privación de su presencia. Sabía sin saberlo, que algo insalvable nos separaba; que algo indestructible de que no podía triunfar su voluntad se interponía entre ambos, y no traté de penetrar un misterio que él deseaba que permaneciera misterio para mí..... Sufrí mucho; sufría por lo que estaba segura que él sufría. Mi dolor era noble y sereno, porque así tenía que ser todo lo que de ése ser viniera, ya fuera la alegría ó el pesar.

Detúvose; aspiró el aire con los labios entreabiertos y cerró los ojos..... «Esta mujer haría olvidar el resto del mundo; la vida á su lado, sería corta: la gastaría pronto la intensidad.» Y al pensarlo Máximo, su respiración hacíase afanosa levantando apresuradamente su ancho pecho.

—Mis padres, siguió diciendo la joven, no hicieron ni la más simple alusión á lo sucedido, sus mimos y caricias aumentaron, y me llevaron nuevamente á viajar. Recorrimos lo ya recorrido; me pareció el mundo más nublado, pero vi en él, después de haber sufrido, cosas de gran valor que antes no viera. Estábamos en París. Un día papá partió; cuando regresó después de una semana, traía su fisonomía marcada por el pesar. Me llamó, me

estrechó contra su pecho, y me contó una conmovedora historia de amor, que era la mía..... Federico, después de confesarme su cariño, tuvo un escrúpulo. Conocía la debilidad de su salud, y quiso cerciorarse de su verdadero estado antes de ligarme á él. Fué ese mismo día ver á un médico amigo, y le exigió la verdad. Salió sabiendo que estaba vencido por la tuberculosis. No vaciló entonces; vió el peligro para mi de un contagio, mis jóvenes años condenados á permanecer amarrados á un lecho de enfermo, y se alejó..... Antes de partir había mandado buscar á papá, y encerrados en la sala de un hotel, de hombre á hombre, sin ocultarse el uno al otro la realidad, convinieron,—¡ellos dos, queridos míos!—en ocultármela á mí cuidadosamente... No quiso escribirme antes ni después, porque conociendo toda su seducción, temía que la correspondencia profundizara en mi corazón las raíces de un amor destinado á morir en su flor. Quería, el muy noble, que yo creyese en una traición, en una de esas acciones, que aunque la sociedad las absuelva, también envilecen á los hombres, para que así, desencantada, lo olvidase sin sufrir.

La voz de Alex se bajaba, se bajaba; sus ojos se empañaban. Máximo, con las cejas juntas, miraba el mar.

Desde la proa les llegaban las exclamaciones de los niños, que encantados oían al barquero declamar con énfasis versos en italia-

no. Aunque no los entendían, eran tan melodiosos, que ellos creían que cantaba, y aplaudían.

Alex reanudó su triste relato.

—Mas, cuando vió aproximarse el fin, que su falta de cuidados y sus amarguras habían precipitado, llamó á mi padre; quería morir en sus brazos.... «Es necesario que Alex—*nuestra* Alex, Frede—sepa por quién ha sido amada. ¡Que lo sepa todo, para que en medio de las vicisitudes que pueda ofrecerle más tarde la vida, se sienta levantada por la idea de haber merecido el amor de un hombre de tu tamaño y de tu grandeza!».... Así le habló papá; tuteándolo como se tutea á un hijo, llamándolo Frede, como lo llamaba su madre.... Sus últimas palabras fueron éstas: «Sí, que Alex sepa como ha sido amada. Diga usted, Gustavo, á su hija en mi nombre, que cuando armada de sus traiciones la persiga la vida, se refugie en mi memoria.»

El acento, la expresión tan elocuentes de Alejandra, habían llegado á su más alto grado. Sus manos habíanse cruzado, y un poco crispadas se asentaban sobre sus rodillas. A sus ojos no los apagaba, los iluminaba la melancolía.

Esa expresión elocuente era en Máximo toda interior. Su alma, como una gran voz, se levantaba para glorificar á Federico Livanoff; la voz se entristecía para lamentar que Alex lo hubiese perdido.

Tardó un momento ella antes de reanudar la narración:

—Murió en sus brazos como lo había deseado, llevándose el infinito consuelo de conocer mi fe en él. A mi me quedó el de no haber dudado.... Me dejó sus tres cuadros preferidos: el retrato de su madre, en traje de manola y el de su perro—dos obras admirables—y un paisaje de Corot.... Este último no está ya en mi poder.... Una terrible impresión me causó su muerte; mi propia juventud me hizo reaccionar. Pero no pasa un día, uno sólo, siempre y en todas partes, que no evoque la sombra del hombre noble y alto que me hizo presentir una dicha que no conoceré jamás.

Calló Alejandra, y miró también el mar. Máximo conservaba su actitud atenta; parecía seguir escuchando lo que había cesado de escuchar.

De pronto repitió las últimas palabras de la joven:

—«¡Una dicha que no conoceré jamás!»... ¿Por qué?....

—¿Por qué?... Porque hay muy pocos Federicos Livanoff en el mundo.

Hizo ella esta respuesta en el tono de una convicción, pero en su tono no aparecía sino esa convicción; no había reproche para los demás, por no ser como él había sido.

Máximo pensó un momento, y luego como

cayendo en cuenta recién, dijo serio, moviendo la cabeza:

—Tiene usted razón, Alex.

Después añadió, dejando respirar por sus labios á pensamientos que le habían ido naciendo.

—Me parece más heroica la acción de Federico que la de Juan Beltrand.... A lo menos yo me encontraría más capaz de la del último.

En la proa tenía lugar ahora un certámen. Cada uno de los niños, por turno se paraba, recitaba su fábula ó su verso, y en medio de las ovaciones volvía á sentarse. Iba á llegarle nuevamente su turno al barquero.

Semejante á la mano que recorriendo una cadena, eslabón por eslabón, se detiene en uno de ellos, el pensamiento de Máximo que recorría todo lo que habían hablado en la barca, quedóse tomado de una frase de Alex: «Para una mujer que olvida, hay diez que no saben olvidar». La lentitud con que la murmuró, hizo que ella levantara la cabeza y lo mirara. Vió él una tristeza tan inteligente en sus ojos, una tristeza que era tristeza porque comprendía, que en un momento de espontánea simpatía, como á una hermana le tomó la mano, que ella como á un hermano le abandonó. Guardó entre las suyas esa mano.

Su pensamiento veloz continuó recorriendo la cadena, hasta que se detuvo nueva-

mente: era en el eslabón de su amor, también muerto en su flor.... pero por haber bebido en una fuente envenenada.

El barquero empezaba su dulce estrofa, en su dulce lengua, «idioma gentil»:

Come il ricordo vago e mal distinto
D'una speranza giovanil caduta,
Come il ricordo d'un affetto estinto
Nel mio vano sognar tu sei venuta.

La sombra rosada cubrió otra vez el rostro de Alejandra, extendiéndose á su cuello, y con una cortedad infantil retiró su mano... Los ojos de Máximo habían cambiado justamente en el momento mismo en que el barquero decía con toda la pasión de su rica sangre italiana: «D'una speranza giovanil caduta,—Nel mio vano sognar tu sei venuta.»

Una sombra igual, pero de un color más subido, cubrió también el rostro varonil de Maximo; era una oleada de su sangre, rica de pasión como la del barquero, que hervía impetuosa, al adivinar en el encogimiento pudoroso de la joven, que el cambio de sus ojos había sido por ella comprendido; y esos ojos adquirieron todavía mayor intensídad.

El barquero gritó... Las dos barcas acababan de reunirse y la pesca iba á comenzar.

Máximo sacudió su impresión, y nerviosamente alerta, ya de pie, gritó con voz sonora:

—Vamos á ver, San Pedro: ¿qué hay que hacer?

—Los compañeros de la lancha han echado esta mañana la red, señor; habrá que sacarla nada más, le contestó el barquero, hombre de cincuenta y seis años, robusto y simpático.

—Bueno, ahora es el momento de decir: Tomás, saca la red.

—No era Tomás, era Simón, dijo Stella.

—¡Qué vergüenza! dijeron los otros. ¡No sabe que no era Tomás, que era Simón!

Los brazos desnudos de los pescadores, en un mismo movimiento de atracción, hinchaban sus músculos por el esfuerzo. Una red palpitante cayó en el fondo; se abrió, y todas las pequeñas vidas que ella encerraba se libertaron para morir. Cien respiraciones jadeantes cien estertores de agonía llenaron la barca. Los pescados, grandes, chicos, de oro, de plata, chatos, largos, cortos, anchos, delgados saltaban... Saltaban entre los pies de los niños que también saltaban á su alrededor, sin atreverse á tocarlos, temiendo á sus largos «bigotes».... Un último salto, y morían.

—¿Quieren, chicos, que juguemos á devolverlos á su casa? preguntó Stella. Allí en el fondo la tienen ellos.

Les pareció muy divertido el juego que ella inventara. ¡Qué divertido era, sí, verlos cómo caían en el agua, y allí, vueltos de su

desmayo, al encontrarse otra vez en su elemento, en un movimiento de expansión dichosa zambullirse en el mar!

—¿En qué piensa usted, sobrina? preguntó Máximo á Alex que tenía los ojos fijos en su hermana.

—Miraba á Stella, contestó; admiraba el cambio favorable operado en ella desde nuestra venida, y pensaba: ¡Cuántos pobres niños se verán privados del aire saludable del mar!

La vuelta fué de una bulliciosa alegría. Alex, Máximo, los niños, el barquero, todos estaban contentos, y así llegaron á la playa que bañaban lás olas.

Habían resuelto que regresarían á la casa á pie. El cochecito de Stella la esperaba. Máximo la colocó en él y apartándose de los demás tuvo una conferencia con ella á solas.

Alex y los niños caminaban despacio esperando que Máximo y Stella los alcanzaran.

La niña hizo señas al barquero de acercarse y le dijo sonriéndole:

—San Pedro, como usted no tiene barca, yo le regalo esta mia, que mi padrino hizo traer de Buenos Aires para mí y para mis primitos. Alguna vez nos llevará usted á dar un paseo en ella sobre el mar; nos enseñará leyendas, y nos cantará canciones.

El pecho del barquero, en el que se aglomeraba la emoción, se levantaba. Sus ojos se humedecían y todas las manifestaciones, en

gestos y palabras, de su raza tan expresiva dirigiéronse á Máximo, que él sabia «Gran Señor», y olvidaron á la niña.

Una pequeña ironía, fina y sutil, rozó los labios del «Gran Señor»; se le aproximó para que ella no lo oyera y le dijo:

—Veo que amas á Stecchetti. Aunque sé que conoces muchos de sus versos, quiero enseñarte uno más. Tres veces lo he oído recitar en tu tierra: por un gondolero en Venecia, por un mendigo en Bolonia, por una cortesana en Roma: Apréndelo:

«¡Signor, la caritá per un pezzente!
«¡Veda, ho fame... son nudo!...
«Per amor del suo Dio»—«¡Non ti dó niente!»
«¡Per l'occhi del suo amor!»—«¡Prendi uno scudo!»

El italiano sagaz entendió en el acto la lección, que quería decir: «El bien se hace por ella». Aproximóse á la niña, y besó su mano.

XIX

El segundo domingo de Marzo, á las nueve de la mañana, entró Cándido, el sirviente de Máximo, á su dormitorio y lo despertó. Había llegado á la Atalaya la noche antes, después de un mes de ausencia pasado en su estancia de la Pampa Central, y el sueño que espantaba Cándido, era el sueño sano y profundo de un colegial.

Sirvióle su te, abrió las ventanas y la luz entró á torrentes.

El muchacho, que tenía la cabeza llena de ideas de fiestas, y proyectaba pedir permiso para ir á la ciudad, anunció á su patrón:

—Señor, es carnaval.

Este, que se sentía hacía tiempo de buen humor, púsose á reir y le contestó:

—Vaya, hombre, que tengo hoy el despertar de la Traviata. Y tatareó, imitando á un partiquín de ópera, los dos compases de la camarera de Violeta: «Signora.... é carnevale»...

Cándido, muy colorado por la risa de su patrón, volvió á anunciar:

—Y es también su santo, señor: que los cumpla muy felices.

—Otro anuncio carnavalesco. Cumplo cuarenta y dos, muchacho. Ya ves que vamos para viejos.

Un rato después, cuando leía los diarios en la terraza del piso bajo, un peón del Ombú le entregó unos paquetes y se retiró. Con la impaciencia de un niño que abre una caja de juguetes ó una bolsa de bonbones, abrió el primero, que le descubrió una carpeta bordada para papeles, dentro de la cual había una carta de letra de Stella, firmada por ella y la Perla. Las dos ahijadas, siempre unidas, la habían bordado para su padrino.

En el otro encontró un gran tríptico precioso, de madera clara y bronce. Una exclamación de placer enternecido tuvo al ver lo que encerraba. Eran tres fotografías: más chicas y en marco oval las dos de los lados, más grande y en uno cuadrado la del centro.

Albertito enviaba á su tío un recuerdo patente del día memorable de la visita á la Atalaya. Había mandado á Alberto, su padre, sus placas; aquél hízolas revelar en Buenos Aires, agrandar, y encuadrar; resultaba una obra de arte.

El inteligente niño había copiado tres escenas interesantísimas, y un artista habíalas iluminado primorosamente.

En la de la izquierda, aparecían los niños rodeando á Stella. Aparte y más próxima, la Perla, con su cabellera suelta, tenía en su mano la de su amiga. ¡Qué contraste admirable el de la hermosura esplendorosa y brillante de la una, con la belleza delicada, endeble, transparente, toda espiritual de la otra! La Perla asentaba firme su pie en la tierra, que era su reino, levantaba su cabeza dominadora, abriendo grandes y resueltos los ojos sobre el mundo, aspirando toda ella el goce de vivir. Stella, en su coche, ocultos sus piecitos que no tocaron nunca este suelo, sugería la idea de un ser que permaneciera irresoluto entre el cielo y la tierra, sin atreverse á dejar abajo á los que amaba, anhelando volver á lo alto; allá... donde tantos la esperaban.

Un grupo de gauchos, en su traje nacional, —el chiripá, el poncho, el chambergo, las botas, las espuelas—detrás, á la distancia. El payador con su guitarra, sentado en un tronco, los ojos en el vacío, cantaba. Como fondo, un pedazo de cielo y los viejos árboles de los abuelos.

En la otra de la derecha, la terraza llena de flores y plantas trepadoras; en medio de ella, ahí plantada, con su garbo y su gracia sonreía muy negra la Muschinga, llevando como una bandeja que pesara, en sus manos extendidas, la gran torta blanca. En un extremo, en segundo plano, la mesa; sobre ella, aquí y allá en desórden, las servilletas desdo-

bladas, los manjares á medio probar, las copas á medio vaciar; y recostados en la baranda sobresaliente sobre el parque, Máximo, y Alejandra que mordía una ramita de laurel.

En la del centro, sólo Stella en el banco de mármol, destacando su cabeza de las hojas de vid que enguirnaldaban el pedestal, sobre el cual bailaba un fauno tocando la flauta.

Un libro era el tercer obsequio. Máximo abrió la primera página y leyó su título: «Pensamientos de las noches árticas. A mi hija Alejandra». Corrió después rápido su mirada hasta las palabras manuscritas que veía en la misma página: «La hija de Gustavo Fussiler, al hijo de Ezequiel Quiróz».

La letra de Alex clara, larga, fina, expresiva, suelta, elegante, le recordó su mano.

A seis cuadras del Ombú, engarzado como un diamante largo y estrecho entre dos lomas suaves del color de las esmeraldas, corría el arroyo. Sus aguas límpidas, dejaban ver las piedras de su lecho, y reflejaban el verde y el azul. Inmensos sauces lloraban languidos en sus orillas; altos, finos, rígidos, mástiles reverdecidos, sobresalían de entre ellos los álamos de las islas, y de las ramas de los ceibos, traídos hasta allí por don Ezequiel, pendían, semejantes á colmillos de coral colgados al revés, sus flores rojas. A los troncos se trepaban las campanillas violetas y

solferino; desde lejos se sentía el perfumado aliento de las madreselvas.

Las manzanillas blancas iguales á margaritas, el «ojo de gato», la «cola de león» y el «cebollín» esmaltaban los campos con la «azucena del bosque», la «varita de San José», la «verbena» y el rosado «vinagrillo». A la derecha, ya cerca del camino, las hojas grises y los pompones lila de las matas de cardo, y el verde fresco de la cicuta que florecía su veneno al sol.

La tierra toda era una sonrisa que subía; el cielo una suave mirada azul que bajaba sobre ella.

Alex extendida sobre el pasto, tenía por almohada sus brazos cruzados; cerraba los ojos y los entreabría luego para acariciar el paisaje. No pensaba; vivía y dejábase vivir, dominada por un indolente bienestar, por una pereza voluptuosa: voluptuosidad parecida á la embriaguez.

Máximo llegaba; divisó á los niños que jugaban alejados, los que no lo vieron porque estaban muy afanados en un gran trabajo. Los varones eran en ese momento una cuadrilla de peones, que las niñas, «las señoras», habían contratado para formarles un parque.

Abrían pozos con sus azadas y sus palas de juguete y plantaban gajos de árbol; ellas abusaban de su autoridad de patronas momentáneas, dándoles órdenes con voz de mando.

Buscó Máximo á Alex, y tuvieron una sonrisa de placer sus labios, al encontrarla ahí, extendida muellemente á sus pies, sobre la hierba. Su vestido blanco, su tez rosada y sus cabellos rubios, hacíanla parecerse á una flor disciplinada más grande que las otras.

Creyéndola dormida, no quiso despertarla; mirándola, esperó. Al rato abrió ella los ojos y con la lentitud que tenían sus movimientos ese día, se incorporó, alisó sus cabellos y le sonrió.

—¡Felices días, querido amigo!

—¡Qué feliz me ha hecho usted hoy, Alex! Por lo suyo, y por lo que es reflejo suyo.

Despojándose de la indolencia extraña, púsose de pie, ágil y esbelta. Le pareció hermosísima de expresión, de movimiento, de color.

—Es usted una joven driada, díjole al contemplarla ante él en todo el desenvolvimiento de esa hermosura. Su encanto ha existido siempre, pero su belleza ha brotado con los árboles.

—Una driada!.... es una aspiración. Agregarse á la vida de un árbol, sentirse raíces en el suelo, librarse de cargas ... de responsabilidades.... de incertidumdres.... Correr su suerte, unir nuestros destinos....

Una inflexión de su voz hízole entrever que se sentía rozada por esa incertidumbre nuevamente. No quiso preguntar el motivo que

podía haber traído una alarma á su ánimo, pero trató de adivinarlo.

—El destino, la suerte, le dijo, suelen ser también para ellos crueles. ¿Olvida usted el hacha?

—Prefiero el hacha al veneno.

—Ya hace cinco meses que están ustedes aquí, ¿no es verdad?

—Sí, Máximo; vinimos el veinticinco de Octubre. Hemos pasado una primavera, un verano, empezamos un otoño. Ahora me toca á mí decir: ¿por qué los días no tienen la duración de los años?—dió unos pasos y agregó:—¿Sabe usted que el viernes llega la familia?

—¡Ah! . . . ya sé lo que quería saber, dijo para sí; y continuó para ella: ¡Alex, cómo me ha llenado su obsequio de tierno contento, cómo me ha llenado de orgullo! El libro de su padre está ya colocado en la vitrina donde guardo mis reliquias, al lado del retrato de mi madre, del viejo devocionario y de la bonbonera de mi abuela.—Sonrió con malicia y una gran ternura para decir esto.—Muy cerca, justamente al lado de la bonbonera con perlas, de mi abuela... Y puedo asegurarle, que no es para él todo extraño allí; está en muy íntima compañía. Sabrá usted cual, el día de su segunda visita á la Atalaya.

—¡Felices días, viejo tío! Este grito resonó en sus oídos, sintiéndose asido y rodeado por una cantidad de bracitos, que no pudiendo

alcanzar su cuello, abrazaban sus piernas y su cintura. Se agachó, é inmediatamente su rostro moreno y enérgico, fué cubierto por montones de besos frescos y perfumados como fresas. Se acercó á Stella que le dió sus felicitaciones y sus cariños.

—¡Cómo me gusta ver conquistada su alma indómita! Mis hijos vencen siempre,—dijo Alex; y con una de esas miradas femeninas tan expresivas, que parecen resbalar entre las pestañas, continuó:—¡Si está chocho! como dicen los porteños.

—¡Estoy chocho! dijo él imitándola, pero chocho con la madre.

—¡Nuestra madre! repitieron riendo los niños.

—Ché, Máximo, es carnaval, le anunció Miguelito.

—Sí, Máximo, es carnaval, anunciáronle los demás.

Rió él recordando á Cándido y dijo:

—Me he convidado á almorzar con ustedes. Almorzaremos con champagne, para festejar al viejo tío, solo el pobre como un buho, allá en la Atalaya.

—¡Bravo, bravo! que el viejo tío almuerza con nosotros.

Florencio, reflexivo siempre, dijo de pronto.

—Pero es que Alex no tiene champagne.

—Por eso Cándido le habrá ya llevado el mío, contestó Máximo, tranquilizando los ánimos.

—Hemos aprendido muchos cuentos, tío, y te recitaremos luego los versos y las fábulas que nos ha enseñado Stella, para tu día, dijo Elvirita.

Sin esperar más, adelantándose á la hora y al programa según costumbre, Chochita se plantó frente á su tío, levantó su cabecita como un pájaro atento, y en un estilo de perfecta gracia y naturalidad, dijo:

«Simón el bobito llamó al pastelero:
—A ver tus pasteles, los quiero probar.
—Sí, respondió el otro, pero antes yo quiero,
Mirar el cuartillo con que has de pagar».

Máximo la levantó en sus brazos, para decirle:

—Cuando seas grande, comprenderás el instintivo buen gusto de tu maestra Stella. Entonces podrás darte cuenta de todo lo lindos que son los versos de Simón el bobito, que ha escogido para que recites á tu tío.

—Albertito ha elegido para mí, y lo digo muy bien, ya verás luego, padrino, la fábula de los Titanes, dijo la Perla. Son unos gigantes que querían subir al cielo, y que desde allá, Tata-Dios los empujó.

—¡Qué talento de elección tiene Albertito! Venga mi linda Titana. ¿Usted se sentiría capaz de escalar, no digo el cielo, el infierno, si estuviera arriba, no es cierto?

Se armó una discusión alrededor de la siguiente pregunta de Carlitos:

unas sobre otras á todas las montañas, se consiguiera llegar cerca del cielo, y ya muy cerca, se viera que faltaba todavía un pequeño trecho: cómo se haría para entrar en él?

—Yo pondría una escalera, dijo Adolfito.

—¡Pavo! ¿de dónde la ibas á sacar? replicóle Julito.

—Alex nos ha enseñado que los cóndores viven en los Andes, y como los Andes son unas montañas.

—Los Andes son cordillera, aseguró Julito interrumpiendo á Elvira, que se puso muy colorada.

—Cordillera es una cadena de montañas, dijo Florencio, en el tono de quien da una lección de geografía.

—¿No ves que son montañas? prosiguió Elvirita, sobre la que tenía gran influencia Florencio, todo juicio y reflexión. Bueno, le pediría á un cóndor que me llevara en el pico.

—Al cielo no entran esos pájaros, observó Miguelito, feos y *pelaos* como diablos.

—Al cóndor, San Pedro no lo permitiría entrar, es cierto, dijo Chochita, extendiendo las atribuciones del buen pescador hasta confiarle también las llaves del Olimpo.

—Saltar no se podría, se volvería á caer, pensó fuerte Florencio.

—Stella será el juez, dijo Máximo. Vamos á ver: ¿qué harías tú, mi hijita, si te encontraras en el caso que discuten tus compañe-

ros?.... Imaginate á ti misma sobre una montaña, la que á su vez se encuentra sobre otras montañas. Las montañas se han concluído; ya no queda una sola más en la tierra, y si todavía un espacío entre tú y el cielo; pequeño, pequeño, pero que no puedes salvar.... Imaginate solita arriba, sin Alex, sin Máximo para ayudarte: ¿qué harías tú, mi Reina, entonces?

La niña abrió su inteligencia, imaginó, y contestó confiada y convencida.

—Pediría á mamá que me extendiera la mano.

La vuelta se hizo cortando campo. Albertito y Carlitos pasaron por encima del alambrado, el coche de Stella. Era éste más chico y más liviano que el otro, aquél que tiraba el carnero, y ella lo manejaba desde adentro como un automóvil.

Máximo les alcanzó la niña que tenía en brazos para que la colocaran en él. Apretó fuerte después con su pie el primer alambre, y con la mano izquierda levantó el de arriba, dejando así un pasaje para Alex. Tomó el brazo de la joven con la mano libre, y usando una gran delicadeza, la hizo pasar.

Tenía una manera muy diferente de tratarla, desde el día que vió á la mujer en ella; la mujer en toda su bondad, en toda su amplia caridad primero; en su omnipotente debilidad después. Desde que se refugió en él un segundo, revelándole que era frágil y era

tímida; desde que sus manos palparon sus espaldas, frías, morbidas y estremecidas.

Los niños quedábanse atrás unas veces, otras se les adelantaban. Hacían el viaje recogiendo semillas, «meloncitos de olor», escarbando la tierra para desenterrar plantas cuyas raíces dulces conocían; haciendo flautas de hinojo, corriendo tras de las mariposas, cazando insectos y hablando con ellos. «Mamboretá, Mamboretá: ¿dónde está Dios?».... «Eres tú la vaquita de la Virgen: anda con ella».

—¡Una víbora con patas, una víbora con patas! gritó Julito. Era un lagarto.

—¡Una planta con frutas en la cola! anunció la Muschinga. Eran huevitos de gallo.

Al pasar por un rancho oyeron voces y risas, y vieron un montón de mujeres con baldes en las manos, que corrían tras de unos paisanos. Desde lejos les arrojaron el agua, alcanzando á mojar á dos de ellos; todos reían á carcajadas bruscas y ruidosas. Al notar el grupo en que iba Máximo se contuvieron, y respetuosamente saludaron. Este les dijo con su llaneza amable:

—Las mujeres los han derrotado; ¡qué vergüenza!

—Sí señor, así parece. Nos han puesto como patos.... como es carnaval.

Muy cerca ya de la casa, la Nenuca y Susana gritaron aterrorizadas, y corrieron á refugiarse en Alex, mientras cuatro muchachos

con caretas de cartón, gritaban con voz aflautada, dando la mano á todo el mundo. «¿Cómo te va, ché?... ¿Cómo te va, Perla?... ¿Y á vos, Stella?.... ¿Cómo van, don Másimo y doña Alex?.... A lo que los niños muy intrigados contestaban como una letanía. «Adiós, mascarita.... ¿Cómo te va, mascarita?....

—Este es Ramón, descubrió Miguelito.

—Y este es Manuel con la pollera de Pascuala, dijo la Perla riendo á carcajadas.

—¡Farruco!.... ¡Farruco!.... gritaron los demás al descubrirlo también.

—¿Adónde van de verbena tan temprano? les preguntó Albertito.

—Nos manda mamá hasta el pueblo. A la tarde recorreremos los ranchos, para ver si nos conocen. Hay que divertirse un rato, como que hoy es carnaval.

—¡Ah! las serpentinas que nos mandó abuelita, exclamó Miguelito. Salió corriendo, seguido de Carlos y Adolfito, y los tres entraron al Ombú.

Un rato después se organizaba el Corso, en un orden perfecto, como que el encargado de velar por él era el comisario Florencio, montado en su caballo de madera, brillándole en el pecho la medalla de latón.

Y empezó el desfile. Los dos coches de Stella, los carros de los hijos de Eugenia, el cajón con ruedas de los del jardinero, los carritos de juguete y los carruajes de las muñecas,

adornados con guirnaldas de sauce, racimos de aguaribay, gajos de retama y grandes mirasoles, rodaban en la avenida, por la que cruzaban las comparsas de pelotaris todos en camisetas y boinas de papel—encabezada por Julito—y algunas máscaras sueltas.—En el coche grande tirado por el carnero, iba sentada Stella, con una diadema de papel dorado y cubierta de flores, llevando á su lado á Nenuca con un inmenso moño alsaciano, de color punzó. Las otras niñas, muy adornadas también, ocupaban todos los vehículos en que pudieron caber.

La Perla «intrigaba», envuelta en una sábana de baño, del brazo de Carlitos vestido de mamarracho, y seguidos de Muschinga muy empolvada, disfrazada de «niña blanca». «Nosotros somos de á pie» había declarado Miguelito, quien reunido á los más grandes, y á los hijos de Eugenia, jugaba desde la vereda con flores y serpentinas.

A la tercera vuelta, la circulación de los carruajes se hizo dificultosa, dando gran trabajo al comisario que había bajado de su caballo y ordenaba entrar al inmenso patio, que se convirtió en el acto en el campo de batalla.

Los gritos y risas de los niños, el ruido de sus pequeños coches y carros al rodar, las serpentinas que silbando cruzaban el aire y quedábanse abrochadas de los árboles, las flores que se arrojaban y alfombraban el sue-

lo al caer; las voces atipladas de las máscaras, los cantos de la comparsa, el ruido de sus tambores, el sonido de sus cornetas; el murmullo de los árboles, la luz, la radiante luz de ese esplendoroso Domingo de Marzo, hacían un cuadro que los pocos que lo vieron no deberían olvidar jamás!

Máximo, deslumbrados los ojos y contenta el alma, parado debajo del aguaribay jugaba como los chicos, y mostrábase de una torpeza sin igual para conocer las máscaras.

—¿Ché, Máximo, cómo te va?....

—Muy bien, mascarita.... Me parece conocerte: llegas en secreto de Mar del Plata y te llamas Ana María.

—Cree que soy Ana María, dijo la Perla en un murmullo, conteniendo la risa, á su compañero.

—No, Quiroz, soy mucho más vieja que ella.

—¡Ah! Entonces serás la señora Cornelia Martinez.... ¿Y aquella Estrella que va en su carro con su diadema dorada?

—Es la Reina de la noche, y su compañera es una pastora... de otro país que no me acuerdo... ¿Con que hoy había sido tu santo, Quiroz?

Y á este recuerdo todas las máscaras y todas las damas de los coches le gritaban á una voz: «Felices días, Quiroz» arrojándole sus flores.

—¡Ah, padrino! dame un peso para man-

dar al pueblito á buscar más serpentinas, concluyó la Perla, olvidada de su disfraz y muy enredada en su sábana.

Una serpentina rosada alcanzó á Máximo. Miró á su frente, y vió á Alejandra, en el borde de la vereda del corredor, en momentos que le arrojaba otra. Un largo rato jugaron así. Él tranquilo, recostando sus espaldas en el árbol, sonriendo con fruición y los ojos entornados, lanzaba á tiempo igual su cinta, que llegaba siempre segura á su destino envolviendo á la joven en sus colores, la que le enviaba á su vez la suya desde su sitio. Hacía durar su juego por el placer, el hechizo de ver aquella figura melodiosa y armónica, levantar su brazo, y hacer el movimiento elegante, de avance y retroceso de una Diana tirando su arco. Ese movimiento ponía de relieve el dibujo de las líneas perfectas de su cuerpo. Estas líneas, que ensanchándose en los hombros se estrechaban en la cintura para abrirse nuevamente en las caderas, dábanle la forma de una lira, que á él le parecía sentir vibrar.

Una alegre campana repicó.

—Vamos á almorzar, dijo Alex.

Las reinas y las pastoras despojáronse de sus adornos, las máscaras sacáronse las caretas y todos se prepararon para sentarse al banquete, al que había sido invitado Rauch y su familia.

En eso apareció la chinita María, empapa-

da, con un jarro de lata viejo en la mano, que venía á poner su queja.

—Niña, dijo á Alex con aire taimado. Miguelito, Carlitos y Adolfo me han puesto como sopa.... He podido quitarle á Carlitos este jarro, pero los otros se han escondido.

Máximo lo tomó, púsolo sobre la mesa de mimbre y dijo sonriendo á Alex:

—¡El cuerpo del delito! Mira, hija, agregó dirigiéndose á la chinita, hoy es día de guardar y están prohibidas las penitencias. Es mi santo y es carnaval.

Habló dos palabras con Albertito, quien alcanzando á la muchacha que se alejaba, le entrego algo que la consoló.

En la larga mesa, debajo de los árboles y al lado del Ombú, tenía lugar el festín. Primorosamente adornada por Alex y Eugenia, aparecía como un enorme canasto de flores, unidas por lazos rosados. Habíanse traído junto con el champagne de la Atalaya, las flores de sus jardines y de sus invernáculos, que aquellas habían entremezclado á sus flores sencillas.

Se comía con gran apetito y se charlaba con animación.

La alegría de Alex se comunicaba siempre á los demás, porque no era la común que nace y muere en la fiesta, para ser reemplazada por el mal humor y el aburrimiento; la alegría de Alex nacía de sí misma, estaba en su interior y sonreía lo mismo en la obscuridad

que en la luz, lo mismo en la soledad que en la buena compañía.

Vestida de blanco, con sus cabellos rubios muy levantados sobre su cabeza, el cuello desnudo y un gran ramo de rosas en la cintura, justificaba más que nunca el nombre con que la había bautizado Máximo: Señorita Primavera.

Un traje claro de franela, un sombrero de paja, un pimpollo de las rosas de Alex en el ojal; una expresión de contento, un gran brillo en los ojos, una gran sonoridad en la voz; una extraordinaria agilidad en los movimientos, una sensibilidad alerta, una nerviosidad vibrante, prestaban al señor Crepúsculo nueva juventud, que los otros notaban y que él sentía.

El champagne se servía; los más chiquitos reían á las burbujas de sus copas, sin atreverse á probarlas.

Había llegado el momento de los brindis. Albertito púsose de pie y dijo, imitando á un orador que ofreciera un banquete:

«Señor Quiroz: Me ha cabido el alto honor de ser designado por las damas y caballeros aquí presentes, para presentaros sus felicitaciones en el dia dichoso de vuestro natalicio. Cumplo mi cometido lleno de placer, de emoción y de gratitud, al recordar lo que sois y cómo sois; lo que siempre habéis sido con nosotros. ¡Porque sois así es que estáis en nuestros corazones!

«Nuestra gentil maestra, nuestra adorada Alex, me ha enseñado que se debe ser lacónico, sobrio, natural, conciso; y guiándome por ella como siempre, quiero sintetizar nuestro pensamiento y nuestro sentimiento: pido á todos levanten sus copas, y me acompañen á beber por tu ventura, por tu dicha, por tu alegría, Máximo, y repitan conmigo: ¡Viva Máximo Quiroz!

—¡Viva! le contestaron en un grito delirante los demás, alzando sus copas.

—¡Viva Maximo, el viejo tío, el padrino de Stella y de la Perla!

—¡Viva!

—¡Viva el amigo de Alex, el amigo de todos nosotros!

—¡Viva!

Alex hizo una seña, que contuvo el desbordamiento y dijo á Stella:

—Mi hijita, antes de continuar los brindis, vas á beber con tus primitos por aquellas personas que ellos y tú deben recordar antes que todo. ¿Por quién, querida?.... ¿por quién se debe brindar?

La niña miró á su hermana que le sonreía y levantando su copa, admirable de belleza en ese momento:

—Yo brindo con mis primitos, por abuelita Carmen y por tío Luis.

—Sí; por papá y por mamá, gritó la Perla.

—Por abuelita y por abuelito, gritaron los otros.

—¡Qué hable Alex! pidió Albertito, y á este pedido se agregó un clamor, al que la joven obedeció poniéndose de pie.

—¡Mis hijos: bebamos porque el viejo tío, el buen amigo, porque Máximo Quiroz tenga muchas mañanas como ésta en la vida!

—¡Bebamos, por nuestro amigo! repitió el coro de los niños.

Máximo desde su asiento, sin levantarse, contestó con una voz poco firme:

—Queridos míos; plagiando á Alejandra: que la vida de ella y de ustedes sea una larga mañana como ésta, que yo querría detener como se detiene la marcha de un reloj.... Es tan rara y tan única esta mañana, que el hombre aguerrido á las luchas, y que fué un día el hombre de la palabra en su tierra, y subió impávido á la tribuna, no encuentra una bastante elocuente que exprese lo que hoy siente.... Lo que digo, no puede todavía ser comprendido sino por muy pocos de los que han bebido por mi ventura; ellos lo comprenden bien hoy. Ustedes, queridos niños míos, lo comprenderán más tarde.... ¡Bebamos por nuestra Alex; si somos felices hoy, es por ella!

—¡Bebamos por nuestra Alex! repitió el coro en delirio.

Máximo tomó la mano de la joven, que estaba á su lado, y la besó. Ella sintió un pe-

queño estremecimiento y no lo miró: adivinaba que sus ojos tenían la expresión que aquel día les dió el verso del barquero.

¡Señor don Máximo viva!
ponga atención y repare
oirá como se lamenta
entre prisiones un ave.

Con un aplauso y una carcajada unánime se acogió esta cuarteta, que Miguelito vestido de gaucho, cubierta su cara traviesa y fina por una barba postiza y una enorme guitarra cantaba sentado en el suelo, imitando á la perfección á los cantores de la Atalaya.

Sin esperar á que terminara la ovación continuó:

¡Doña Alejandra que viva!
cogoyo de pensamiento,
pues un día como el de hoy
fué su feliz nacimiento.

La atención del público saltó más lejos: se oían unos gritos y carcajadas del lado de las cocinas y se divisaba una escena parecida á la del rancho. Las sirvientas, la tambera y la mujer del capataz jugaban á baldes de agua con los peones y Cándido, que había venido á traer las flores y el champagne.

—En mi tierra se dice que es en el fondo de la copa que está la suerte, dijo Alex á Máximo, y como es carnaval.... Y arrojó sobre

él las gotas que quedaban en el fondo de la suya.

—Y en la mía que está en el agua, le respondió, arrojándole á su vez un poco de la que contenía su vaso.

Eugenia, tentada, hizo lo mismo con su marido.

La risa y las miradas de desafío de Alex. que lo amenazaba con su copa, provocaban á Máximo que llenó la suya amenazándola á su vez. Se medían riendo, nerviosos, hasta que ella más audaz, arrojó el agua sobre él y se alejó unos pasos.... Los niños, gozosos del espectáculo, los animaban.... La Perla, á traición, arrebató el vaso á su padrino, para impedirle que mojase á Alex... Burlóse ésta, y entonces él tomó de sobre la mesa la jarra de cristal; aunque su intención era sólo asustarla, ella soltó un pequeño grito y huyó....

Al hacer el movimiento de arrojar el agua, el asa de la jarra quedó sola en su mano, lo demás había ido á estrellarse contra el suelo.... Una carcajada de Alex mezclada á la de los chicos lo fastidió, y como cerca estaba la mesa de mimbre, agarró al pasar el jarro viejo de la chinita María, «el cuerpo del delito», que se encontraba sobre ella, y corrió á alcanzar á la joven, que lanzando otro grito echó á correr.... Llegaban á la angosta avenida de paraísos.... no tenía ella escape, y la vió él, azorada como una de las gamas de su parque, vacilar un momento y tomar después

la avenida.... Aceleraba su carrera á medida que lo sentía detrás de ella, muy cerca.... más cerca cada vez.... De pronto, encontróse con una nube amarilla y rosada delante de sus ojos: eran las retamas y las multiflores que limitaban el jardín... No tenía escape.... Dió media vuelta, y con otro grito y la respiración afanosa, siguió corriendo con gran rapidez... pero sentía que usaba ya sus últimas fuerzas... Máximo, seguro de sí mismo, se detuvo un momento para verla correr.... Sentíase nacer garras para apresar á esa blanca paloma que huía ante él... Sonrió con ternura al comparar aquella debilidad con su propia fuerza, y dando un suave impulso á su carrera, fácilmente la álcanzó... Ella lo sintió á su lado... vió el movimiento que hacía de levantar su arma sobre ella... Agachóse, con el gesto instintivo de defensa, se escudó con sus manos, y con una voz sacudida, y debilitada por el cansancio, díjole: «No, Máximo, no... No, viejo tío... perdón».... Una de sus manos alcanzó á agarrar el viejo jarro que tenía él en las suyas.... una pequeña lucha se estableció, en que ella tiraba para arrancárselo y él resistía.... Quiso él ceder, y sonriéndole con dulzura, lo soltó. Al hacerlo, su borde, en el que había una rajadura, chocó con la frente de la joven y la hirió.

Era una herida leve, casi un rasguño, pero la sangre escapó abundante.

Los niños no se dieron cuenta de lo que

pasaba, hasta que notaron las grandes manchas rojas que se extendían sobre su bata blanca, y á Máximo, blanco como esa bata, tratando de estancar la sangre con su pañuelo.

Como si á su vez hubieran sido ellos heridos en el corazón, lanzaron unidos un grito de horror que era un lamento!

Chochita había visto morir un día un pajarito; un «mixto» que Carlitos hiriera con su honda, y que Alex recogiera para calentar en su seno. Estaba herido de muerte, y agonizaba en sus manos.... Ella recordaba que el pajarito abrió los ojos muy dilatados, se estremeció, con una gracia infinita, dobló la cabecita, y expiró.... Al ver hacer lo mismo á Stella, á cuyo lado se encontraba, gritó: «¡Se murió Stella!»

Alejandra oyó á la niña y en el acto comprendió.... Otro grito salió de sus entrañas, y perdiendo sangre siempre por la rasgadura de su frente, se lanzó sobre su criatura desmayada.

Máximo quedóse atontado en su sitio; en ese momento de ofuscación le pareció que acababa de cometer un doble homicidio. Albertito lo vió hacer, un momento después, un gesto de desesperación y acudió á calmarlo.

—Máximo, tío, no te desesperes. Rauch ha ido á buscar el médico al pueblito.... Es un médico excelente, que Wernicke nos ha reco-

mendado mucho.... Stella sólo tiene un desmayo y Alex un rasguño.

—Un desmayo.... un desmayo que para Stella será la muerte, contestó con voz extinguida.

Reaccionó: telegrafió á Buenos Aires pidiendo á Wernicke, ordenando tren expreso; hizo todo lo que un hombre como él podía hacer. Wernicke estaba en su estancia de San Luis. No se encontraba á los médicos que pedía, pues era día de fiesta, verano, carnaval...

Se atrevió á entrar, después de serenarse, al dormitorio de Stella: le pareció de cera. Alejandra, que había sido curada por Eugenia, tenía oculta su herida por un tafetán. Estaba tan pálida como la enferma, y había algo del autómata en sus movimientos; no oía, no veía, no sentía, reconcentraba toda su inteligencia, su voluntad, su energía en una sola idea: salvar á su hermana.

Esta permanecía inmóvil y rígida como un cadáver. La Perla clavaba en su amiga sus grandes ojos de turquesas, y calentaba su mano.

Siguieron horas de angustia. El médico por fin llegó á las siete.

Las inyecciones de cafeína y éter produjeron en la niña una reacción, y á las nueve de la noche abrió sus ojos y murmuró: «Alex». Al rato miró largo tiempo á su hermana, atrajo hacia su pecho su cabeza, y sobre el

pequeño cuadrado de tafetán que la cubría, besó su herida.

El médico se retiró declarando que por el momento el peligro inmediato había pasado, pero que el estado de la niña era muy grave: «De un momento á otro puede sobrevenirle otro síncope.... » En el corredor llevó á Máximo y á Rauch aparte y agregó: «La niña está perdida; los resortes de su vida están rotos. Podrá vivir días, algunos meses tal vez.... Yo la veré diariamente; desgraciadamente es este un caso fatal.»

Una vez que el médico se hubo retirado, Máximo dejóse caer en un sillón del corredor junto á [illegible]. Volvía á su atolondramiento, [illegible] si algo muy pesado al desplomarse le hubiera hundido el cráneo.

Sintiendo que rozaban sus rodillas, miró, y percibió á Nenuca, que lo miraba también muy seria, recostada contra él.

—¿Por qué moristes á Stella?... le preguntó la niña en tono de gran curiosidad.

Tuvo él un gran sacudimiento, y le dijo en voz baja pero brusca.

—Anda, mi hijita.... anda con tus hermanitos.... anda.

—No; contestó la niña que continuó mirándolo fijamente hasta que repitió: ¿por qué moristes á Stella?......

Andaba vagando por ahí olvidada, la pobrecita—todos habían estado preocupados unicamente de la enferma—y como tenía

sueño, recostó su cabeza en Máximo, que deseaba alejarla sin atreverse á violentarla.

—¡Ah!.... exclamó de repente: «Ta... ta ta... ta...» como el reloj de Albertito.

Había sentido el de Máximo, que marcaba implacablemente las horas: las de la luminosa mañana venturosa, las de la negra noche.

Metió la mano al bolsillo, sacó de él su rico cronómetro infalible, y púsolo en el oído de la niña, la que sintiendo más fuerte su latido se puso á saltar.

—Toma, le dijo él entregándoselo y empujándola hacia las piezas, anda, muéstrale este *chiche* á tus hermanitos... y juega allá lejos con ellos.

Puso sus codos sobre la mesa, sosteniendo su cabeza con sus dos manos y permaneció largo tiempo mirando á su frente la obscuridad de esa noche nublada, olvidado allí él también como los niños.

Reinaba un gran silencio.... Empezó al mucho tiempo á recordar minuto por minuto de ese día, que era ayer ya, y que después de años y años continuaría siempre joven en la memoria; al que nadie podría quitarle el nombre con que había sido bautizado por Alex, y confirmado por él: «Hermosa mañana», Recordó su despertar, que hiciera jovial el anuncio de su criado: «Señor, es carnaval» y de pronto, esas palabras repetidas veinte veces en sus oídos, tomaron

forma: la forma de una ave negra de mal presagio, que se hubiera cernido todo ese día sobre sus cabezas, persiguiéndolos con un graznido fatídico. Como un alucinado veíala ahí, antes sus ojos, todavía revolotear...

Se levantó viento, un viento tranquilo y frío.... Los árboles empezaron á murmurar, y á murmurar más lejos el mar.... Todos esos murmullos parecíanle siniestros repitiendo la misma cosa.... Su pensamiento quedóse suspendido como por un hechizo en el momento más risueño de la fiesta; cuando Alex presidiendo el festín de niños, habíase puesto de pie. Veíala abrir los labios para decir su sencillo brindis, tan lindo y tan sentimental, y con su gracia suprema, levantar la copa y beber por él. Comparábala, como la comparó entonces que la tenía al lado, con sus hojas de hiedra y su cuello desnudo, con sus ojos brillantes y sus rosas, á una castísima bacante.

La sucesión de sus pensamientos lo llevó hasta el momento fatal en que la vió herida allí por él. Volvió á vivir aquel minuto de ansiedad horrible en que sólo vió la sangre... Y todo lo que siguió pensando lo agobió nuevamente, y cayó en el estupor.

En medio de ese silencio al que arrullaba el canto lento y monótono de las hojas, como un grito destemplado que interrumpiera una oración fúnebre, voces chillonas y carcajadas groseras, llegaron desde el camino,

detrás de las retamas. «Adiós, mascarita, decían... Adiós, ché, recuerdos á Rosita»... Carcajada estúpidas otra vez, y luego, una de esas voces que se alejaban: «Bueno, hasta mañana en el baile del viejo Jacinto.... Mañana tampoco se trabaja: es carnaval».

Eran unas máscaras, tal vez sus mismos peones, quese retiraban de una fiesta.

Máximo llegó con esto al más alto grado de nerviosidad, y apretóse de nuevo la cabeza con sus manos.

El largo corredor alumbrado solament por una lámpara, permanecía á media luz.. Pasó un tiempo, hasta que vió aparecer en un extremo, allá, una sombra blanca, que se deslizaba. Reconoció á Alejandra.

Eugenia le había soltado el cabello humedecido, para que el aire lo secara. Al verla avanzar en la penumbra, con sus cabellos rubios sueltos, la palidez que le producían la profunda conmoción y la pérdida de sangre, cierto extravío en la mirada de sus ojos agrandados, envuelta en los blancos pliegues de su batón flotante, se le representó aquella otra víctima ideal de la duda ajena: la dulce Ofelia.

Acercóse á él; mudos permanecieron los dos mucho tiempo.. . «Alex», quiscél decir; no pudo. Tenía seca la boca y apretada la garganta.... «Yo soy el autor de desgracias irreparables» era lo único que se le ocurría, para el caso en que hubiera podido hablar..,

«¿No lo sabe ella acaso?» pensaba también.

Alejandra comprendió lo que pasaba en ese cerebro enloquecido, en esa alma atribulada.

Confundió su inmensa pena con la suya; la inmensa pena de perder á ese ser que iba á morir; á morir feliz por él, por su cariño tierno, delicado y generoso.

Por quien la niña pobre había sido la niña rica, poseedora de todos los halagos de la vida; por quien esa alma de elegida había conocido la suprema dicha «de dar» ¿Qué hubiera podido ella dar á sus «pobrecitos» sin su viejo tío?.... Lo vió llegar á su ca[illegible]tario, perseguido por la idea que lo torturaba, con el corazón crispado, sin una voz que lo consolara, que lo covenciera.... Y entonces le habló, contestando á lo que ella sabía que él pensaba.

—No, Máximo; nadie es culpable de lo que pasa. ¿Lo sería yo por haber tenido la idea de iniciar una broma tan natural?.... Un día ú otro, la hora pronto habría llegado.

—¡Alex.... nuestra Stella! pudo exclamar al fín.

Su voz se parecía á la de las hojas extremecidas por el viento. Alejandra percibió ese extremecimiento, y que sus gemas verdes, transparentes, con fosforescencias y reverberaciones como el mar, desaparecían detrás de las lágrimas.... El bien sabía

que eran las primeras después de muchos años, y todo lo lentas que eran en llegar todo lo que les costaba brotar de la fuente sellada de su pecho.

Corrieron también las de la joven, fáciles copiosas, acostumbradas á brotar de la fuente de bondad y de ternura perenne en ella, y al mismo tiempo un sentimiento piadosamente maternal para el hombre de las sienes emblanquecidas.... Las palabras del Eclesiastas vinieron á su memoria. «¡Desgracia al hombre solo!» Y vió otra vez su soledad. Sonrió tristemente á los esfuerzos que él hacía para llorar y para no llorar. Aproximóse, tomó su cabeza varonil, la recostó en su pecho, como solía hacerlo con la ligera, delicada y finísima cabeza de su hermana, y con la voz que usaba para consolar á su padre continuó diciéndole:

—No, viejo tío; no, *su* padrino; nadie es culpable.... ¿No sabíamos todos que nuestra Angélica no podría vivir? Era demasiado perfecta. Yo lo sabía desde que ella naciera..... Preparémonos á beber el amargo cáliz.

Máximo se convenció, al oirle estas palabras, que en ese momento veía recién desplegar á las alas de esa alma todo su vuelo. Comprendió recién á Federico Livanoff, y que se hicieran todos los sacrificios para evitar á esa criatura un pesar.

XX

Misia Carmen y sus hijas habían pasado mes y medio en Mar del Plata, y encontrado allí grandes motivos de satisfacción.

Isabel, que tenía mucho amor propio, después de su pasada decepción continuó frecuentando los paseos y las fiestas, obligando á sus sufrimientos á ocultarse detrás de su sonrisa. Fué ella la más empeñada en ir como todos los años á la playa de moda, donde se reunió á sus amigas, á sus compañeros de los bailes, y á algunos de sus festejantes. Mostrábase la más alegre y la más entusiasta para divertirse: nadie hubiera sospechado su doble herida abierta.

A los quince días de estar en ese centro una noche á la hora de la comida, entró al comedor, que rebosaba de gente elegante y de animación, Montero y Espinosa. Sentóse á la mesa que le había sido reservada, y se puso á comer tranquilamente, después de saludar á las personas conocidas que se encon-

traban á su alrededor. Su entrada hizo sensación, por la importancia que se daba á su persona y por encontrarse tan cerca Isabel.

Esta, al verlo entrar, sintió frío en la cara, lo que le advirtió que empalidecía, pero continuó conversando mucho, riendo, y saboreando el ananá al champagne que acababan de servirle.

Los tres primeros días que siguieron á la llegada de Montero, las de Maura cruzaron con él apenas un saludo; más, al cuarto, un amigo comedido invitó á varias personas á su mesa, y en ella se encontraron, sentados al lado el uno del otro, los dos jóvenes. Mostróse él tan amable, tan casi humildemente amable, que la hermosa muchacha viendo en ello una hábil manera de pedir gracia y olvido, dejó retoñar sus ilusiones; su madre tuvo esa noche sueños muy claros.

Las invitaciones á comidas y á paseos se sucedieron, él dió las mejores fiestas de la estación, y obsequió á las señoritas con un cotillón; á la semana comía en familia con la familia de don Luis, como si se hubiera convenido de antemano suprimirle ocho meses al año anterior. Se camina ligero en Mar del Plata!

El mundo sancionó la reconciliación como habia sancionado el primer compromiso, roto por intrigas y coqueterías de la prima,—compromiso que sólo ellos dos sabían que no había existido sino en intención—y fué tanta

la felicidad de Isabel, que alejó de su memoria todo lo que no fuera color de rosa. A su prima apenas la recordaba, y como algo de muy poca importancia ahora ya. Resultaba patente lo que en la casa se había pensado siempre: á Montero lo había divertido el «exotismo» de Alex, provocado y alentado sus coqueterías; una vez lejos de la tentación ligera, el fuego de paja se apagaba, y él volvía más rendido á la que ocupaba su corazón, á la que entre todas había elegido.

Los mismos que comentaron riendo el chasco de una niña en la que tenían muchas cosas que envidiar, cuando la vieron triunfante otra vez, la ensalzaron y adularon, ensañándose en desquite con la otra niña que se curaba el alma lejos... Se removió lo que se había dicho, y se dijeron cosas nuevas de todo tamaño, que hacían las delicias de Micaela, quien detrás de su abanico daba datos de su invención. La reputación de Alejandra perdió nuevos jirones.

Regresaron á la ciudad y regresó Montero. Se le invitó á comer, y la relación quedó establecida entre ellos, en el mismo estado en que se encontraba hasta la noche del baile.

Carmencita tuvo un niño más. Se esperaba sólo este acontecimiento, repetido ya ocho veces, para irse al campo á pasar un mes acompañando á don Luis. Se habló delante del joven de las estancias vecinas—el rústico Ombú y la soberbia Atalaya—él demostró

gran interés por conocerlas, y Máximo que se encontraba allí, creyó natural invitarlo á ir á la suya. Quedó convenido que lo haría cuando fuera la familia.

La impresión admirativa y entusiasta que causara en Montero la joven Noruega, se había resuelto en un amor profundo, en una ternura ardiente, en una pasión lúcida y perenne. Cuando entendió lo que pasaba, y se vió privado de Alex, sobre todo cuando supo que no estaba en Buenos Aires, lo dominó tal ira y tal indignación, que por no cometer una impertinencia se alejó nuevamente á la semana de haber vuelto de su paseo al Uruguay. Esta vez se alejó solo y pudo reflexionar.... En él no había ni podía haber ya, dado el grado de amor á que había llegado, otra idea que la de ver y hablar á la mujer que lo poseía hasta hacerlo olvidar de todo lo demás, y se dijo, que el único puente para llegar hasta ella era la familia; el enemigo mismo. Tenía razones para no escribirle, las tenía para saber hasta dónde se había sido injusto con esa criatura, y le parecía que la conducta tenida con ella, que calificaba de ruin y de perversa, lo autorizaba á no tomar en consideración más que á su amor y á sus conveniencias.

Su ida á Mar del Plata respondía exclusivamente al interés de encontrarse con ellas en un terreno fácil á las reconciliaciones. Mostróse reconquistado para abrirse las

puertas de la casa, á la que un día, más tarde ó más temprano, tenía que volver la ausente.

. . .

El lunes, Stella en el Ombú continuaba en un debilitamiento tan grande que apenas le permitía abrir los ojos; el médico no se separó de ella un instante, y se quedó esa noche temiendo un nuevo síncope; mas á la mañana siguiente los remedios hicieron su efecto y se operó en ella una gran reacción. Un suspiro de alivio salió de todos los corazones, que se habían sentido apretados dos días por la angustia.

Alex tenía fiebre y hubo necesidad de curar la herida de su frente.

Máximo no se movió de la casa hasta el miércoles al amanecer, dejando á todos tranquilamente dormidos. Necesitaba descansar.

Llegó el viernes, día que se esperaba á la familia, la que había estado en continua comunicación telegráfica con motivo de la enfermedad de la niña.

Stella, que podía ya jugar con sus primitos, preguntó:

—¿Y tío Luis, viene también?

Se le respondió que su tío Luis, ya mejor, había ido por unos días con Emilio á la estancia de Puán, para pasar un mes, después, en el Ombú.

Por la mañana, Máximo que entraba, notó en el sitio donde se acostumbraba parar los

carruajes y los caballos, al breack viejo de la estación, y al cruzar el comedor oyó la voz de un hombre que hablaba bajo en la sala vecina. Creyendo que fuera el médico, detúvose á escuchar, pero en lugar de esa voz oyó la de Alex que se levantaba airada para decir:

—No era eso lo pactado; faltas á tu palabra. ¡Tu compromiso conmigo era un compromiso de honor!

Al oir que Alex trataba de tu á su interlocutor, su educación y su altivez le impusieron alejarse. No lo hizo tan pronto que no lo alcanzara la respuesta:

—¡Qué quieres, hija, cuando se está entre dos compromisos y no se puede cumplir más que uno, hay que abolir el otro!....

Máximo reconoció la voz de Enrique.

—¡Por Dios, Enrique, no me dejes en esta ansiedad! exclamó Alex, alzando más aún la voz, en la que había súplica é indignación.

Entró Máximo al cuarto de Stella, desde donde sintió el ruido de la portezuela del carricoche al cerrarla Enrique, quien iba á alcanzar el tren de las once para Buenos Aires. Acarició á la niña y se volvió á su casa.

A la noche estuvo nuevamente en el Ombú para saludar á la familia; en el curso de la conversación dijo que había resuelto realizar su proyectado viaje á Chile, que el médico encontraba que por el momento Stella no corría

peligro, y esperaba al día siguiente, sábado, á Montero, que sería su huésped dos días.

Misia Carmen, Dolores y sus hijas llenaban de halagos y caricias á la enfermita, cuya primera palabra había sido como siempre una dulzura amable:

—¡Abuelita! . . . . hubiera deseado tanto levantarme para recibirlas, pero todavía no me lo permiten.

El día estaba lluvioso. Fueron reuniéndose en su cuarto, grandes y chicos, y se hizo allí el centro de la reunión. Máximo pasó la tarde jugando con ella y con los otros, armando el teatro de títeres, haciendo funcionar el cinematógrafo y caminar á todos los juguetes con cuerda.

Si hubieran visto á Alex el domingo anterior, deslumbrante de hermosura, espíritu y alegría, habrían sentido tal vez despertar sus malos sentimientos en su contra, é Isabel perdido un poco de su confianza en Montero y en sí misma. Pero no todas saben que los hombres suelen mirar á la mujer tambien por dentro, y ellas, al tener delante de sí á Alex desfigurada, penetrada de una pena que le quitaba toda su belleza, y una expresión de gravedad que la hacía menos joven, perdieron todo cuidado, les inspiró tan sólo una profunda compasión, y quisieron mostrársele solícitas y obsequiosas. Ella ni rechazaba ni aceptaba; su espíritu continuaba en una extremada tensión, en acecho

de lo que pudiera sobrevenir, alerta para defender á su hermana.... El médico, que notaba en la joven síntomas de fiebre, le aconsejó salir al jardin y pasar unas horas al aire libre; el temor de enfermarse y verse privada de cuidar á Stella la hizo obedecer. Esta seguía tan animada, que se hablaba ya de dejar pronto la cama y de ir á visitar el mar.

El sábado llegó Montero á la Atalaya, yfué invitado á comer en el Ombú. Máximo, antes de la comida pasó un gran rato con Stella, á la que traía unos canarios pruebistas, que había hecho comprar para ella en Buenos Aires, á una compañía de circo que se ausentaba. Los lindos animalitos parecían querer desmentir con sus habilidades la fama que los franceses les han impuesto dando su nombre á los imbéciles, y encantaban á su nueva dueña y á los primitos, sacando baldes de agua de su pozo, levantando papelitos con suerte, tirando un carrito de papel.

—Chist.... hacía á cada rato miss Mary que los vigilaba.

A una mirada de extrañeza de Máximo, por la insistencia de la inglesa en imponer silencio, ésta le contestó:

—Es preciso guardar silencio, don Máximo, porque miss Alex se ha sentido mal; se ha recostado y hay que procurarle repose... Esa pobre joven ha tenido demasiadas conmociones....

—Tiene usted razón, miss Mary ... esa pobre joven ha tenido demasiadas conmociones, repitió Máximo; y si en ese momento hubiera entrado la pobre joven, habría visto en la expresión de esa fisonomía, y en la ironía amarga, que de vuelta ya, se imprimía en esa boca, que empezaban á desplomarse sus lecciones.

Alex se excusó de sentarse á la mesa. La comida fué alegre. Ana María lo animaba todo, más contenta que nunca por estar cerca de su prima, y esperar á su novio que vendría el domingo con Alberto. Isabel, muy buena moza, llevaba un vestido celeste —el «color sentador» de misia Carmen—y un ramo de rosas en el pecho. Montero mostróse amable, galante, jovial, conversador, y se retiró á las once de la noche con Máximo, quien antes invitó á la familia á almorzar al día siguiente, domingo, en la Atalaya.

Una vez en su dormitorio, Montero se sacó la careta; un rostro duro y ceñudo apareció. Tuvo un gesto de desafío.... reflexionó ... hizo su plan.

Máximo en el suyo, antes de dormirse pensó, que las rosas que llevaba Isabel en su cintura durante la comida eran iguales á las que llevaba Alex el domingo anterior. «Tal vez son de la misma planta» se dijo, y esto lo condujo á pensar en la instabilidad de las cosas humanas, en la ironía de la suerte; en ese edificio sin cimientos levantado sobre arena

que es la vida.... Cándido al despertarlo á la mañana siguiente, vió sobre su cara dormida, el velo gris de sus días de spleen.

—El señor Montero y Espinosa salió muy temprano á caballo, señor, dijo el criado, incorregible en su sistema de información.... Roberto le ensilló el alazán del señor... Pidió que se le indicara el camino del pueblito, y preguntó la hora de la misa.... ¡Ah! del Ombú han traído una canasta que mandaba la señora Dolores. El peón que la trajo, dijo que en ese momento la familia salía para la misa, y que después vendría á almorzar aquí

Máximo se levantó; eran las nueve. Llamó á su mayordomo, un inglès que ocupaba el puesto hacía diez y ocho años.

—Don Carlos, usted sabe que tenía resuelto un viaje á Chile. Me he ido apoltronando, y corro peligro de que la Cordillera me dé con la puerta en las narices. Aprovecharé, pues, el tiempo que aún me queda. Me iré mañana á Buenos Aires, y el jueves tomaré el tren para Mendoza.... A usted nada hay que decirle, don Carlos. ¡Ah! sí... Su hijo Carlos tiene pasión por los viajes, y ha estudiado mucho el año pasado. Será bueno premiarlo. Prepárelo y mándemelo á Buenos Aires el jueves por la mañana. Lo llevo de compañero; ya sabe que me entiendo muy bien con los muchachos.

Los ojos del inglés brillaron agradecidos y contestó lacónicamente:

—Gracias, don Máximo; es usted un *gentleman* por dentro y por fuera.

Un cuarto de hora después, Máximo llegaba al Ombú, como lo hacía todas las mañanas desde la enfermedad de Stella. Acostumbraba á entrar por el fondo. Cuando estuvo en el corredor, golpeó las manos, y viendo que nadie venía, se paró en la vereda, en el mismo sitio desde donde aquella «hermosa mañana» Alex le arrojaba con su gracia incomparable sus serpentinas; y frente al aguaribay, desde donde él le enviara las suyas con los ojos entornados, bebiendo lentamente el embeleso que le producía su frescura y la ciencia de sus movimientos. Su visión lo alejaba del presente y lo conducía muy cerca del enternecimiento.... Lo distrajo el ruido que hacían los vasos de un caballo golpeando el suelo; miró en esa dirección, su izquierda, y la vió de espaldas á treinta metros de distancia, en el comienzo de la avenida de paraísos, donde la había él lastimado, y á Montero, esbelto y elegante en su traje de montar de pana gris acero, gorra, polainas, y su látigo, de pie frente á ella, teniendo de la rienda «el alazán», que la escuchaba con la cabeza un poco baja.... Le pareció más indiscreto retirarse que permanecer allí dominando la escena, y se quedó, resignado á un rol que encontraba ridículo.... Montero habló á su vez con ese aire reposado que tenía, se quitó después la gorra é inclinóse muy

bajo; Alejandra le extendió su mano que estrechó él dos veces, montó á caballo y se alejó, sin preocuparse de las flores de las platabandas, que su caballo pisoteaba, y sobre las cuales hacíalo él cruzar.

—Vaya, parece que será éste ahora el campo del torneo.... Falta una lanza: la de don Samuel, decíase riendo.

La risa se detuvo, como impuesta, á su pesar, por el respeto que inspiraba la figura de dolor que se acercaba. Máximo veíala ahora en plena luz, libre del disimulo á que se obligaba delante de su hermana y de los demás, y quedóse asombrado del cambio que en una semana se había operado en ella. Impresionable como era, á su vista desapareció todo pensamiento; un sentimiento de compasión, parecido al de las otras, lo reemplazó.... Cuando estuvo más cerca, advirtió en su frente un pequeño cuadro de tafetán; el enternecimiento que había espantado Montero entró á su interior y, ya sin resistencias, dejóse dominar por él. En el andar de Alex había una inmensa lasitud; un profundo abatimiento en todo su cuerpo, del que no desaparecía sin embargo la gracia. Contemplábala armónica y melodiosa en su dolor, como la había contemplado en su alegría.

Creyendo que su abatimiento no provenía únicamente de la enfermedad de su hermana, tuvo en ese momento el generoso impulso de pedirle su confianza, toda su confianza—el

mismo que había tenido ella un día de dársela por entero—y salvarla así de las garras del conflicto en que la creía apresada.... Mas, generalmente, esos impulsos del corazón suben á la cabeza antes de nacer, hornalla donde prenden las ideas, pero en la que se apagan, al razonarlos, muchos sentimientos generosos y salvadores. El sentimiento caballeresco de Máximo apagóse así, y se dijo lo que muchos dicen en esos casos: «¿Qué me voy á meter yo á Quijote?»... Se limitó á decirle cuando estuvo á su lado:

—Hacía dos días que no la veía, sobrina... ¿Y nuestra Stella?

—He necesitado descansar un poco, Máximo, le contestó ya en el corredor, dejándose caer en una silla con el gesto de un infinito desaliento. . Pobre Rosa; qué pronto le doy un ejemplo vivo de mis palabras: »¡la vida, Rosa, es tan cambiante!....»

Él la miró sin saber qué decirle.

—No sé si será el estado físico en que me encuentro, pero no puedo verme libre de lo que he criticado tanto en otros.... estoy llena de negros presentimientos.... y tengo miedo, viejo tío....

Vió él que sus ojos pestañeaban muy ligero, y el movimiento de contracción que hacía su garganta al tragar. Un minuto después, dejaba caer su cabeza vencida entre sus brazos cruzados sobre la mesa, como hacen los niños en la aflicción, y soltó el llanto, con grandes

sacudidas al principio, hasta ser tranquilo y silencioso.... Él, conmovido hasta el alma, se acercó, del mismo modo que ella lo había hecho con él, aligeró su mano para ponerla sobre esa rubia cabeza dolorosa, y con palabras de esperanza y de aliento la consoló.... ¿Por qué en ese instante algo no reveló, algo no habló á ese hombre de lo que pasaba en el alma de esa mujer?.... De estos silencios está lleno el destino.

Se dirigieron al cuarto de Stella; antes de entrar oyeron que cantaba con su voz dulcísima una canción de nodriza: «Arrorró mi niño—arrorró mi sol—arrorró pedazo—de mi corazón.»—Y cuando la vieron desde la puerta, hizo, poniendo su dedo en la boca, un gesto muy expresivo de silencio, y señaló al recien nacido de Carmencita que hacía ella dormir en su regazo.

Máximo, que se retiraba, dijo á Alex, en el corredor, antes de despedirse:

—Sabe, sobrina, que me voy el jueves á Chile. Ya van siendo ridículos mis repetidos conatos de viaje sudamericano.

Se miraron en los ojos, silenciosos, largo tiempo, sin darse cuenta uno y otro del porqué.... Se miraron, pero no el tiempo suficiente para que los ojos penetraran hasta el pensamiento, oculto detrás de la frente marfilina de ella, de la frente bronceada de él.... Pareció que iba ella á pedir algo.... tuvo un movimiento de cabeza que la levantaba y la

sacudía, y contestó con la más perfecta naturalidad.

—Hace usted bien, Máximo. Es un delito que un americano que conoce el mundo, no conozca América, y si no se apura, pasará la buena estación.—Viendo reflejarse su imágen en el espejo de una jardinera colocada frente á ella, prosiguió, sonriendo con melancolía y señalándosela:—Mire, viejo tío, allí, ese fin de Otoño que ayer no más era la señorita Primavera. Ya vé si pasa pronto la buena estación.... Voy á pedirle una cosa: ocultemos su viaje á Stella; usted sabe cuánto lo quiere, y su ausencia la afectaría. Le diremos que se ha ido por unos días á Buenos Aires.

Una tentación de abandonar toda idea de viaje lo asaltó; sintió un agudo dolor pensando en la Angélica, como solía llamarla, que lo quería hasta necesitar que se le ocultase su ausencia. Estuvo decidido.... ¿Por qué no lo hizo?.... Por esas mil razones mezquinas é irrisorias comparadas con otras poderosas y supremas, y que, como si el mecanismo de la balanza en que medimos unas y otras hubiera sido descompuesto por la suerte, son ellas las que pesan.

A las doce se sentaba la familia Maura, Montero, y Rafael Palacios, llegado esa mañana con Alberto, á la mesa de Máximo, espléndidamente puesta y espléndidamente servida.

Se charló, se hicieron programas. Isabel anunció, mirando á Montero su vecino de mesa, que solamente hasta el quince de Abril permanecerían en el Ombú.

Alberto con sus bromas y Ana María con sus risas aumentaban el buen humor de los demás.

Máximo animó á Alberto á ir con él hasta Chile.

—¿Cuándo te vas? le preguntó éste.

—El jueves; mañana me voy á Buenos Aires.

—Veré si puedo....

—Yo te allanaré cualquier dificultad, le respondió en voz baja Máximo, que estaba á su lado, y conocía la clase de dificultades de su sobrino político, á quien quería mucho.

Montero dijo á Máximo:

—Le advierto que me agrego á su comitiva. Me voy también yo á Chile con usted.

Se necesitaba todo el disimulo de la buena educación, para que aquella reunión continuara en el mismo tono de jovialidad hasta el fin de la comida.

La resolución manifestada por Montero y Espinosa, en voz alta y cortante, en momentos en que se esperaba una resolución bien diversa, cayó como una bomba, que hirió mortalmente á la hija y á la madre, y llenó á los otros de una sorpresa indignada.

Esa noche partió Montero para Buenos Aires.

A la mañana siguiente, el carruaje de la Atalaya esperaba á su dueño que iba á alcanzar el tren que lo conduciría á Buenos Aires, el que se despedía de su mayordomo en la terraza. Cándido, debajo de la escalinata, con una pequeña valija en la mano, esperaba también que bajara su patrón.

—¿Quién se ha permitido entrar á caballo al parque? ¿No saben que está terminantemente prohibido? dijo el mayordomo, que como buen inglés sabía respetar y hacer respetar las leyes públicas y privadas, y que acababa de divisar un jinete, que atrevido venía por una de las avenidas á toda carrera.

—Es el niño Albertito, dijo el cochero desde su pescante, al mismo tiempo que aquél detenía su caballo violentamente delante de la casa y con una cara y una voz alteradísimas gritaba.

—¡Máximo... Stella se muere!.. Voy al pueblito á buscar al doctor... Sin una palabra más tocó su caballo, dió vuelta las riendas y salió á escape.

Máximo, muy pálido, bajó rápidamente la escalinata, subió al carruaje y ordenó a su cochero:

—¡Al Ombú... Vuela!

XXI

El astro habíase extinguido. Mas, como sus hermanos—esos soles que brillan por sí mismos en el cielo—mucho tiempo después de apagarse, mandan todavía su luz al mundo así dejaba El, de su pasaje por la tierra, su luminosa estela fecundante.

El cielo estaba azul, diáfano el aire, la luz brillante; nacía nuestro dulce Otoño.

Las últimas rosas esforzábanse en durar, los últimos capullos en abrir para adornar su tumba. Las golondrinas demoraban su partida; ellas también, como todos los que pasaron por su lado, «volvían la cabeza para mirarla otra vez».

Las tres puertas del Ombú fueron abiertas, para dejar entrar por ellas á las gentes de los alrededores. Larga caravana que venía de Levante y de Poniente á dar á Stella su último adiós. El gaucho de nuestra Pampa, el inmigrante de la hermosa Italia, el colono ruso, el español tendero en el pueblito, los

niños de la escuela al aire libre; los padres, las madres, y los hijos se apresuraban á llegar.

Encontraron una blanca flor dormida, y las flores del jardín y de los campos que velaban su sueño.

La noche anterior, Máximo había hablado á Stella que aún respiraba, tocado sus manos, pasado un fósforo varias veces por sus ojos. Cuando se hubo convencido que esos ojos habían ya penetrado el gran misterio; que esas manos, flotantes hasta hacía un momento, habíanse asentado para siempre; que esa voz había entrado en el eterno silencio, que ese aliento iba ya á helarse, tuvo un movimiento brusco de protesta y de dolor, que interrumpió el recogimiento de la familia desolada, arrodillada alrededor de ese lecho de muerte, claro como una cuna, y agobiado por su impotencia salió del cuarto diciendo: «¡No quiero verla morir!»

Pasó por el lado de Alberto, que en el corredor dejaba correr sus lágrimas y trataba de calmar á su primogénito, quien abrazado de él sollozaba convulsivamente. Era el único que había quedado allí; los otros niños, engañados, estaban desde la mañana con miss Mary en la ciudad.

Fué á tomar su caballo al tronco del Ombú, montó en él, y al paso lento tomó el camino de su casa.

Llegaba al altalfar, aquel verde tapiz. Era noche de luna, de una serenidad luminosa; en el cielo había una vida palpitante; las luciérnagas revoloteaban sobre el pasto. Su corazón contraído se abrió como la flor de una ternura que había empezado á germinar en primavera... acababa de oir la voz que había dicho entonces: «¡No los persigamos, no los persigamos: son los espíritus de la noche!»; de ver una guirnalda de niños corriendo al rededor de una joven vestida de muselina y coronada de multiflor, que le sonreía al gritarle saludándolo con la mano. «¿Mis buenos deseos, viejo tío!... ¡Crea!... ¡Crea en Mahoma, pero crea en algo!»... Después, volvió á verla desde allí, tal cual acababa de dejarla en ese momento, de rodillas, calentando en sus manos las manos de su hermana que se helaban; su corazón volvió á contraerse, y como si sobre sus labios se volcara toda la amargura que llevaba dentro, dijo sus palabras más amargas,—reminiscencia de otras dichas otra vez—con la risa más amargamente acerba, y saludando también con su mano el vacío: «¡Sí, linda sobrina... sí, hermosa Ninfa, sí, joven Driada.... ¡Creo!... ¡Creo en la verdad de la duda, en la realidad de la nada!»

Miró su reloj: eran las dos. Prendió un cigarro y siguió andando... De pronto, su caballo dió una espantada y se fué de costado ante una sombra: reconoció la tapera en la

que como dos náufragos con Alejandra se cobijaron.... Un joven paisano pasó á caballo cantando; su voz varonil envió claros á los oídos de Máximo estos dos versos, antes de perderse á la distancia.

Soy un hijo de la sombra,
Que voy marchando á la luz.

Cándido entre dormido y despierto esperaba á su patrón.

—No me acuesto, le dijo éste con una voz cortante. Prepara todo ahora mismo; nos vamos en el primer tren.

A las cuatro y media de la mañana, muy fresca, Máximo bajaba la escalinata de su terraza, con el paletó puesto, gruesos guantes, y el sombrero blando muy caído sobre los ojos.

Sus criados y sus peones, formados en dos filas para despedirlo, hacíanle calle para que pasara. Hizo á todos un saludo con la mano, sin abrir sus labios. Al lado del carruaje lo esperaba su mayordomo, que al verlo acercarse abrió la portezuela.

—Bueno, don Carlos, no hay nada cambiado, sino la fecha, díjole, estrechando su mano. Mándeme el sábado á su hijo... No sé cuanto tiempo estaré ausente; pienso visitar Chile y el Perú... Hasta la vista... Dentro de una hora, añadió con voz más ronca, y bajando

aún más sobre los ojos el ala de su sombrero, haga cortar las flores de los invernáculos y del jardín.... todas, que no quede una sola, y mándelas al Ombú.... A la estación! gritó al cochero.

Y el gran breack de Máximo, conduciendo al señor de la Atalaya pálido y taciturno, arrancó.

XXII

El dos de Agosto, Máximo Quiroz sentábase con quince amigos en el comedor reservado del Gran Hotel. Había llegado tres días antes de Chile, y el Perú, y partía unos días después á Europa nuevamente.

Era un nostálgico crónico, fuera y dentro de su país. Lo que deben sentir los místicos cuando pensando en la Gloria repiten la frase: «Me siento desterrado en la tierra», sentíalo Máximo, que no pensaba seguramente en una patria celestial.

Aunque salpicada de chispas ligeras, el tono de la conversación fué haciéndose serio y reposado, y con motivo de comunicar el anfitrión algunas impresiones de su reciente viaje, se llegó á tocar la cuestión Sud-América; se pasó hasta el estado social y la política interna de la República.

Máximo dejaba caer de tarde en tarde una palabra amarga, pesimista, burlona, cáustica

ó previsora, que los otros, admiradores de su gran talento, recogían y pensaban. Se condenaba, se fustigaba....

—No hablemos, es mejor, de estas cosas, díjoles; más bien debemos fingir ignorarlas. ¿No les parece, mis amigos, que el confesarlas y no remediarlas, se parece mucho á cinismo?

Se encontró que lo que él decía era la razón y era la verdad, y la conversación prosiguió animadísima, aleteando sobre el tema. A una observación que se hizo, Máximo agregó:

—Aquí se ocupan demasiado de las personas y muy poco de las cosas, de las ideas, de lo que permanece. Por eso nuestra política está llena de sorpresas y la sociedad de chismes.... No es que los hombres sean peores que en otra parte; es cuestión de educación y de escuela... Es la política de la aldea erigida en sistema de gobierno... Los rusos ejercitan más derechos políticos que nosotros, y el Zar tiene menos poder efectivo que nuestro Presidente. Poseemos la etiqueta de los grandes progresos... Hay síntomas atroces, que vemos los que estamos lejos. Se está en esos malos momentos que tienen los pueblos, en los que se menosprecia la verdad, y en que las virtudes arrancan sonrisas compasivas.... ¿Sáben de qué me he asustado el otro día yo, que ya no me voy espantando de nada?.... Que en un grupo de hombres políticos, no conformes con la situación ni con la marcha del país,

se hicieran cálculos sobre la duración de la vida de los personajes influyentes, como el único medio de que se cambiara el orden de las cosas.... En la degradación romana fué esa la preocupación de los políticos.

Gran efecto produjeron sus palabras en los presentes y la conversación tomó un giro de apasionada exaltación. Un sacudimiento sintieron sus corazones viriles enervados, y sonrieron sus labios á una visión patriótica.... Montero y Espinosa que había hecho el viaje con Máximo, volvía completamente subyugado por el ascendiente que este ejercía sobre los que le estaban cerca, y sintiendo bullir su sangre joven, púsose de pie y dijo:

—¡Invito á mis compañeros á unirnos en un alto propósito: el de servir á nuestro País generosamente, sin más fin que su grandeza, entregándole si es preciso, con el desinterés de un buen hijo, todo lo que somos y todo lo que poseemos!

A estas palabras, pusiéronse todos de pie y levantaron sus copas. Montero continuó:

—¡Señores: bebamos por nuestra Patria, por la realización de nuestra naciente Idea; bebamos por nuestro jefe Máximo Quiroz!

—¡Por nuestra Patria, por nuestra Idea, por nuestro jefe Máximo Quiroz! repitieron los demás en voz alta, con ardor y entusiasmo, reuniéndose para chocar sus copas.

Máximo fijó su mirada en el grupo de jóvenes elegantes que parecían en ese momento

sellar el pacto de alguna noble conspiración, y sintió él también hablar su sangre.... Desapareció su palidez y sus ojos arrojaron chispas.... Al verlo así, cada uno de ellos volvió á su asiento, esperando atentos y vibrantes lo que su nuevo jefe iba á decirles.... Este paseó otra vez sus ojos á su alrededor y entreabrió los labios. En ese momento la mesa cuadrada del hotel con su vajilla de metal, su centro de orquideas arreglado por la florista y la rueda obscura de hombres desapareció. La magia del recuerdo ponía ante sí otra mesa larga, al aire libre, debajo de los árboles cubierta de flores sencillas, rodeada por catorce niños vestidos de claro, entre ellos una negrita con corales en el cuello y argollas en la orejas, presididas por una joven rubia, de blanco y un ramo de rosas en la cintura, que esperaban también de pie y levantadas sus copas las palabras de un adolescente.... Y Máximo empalidecido, tuvo otra vez delante, quince hombres de pie que lo esperaban....

—Los felicito y me felicito, mis queridos amigos, al verlos tomar el rumbo del deber, díjoles. Agradezco íntimamente el honor que me hacen al confiarme la dirección de sus trabajos patrióticos, pero me es imposible aceptarla.... Me alejo: tengo imperiosos motivos para hacerlo. ¡Bebo por la realización de su idea noble y alta!

Bebieron los otros con menos entusiasmo

ya, el que desapareció por completo cuando se convencieron de que toda insistencia cerca de Máximo sería inútil. Este, vuelto á su ironía, cortó con ella toda duda:

—Déjenme alejarme. Iré á buscar para ustedes un poco de agua del Jordán, y en Inglaterra estudiaré el perfecto mecanismo de su política, para un libro póstumo.

—*¡Per Dio e per la Patria!* exclamó Alberto extendiendo su cuchillo como la espada de un hugonote.

Una carcajada general saludó su dicho y su gesto, crítica del hermoso movimiento de un momento hacía, y detrás del indiferentismo, como cubren dos nubes grises al juntarse un pedazo de cielo azul, la noble idea se ocultó.

Se servía el café y los licores; se fumaba y se hablaba de mujeres. El sirviente presentó á Máximo en una bandeja de plata, una carta en sobre blanco, con un sello pequeño en lacre negro. La abrió sin apresuramiento y miró la firma: «Alex». Con un gesto de extrañeza la leyó dos veces, pidió recado de escribir, la contestó, y entregó su carta al sirviente que la esperaba.

Máximo había abandonado hacía cuatro meses la Atalaya, con el corazón despedazado.

Cuando advertido por el grito de Albertito «Stella se muere» corrió entonces al Ombú, presenció una de las escenas más tocantes del drama de Stella.

Los niños se iban á la ciudad con miss Mary, engañados,—habíaseles dicho que se adelantaban á los grandes, los que llevarían á la tarde á la enferma, que necesitaba curarse—y entraban en el momento en que él llegaba, á despedirse de su compañera, sin sospechar que era esa su última despedida. Ella sentada en la cama, recostada en una pila de almohadas, pálida, fina, pulida como una estatua de marfil, esperaba serena y sonriente, «el pasaje de las sombras á la luz». Uno á uno, fueron ellos desfilando por su lado; recibían su beso, decíanle «hasta luego» y se retiraban....

Llegó el turno de la Muschinga; dominada ésta por algo augusto que veía en ese semblante, por primera vez en su vida experimentó un sentimiento de respeto, un sobrecogimiento, y no atreviéndose á besarla, besó su mano. La Angélica estiró sus brazos, y la niña blanca y la niña negra se abrazaron en el umbral de la nueva vida en que la primera la precedía.

Los niños salieron... caminaron por la larga avenida volviendo sus cabezas.... La que se quedaba estiró la suya y clavó su mirada en ellos hasta que desaparecieron á lo lejos.... «Stella seguía largo tiempo con los ojos el vuelo de los pájaros....»

A Máximo costóle mucho alejar de sus ojos la visión de ese momento.

Aquella mañana en que tomó el tren de

las cinco y diez para Buenos Aires, justamente media hora después dc expirar Stella, había llegado al hotel, y ayudado por varias tomas de sulfonal, dormido profundamente diez horas. Al despertar, comenzó la lucha encarnizada para destruir sus pesares, y cerrar los ojos de su pensamiento que se abrían muy grandes para mirar lo que estaba pasando en el «Ombú».—No quiso saberlo; calculó que su Astro suave y adorable, su Princesa de leyenda, la gentil, única Stella, no estaba ya en la tierra, que su hermana se quedaba en la desesperación, y fiel á su viejo sistema, no volvió á nombrar y se obligó á olvidar.

El sábado siguiente, subió al tren que lo conduciría á Mendoza, acompañado por Montero y Espinosa, el hijo de su mayordomo y Cándido. En el trayecto siguió rechazando los recuerdos que como un enjambre de mariposas blancas y negras cruzaban su pensamiento. Siempre persistía, sin embargo, en ese pensamiento, que él se empeñaba en vaciar, como una lucecita en el fondo de una caverna, la mirada de aquella niña que un día besó sus labios sellando un pacto.

Encontró que la presencia de Montero tenía para él una doble ventaja; era un compañero agradable sin ser alegre, de un tacto exquisito, y le recordaba cosas que le ayudaban á olvidar.... Recorrieron Chile y el Perú, siendo agasajados y obsequiados como

tenían que serlo personas de su rango y de su fortuna; regresaron en Junio, y dos meses más emplearon en recorrer algunas provincias de su propio país.

Cuando volvieron á la Capital, el antiguo Máximo había renacido todo entero.

Estuvo en casa de su hermana Carmen; todo en ella lo disgustó. Su cuñado había tenido una recaída. Apenas convaleciente, la muerte de su sobrina lo había desplomado nuevamente; en esos momentos se encontraba en Puan con Emilio, por prescripción médica. Al rato de entrar cambió de asiento, para evitar el mirar un gran retrato de Stella, colgado en la pared del costurero donde se reunía la familia.

Por las conversaciones, el tono, los objejos que á ella habían pertenecido diseminados por todas partes, y ese retrato en el que habían colocado flores frescas, comprendió que Stella vivía todavía en aquella casa. Una gran tristeza sintió al ver entrar á su hermosa ahijada, á la arrogante Perla, delgadita y pálida, con su cabeza despojada de su cabellera. La niña había estado gravemente enferma; la muerte de su amiga habíale producido una desesperación cercana á la locura; después una fiebre con alucinaciones, y un debilitamiento al fin, que todavía se combatía.... Por lo que oyó se dió cuenta que Alex se había quedado en la estancia con Eugenia cuando la familia regresó á Buenos

Aires, después de depositar á Stella en el pequeño cementerio de campaña, según su hermano lo deseaba, pero que se había visto precisada á trasladarse á la ciudad para calmar á la Perla que la llamaba noche y día.

La carta que recibiera de Alex y que tanta extrañeza le causara, no decía sino lo siguiente:

«Mi amigo: He esperado con impaciencia su regreso, porque necesitaba comunicarle cosas de verdadera importancia. Acabo de saber que usted se encuentra en Buenos Aires ya. Le pido quiera tener la bondad de acudir á mi llamado lo más pronto que le sea posible, y como lo que debo decirle es reservado quiera llevar esa bondad hasta molestarse en subir á mi salita.

«Su amiga.

ALEX

El la contestó, poniéndose á sus ordenes y anunciando su visita para esa misma noche á las ocho y media.

—«¿Qué me querrá? pensó.... Nuevamente sufrió del malestar de aprensión, y se sintió pinchar por la lanceta de escorpión de la sonrisa de su hermana Micaela, cuando había dicho hacía un año: «Máximo es uno de sus blancos».

XXIII

—Sírvase usted esperar un momento, señor. Miss Alex va á venir dentro de poco; hace dormir á la Perla que ha tenido un día muy agitado y no quiere separarse de ella.

Esto decía á Máximo miss Mary, esa misma noche á las ocho y media, introduciéndolo en una salita clara. Se retiró, y quedó allí recorriéndola con la vista, acercándose á los objetos que llamaban más su atención. Muy sencilla, tenía la vida, el sello tan personal que sabía dar Alex á las cosas. El ojo experto del millonario vagabundo, descubrió en el acto cuatro cuadros notables. Una mujer vestida de manola, y la cabeza de un perro, que le hicieron decir: «El legado de Federico Livanoff»; un retrato de Ana María, sonriendo, con una rosa en los cabellos, y un grupo que se detuvo á contemplar largo tiempo. Delante de una mesa, un hombre bellísimo daba una lección sobre el mapa polar á una niña, en cuya fisonomía aparecía la inteligencia, la

atención, y una reflexión rara en una criatura de la edad que representaba tener la del retrato. Máximo sonrió á esa figurita de vestido azul de colegiala, con su trenza sobre las espaldas; sonrió á la ancha frente y á los grandes ojos expresivos de Alejandra adolescente... Sobre la chimenea, otro gran retrato de Gustavo con el paletó y el gorro de pieles, las gruesas polainas de su traje de explorador.... Más abajo Stella, mirando á los que la miraban con sus dos astros melancólicos, con sus dos ojos llenos de infinito.... Aquí y allá mil objetos que se veía eran recuerdos de viajes y de amigos.... muchos libros... En un marco blanco *laqué*, reconoció la flor de caña que la noche del baile Ana María arrancó de sus manos para dársela á su prima. Sobre la mesa del centro, verdadera mesa de trabajo, larga y ancha, una lámpara cuya luz tamizaba su gran pantalla...

Empezaba á sentirse conmovido en ese ambiente íntimo y tibio, suave y familiar, que en todas partes creaba á su alrededor la joven que tanto conocía, y á la que desconocía tanto. Pero no quería demostrarlo y repitió dos veces la divisa del viejo reloj italiano: «*Cheto fuor, con moto dentro*».

Sintió ruido en una de las puertas interiores, á sus espaldas, se volvió y percibió á Alex delgada y pálida, vestida de luto, destacándose de todo aquel negro de su traje,

la línea blanca del hilo duro de su cuello. La saludó inclinándose muy bajo en silencio, mientras ella se detenía silenciosa también á la distancia... Pasaron minutos, levantó él la cabeza y la miró; ella avanzó y le extendió su mano que él estrechó.... Ese silencio hablaba; ¡cuántas cosas se decían en ese silencio!

Un momento después, Máximo sentóse en un sillón que se encontraba á cierta distancia de la silla en que ella lo hacía al lado de la mesa cruzada entre los dos.

El corazón de Alex palpitaba con violencia al ver á Máximo por primera vez desde que los ojos de su hermana se cerraron á la luz, pero acostumbrada á vencerse porque vivía entre extraños, hizo un esfuerzo, y su alma toda encogida se enderezó.

—¿Máximo, empezó ella, ha extrañado usted mucho que lo haya llamado, cuando todo lo acusaba de *habernos* abandonado?... Una noche le dije en una fiesta, delante de un espejo, que no había que fiarse de las apariencias. Me fiaría de ellas yo ahora, para condenar á *nuestro* amigo por su deserción en horas de tan amarga prueba, que aparece como una frialdad de alma, una sequedad de corazón para *nosotras*, cuando bien sé que ha sido una consecuencia de aquella cobardía para ver sufrir, de aquella fuerza invencible que lo empuja á huir ante la emoción y ante el recuerdo.... ¿Todo aquello, se acuer-

da, que yo pretendía combatir en el viejo tío....? No, padrino de la Perla, mi fe en *nuestro* amigo es demasiado sólida, para que el soplo de la apariencia pueda disiparla.

Máximo comenzaba á sentir la influencia que ejercía siempre sobre él esa voz dulce y plena, con notas más suaves y más profundas, como si fuera el alma quien la lanzara en los distintos movimientos que hiciera para sentir. ¡Cómo reconocía esa voz! ¡Cómo reconocía á la Alex del Ombú en su manera de demostrarle que la Angélica aun vivía, que estaba y estaría siempre entre ellos, que la misma muerte no podía impedir que fueran todavía «las dos hermanas!»

—Sabe usted, Alex, cuánto yo *la* quería... No pudo él decir otra cosa.

—Sí, Máximo; si no hubiera sido así, habría sido usted un ingrato.... *Ella* lo quería con toda la fuerza y el ardor de su alma; de su alma tan ardiente y tan grande que faltándole espacio para desplegarse, necesitó remontarse á las alturas!

Comprendiendo que no desplegaba los labios porque lo enmudecía el enternecimiento, se detuvo, se levantó, dió unos pasos para serenarse y sentándose prosiguió con voz muy firme:

—Máximo, necesitamos de toda nuestra serenidad; yo, para decir lo que debo decirle, usted para seguir mis palabras. No son los recuerdos dulces y dolorosos que asoma-

ban á mis labios, lo que nos daría esa serenidad.

En el acto, como si ya hubiera ella dicho, huyó de él aquella sombra que al recibir su carta le insinuaba el camino de las interpretaciones: Esperó atento; aquella mujer que tenía delante mirándolo ā la cara, seria, grave, derecha en su asiento, buscando de esas palabras breves y concisas que llegan más rápidas y más directas, tenía que decir ahora cuando hablara, cosas graves, serias.... tal vez terribles.

—Muchas veces me he reprochado, empezó ella á decir, el no haber obedecido á la voz que me aconsejaba confiarme á usted, Máximo.... Recuerdo las tres veces que esa voz fué más imperiosa y más alta: el día que nos cobijamos de la tormenta en la tapera: la mañana del domingo que la famlia y Montero almorzaron en la Atalaya, y sobre todo aquella otra mañana que volviendo yo de casa de don Manuel Montana, nos encontramos frente á frente en la calle de Maipú.

Llamó tanto la atención á Máxima que ella no excusara ciertos nombres, que los pronunciara claramente y sin vacilaciones, y más, que de igual manera pronunciara: «volviendo yo de casa de don Samuel Montana», que su curiosidad creció.

—¿Por qué no lo hizo entonces? preguntó sin otra intención que la de no parecerle indiferente.

—Porque aun no lo conocía bastante, por que era la época en que todavía éramos sólo camaradas, primero; después, aquel día que usted me vió perder toda mi fuerza, y que le revelé negros presentimientos, los que pronto se cumplirían, porque no estaba segura de tener el derecho de contarle lo que hoy estoy autorizada á contar.... ¡Cuántas cosas irreparables se hubieran evitado si le hubiera hablado entonces!.... Ha pasado el tiempo de las ambigüedades; vamos, pues, derecho al asunto. Bien sabe usted cuál es mi situación cerca de la familia de mi tío Luis, y cuáles los motivos; cuánto es el cariño y la consideración que me inspira el que fué para mamá padre y hermano, el que amparó á sus hijas, el que les abrió su «corazón y su casa», el que les habría evitado toda humillación y toda pena si hubiera siquiera sospechado alguna de ellas.... ¡Mi tío no sabrá jamás, que la hija mayor de Ana María y Gustavo, bajo su propio techo, sufrió un día persecución!.... No necesito explicarle, Máximo, todo lo que habré sufrido yo, extranjera, aislada, sin amistades ni relaciones, enfermo de gravedad el único ser á quien hubiera podido al principio recurrir, en aquél tiempo en que maniatada de pies y manos, me veía obligada por razones supremas, á respirar una atmósfera de odio y de menosprecio. ¡Cuando comprendí y entendí que para salvar vanidades se arrojaba mi nombre como alimen-

to á esa serpiente insaciable que se llama la maledicencia, cuando la sentí enroscarse en él como en mi propia carne!.... ¡No puede usted concebir, lo que es comer el pan ajeno aunque se tenga la conciencia de ganarlo!... A todo el que tenga un poco de esa conciencia y un poco de corazón, sería innecesario mostrarle la razón por qué permanecí en la casa mientras vivió mi hermana; pero después.... ¿Hoy?.... ¿Por qué no me voy á llorar ó á consolarme á mi tierra, no es cierto Máximo?

Su tranquilidad había ido disminuyendo hasta convertirse en una exaltación sin violencia. En Máximo había ido creciendo la atención hasta convertirse en ansiedad. Le pareció al último que aludía Alex á preguntas que más de una vez habíase él hecho á sí mismo anteriormente, preguntas que ella hubiera transparentado entonces, y á las que recién hoy respondiera; sintió un rubor y miró la alfombra.

Alex se levantó, fué hasta una pequeña mesa colocada en un extremo de la sala, llenó una copa con el agua helada contenida en una preciosa jarra de cristal y plata que estaba sobre ella, la bebió hasta el fondo como si quisiera ahogar las palabras que se acumulaban en sus labios; serenó, se volvió á su asiento y continuó:

—Va usted á saberlo. Al poco tiempo de llegar á Buenos Aires, viéndose Emilio preci-

sado á ausentarse á la estancia que su padre posee en Puan, me pidió que lo reemplazara mientras tanto cerca de él, de quien era secretario y cuyos libros de contabilidad atendía. Le he dicho ya, que desde el primer momento mi primo Emilio y yo simpatizamos; al poco tiempo fuimos amigos, yo lo ayudé á preparar su examen, y él depositó en mi toda su confianza. Emilio es muy completo; si en lugar de tener diez y nueve años hubiera tenido veinticinco, lo que ha sucedido se habría reparado.... ó no habría sucedido. Antes de ausentarse me dijo: «Alex, papá está enfermo; yo soy el único en saber, entre los que realmente lo queremos, cuál es su mal. Me voy por él, porque es necesario que me vaya. Te confío su tranquilidad. Conozco tu discreción y tu clarovidencia; si llega el caso de emplear la primera, será porque la segunda te habrá iluminado; si no llega, es mejor que ignores lo que él sabe á medias y yo por entero. Pero fíjate bien, Alex, todo papel que traigan al escritorio lo debes abrir tú, y si encuentras en alguno de ellos algo que no entiendas, ó que entiendas demasiado, no se lo muestres y telegrafíame.

Máximo levantó la cabeza, miró á Alex, y su entrecejo se plegó.

—Un día que había salido á la vereda para acomodar á mi Stella en el carruaje en que se iba de paseo con sus primitos, al entrar ví á una persona que tocaba el timbre

de la puerta de calle. Un presentimiento tuve en el instante; del vestíbulo me volví y le pregunté á quien buscaba. Buscaba á mi tío y con urgencia. Llevada siempre por ese presentimiento le contesté que mi tío estaba en cama desde hacía dos días, y le insinué que podía comunicarme lo que deseaba decirle: «Es un asunto delicado y urgente; se trata de negocios.... de intereses, y convendría que él lo supiera». «Señor, le dije, yo soy su secretario, llevo sus libros, soy su sobrina, casi su hija, creo, pues, estar en el caso de pretender saber lo que puede afectarle». Lo hice entrar al escritorio y allí, convencido, me dijo: «Señorita, soy escribano y como estimo mucho á don Luis venía á comunicarle que del Banco Español me han llevado un pagaré para protestar. Hay tiempo hasta mañana; tenga usted la bondad de avisarle que no haré nada hasta las diez». Yo que pensaba mientras él hablaba, le contesté que estaba cierta que era una equivocación, pues mi propia mano había entregado el dinero para levantarlo. Una vez que el escribano se marchó, no habiendo tiempo para que Emilio pudiera arreglar nada desde lejos, y deseando evitar en lo posible mortificaciones á mi tío ya muy delicado, llamé á Enrique, y segura de que era todo esto un mal entendido, le referí lo que pasaba y le pedí que arreglara el asunto.

—«Sí, me dijo, es una equivocación, pues

ese documento está pago; no te apures, mañana quedará aclarado. No volví á pensar en ello. À los dos meses....

Se detuvo un momento, súbitamente, sintiéndose mordida por el recuerdo de sus sufrimientos, levantóse rígida de su asiento, y con una expresión de desprecio y una voz que enronquecía la indignación, dijo sin poderse contener:

—¡A los dos meses, supe que Enrique Maura era un villano que robaba á su padre!

—¿Qué....? exclamó en un grito ahogado Máximo; dió un salto desde su asiento, como un felino, hasta la mesa al lado de la cual estaba ella de pie, se dejó caer en una silla, á su frente, apoyó el codo en la mesa, la miró en los ojos, y como un perro de presa púsose en acecho de las palabras que tenían que salir nuevamente de sus labios.

De todo lo que ella había dicho, lo único que le importaba, lo único que había oído, lo único que recordaba era su última frase: «¡Enrique es un villano!» Sí; eso era lo que abrillantaba sus ojos; lo que le había hecho saltar, lo que quería oírle repetir!

La joven se tranquilizó y prosiguió:

—Los detalles los tendrá usted después, bástele saber por hoy, que Carlos, en especulaciones, ha abusado del crédito de mi tío.

Que Enrique, antes de llegar hasta lo que le referiré más tarde, no sólo lo había ya comprometido hipotecando su estancia de Puan.

cuya administración le estaba confiada, sino también dispuesto para sus gastos particulares de todo lo que ella producía, dejando al descubierto los servicios hipotecarios. Carlos hacía por su lado igual cosa con las casas de la ciudad. Se contaba siempre con la influencia y el crédito del padre.... Cuando mi pobre tío, que había confiado sus intereses á sus hijos mayores, se dió cuenta de lo que sucedía, les hizo las observaciones necesarias y les retiró su confianza.... Sólo Emilio y yo sabemos todo lo que él ha sufrido, y su temor de que pudiera la familia traslucir algo de lo que pasaba, ó que lo traslucieran los extraños; esto último hubiera alarmado, y su ruina habría sido total.... Nos hizo prometerle, bajo nuestra fe, no revelar á nadie su situación.... Y comenzó la lucha de mi pobre tío para buscar y encontrar el dinero necesario que pagara lo más apremiante, sin que en plaza se apercibieran que lo buscaba porque le faltaba.... Fué entonces cuando Emilio y yo vimos más lejos en el proyecto de matrimonio con Clara Montana; lo que le hizo exclamar un día en la mesa delante de todos los demás: «Pero debes apurarte».. . El padre de Clara era e principal acreedor de mi tío Luis.

Máximo aprovechó una pausa para respirar muy fuerte; respirar por el largo rato que había permanecido comprimiendo su aliento; y volviendo á tomar su frente con la ma-

no, siempre clavados sus ojos en Alex, siguió escuchando.

—El pobre Emilio que adora á su padre, continuó ella, y que lo veía taciturno apagarse, lo que es una forma de la desesperación, hizo lo único que le era posible hacer: se resolvió á dejar la ciudad, irse á Puan, y tratar de levantar aquel Establecimiento que sólo gastos producía.... La idea de tener que reducir los de su familia; de quitar brillo á su fausto, magnificencia á su existencia; el saber que los bienes patrimoniales de su mujer estaban también comprometidos, lo mantenían en un estado de continuo sobresalto y angustia, que tenían que traer una alteración en su salud ya debilitada. La neurastenia, esa roedora de energías y voluntades, cayó sobre él. Wernicke, gran psicólogo, comprendió que había una causa moral en el estado de nuestro enfermo, y le ordenó un reposo absoluto. Emilio y yo nos dedicamos á mentirle: únicamente la mentira podía salvarlo. Había propuesto él ciertos arreglos antes de enfermarse, en los que veía su salvación. Emilio le aseguró que habían sido aceptados y algo se tranquilizó.... Un drama más terrible había en el fondo de todo esto, y del que únicamente yo era espectadora: el drama de la cólera, de la indignación, del odio de Emilio para el hermano, causa de los desastres que amenazaban derrumbar el hogar, la vida del pa-

dre. ¡Cuántas veces he tenido que calmar al generoso y vehemente muchacho! ¡Cuántas me ha desvelado la preocupación de que llegara el momento en que no pudiendo contenerse cometiera un acto de violencia! Yo fuí quien lo conduje hasta la resolución de ponerse al frente de la estancia de Puan y ser el salvador de su familia; mi intención era alejarlo.... Cuando llegó usted de Europa, las cosas que se habían podido apuntalar iban á caer con toda su fuerza, venciendo los débiles puntales....

Mi tío, á quien todavía no se había declarado enfermo, intervenía en sus asuntos aún. Un día me llamó y me dijo: «Mi hijita, hoy han traído el aviso de un vencimiento, lo que debe ser un error, pues en mi libro de apuntes no figura. Dile á Enrique, si viene mientras yo no estoy, que pase por el Banco Español y averigüe de lo que se trata»... No tuve sino mirar la cara, poco inteligente de mi primo, en el momento en que le repetía estas palabras, para convencerme que algo incorrecto había en el asunto, y más, con los antecedentes que tenía yo de su conducta anterior. Se puso rojo, tartamudeó, empalideció y me dijo: «Ese documento existe y no tengo dinero para pagarlo.» «¿Cómo puede existir lo que no existe?» le dije yo, recordando aquel otro pagaré amenazado de un protesto dos meses atrás. «Mi tío no tiene conocimiento de nada, ni yo tampoco, que

soy quien pongo en limpio los apuntes que hace él prolijamente.» Viendo que no contestaba añadí: «Es necesario, Enrique, que inmediatamente quede esto arreglado; mi tío no está en estado de tener desvelos.... cuando lo que necesita es dormir». Mis ojos debieron expresarle mi sospecha, mi indignación, y mi resolución de defender la salud de su padre, porque me lo dijo todo, creyendo el infeliz no decirme nada. «Este pagaré es una renovación de aquel, que una tarde trajeron para protestar».

—¿Cómo, exclamé, si mi tío no sabe nada de esto?.... ¿Cómo, si él no ha firmado ese documento?» Al no contestarme, levanté los ojos y lo miré; no necesité más. «Enrique, dije en voz baja, eres tú el que ha firmado ese documento por mi tío.... Yo no soy juez, soy sólo una mujer de corazón que desea evitar males irreparables á un ser que quiere.... Anda. busca ese dinero, y que él no sepa nunca lo que lo llevaría á la muerte». Durante cuatro días Enrique buscó el dinero. Para la gente de su mundo era el hijo de un rico; pero las narices de los prestamistas sabían ya á qué atenerse.... No podré nunca olvidar las agitaciones que pasé el día en que llegó usted de Europa, Máximo. Mientras en la sala del piso bajo, Enrique cambiaba un compromiso con la heredera del más fuerte acreedorde su padre, yo, á puerta cerrada, en un cuarto interior, com-

praba á un usurero de la peor especie la vida de mi tío y el honor de su casa. Enrique, á quien éste había entregado hacía tres meses el dinero para levantar el documento fatal, lo había jugado. Atolondrado, y de una inteligencia cerrada á toda luz, como usted sabe bien que es su sobrino, olvidó la fecha de su vencimiento, y cuando yo le conté aquello del protesto, en la imposibilidad de pagarlo, imitó la firma de mi tío.

Máximo, mudo, tenía en los ojos, clavados en Alex, una fijeza fascinadora y atento; oía.... oía....quería oír hasta el fin!

—No olvidó, no, el otro vencimiento; buscó el dinero y no encontrándolo esperó. «¿Qué iba á hacer?» me contestó. Sí; que iba á hacer?.... Bien sabía que un padre no manda un hijo á la cárcel.... Pero yo sabía también que mi tío, que el madre, de mi madre que ese hombre todo bondad no podía saberlo, y en vez de perder tiempo en reproches, empujé al mal hijo á buscar los medios de evitarle tal amargura. Los hechos más corrientes y más simples resultan complicaciones en las horas de tribulación; casualmente su llegada y la visita de Clara ese día, que obligaban á Enrique á ocuparse de ella y de usted, no le permitían atender al usurero que debía venir á tratar el asunto con él y tuve yo que hacerlo. Recuerdo como si pasara ahora, que al manifestarme ese hombre que el dinero de que disponía es-

taba casi comprometido con algún otro ahorcado, y que recién podría contestar á las cinco, es decir, dos horas después, en el temor de que faltara y ver así perdida la única esperanza, le pedí que esperara un momento; bajé corriendo la escalera interior, entré en el comedor y no siéndome posible hablar á Enrique que se encontraba en la salita, traté de hacerle comprender algo llamándolo por el espejo en el cual lo veía reflejado .... ¡Ah, Máximo, qué angustia!

El semblante de Máximo aparecía en ese momento, del color gris de duelo de la ceniza. ¡Pero siempre mudo, quería oír hasta el fin!

La joven había vuelto á sentarse con sus manos cruzadas sobre la mesa, en cuyo extremo opuesto Máximo apoyaba el brazo que sostenía su cabeza.

—Abrevio. Mi tío cayó enfermo, la enemistad de Emilio para con su hermano aumentó, y éste siguió jugando y derrochando. Una ansiedad para mí era su noviazgo, pues á cada momento me parecía que algo podía llegar á oídos del padre ó de la hija y romperse... Comprenderá ahora usted el interés que debía tener yo en que ese matrimonio se realizara.... La hostilidad de la familia en contra mía aumentó, conocí las armas con que se me hería y no pude combatir ni huír.... Llegó un momento en que llamé á Emilio, porque unas acciones de mi tío ha-

bían sido caucionadas por Enrique anteriormente, sin autorización, é iban á perderse; un día ú otro aquél las pediría y todo se iba á descubrir... Se necesitaban cinco mil pesos, cantidad que faltaba á Enrique para rescatarlas; no los encontraba y no había tiempo que perder. Don Samuel Montana.....

Al oír este nombre, Máximo murmuró: «¡Ah!» adelantó todo el cuerpo, y después de un segundo se paró.

Alex paróse también involuntariamente y prosiguió:

—Don Samuel Montana me había demostrado siempre una especial consideración, en la que los otros, y sobre todo su hija, veían un interés marcado.... lo que no me traía ciertamente su simpatía—y por un segundo, una reminiscencia de su linda sonrisa rozó sus labios.—En las manos de ese hombre estaba la salvación. Toda una noche pasé meditando: me levanté resuelta á realizar el consejo de la noche. Don Samuel tiene una galería de pinturas; muchas veces habíamos hablado de ella los dos.... Me parece haber contado á usted que Federico Livanoff me legó tres cuadros. Tomé uno de ellos—el paisaje de Corot—y salí con él en las manos.... aquella mañana, Máximo, que nos encontramos usted y yo en el zaguan.

La misma interjección de un momento antes salió de los labios de Máximo: «¿Qué?» y se percibía mayor ansiedad en él.

—Las mujeres no nos engañamos en ciertas cosas; yo sabía que de don Samuel Montana no tenía nada que temer. Recordaba sus ojos cuando me miraba..... Un gran asombro se pintó en su fisonomía cuando me vió en su escritorio parada frente á él. «¿Qué hay señorita Alejandra?» me preguntó. Sólo esta palabra me reconfortó: era decirme que se daba cuenta de que algo anormal sucedía para que yo me encontrara allí.

«Señor Montana, le dije mirándolo á la cara, necesito cinco mil ciento cuarenta y dos pesos. No tengo crédito, ni tengo bienes que hipotecar; usted es banquero, y usted es mi amigo: aquí le entrego mi cuadro de Corot». Me miró á la cara, como lo miraba yo, sentóse en su escritorio, firmó un cheque, y sonriéndome con una ternura que no le hubiera sospechado, me estiró ese cheque con su mano derecha y con la izquierda recibió el cuadro que yo le entregaba. En letra clara marcaba la cifra, cinco mil ciento cuarenta y dos pesos, ni más ni menos, como se lo exigía. Le extendí mi mano que él estrechó entre las suyas. Había tenido la delicadeza y el tacto de no haber pretendido mostrarse generoso. De pronto, animada por su conducta, cesó la lucha que había dentro de mí, y le pedí que salvara á mi tío. Comprendí que ignoraba los manejos de Enrique, pero no que la situación era angustiosa.... Abrevio repitió Alex... Tocó él su timbre, apareció

un empleado al que dijo algunas palabras, y éste volvió á salir. Regresó un momento después con una gran carpeta y se retiró. Montana buscó, apartó unos papeles que había en ella y tomó otros en la mano. «Querida señorita Fussller, me dijo, estos papeles son los compromisos que conmigo tienen varios miembros de la familia Maura: Carlos, Enrique y Alberto. Desde este momento no existe documento que los acredite». Se acercó á la chimenea apagada, prendió un fósforo y con toda tranquilidad los quemó. «En cuanto á las deudas de su tío, ellas son con la casa bancaria; pero vaya usted tranquila, yo saldré garante.... y cuando él se mejore hablaremos los dos como hombres de negocios.... Sí; vaya tranquila que yo salvaré por usted á su tío....»

Máximo tomó la pantalla de la lámpara, y con un movimiento brusco la arrancó. Alex quedó bañada por la luz. Vió ella en su mirada tal intensidad, que se detuvo y prolongó su silencio.

—¡Alex, continúe.... continúe por Dios! exclamó en un tono tan vehemente que la sobrecogió. Era la misma vehemencia ansiosa que sobrecogió á su hermana seis meses antes en la terraza de la Atalaya. Continúe... concrétese á lo suyo; lo demás.... lo de los otros es secundario, vendrá después... Adivinando en ella la extrañeza que le causaba que llamara secundario á lo que creía ser lo

único que pudiera interesarla en el relato, y al mismo tiempo cierta alarma en presencia de una exaltación interior que notaba en él, hizo un gran esfuerzo para dominarse y sofrenar sus ojos y su voz, y como á la niña aquel día, díjole con una dulzura infinita: Sí; querida Alex; sí admirable criatura, gemela de la Angélica; todo se arreglará, todo se remediará; todo lo que puede curar el dinero se curará.... ¡Pero continúe por Dios!

—Salía de su casa, cuando nos volvimos á encontrar usted y yo en la calle de Maipú... Fué en ese momento que tuve el deseo de contárselo todo....

—¿Y por qué no lo hizo?....

—Porque ví algo en su cara que no me animó.

—Hizo usted bien, Alex; yo no merecía su confianza, dijo él con vos más sorda.

Ella lo miró, y no comprendiendo, terminó de decir todo lo que tenía que decir:

—He esperado su vuelta con impaciencia, porque desde hace dos meses, convencido Emilio que la situación de mi tío no era posible componerla con esperas y con plazos; que dentro de pocos días él, ya hoy mejor, tomaría la dirección de sus asuntos, y que un sano no puede aceptar lo que se impone á un enfermo, me autorizó á hablarle. Los dos sabemos que á un hombre como usted, basta darle á conocer lo que sucede....

—¿Y Montana?.... preguntó él, preocupa-

do siempre de una sola cosa. ¿Montana cómo quedó con usted?

—Montana á los pocos días solicitó mi mano; le confieso que vacilé. Reconocía en él altas condiciones que los demás ignoran, me encontraba en una situación difícil y me aterraba el mañana; sobre todo era garantizar el bienestar para *Ella* durante toda su existencia. Sin embargo, no me resolví; reflexioné que yo conocía mucho de ese hombre.... ¿Y lo que desconocía?.... Sólo acompañada por el amor se tiene el coraje de entrar en las tinieblas. Y yo no podía qnerer á don Samuel Montana.... Pero estoy cierta de que si lo que él hizo entonces por mí, lo hubiera hecho única y desinteresadamente por mi tío, le habría entregado mi fe porque lo hubiera encontrado digno de ser querido.

—¡Alex!.... murmuró Máximo.

—Déjeme terminar Máximo, porque empiezo á sentirme conmovida. Las dos causas que han podido obligarme á permanecer aquí, desaparecen.... *La otra*, —dijo para evitar tocar la herida que la haría desfallecer—está ya remediada puesto que usted interviene; la salvación de mi tío está en sus manos, y me alejo tranquila.

—¿Se va usted, Alejandra?

—Sí, Máximo; me voy á mi país á curarme entre los amigos de mi padre.... Nordolj ha escrito, y en el acto he sido nom-

brada para dictar dos cátedras en la «Escuela Superior de Mujeres de Cristianía»: la cátedra de Geografía en los últimos dos años, y la de Ciencias Naturales en los mismos.

—¿Pero la relación con la familia no es ahora muy cordial?

—Todo lo cordial que puede ser entre nosotros. Estaré yo siempre lejos de su simpatía....

—Lejos de su comprensión, la interrumpió Máximo.

—Le ruego que no me interrumpa, déjeme llegar.... Urgía ver á usted porque Dina Nordolj se embarca el viernes en el «Cap Ortegal» y deseo irme con ella....

—¿El viernes?.... ¿el próximo viernes?.... ¿el viernes de esta misma semana piensa irse usted? preguntóle Máximo recalcando una por una de sus palabras.

—Sí, Máximo, el viernes próximo: es decir, dentro de dos días.... No me interrumpa, se lo pido por cuarta vez, gran nene, agregó sonriéndole dulcemente. Le he contado á Nordolj, sólo lo relativo á las causas de mi malestar con la familia; necesitaba no ser sospechada también por él, que representaba, para mí, á mi país, á nuestros viejos amigos de Cristianía. Necesitaba que él supiera las razones que me obligaban á volver allá. ¿Cree, usted, Máximo, que pueda haber habido algún mal en ello?

—¡Oh, santa criatura! ¡Oh víctima de su

generosidad trágica! pudo contestarle apenas él, en quien empezaba á crecer una alma nueva, una alma que él no conocía todavía.... una alma ya nacida sin embargo, en primavera.

—Sí, me voy, continuó ella muy conmovida. Me voy, con la satisfacción de haber devuelto á mi tío sus favores; de dejar el recuerdo de una hija en su corazón tan paternal.... Volveré para buscar algo; para llevar entonces conmigo lo que hoy no puedo llevar.... Ha salido una expedición de Cristianía siguiendo las huellas de la última de mi padre; mis paisanos son tenaces y saben honrar la memoria de sus compatriotas beneméritos. Gustavo Fussller tiene en nuestra Necrópolis ya un monumento, y se espera que no permanecerá siempre vacío de sus restos. La familia no sólo debe estar reunida en la vida: yo reuniré á los míos en la muerte.... Deseo que mi tío conozca mi partida recién después, para evitarle la conmoción de la despedida, y en mi carta le diré que me voy por poco tiempo para distraerme. A la familia le comunicaré mi resolución á última hora.

El alma nueva de Máximo, para él desconocida, empezaba también á sufrir torturas desconocidas. ¿Qué podía decir á esa criatura, que veía ahí delante, natural y sencilla, contando como algo muy natural y sencillo un acto tan excepcional, que en una sociedad

entera se encontrarían tal vez dos, capaces, de realizarlo?

—Vuelvo á decirle: entre ellas y yo no podría haber nunca amistad, y aunque la hubiera, ¿podrían devolverme lo que me han quitado? ¿podrían pretender borrar de los otros lo que les han permitido sospechar?...: No, Máximo; en otros quedará siempre el recuerdo de mis ligerezas, como caritativamente querrán los mejores llamar, á la que si hubiera existido llamaría yo corrupción moral, indignidad, traición; siempre sería yo para esos otros la extranjera. la parienta pobre que seduce al hijo de la casa, que seduce al novio de la prima cuyo techo la cobija para hacerse una situación y una fortuna.... ¡Ah! cómo reconozco, en la palidez mortal que va extendiéndose por su semblante, al padrino de la Perla, al amigo de Stella, que siente su corazón herido por la injusticia ajena....! Porque bien sé que á pesar de ese excepticismo que me atrevía á desafiar, su alma es grande, su corazón es noble, su espíritu es justo, Máximo... Y al verlo en ese instante pálido, trémulo y los ojos apagados, me doy la razón por haberle dado mi amistad; reconozco el error de no haberle dado á tiempo mi confianza.... Sé bien, Máximo, que usted no ha dudado de Alex.

Al decir esto le extendió su mano que Máximo no tomó. Percibió en él una lucha

interior que lo enrojecía y lo empalidecía, que iluminaba y apagaba sus ojos, y que para ella era incomprensible. No lo era para él: luchaba con su lealtad que le prohibía estrechar esa mano que confiada se extendía buscando la suya, engañar á esos ojos que llenos de extrañeza buscaban sus ojos.

Todos sus sentimientos de hidalguía se negaban á engañar su confianza. Sin embargo, un momento le faltó el valor: cuando movió su rubia cabeza, entornó los ojos y le sonrió. De pronto cruzó él las suyas, y con expresión seria, aire grave y voz profunda, dijo una sola palabra: «Perdón».

La mirada fija en el semblante de la joven, esperó. Esta quedóse pensando en lo que ese gesto y esa palabra querrían decir; lo miró también fijamente después, y él, que espiaba el menor cambio de esa fisonomía abierta y expresiva, pudo ver cómo se iba haciendo la luz en ella, pudo darse cuenta de cuál fué el momento preciso en que supo que él había pensado lo mismo que los otros; en que comprendió la razón porque no estrechaba su mano. Esa luz se exteriorizó, llenó sus ojos é hizo visible su pensamiento. Permaneció un momento más en la misma expresión y en la misma actitud, empezó luego á perder su color, y la vió blanca, como la rosa blanca que había ella puesto esa mañana en el retrato de su hermana.... Un mo-

mento después, silenciosa, con la cabeza levantada y los ojos muy abiertos y muy claros, le hizo un saludo leve con la cabeza y se dirigió hacia la puerta interior, á la que cubría la misma cortina debajo de la cual aparecieran, aquella primera noche de su llegada, los piecitos rosados de la Perla.

—¡Alex! exclamó él, en una angustia que sofocaba su voz, dando dos pasos para acercarse. Ella, muda, lavantaba en ese momento la cortina. Máximo buscó en su mente, en su recuerdo, la palabra que pudiera detenerla un instante. Encontró una pregunta que hizo, extendiendo las manos, con toda la ternura de su voz, en un tono de dulce reproche.

—¿Alex... y los niños?

Ella, sin soltar la cortina volvió la cabeza. Vió él en su semblante transparentado un inmenso cansancio; un viejo cansancio, como si los minutos que habían transcurrido desde su palabra «perdón» hasta ese momento hubieran sido años; y en sus labios, al hablar, algo de la expresión que la joven combatía cuando la veía aparecer en sus propios labios.

—¿Y los niños? volvió á preguntarle.

—Los niños.... Los niños crecerán y se harán hombres; cuando miren el firmamento, recordarán que hubo una Stella.... quien tenía una hermana que les enseñó á leer y se llamaba Alejandra, le repondió; y desapareció detrás de la cortina.

Máximo permaneció clavado en el mismo sitio; en la ofuscación y en la obscuridad.... Luego sns recuerdos despertaron tumultuosos y en un segundo recorrió su vida desde hacía un año: la vió nuevamente hora por hora, minuto por minuto, sintió lo que había sentido; pensó lo que había pensado, comprendió movimientos de su alma y mudanzas en sus impresiones que antes no comprendiera; analizó su agonía de ese instante; y, como aquel rayo que los ojos de Alejandra vieron caer sobre el árbol de su bosque, lo fulminó la evidencia de su pasión.

XXIV

Máximo, al llegar al hotel media hora después, dijo á Alberto el gerente «A todo aquel que pregunte por mí, dirá usted que estoy en la estancia, salvo al señor Felipe Suárez que debe venir mañana. El «Cap Ortegal» anuncia su salida para el viernes; hay poca agua y demorará seguramente. Cuando sepa usted con exactitud que haya zarpado, me lo hace avisar».

Entró á su departamento, dió á Cándido sus órdenes, murmuró: «me he jugado», se acostó, y obedeciendo á su vieja costumbre de dormir pesares, tomó un narcótico y durmió con exceso, ese sueño artificial que se parece á la muerte.

A la una del día siguiente, el criado intro-

dujo cerca de su patrón, que permanecía en cama: á don Felipe Suárez, su apoderado y su hombre de confianza, con quien conferenció hasta las tres. Salió éste y volvió á las seis: venía de adquirir para su poderdante la estancia del «El Ombú». «No se trata de un negocio para mí, sino de una ventaja para Luis, habíale dicho Máximo; manifieste que necesito ese campo para ensanchar la Atalaya. Ofrezca por él lo que ellos no se atreverían á pedir». Don Felipe, vivísimo, y que algo sabía de la situación de los Maura, entendió lo que se quería; trató con Carlos y Linares, y traía la negociación terminada, con grandes ventajas para el vendedor. Era el primer paso que daba su cuñado para aliviarlo. Don Felipe quedó encargado de rescatar la hipoteca de la estancia de Puan y de las otras propiedades. «Lo que me propongo es convertirme yo en único acreedor de Luis, dijo Máximo. No aceptaría él otra cosa; como es natural. Y es una suerte, por que así, interviniendo usted en los asuntos, hay la seguridad que en dos años esa fortuna se habrá afirmado. Deseo ayudar á Emilio: lo pondré bajo su dirección, don Felipe. Es un muchacho que vale. Por ahora, los servicios hipotecarios no se harán, pero más adelante seguramente Luis exigirá que se reciba el dinero correspondiente. Para entonces,—¡quién sabe donde andaré yo!—ese dinero lo depositará usted á favor de mi

ahijada la Perla... espere, espere.... ¿cómo se llama?.... ¡Ah! Máxima Maura Sagasta».

Alex podía partir tranquila: su tío estaba salvado.

Máximo continuó narcotizándose. El viernes, á las nueve de la noche, el gerente le avisó: «Señor Quiroz, el "Cap Ortegal" acaba de zarpar: erän las ocho y veinticinco". Este suspiró muy fuerte, y exclamó con aire de alivio: "¡Al fin!"

Había permanecido encerrado, adormecido tres días para escapar á la tentación de verla.

Esa noche no tomó cloral; la pasó pensando en ella.

Empezó por olvidar que era ella para juzgarla: sereno, imparcial, con el microscopio de su razón, examinó, analizó, detalló la perfección moral é intelectual de Alejandra. Después, evocó la gracia y el encanto de su cuerpo: desde su mirar hasta su andar, desde su sonrisa y su voz hasta la manera de mover su cabeza expresiva, de poner su pie en tierra, de levantar su vestido para saltar confundida con sus niños. Sintióse débil como uno de ellos, abandonado como debían ellos sentirse sin su joven madre; y ese hombre indiferente, y ese hombre fuerte, y ese hombre excéptico y e. e hombre burlón, lloró como ellos por la que se alejaba. En medio de su afllcción sonreía á veces á frases suyas. "Soy inflexible como una espada, señor Qui-

roz!" negándose á programas de paseos en el mar que ella temía para sus chicos. "Si ya va á llorar, porque no puede comprar la luna que le gusta tanto á Stella!" "Está usted muy viejo, viejo tío; ha encanecido su cabeza á los treinta y cinco años, pero su alma á los veinte: su alma es bisabuela de la mia".

"¡Oh, querida, querida mía!.... ¡Todo eso lo he perdido como un imbécil" dijo en voz alta, mirando entrar la luz del alba por la banderola de su ventana.

Cuando se convenció que estaba lejos, que cada minuto la alejaba más y más de él, que se alejaba sin cesar, tuvo un momento de desesperación, seguido de una sensación de desamparo; casi la resolución de quedarse ahí, cerrar los ojos, no continuar su vida.... detener su vagancia inútil. Sin embargo no se arrepintió un solo momento de no haber procurado verla, hablarla, después de la última noche. Una mirada, una palabra después de su leal palabra "perdón" habría sido lo irreparable.... ¿Y sin la mirada y sin la palabra no era siempre lo irreparable?

A esta pregunta se contestaba que sí, porque ahora que comprendía ya aquello «exótico» que antes ni acogía ni rechazaba, que no defendía ni combatía porque era lo desconocido, comprendía también que su deseo no era de reconciliación y de perdón. Lo que él quería era el amor de Alejandra: quería su alma y su cuerpo; aspiraba al amplio don

de su amor completo! ¿Y tenía el derecho de esperarlo? Un instante no se le ocurrió acordarse de su fortuna tratándose de Alex. "¿Qué podría yo ofrecerle?... ¿Qué podría yo ofrecer á su juventud de alma y de cuerpo, á su fresca dulzura?.... El alma amarga y gastada de un hombre que ella ha conocido en momentos que se preguntaba mirando el pasado: ¿Qué he hecho yo? Mirando el porvenir: ¿Qué me resta hacer?.... Sería como aquel que se acercara al altar de las ofrendas con las manos vacías".

No había intentado verla, no se habían cambiado entre ambos una palabra, una mirada más. La dejaba partir. Así se lo aconsejaban su angustia previsora, su dolor profético.

Al cabo de seis días de ausencia se presentó en el Círculo, donde se le extrañaba. Encontráronlo pálido, agobiado.

—Viejo es lo que estoy, dijo. Ya empiezan los trancazos; no los de la influenza, sino los de los años. En serio, he estado embromadísimo cuatro días en cama.

Le parecía que se podía trasparentar sus heridas, y con el pudor de una vírgen las encubría.

Recorrió los corrillos, cada uno de los cuales desenvolvia su diferente tema. Dejó caer su látigo sobre el comercio en uno; su gota amarga sobre la política en otro; guardó silencio sobre el eterno tema de las mujeres; temía equivocarse.

Vagó muchos días; no quería ir á lo de su hermana. Todo en esa casa lo irritaba, los niños lo enternecían y lo abatían, los grandes lo encolerizaban. Una repugnancia enconosa, un desprecio implacable había en él para Micaela, y huía de ella como de un réptil cerca del cual se sienten impulsos de aplastarle la cabeza. El marido era un inconsciente, á quien ella prestaba su veneno y del que ni recordaba la existencia.

Y así vivía ahora, devorado por el tedio y el spleen.

Un día á las cinco de la tarde, se encontró en el hall del Círculo con Montero y Espinosa. Cuando se retiraba, éste le dijo:

—Permítame una palabra, mi querido Máximo.—Lo llevó á una pequeña sala, Máximo se recostó en un sofá, y permaneciendo él de pié, volvió á decirle:—Mi amigo, va usted á reírse al saber que lo he elegido para confesor; pero es tan hermoso mi pecado, que me absolverá con sólo oírmelo nombrar. Se llama Alex Fussller.

Máximo conoció el dominio que ejercía sobre sí mismo; recién cuando vió que podía contestar chanceando:

—Hermoso en verdad... ¿Querella de enamorados?

—Aquí no hay enamorados: hay enamorado. Yo adoro á Alex, pero aunque le he demostrado mi pasión en todo su tamaño, ella

ha rechazado tres veces lo que le ofrecía; mi vida al ofrecerle mi nombre.

—¿Y Alex por qué no lo acepta? ¿Se lo ha preguntado usted?....

Montero ensonchó sus confidencias y le refirió la historia de su pasión: desde la tarde del hall hasta el día de su partida, que conoció por Nordolj la noche antes. Le contó que tres veces había insistido cerca de ella para que lo aceptara: la primera le había escrito á la estancia; la segunda se lo había rogado en todas las formas aquella mañana que Máximo los divisará en la avenida del «Ombú»; la tercera por intermedio del mismo Nordolj, á bordo del «Cap Ortegal».

No le quedaba sino esperar á que Isabel aceptara á alguno de los pretendientes que la solicitaban, y entonces, talvez Alex se conmovería al comprender como era querida.

—¿De aquí á entonces quién sabe si toda esa pasión no se habrá descolorido? díjole Máximo para sondearle el corazón.

—¡Ah, Máximo! exclamó impetuosamente, usted conoce á Alex; no puede entonces dudar, de que tan sólo puede amársela de una manera irrevocable!.... Me da por ella vergüenza de ser un inútil; quisiera ser algo para merecerla.

Máximo se levantó y puso su mano en el hombro de su joven amigo; clavó sus ojos en él,—esos ojos que seducían á las mujeres y conquistaban á los hombres—y con una voz

llena y abierta, la voz con que hablaba á Alex en el Ombú, le dijo:

—Esta palabra me lo revela por entero. Un hombre que á los veintiocho años, con quince millones, un nombre distinguido, y una linda figura: sin decepciones ni sombras en el alma, quiere ser algo para merecer á la mujer amada, merece ser amado aunque esa mujer lleve el nombre soberano de Alejandra. Vaya, conquístela.... y hágala suya si puede, mi querido amigo.

Y se separaron, estrechándose la mano, esos dos hombres de la raza de los que se llamaba el mayordomo de la Atalaya «gentleman, por dentro y por fuera».

Llegó Máximo el domingo á lo de su hermana Carmen, encontrando reunidas á las señoras y niñas en el hall. Una ilusión, algo, trajo la conversación sobre la ausente. Máximo saltó, y habló como él sabía. Y fué cruel, porque no calló nada; porque clara y brutalmente dejó caer sobre ellas la verdad. La madre de Enrique se aterró; se aterraron las hermanas; bajaron todas la cabeza al conocer la conducta de abnegación salvadora de Alex, sus negativas á las solicitaciones reiteradas de Montero.

Desde entonces no volvió á mirar jamás á su hermana Micaela, ni á su sobrino Enrique.

Un buen día tomó el tren y se fué á la estancia.

Allí lo esperaban de pie los recuerdos, á los que seguía huyendo. No se atrevió á ir al Ombú que estaba desierto; mandó regalos en dinreo á su ahijado el hijo de Rosa, los hizo mudar á un lindo puesto, pero no quiso verlos.

Su pasión crecía y crecía su desesperanza. Una gran melancolía se apoderó de él. y se dejó ganar por el abatimiento. Y siempre la cobardía que le reprochaba Alex: el tríptico de Albertito permanecía cerrado; no entraba á su biblioteca porque sabía que iba á encontarrla tal cual quedó el día que la animó Alejandra; temía á su dientito más que á un dragón.

Sentía su pecho vacío. «Es que mi alma se ha vertido en la suya» pensaba, y desde la soberbia mansión que cobijaba su ruina le sonreía con ternura. «Las casas solitarias tienen toda su leyenda ¿le faltaría á la mía? Generalmente es la de una alma sin cuerpo; la de la Atalaya sería la de un cuerpo sin alma».

Pasaba largas horas en la terraza ó en su hall, acostado en un diván, fumando. Su única diversión era ver nacer del humo azul á las «dos hermanas». La evolución de Alex hacíalo vibrar días enteros.

Llegada la Primavera, sintiéndose mal desde hacía días, con dolores atroces de cabeza, tomó la costumbre de dar todos los días una vuelta á caballo. Un domingo de

mañana, divisó un paredón blanqueado, sin revocar, una puerta de hierro y una cruz; cuando estuvo cerca, reconoció su marca en el anca de un petizo obscuro que se encontraba frente á esa puerta, y casi al mismo tiempo al jorobadito Juan que salía por ella, montaba en el petizo y tomaba al galope la dirección del pueblito. Miró al interior: comprendió que estaba delante de un cementerio de campaña, y que el petizo era el mismo que había hecho dar al pobre niño.

Tocó su caballo que dócilmente le obedeció, tomando su largo trote. A cierta distancia se golpeó de pronto la frente con su mano y exclamó en voz alta: «¡Mi Reina!» Acababa de oír una voz que le avisaba: «Allí duerme Stella».... Detúvose bruscamente, pensó un momento, y dando vuelta á las riendas encaminóse en dirección opuesta.

En dos minutos se encontró nuevamente delante de la muralla blanca y de la puerta negra. Bajó y entró, dejándose guiar por el azar, que era quien lo había conducido hasta allí. Algunos árboles, muy pocos, muchas cruces en el suelo, mucha luz; el silencio único de los cementerios, una infinita calma fué lo que encontró; y desde ahí dentro, que era una altura, descubrió un admirable paisaje, el campanario de la iglesia, y á su frente el mar, que ese día estaba manso y claro.

Continuó caminando sobre el césped, y de

repente sus ojos sin buscarlo encontraron un nombre: estaba frente á su tumba. Uu gran sauce, como el que deseó Musset para la suya, y un plantío de lirios blancos en flor; una placa de mármol blanco como esos lirios, y sobre ella, en letras simples y claras de bronce, escrito: «Stella Fussller».

Sus lágrimas instantáneamente se volcaron en sus ojos; lo primero que pensó fuè: «¡Tan solita!» Lo primero que se dijo: «Seguramente que está de cara al mar»; y quedóse atento escuchando el ritmo arrullador de sus ondas.

Llamó su atención ramos y coronas de flores silvestres, que colgaban de la gran cruz de bronce del sepulcro y salpicaban la lápida; eran flores frescas, recogidas hacía poco de los campos; se veía. Chistó á un hombre que vió entrar, y le preguntó de dónde provenían.

—Son flores que traen continuamente los muchachos y las niñas pobres de los alrededores que ellos mismos recogen y arreglan para ella. Este, dijo el hombre tomando un gran ramo de manzanillas y «varitas de San José», acaba de dejarlo el jorobadito Juan, y esta coronas de azucenas del bosque la trajo ayer tarde mi hija.

—¿Y usted quién es?

—Yo soy, señor, el sepulturero..... El señor debe ser un forastero si no sabe quién es Stella.... Hace seis meses que la enterré; esta-

ban este día en este sitio todos los habitantes del pueblito y de los alrededores que habían venido á acompañarla, pero no se derramó una lágrima. No se llora á un ángel, señor, porque va á la gloria.... Se lloró, sí, cuando se fué su hermana.

Máximo escuchó de los labios del sepulturero, la continuación de la historia de la pequeña alma que se le descubrió una tarde en su terraza recostada en su pecho; y la mano que abrió su fosa, le mostró el camino sembrado que ella había atravesado.

Guando aquél se fué. solo con ella de nuevo, parecióle oírla que le preguntaba: "¿Has cumplido nuestro pacto....?" Al examinarse para responderle, se vió huyendo cobardemente de su blanco lecho de muerte; abandonando cobardemente á la otra, á Alex, á aquella de quien él había prometido ser «amigo y un poco su padre», en momentos de terrible prueba, por el egoísta temor de sufrir, por huir de las emociones; por todo aquello que esa Alex condenaba.... Como si empezara á desvanecerse una nube en sus ojos, sintió por primera vez la dulzura del recuerdo y que bien podían ser ciertas sus palabras: "Recordar, Máximo, es vivir". Se despidió de su amigo, prometiéndole volver, y tomando su caballo púsolo al galope en dirección al pueblito. En la puerta de la iglesia había carritos de colonos, caballos con recados, y algunos viejos breacks. Preguntó á alguien

el motivo: «Es gente de las estancias y de las chacras que han venido á la función. Es el día de la Virgen del Rosario, la patrona del partido».

Se le ocurrió entrar, y allí confundido entre la gente que se aglomeraba en el interior, alcanzó á distinguir los cabellos blancos del anciano cura, á quien conocía desde su niñez, que se acercaba al lado izquierdo del altar; en ese momento toda la concurrencia púsose de pie.

Terminado el Evangelio, el sacerdote dándose vuelta al pueblo empezó á hablar. Contó sencillamente, el sencillo cuento del pajarito que cruzó una vez el campo de unas pobres gentes. En él apareció al poco tiempo una planta; esa planta creció y dió sus espigas; las pobres gentes recogieron sus granos y los sembraron. Con el tiempo el campo fué un trigal, y es del trigo que se hace el pan.

El pajarito aquel, traía un grano de trigo en el pico, y al cruzar ese campo lo dejó caer en la tierra. Ese pajarito era Stella: no había hecho sino cruzar por la comarca, pero había dejado también en ella su semilla. Los niños se habían calzado, los viejos habían tenido su abrigo y su pan: «Todavía queda algo en la bolsa de los pobres del viejo cura, siguió diciendo: son los últimos granitos del trigal de Stella. Todos sabemos que ella era pobre como nosotros; que no era de ella

el dinero; pero era ella quien abría para nosotros la bolsa del potentado cuya existencia se pasa lejos, indiferente, extraña á nosotros. La bienaventurada ha partido demasiado pronto; mas la huella de su paso no se borrará jamás en la comarca. Ella, es ya dichosa en el Señor».

Sería imposible pintar lo que pasaba en el corazón de Máximo, mientras se encontraba allí, mezclado con la gente humilde, oyendo lo que de la niña decía el anciano, y que esa concurrencia, que apenas cabía en la iglesia, escuchaba enternecida. Durante largo rato hubo en su cabeza una confusión de ideas, hasta que entró en ella una luz clara de día y entendió, porque recordó.

Recordó que para Navidad le había dado un billete para «nuestros niños», como ella decía; y que otro día, toda rosada por la cortedad, le había murmurado con su voz de caricia: «Padrino, en lugar de comprarme el cinematógrafo,—ya tengo la linterna mágica—¿quieres darme el dinero? Será para «mis pobrecitos».

Recordó que le había él dado sin contar, lleno de emoción; y también el cinematógrafo. Que tomó después la costumbre de hacer cambiar dinero en moneditas de oro, pareciéndole que un billete podía contaminar esas manos, y por el placer que ella sentía al oirlas sonar.... Y fué tal la dulzura que lo inundó, tan suave el bálsamo que lo pene-

tró, que repitió con Alex ya convencido: «La vida sin la emoción y el recuerdo es el erial».

Se alejó. El anciano cura cuando entró en la sacristía, encontró en la mesa donde colocaba sus ornamentos, un sobre escrito con lápiz: «Para los pobres, amigos de Stella». Dentro, un cheque con una cifra, que garantía del hambre por mucho tiempo á toda la comarca.

Máximo, una vez en su casa, abrió el tríptico y contempló los tres cuadros que encerraba. Cuando se vió á sí mismo en uno de ellos, con una expresión de sereno contento recostado en la baranda al lado de Alex, que con la cabeza levantada mordía su ramita, le pareció que entraba en él una vaga esperanza.

A la tarde pidió su caballo, salió, y se detuvo en la vieja tranquera del «Ombú». El mismo la abrió: no quería que nadie turbara las impresiones, á las que hasta entonces huyera, y que ahora venía á buscar.

Rauch habíase ido con Emilio á Puan, y la estancia por orden de su nuevo dueño había sido despoblada.

Recorrió palmo á palmo aquel paraje donde había empezado á vivir; donde le había nacido el alma nueva que ahora sentía palpitar. Revivió la «hermosa mañana» y la «triste noche». Pensó en la Alex primaveral del Ombú; aquella que sabía glisar su mirada tornasol entre sus pestañas, con toda su

exquisita coquetería, y desde allí besó su encanto.

El silencio, como un viejo soberano calmaba todo á su alrededor: los dolores y las hojas.

Las hojas no murmuraban; sus dolores se suavizaban.

Quiso ver el mar desde donde Stella y ella lo contemplaban; quiso tener la visión de la escena que sorprendió escondido detrás de los pinares, y se encaminó hacia allí.

Por esa movilidad de nuestro pensamiento, no pudo representarse ya á la Alex del Ombú, á la dulce maestra de la playa. A su evocación, aparecía Alejandra Fussller triste y abatida, avanzando sola en el camino de la vida, allá en los países fríos del Norte; en los países de las largas noches y de los largos días; en los países de las nieblas y de los *fjörds*.

Súbitamente sintió frío como si se helara su sangre. Acababa de penetrar en él esta idea: «¿Y por qué sola?....»

El desaliento y la enervación que lo dominaban desde su partida, habíanlo preservado de pensar en otra cosa sinó en que ella le faltaba; de la tortura de imaginar que podría serle arrebatada. Hasta entonces sólo se había dicho: «Yo creía conocerlo todo: me faltaba probar la privación y la indiferencia de la mujer querida». Recién ahora empezaba á apercibirse que le restaba algo más todavía: la terrible angustia, la ansiedad, la zozobra, la alarma desesperada de vérsela robar!

Y toda su naturaleza apasionada se rebeló contra la amenaza de que alguien pudiera conseguir hacerla suya; ser el compañero de su noble existencia. Su corazón se e tremeció ante esa posibilidad; su voluntad armada levantóse alerta, pronta á oponerse entre ella y aquél que osara pretenderlo!

Hizo el gesto brusco de desafío del que cree verse robar realmente su propio bien. Esto despertó sus energías.

«Querría ser algo para merecerla» había dicho Montero una tarde en el Círculo: ¿por qué no lo repetiría él, Máximo, en la playa? ¿Por qué no había de tratar también él de merecerla?

Bien sabía como Alex concebía al hombre: ¿por qué no había él de ser ese hombre?»...Y su entendimiento cerrado tanto tiempo, se abrió como una flor al sol; se le apareció el futuro ya más distinto: con manto claro, y entre sus pliegues muchas promesas. ¿Por qué no he de ambicionar el conquistarla?.. «La vida es una serie de recomenzamientos—ha dicho ella: ¿por qué no podría recomenzar yo también la mía con el alma nueva que hoy me siento; el alma con valor y valentía que deseó mi padre?...... Aquella noche por qué no la detuve; por qué la dejé ir sin una palabra más? ¿Por qué no la busqué, no la seguí? ¿Por qué hoy no le escribo?.... Por qué el instinto que sobrevive en nosotros en medio de las grandes catás-

trofes, me detuvo; el mío sabía que no son las palabras las que convencen siempre, que mis aliados debían ser la ausencia y el silencio.... Necesitaba ser el hombre que ella deseaba que yo fuese, y para ello, que se me diera el tiempo de rescatar mi vida inútil; de evolucionar, de desplegar ante ella todas mis facultades activas... Ahora comprendo, que la facilidad con que ha entrado y se ha encarnado en mí en segundos, una resolución que hace un año me habría hecho reír, me habría parecido tan imposible como levantar con una mano un monolito, emana de esta razón: desde hace un año en mi interior ha venido haciéndose esa evolución que hoy necesito completar.... ¡Alex! He empezado á aprender en ella la fe en la dicha; quiero en ella conocerla.... Lucharé, esperaré: después ella será el descanso, el refugio seguro y seductor.... ¿Y tú, mi Reina; tú, mi Angélica?.... ¡Ah! ¡Cómo desearía creer lo que tu hermana cree, lo que creyó tu madre! ¡Creería entonces que tu me miras, me escuchas, me sonríes, y que en tu belleza aparece nuevamente la expresión que tuvo aquella tarde en la terraza de mi casa,—¡la casa que un día tal vez sea la suya!—cuando te prometí lo que prometo ahora: ser también su padre.... Sí: mi Reina será mi aliada; mi Reina será nuestro Médium!»

El Astro habíase extinguido, más queda-

ba de su paso por la tierra, su luminosa estela fecundante.

Al regresar á su casa ya entrada la noche, divisó la vieja tapera y la acarició con la mirada. Iba al lento paso de su caballo, fumando, sintiendo cada vez más fuerte el peso de sus resoluciones, á medida que iban ellas asentándose, afirmándose en su interior.... Con la rapidez del relámpago vió con su imaginación cruzar en ese instante cantando, real y patente á aquel joven paisano de la voz varonil en la noche triste; y oyó claros como entonces los hermosos versos:

Soy un hijo de la sombra
Que voy marchando á la luz.

Parecido á lo que él sintió al recordarlos, debe ser lo que siente el soldado que al entrar á la lucha, oye las notas de su Himno.

Máximo sacudió su cabeza con un aire de altivez triunfante, y murmurando. «¡A la luz y á la dicha!» lanzó su caballo á la carrera.

Cándido notó sorprendido al llegar, la animación que traía en el semblante, y su sorpresa llegó á su colmo cuando oyó la carcajada tan inconfundible de Máximo, respondorle. Vehemente é impresionable, como quien arroja lejos sus harapos, arrojaba él de sí sus pesimismos.

Subió ágilmente la escalera, entró en la biblioteca, y enternecido miró y dijo á su padre: «Paternidad es indulgencia: me perdonas que lo que no pudo conseguir tu fuerte brazo lo consiga la blanca mano de una mujer».

Máximo Quiroz llegó á ser en dos años el jefe y el guía de la numerosa y selecta agrupación que ayudaba con desinterés y patriotismo á su país, en la evolución que él muchos años antes profetizara. Había entrado á la lucha con todo el ardor de su temperamento, poniendo al servicio de sus ideas «todo lo que era y todo lo que poseía», como había dicho Montero en aquel almuerzo del Gran Hotel. La mejor prédica es el ejemplo: los otros lo imitaron. Su talento, su voluntad, unidos á muchas otras voluntades, lo colocaron fácilmente en alto.

Volvió á ser el hombre de la palabra; el orador que con una frase arrastra á una multitud. Era la fuerza en que el gobierno fatalmente tenía que apoyarse. Como Federico Livanoff en el Imperio, Máximo en la República era fuerza impulsora y fuerza moderadora.

Se le quería y se le temía; era esta la prueba más evidente de que había llegado ya á la cima.

Si en Buenos Aires era popular lo era más en el partido de campo á que pertenecía la Atalaya. Sabía ahora el anciano cura que no era ya el potentado cuya existencia se pasaba lejos, indiferente y extraña.

Como el sembrador que espera seguro su cosecha, esperaba él que Alejandra viniera á buscar á su hermana.

XXV

El viejo break de la estación se detuvo una tarde espléndida de Abril delante de la tranquera del «Ombú»; de él bajó una joven rubia en traje de viaje, que sola entró á la estancia.

Era Alejandra Fussller que llegaba de su país, en busca de su hermana.

Había estado á visitarla en su tumba, que encontró cubierta de flores silvestres y flores de estufa, y venía ahora á visitar la vieja estancia: la casa parecida «á la que nació mamá».

El semblante de Alex había recobrado su frescura pero no su expresión: en él aparecían el desaliento y la melancolía.

Recorrió palmo á palmo, como Máximo lo había recorrido, ese rincón de los recuerdos; se sorprendió de encontrarlo abandonado, se impresionó hondamente, sus lágrimas corrieron....Y como lo había hecho también Máximo, se encaminó hacia el mar.

Absorbida en sus pensamientos no se había dado cuenta que estaba ya muy cerca de la playa; se lo advirtió un gran tronco que servía de puente en una zanja, que ella

bien conocía, colocado á pocos pasos del montículo donde acostumbraba á sentarse rodeada de sus díscipulos. Caminaba con los ojos bajos. Al notar ese tronco que le indicaba esa altura los levantó, y en el instante, con la expresión de un gran asombro, lanzó un grito, los cerró y apretólos con las manos: no le extrañaba después de tantas emociones, ser víctima de una alucinación. Volvió á abrirlos; el asombro persistía en su expresión... Sabía—¡ah! sí lo sabía—que allí no había, no había habido nunca, no podría nunca haber más que una suave, una pequeñísima montaña de arena delante de la cortina verde del pinar. ¡Y ahora ante ella se levantaba un inmenso edificio de piedra, sencillo y magestuoso! Osó mirarlo.... un terror la doblegó nuevamente; temía una perturbación en su cerebro ó en su vista.... Aquella construcción severa y monumental en aquel paraje desierto, al que seguramente después de su partida sólo habían visitado las gaviotas, que veía ella allí, no podía existir sinó en su imaginación....Mucho le costó, pero al fin miró fijamente sus murallas y para convencerse, subió, estiró el brazo, y desde lejos las tocó. Lanzó otro grito: más le había sorprendido palpar las duras y ásperas y frías piedras de esos muros, resueltos á desafiar el tiempo y el huracán, que lo que le hubiera sorprendido encontrar el vacío....Convencida de la real exis-

tencia de lo que veía y de lo que tocaba, buscóle el alma á través de los cristales de las anchas ventanas que abrían sus costados. Percibió varios salones y en ellos una doble fila de camitas blancas, las que con sus colchas y sus cortinas blancas también, daban la idea de pequeñas barcas en un puerto de refugio. En otros salones, largas mesas tendidas; los cubiertos, los vasos, todos los útiles eran pequeños, livianos, para ser manejados por manos de niños.

Todo aquello era claro, luminoso, pero sin movimiento, que es vida.

En el tumulto de ideas que entraban y salían de su cabeza, sentíase desorientada; recién un largo rato después dióse cuenta que estaba delante de un Asilo de Niños, deshabitado. El efecto que le producía era siempre de asombro; un asombro de un tamaño y de una calidad desconocida para ella, en el que había ese temor, esa ansiedad, ese algo angustioso, inexplicable, que se experimenta ante el misterio.

Era el Misterio para ella; y al encontrarse frente á él, contemplando su inmovilidad de piedra, sola, nuevamente en la playa de la tierra extraña, divisando como se encrespaban las aguas violentas del mar, y oyendo á sus olas lamentarse, tuvo miedo. Cerró otra vez los ojos, cubrió sus oídos con las manos y agachó la cabeza.... Sonrió luego de sí misma; dió un impulso á su cora-

je, y descendió corriendo de la altura para mirarlo desde abajo y de más lejos. Ya más tranquila lo examinó: su puerta era de hierro, estaba cerrada, y de una barra del mismo metal colgaba un enorme candado; á cada lado de ella habíase incrustado una chapa de mármol blanco pulido, que parecía esperar una inscripción, y que se destacaban del color grisáceo de las piedras; cuatro gradas se eslabonaban hasta la pendiente.

Alzó la mirada, y lo que vió la dejó extática: de la cúspide del edificio se lanzaba un ángel de mármol al espacio, con los brazos extendidos, en la actitud del Angel de la Anunciación.

La figura daba la ilusión de mantenerse realmente en el aire, pues se sostenía á la muralla solamente por un pliegue de su túnica. Sus cabellos lacios que apenas le llegaban á la nuca, la delicadeza de sus líneas, la impresión de inmaterialidad que producía, hacíanlo asemejarse á su hermana; la expresión intensa, la poesía de esa figura alada sólo las había visto en ella. Cuando se hubo debilitado un poco su nueva conmoción, descubrió á los pies del Angel, palabras que fácilmente leyó:

AVE, MARIS STELLA

(*Salve, Estrella del Mar*)

Su corazón latía á romperse; esas palabras

le decían que el Misterio encerraba algo para ella; que esas paredes aprisionaban su Destino.

Recorriendo una vez más todo su frente, sus ojos tropezaron con otra inscripción, sobre la puerta, en caracteres claros y sencillos:

«¡Cuántos pobres niños se verán privados del aire saludable del mar!»

«¡Máximo!» exclamó con los ojos llenos de lágrimas: eran esas las palabras que le había ella dicho en la barca, con la mirada fija en Stella. La claridad entraba en ella; aquella misma claridad que un día le ayudó á encontrar su rumbo.

Y entonces, poco á poco fué tomando conciencia de la realidad. Reconoció en ese edificio levantado por Máximo, un Símbolo y un Arca de Alianza. Comprendió que el Angel representaba á su hermana, y que se había elegido ese cántico entre todos los cánticos á María, porque en el se pronunciaba su nombre. Que al edificar y dotar ese Asilo de piedra, que duraría años de años, que cobijaría de generación en generación multitud de niños desvalidos, se había tenido la intención alta, noble y única, de perpetuar ese dulce nombre; de hacer palpable, visible, la estela de luz que dejara el Astro tras de sí.

Más, ¿por qué permanecía cerrado á doble llave? ¿Por qué deshabitado?.... Su pro-

pia frase escrita sobre la puerta se lo explicaba.

«Esta puerta no se abrirá mientras tú no la abras»,—iban esas letras que eran como su voz interior diciéndole.—Cerrada ha permanecido y cerrada permanecerá mientras no la abra tu mano. Y esos niños que se ven privados del aire saludable del mar, se verán privados siempre y siempre, mientras tú no la abras. Estas blancas camitas no serán ocupadas por tantas criaturas que no tienen otras; á estas mesas no se sentarán tantas que tienen hambre, mientras tu mano no haga correr el cerrojo que les cierra esta puerta; esta puerta por la que tienen el derecho de entrar porque es la de su hogar. Es el hogar que les ha preparado tu hermana; que también les has preparado tú desde muy lejos. Es la semilla de las «dos hermanas», germinando en el corazón de un hombre.

«A ese hombre, tú sin saberlo, le has enseñado á creer, le has enseñado á recordar, le has enseñado á esperar; porque le has enseñado á amar. Ese silencio que te hería; todo eso que te parecía frialdad de alma, sequedad de corazón, era todo amor para tí. Toda su Obra que tú conoces, porque lo has seguido en su carrera ascendente, rápida, hasta ser ya el hombre en quien están fijas todas las miradas, la ha elaborado para ti. Ha querido ser, por ti y para ti, el hombre tal cual tú

lo concibes. Por ti ha recobrado sus energías, ha fortalecido su voluntad, ha afirmado su carácter, ha desplegado todo el vuelo de su talento; ha hecho fecunda su fortuna. Ahora es ya agua que corre, oro que brilla. ¿Permitirías tú que esa Obra se desplomara?»

La voz iba creciendo; inmóvil Alex la escuchaba.

«¿Y tú, por qué has sufrido tanto con su indiferencia; por qué no has respondido á las palabras y á las miradas de los hombres?»

La claridad penetró más adentro, la voz habló más fuerte aun y la joven tuvo una suprema revelación: la de su amor por Máximo.

El mar habíase aquietado; una serenidad luminosa envolvía á la joven.

Un íntimo júbilo la penetró: ¡el júbilo de amar!

¿Qué importa ser querida cuando no se quiere? Ahora sentía ella la felicidad radiante, absoluta, inefable de saberse amada por aquél que amaba. Y sentíase para él, el alma de los grandes alientos, de las grandes abnegaciones, de los grandes amores.

Desde el mismo sitio en que aquel día de su gran reacción levantó los ojos para hablar á su padre, los levantaba ahora. Pareciale ver arriba al grupo adorado y sonriente: el Padre, la Madre, la Hermana. Les

sonrió ella desde abajo; y allí, sola, delante de la inmensidad del mar, y las murallas de piedra á sus espaldas, les mostró su corazón como una llama; inflamado, ardiendo de amor por ellos y por él.

Y segura de que iba á dar al fin forma á la Dicha, subió serena el montículo de arena; y como quien graba la inscripción de una piedra fundamental, escribió con mano firme en una de las chapas de mármol de los muros del Asilo de su Hermana, el versículo de un Salmo que su Padre amaba:

LA NUEVA VERDAD DESTRUYE
LAS SOMBRAS DE LA ANTIGUA:
LA LUZ DISIPA LA NOCHE.

Y firmó:

ALEJANDRA.

FIN


D. MAZZA
STELLA

EN VENTA DEL MISMO AUTOR

MECHA ITURBE

Novela que ha tenido como «STELLA» un éxito colosal

Lo mejor y lo más económico:

OBRAS DE AUTORES CÉLEBRES

Imitaciones..................	LEÓN TOLSTOY
Dos aventuras.............	»
Noche de amor.............	EMILIO ZOLA
A orillas del mar..........	» »
La mujer del diputado...	» »
La virtud en la deshonra.	CATULO MÉNDES
Amores adúlteros.........	» »
La pequeña emperatriz...	» »
La señorita de oro........	» »
El titiritero de la virgen..	ANATOLIO FRANCE
Los pecados de la juventud	E. SOUVESTRE
Adulterio......................	ADOLFO BELOT
Miseria de la vida conyugal	H. DE BALZAC
Doña Magnifico en busca de su marido................	PAUL DE KOCK
Mujeres, vino y juego....	» »
Dos queridas................	A. DE MUSSET